

narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 08
Enero-Marzo 2008

ISSN 1886-2519
Depósito Legal: Z-729-2006

• Explorando los abismos de Enrique Vila-Matas

Explorador de abismos, ilustración de Ricardo Olvera

Entrevista a Enrique Vila-Matas, por Ana Solanes

Un catálogo de ausentes, por Enrique Vila-Matas

Un espía de letras. Nota sobre el viajero más lento que amaba a Carmen Miranda, por Antón Castro

Vila-Matas, viaje alrededor, por Miguel Sanfeliú

Pasavento o Matrix - una lectura, por Luisa Miñana

Algunos apuntes sobre "El viento ligero en Parma", por Julio Salinas Lombard

Un Vila-Matas abreviado. Reseña de "Historia abreviada de la literatura portátil", por Blanca Vázquez

Reseña de "El mal de Montano", por Magda Díaz y Morales

Reseña de "Doctor Pasavento", por Gatito viejo

Reseña de "Exploradores del abismo", por Faustino Ángel Sánchez García

Roxanne, por Blanca Vázquez

• Ensayo

La figuración circular del tiempo en la historia según Pao Cheng, por Omar Espinosa Cisneros

Universo finito. Antología del minicuento, por Homero Carvalho Oliva

Sócrates: diálogo frente a escritura. Notas al Crátilo de Platón, por Eugenio Sánchez Bravo

• Relato

El circo nunca muere, por Gabriel Báñez

Mario, por Fernando Sánchez Calvo

La garrota, por José Marzo

Doctor Paracelso, por Carlos Montuenga

Sarto, por Genoveva Arcaute

Actrices y debilidades, o vidas nebulosas, por Javier

Guerrero Rodríguez

Microcuentos, por Homero Carvalho Oliva

La corriente, por Rolando Revagliatti

Los pequeños, por Salvador Alario Bataller

Flor de Capomo, por Paul Medrano

El reloj de arena, por Carmen Fernández Etreros

De una noche de verano, por Sergio Borao Llop

El taquígrafo de versos, por Juan Carlos Márquez

Marcela, por Mónica Gutiérrez Sancho

El mural de la cantina, por Lilia Morales y Mori

Yo te perdono, por Francisco Ortiz

El zapato, por Miguel Rodríguez Otero

Mi primera biblioteca, por Marta Navarro

Como sólo tú sabes, por José Fernando García

Pañeda

Amigos a la fuerza, por Javier Menéndez

Llamazares

Putrefacto, por Emilio Gil

Chivos expiatorios, por Ahmed Oubali

La oración bajo el agua, por Diego Chozas

Vecinos per versos, por Gustavo Marcelo Galliano

Dos relatos, por Lady López

Líder, por Luis Emel Topogenario

Arquitexturas urbanas, por Héctor Huerga

• Entrevista

Angélica Gorodischer, por Sandra Becerril

• Reseñas

"Museo de la soledad" de Carlos Castán, por Antón Castro

"Muertes de andar por casa" de Fernando Sánchez Calvo, por Ana Gorría

"El príncipe negro" de Iris Murdoch, por María Aixa Sanz

"Mascarada" de Javier Munguía, por Caballero de Tauro

"Santuario", de Edith Wharton, por Adrián Iruela Vara

• Novedades editoriales

Colaboradores: María Aixa Sanz - Salvador Alario Bataller - Genoveva Arcaute - Gabriel Báñez - Sandra Becerril - Sergio Borao Llop - Caballero de Tauro - Homero Carvalho Oliva - Antón Castro - Luis Emel Topogenario - Omar Espinosa Cisneros - Carmen Fernández Etreros - Gustavo Marcelo Galliano - Fernando García Pañeda - Gatito Viejo - Emilio Gil - Ana Gorriá - Javier Guerrero Rodríguez - Mónica Gutiérrez Sancho - Héctor Huerga - Adrián Iruela Vara - Lady López - Juan Carlos Márquez - José Marzo - Paul Medrano - Javier Menéndez - Luisa Miñana - Carlos Montuenga - Lilia Morales y Mori - Marta Navarro - Ricardo Olvera - Francisco Ortiz - Ahmed Oubali - Rolando Revagliatti - Miguel Rodríguez Otero - Julio Salinas Lombard - Eugenio Sánchez Bravo - Fernando Sánchez Calvo - Faustino A. Sánchez García - Miguel Sanfeliú - Ana Solanes - Blanca Vázquez - Enrique Vila-Matas

Narrativas es una revista electrónica que nace como un proyecto abierto y participativo, con vocación heterodoxa y una única pretensión: dejar constancia de la diversidad y la fecundidad de la narrativa contemporánea en castellano. Surge al amparo de las nuevas tecnologías digitales que, sin querer suplantar en ningún momento los formatos tradicionales y la numerosa obra editada en papel, abren innumerables posibilidades a la publicación de nuevas revistas y libros al abaratar considerablemente los costes y facilitar la distribución de los ejemplares. En este sentido, hemos optado por editar la revista en formato PDF, ya que permite aplicar técnicas de diseño y maquetación propias de la edición tradicional y a la vez facilita su lectura, ya sea desde la propia pantalla o una vez impresa en papel.

La filosofía de **Narrativas** es bien sencilla: todo aquel narrador que tenga algo que contar y quiera presentarlo al público tiene su espacio aquí. Obviamente, a la hora de seleccionar los relatos siempre se atenderá a la calidad literaria y se exigirá un mínimo de esmero en la redacción, pero sobre todo se valorará la posibilidad de dar a conocer voces nuevas de nuestra narrativa. No obstante, una de nuestras más firmes intenciones es no cerrar este espacio a nadie, ni a los nombres consagrados ni a los todavía desconocidos, tratando de conjugar todos los estilos y temas, para ofrecer de ese modo una visión lo más comprensiva posible de la narrativa contemporánea.

SUMARIO - núm 8

<i>Explorador de abismos.</i> Ilustración de Ricardo Olvera.....	3	<i>Microcuentos</i> , por Homero Carvalho Oliva	73
<i>Entrevista a Enrique Vila-Matas</i> , por Ana Solanes	4	<i>La corriente</i> , por Rolando Revagliatti	74
<i>Un catálogo de ausentes</i> , por Enrique Vila-Matas	10	<i>Los pequeños</i> , por Salvador Alario Bataller	76
<i>Un espía de letras. Nota sobre el viajero más lento que amaba a Carmen Miranda</i> , por Antón Castro	14	<i>Flor de Capomo</i> , por Paul Medrano	79
<i>Vila-Matas, viaje alrededor</i> , por Miguel Sanfeliú	15	<i>El reloj de arena</i> , por Carmen Fernández Etreros	81
<i>Pasavento o Matrix - una lectura</i> , por Luisa Miñana	17	<i>De una noche de verano</i> , por Sergio Borao Llop	83
<i>Algunos apuntes sobre "El viento ligero en Parma"</i> , por Julio Salinas Lombard	19	<i>El taquígrafo de versos</i> , por Juan Carlos Márquez	86
<i>Un Vila-Matas abreviado. Reseña de "Historia abreviada de la literatura portátil"</i> , por Blanca Vázquez	22	<i>Marvela</i> , por Mónica Gutiérrez Sancho	88
<i>Reseña de "El mal de Montano"</i> , por Magda Díaz y Morales	23	<i>El mural de la cantina</i> , por Lilia Morales y Mori	90
<i>Reseña de "Doctor Pasavento"</i> , por Gatito viejo	25	<i>Yo te perdono</i> , por Francisco Ortiz	94
<i>Reseña de "Exploradores del abismo"</i> , por Faustino Ángel Sánchez García	27	<i>El zapato</i> , por Miguel Rodríguez Otero	95
<i>Roxanne</i> , por Blanca Vázquez	29	<i>Mi primera biblioteca</i> , por Marta Navarro	96
<i>La figuración circular del tiempo en la historia según Pao Cheng</i> , por Omar Espinosa Cisneros	30	<i>Como sólo tú sabes</i> , por José F. García Pañeda	97
<i>Universo finito. Antología del minicuento</i> , por Homero Carvalho Oliva	35	<i>Amigos a la fuerza</i> , por Javier Menéndez Llamazares ..	99
<i>Sócrates: diálogo frente a escritura. Notas al Crátilo de Platón</i> , por Eugenio Sánchez Bravo	43	<i>Putrefacto</i> , por Emilio Gil	105
<i>El circo nunca muere</i> , por Gabriel Báñez	49	<i>Chivos expiatorios</i> , por Ahmed Oubali	106
<i>Mario</i> , por Fernando Sánchez Calvo	60	<i>La oración bajo el agua</i> , por Diego Chozas	114
<i>La garrota</i> , por José Marzo	62	<i>Vecinos per versos</i> , por Gustavo Marcelo Galliano	115
<i>Doctor Paracelso</i> , por Carlos Montuenga	63	<i>Dos relatos</i> , por Lady López	117
<i>Sarto</i> , por Genoveva Arcaute	67	<i>Líder</i> , por Luis Emel Topogenario	118
<i>Atrices y debilidades, o vidas nebulosas</i> , por Javier Guerrero Rodríguez	71	<i>Arquitexturas urbanas</i> , por Héctor Huerga	121
		<i>Entrevista a Angélica Gorodischer</i> , por Sandra Becerril ..	123
		<i>"Museo de la soledad"</i> de Carlos Castán, por A. Castro ..	125
		<i>"Muertes de andar por casa"</i> de Fernando Sánchez Calvo, por Ana Gorriá	126
		<i>"El príncipe negro"</i> de Iris Murdoch, por M. Aixa Sanz ..	127
		<i>"Mascarada"</i> de Javier Munguía, por Caballero de Tauro	128
		<i>"Santuario"</i> , de Edith Wharton, por A. Iruela Vara	129
		<i>Novedades editoriales</i>	131

El material contenido en este número está debidamente protegido conforme la legislación internacional y no puede reproducirse sin permiso expreso de los autores.

EXPLORANDO LOS ABISMOS DE ENRIQUE VILA-MATAS

* * *

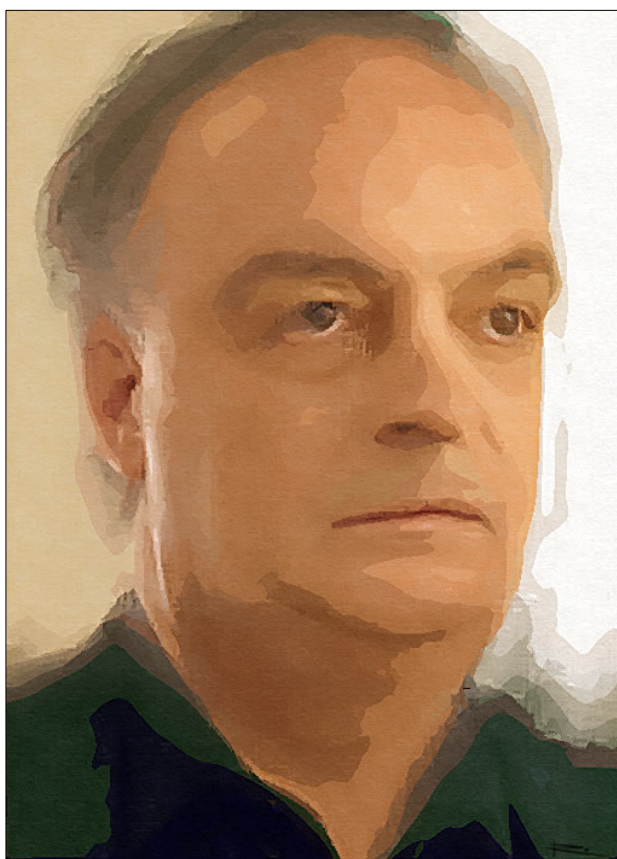
Enrique Vila-Matas

Barcelona (España), 1948

Enrique Vila-Matas (Barcelona 1948) es autor de una amplia obra narrativa y ensayística, traducida hasta el momento a 27 idiomas. Nació en Barcelona el 31 de marzo de 1948, frente al cine Metropól de la calle Roger de Llúria de la capital catalana. Estudió derecho y periodismo y en 1968 entró como redactor en la revista de cine Fotogramas. En 1970 dirigió dos cortometrajes, *Todos los jóvenes tristes* y *Fin de verano*. En 1971, realizó el servicio militar en Melilla, donde escribió su primer libro, *Mujer en el espejo contemplando el paisaje*. A su regreso a Barcelona, trabajó como crítico de cine de la revista *Destino*. Vivió en París dos años, desde 1974, en una buhardilla que le alquiló la escritora Marguerite Duras, y allí escribió su segunda novela, *La asesina ilustrada*. Su tercer y cuarto libros, *Al sur de los párpados* y *Nunca voy al cine* aparecieron en 1980 y 1982, pero sólo empezará a ser realmente conocido en 1985 con su libro *Historia abreviada de la literatura portátil*. Seguirán libros como *Una casa para siempre*, *Suicidios ejemplares*, *Hijos sin hijos*, todos ellos libros de relatos con aspiraciones unitarias. *Recuerdos inventados* es una antología de sus mejores cuentos. Se pasa a continuación al género novelesco con obras como *Lejos de Veracruz*, *Extraña forma de vida*, *El viaje vertical*, *Bartleby y compañía* y *El mal de Montano*, entre otras.

Por otra parte, en 1992 publicó una colección de artículos y ensayos literarios bajo el título de *El viajero más lento* (reciente premio Internazionale Elsa Morante 2007), a la que siguió en 1995 una segunda entrega, *El traje de los domingos*. Otras libros suyos que contienen ensayos literarios son *Para acabar con los números redondos* (1998), *Desde la ciudad nerviosa* (2000), *Extrañas notas de laboratorio* (2003, publicado en Venezuela), *Aunque no entendamos nada* (2003, publicado en Chile), *El viento ligero en Parma* (2004, publicado en México), *Y Pasavento ya no estaba* (2007, publicado en Argentina)

Sobre su experiencia parisina escribió *París no se acaba nunca* (Barcelona, 2003). En 2005 aparece *Doctor Pasavento*, novela que gira en torno al tema de la desaparición y cierra su trilogía metalingüística sobre las patologías de la escritura (Bartleby, Montano, Pasavento). En septiembre de 2007



Explorador de abismos. Ilustración del artista mexicano Ricardo Olvera (1974). Escritor, pintor y diseñador gráfico. Ha publicado: *Lenguaje de mi piel* (2006), libro de poemas inspirado en las tradiciones prehispánicas de México. *Cuando la piel enmudece* (2006), libro de poemas. *Tierra de Plata* (2007), fantasía mexicana con relatos, poemas y pinturas. *Gorgona y Quimera* (2007), poemas. *El laberinto azul* (2007), poemas, pinturas, reflexiones. *El nido del gato* (2007), arte y literatura. *Colectivo Aldea* (2007), arte y literatura de América y Europa. *Gavilla de Haigas* (2007), haikus y pinturas. *El Cuadernillo Prohibido* (2007), pinturas de luz y de sombra. *Los Idus* (2007), arte y literatura. Directorio de su obra en Internet: <http://ricardoolverajimenez.googlepages.com>

regresa al cuento y publica en Anagrama *Exploradores del abismo*.

Ha obtenido los premios Ciudad de Barcelona y Rómulo Gallegos (2001), el Prix du Meilleur Livre Etranger y el Fernando Aguirre-Librallire (2002); el premio Herralde, el premio Nacional de la Crítica española y el Prix Médicis-Etranger (2003), el Premio Internazionale Ennio Flaiano (2006), el Premio Fundación Lara 2006 y el premio de la Real Academia Española 2006. Su obra ha conocido un gran éxito y difusión internacionales y se halla traducida al francés, inglés, alemán, italiano, ruso, portugués, japonés, griego, serbio, sueco, holandés, húngaro, hebreo, turco, noruego, rumano, polaco, brasileño, esloveno, checo, búlgaro, finlandés, danés, lituano, eslovaco, chino y croata.

* * *

Entrevista

“He pasado a ser un disidente de mí mismo”

por Ana Solanes

Siempre resulta más interesante encontrarse cara a cara con el escritor. Y, en el caso de Enrique Vila-Matas, uno imagina que la entrevista tendría lugar en uno de sus amados –y ya tan escasos– cafés de su cada vez menos amada Barcelona. Y así podría contar luego algo sobre sus gestos, su mirada o su sentido del humor. Y comprobar si es cierta su autoproclamada timidez, o su recién estrenada pérdida de peso después de la grave enfermedad que sufrió hace apenas un año, e incluso, con un poco de suerte, que la charla fuera interrumpida por alguna de esas situaciones “vilamatasianas” que salpican –y alimentan– sus libros.

La distancia, la urgencia, la comodidad, y la frenética promoción en la que se haya inmerso tras la publicación de su último libro han motivado que esta entrevista se realice a través del correo electrónico, pero que, paradójicamente, al final, Vila-Matas conteste casi en tiempo real y, de esta forma, descubramos que vive, al menos por unos días, pegado a la pantalla y que siempre sorprende con una amable respuesta al minuto de enviarle cada correo.

Quizá es que, como dice en el prólogo de *Exploradores del abismo*, ha descubierto “el placer de ser cortés”, igual que sucumbió a la utilidad de internet pese a su inicial resistencia, y ahora es fácil imaginarlo siempre frente al ordenador, quién sabe si respondiendo a los correos de la artista Sophie Calle, con cuya complicidad ha construido –quizá está construyendo aún– uno de los cuentos más fascinantes de su último libro: una vuelta de tuerca más a su juego entre lo vivido y lo inventado ¿o no es, acaso, lo mismo? Así que aquí está de nuevo Vila-Matas, escribiendo o paseando por Barcelona, París o el espacio exterior, saltando de la escritura a la vida y de la vida a la escritura, pues para él la realidad siempre baila al compás de lo ficticio.

Desde que decidiera irse a París en los años setenta para convertirse en escritor y redactara su primera novela –*La asesina ilustrada* (1977)–, en la cochambrosa buhardilla que le alquilaba Marguerite Duras, Vila-Matas ha creado una extensa obra, casi un mundo propio, traducida a una treintena de idiomas e integrada por títulos como *Impostura* (1984), *Historia abreviada de la literatura portátil* (1985), *Una casa para siempre* (1988), *Suicidios ejemplares* (1991), *Hijos sin hijos* (1993), *Lejos de Veracruz* (1995), *Recuerdos inventados* (1994), *El viajero más lento* (1995) o *El Viaje Vertical* (Premio Rómulo Gallegos 2001), o *París no se acaba nunca* (2003), entre otros.

Tras el éxito de la trilogía que su editor, Jorge Herralde, bautizó como “la catedral metaliteraria”, compuesta por *Bartleby y compañía*, *El mal de Montano* y *Doctor Pasavento*, y que le han valido el reconocimiento unánime como uno de los escritores más importantes y originales en lengua española, además de multitud de premios en España y en el extranjero (desde el Nacional de la Crítica 2003, al de la Real Academia Española 2006, pasando por el Prix du Meilleur Livre Étranger o el Ciudad de Barcelona), quizá lo más cómodo hubiera sido instalarse en esa fórmula “metaliteraria” que tantas satisfacciones le ha dado. Pero como él mismo dice, necesitaba el riesgo, seguir abriendo caminos en su literatura y caminar siempre al borde del precipicio. Al fin y al cabo, él mismo es también uno de esos “Exploradores del abismo”.

–“Nadie regresa impunemente al cuento”, son palabras suyas. ¿Por qué esa vuelta después de más de una década? ¿Le ha costado adaptarse y frenar los hábitos de novelista?

–Pueden ser necesarios años de preparación antes de que el artista dé con los códigos, las claves y los equilibrios correctos y pueda entrar y salir más o menos libremente de la visita a los distintos temas de su obra. A lo largo de la elaboración de la *Trilogía de la Catedral Metaliteraria* (Bartleby,

Montano, Pasavento), cada vez me fui sintiendo más cómodo con lo que escribía, cada vez más en mi casa. Llegué a tener la sensación de que me había instalado en “una casa para siempre”. Y ahí sonó mi alarma. Había dado con una forma demasiado idónea para mí y decidí no cometer el error –que otros cometen– de instalarme en la comodidad de mi propio invento y método. Fue entonces cuando me propuse partir –como un explorador más– a la búsqueda de nuevos procedimientos. Y así inicié la aventura de regresar al cuento y ver qué pasaba...

–*Ha dicho que es su libro más genuino, que en este libro apenas se escuchan ecos de otros autores...*

–Es que procuré no dejarme contaminar demasiado por las referencias a otros autores. Aún así, Kafka, por ejemplo, juega un papel determinante en el libro. Y también otros escritores tienen ahí una presencia... En cuanto a lo de más genuino, siento que el libro tiene menos artificio que otros. Cuando dije que era el más genuino que había escrito, en realidad quería decir que –ya sé que tal vez no tiene mucho que ver una cosa con otra– se trataba del libro que daría a leer al Vulgo, es decir, a una persona corriente que me encontrara por la calle y me dijera que le gustaría leer algo mío. Es un libro que al principio parece modesto, casi engaña hablando precisamente de la modestia y de “odiadores” y otras vulgaridades y que poco a poco va preparando al lector para entrar en mi mundo más complejo, el más verdadero. El libro se disfraza al principio de cordero para ganar lectores incondicionales que, a medida que van adentrándose en el libro van viéndole las orejas al lobo. Mi deseo es que algunos sientan curiosidad por seguir adelante –recuerde aquello de Borges: “la curiosidad pudo más que el miedo”– y sigan avanzando para ver cómo son esas orejas y acaben descubriendo al lobo en su plenitud. El lobo se pasea radiante por el relato antepenúltimo, *Porque ella no lo pidió*.

–*Asegura irónicamente haber hecho un gran esfuerzo por lograr cierto cambio de estilo y contar historias “con sangre e hígado”, como le exigen sus “odiadores”, tan críticos con sus excesos metaliterarios. ¿De verdad pensó alguna vez escuchar a esos supuestos enemigos de los que habla?*

–Bueno, usted misma lo ha dicho. Lo aseguro irónicamente. Los enemigos, en todo caso, siempre han sido un gran motor de mi obra. Y encima me divierto con ellos. Pero también es cierto que acabo perdiéndolos a todos siempre en el camino. Ahora, por ejemplo, estoy sin enemigos visibles. Y es que los últimos en aparecer, los “odiadores” de ese relato, ya no me resultan válidos desde que confirmé que no tienen envergadura literaria y que encima esperan que les haga propaganda.

–*“Exploradores del abismo” es un libro de cuentos independientes pero que pueden ser leídos como un todo, un todo por el que camina ese equilibrista que aparece fugazmente para recordarnos que cada uno de los protagonistas está, como él, caminando por el filo ¿así también se siente usted, como un explorador asomado a un precipicio? ¿Qué ve cuando se asoma a su abismo particular?*

–En efecto, soy un explorador asomado al precipicio, sí. ¿Qué veo en mi abismo particular? Pues lo que usted quiera, estoy dispuesto a ver lo que usted quiera, porque todo es abismo. Abismo es, sin ir más lejos, escribir textos en los que siempre arriesgo, porque soy consciente de que sin ese peligro esos textos no serían nada, es decir, que sólo adquieren sentido gracias a ese riesgo. Ahora bien, no quiero mitificar demasiado lo que hago. Ser un equilibrista como Philippe Petit (cuya contrafigura, Maurice Forest-Meyer, es ese señor del que usted me habla y que cruza por *Exploradores del abismo* hilando los relatos) es algo que considero todavía más arriesgado. Aunque en el fondo Petit está haciendo lo mismo que yo, casi un deporte mental: la escritura de nuestras vidas sobre el alambre.

–*¿Y cuáles son sus armas para atravesarlo, para lidiar con ese vacío?*

–Las puede usted imaginar, pero no las diré, no sea que vuelvan a decir que soy demasiado metaliterario y todo eso que dicen en España –sólo en España– donde asombrosamente tan poco cervantinos son. Coincidió completamente con Javier Marías cuando señala que este país se ha convertido en una sociedad de nuevos ricos con pocos escrúpulos y una moral muy laxa. Por no hablar del grado de ignorancia y, sobre todo, de satisfacción con esa ignorancia. Si eres culto, estás perdido. Es un país con mucha saña y mucha mala leche, de escasa –por no decir nula– categoría moral. Barcelona, por su parte, era una ciudad que al menos antes miraba a Europa y que tenía vida interesante, sobre todo intelectualmente. Pero la ciudad está espantosa ahora, por muy de moda que esté en el mundo. Está de moda, por otra parte, por esa permisividad que no están dispuestas a conceder otras ciudades europeas más importantes y más serias. Aquí a Barcelona viene todo el mundo a cagarse a la calle, y hasta les aplauden. La ciudad se ha vuelto un parque temático y no pienso tardar mucho en irme de ella para empezar una nueva y mejor vida.

–*¿Puedo preguntar dónde le gustaría irse? ¿Al faro de Cascáis, quizá?*

–Me acuesto temprano. Como Proust, pensará usted. Exacto. Pero se lo digo porque quiero que

sepa que ya no salgo de noche, voy a dormir hacia las once. Cuando alguna vez rompo ese horario y voy a alguna cena, se me complica todo. Me ocurrió en Nueva York, hace poco, cuando fui a cenar a casa de Siri Hustvedt y Paul Auster. Yo siempre había soñado en Nueva York, que ha sido siempre mi lugar ideal para vivir. De hecho, antes tenía sueños en los que sentía que era feliz porque vivía en Nueva York. En mi primer viaje a esa ciudad hace diez años, busqué esa felicidad que encontraba en los sueños, pero no di con ella. Ahora recientemente, en mi segundo viaje, la encontré por fin. A medianoche en casa de Paul Auster y Siri Hustvedt. Estábamos en los postres y sentí que era completamente feliz. Estaba en Nueva York, estaba en aquella casa genial. Todo cuadraba. Sin embargo, debido a mi horario y a pesar de mi estado de felicidad, no podía evitar largos bostezos que daban la impresión a mis anfitriones de que podía estar aburriéndome cuando era todo lo contrario. Pero el alma iba por un lado y el cuerpo por otro. Con todo, me quedó muy claro que la felicidad estaba en Nueva York. Es el primer lugar en la lista, pero estoy seguro de que, por comodidad, la ciudad elegida será París, donde lo tengo más fácil todo y que, a fin de cuentas, tampoco está tan mal. Sí, me iré a vivir a París a pensar –como cuando Pessoa estaba en Sintra y quería estar en Lisboa, aunque cuando estaba en Lisboa quería estar en Sintra– que tendría que estar viviendo en Nueva York.

–Se habla de vacíos, de abismos, de precipicios... y sin embargo son cuentos muy optimistas. El libro se lee con una sonrisa constante. El humor, dice, «es el centro del universo, no la esperanza»...

*–Eso lo dice en *Ame a Bo* el astronauta que narra la historia. Pero seguramente el astronauta, ese hombre perdido en el espacio, soy yo. Con ese relato sucedió que, al escribirlo y ponerme en la que para mí era la situación más angustiosa del libro –ese hombre que viaja en soledad, infinitamente en línea recta, sin posibilidad de retorno–, descubrí que no era la esperanza, sino el humor el centro mismo de mi universo. Ante la muerte física sólo veo dos salidas, así a priori: dignidad y humor.*

–Ha reflexionado mucho sobre la ironía: “la forma más alta de la sinceridad”, “el mejor artefacto para desactivar la realidad”... En “Exploradores del abismo” habla de “la utilización de la ironía templada como rasgo de elegancia... ¿Es para usted una actitud ante la vida?

*–Me interesa la ironía como complot contra la realidad. Y en cuanto a eso de “la forma más alta de la sinceridad”, la verdad es que me han preguntado por esa frase muchas veces. Le seré sincero. La escribí sin saber muy bien lo que quería decir. Por eso la frase me persigue. Todo el mundo me pregunta por ella. Y yo la aclaro cada día de una forma distinta. Dicen que un libro clásico es aquel que no acaba nunca de contestar a las preguntas que nos hacemos sobre él y que por eso dura tanto y se convierte en un clásico. Es lo que me sucede a mí con esta pregunta, que se ha convertido en un “clásico” de mis entrevistas más recientes. Anda todo el mundo dando vueltas a qué he querido decir con la frase. Esto me recuerda a una de Nietzsche que Savinio colocó al frente de su libro *Maupassant y el otro*. “Maupassant, un verdadero romano”, decía el epígrafe de Nietzsche. “No bromeo lo más mínimo –decía Savinio en una nota a pie de página a este epígrafe– si digo que la definición de Nietzsche ilumina efectivamente la figura de Maupassant. Y quisiera añadir: mediante el absurdo. La ilumina tanto mejor cuanto que no se sabe qué es lo que Nietzsche ha querido decir llamando *romano* a Maupassant, y quizá después de todo no ha querido decir nada, como ocurre a menudo con Nietzsche. Pero, ¿me entenderá el lector si digo que cuando más se dice es *no diciendo nada*?”.*

–Otro nexo común entre los cuentos es ese guiño autobiográfico que lleva a que muchos de sus protagonistas acaben de pasar por el quirófano, o vayan a enfrentarse próximamente a una operación, incluso usted mismo relata el grave colapso físico que sufrió recientemente. ¿Siente de verdad, como afirma en el libro, que tras esa experiencia es usted “otro”? ¿De qué forma la enfermedad ha cambiado su literatura, y su vida, por mucho que en usted ambas sean una misma cosa?

*–Como persona, me he serenado. Incluso me he vuelto extraordinariamente receptivo y atento con los demás. En mi círculo íntimo, no hay duda alguna sobre mis cambios y hasta se habla de un *renacimiento*, en el amplio sentido de la palabra. En lo literario, la respuesta a si he cambiado es: Sí y no. Y creo que está bien que así sea. *No* he cambiado porque a estas alturas de la expedición ya hay –afortunadamente para mis lectores– un estilo propio y es imposible extirparme el ADN literario. Hay un ritmo, un tono, una melancolía y un humor a los que sólo podría renunciar con el silencio y la desaparición, y me temo que ni siquiera así. Y es que, como dice mi amigo y admirado Rodrigo Fresán, por más que declare mi admiración por la sencillez de un Raymond Carver por ejemplo, a mí me seguirán sucediendo cosas vila-matasianas. Y *sí* he cambiado, porque en *Exploradores del abismo* me interrogo sobre mi obra y me pregunto por dónde proseguir y me abro a mí mismo nuevos caminos para continuar. He tenido incluso la impresión en el libro de que si hasta ahora comentaba las obras de otros y las convertía en mías, ahora comento mi propia obra, la*

discuto y la altero, he pasado a ser en algunos aspectos –como digo en *Café Kubista*, el prólogo, donde no todo, por otra parte, de lo que digo allí, es cierto– un disidente de mí mismo

–Ese placer por el juego, por hacer desaparecer las fronteras entre realidad y ficción y sembrar la confusión en los lectores, sumado a sus ya conocidas entrevistas falsas, o las citas que son tuyas y pone en boca de otros escritores, cuando no se las inventa directamente, provoca que el lector acabe intrigado y divertido, pero a la vez que siempre ponga en duda todo lo que afirma como realidad. ¿Le divierte, le es indiferente o puede llegar a preocuparle ese grado de desconfianza? ¿Fuera de la literatura está también siempre “bajo sospecha” por parte de quienes le rodean y conocen su afición a la impostura?

–Se olvida a menudo que yo trabajo literalmente en el campo de la ficción. La ficción es invención. La ficción es ficción. Como decía Nabokov (y no invento la cita, pero si lo hiciera la frase diría lo mismo que dice), “calificar un relato de historia verídica es un insulto al arte y la verdad. Todo gran escritor es un gran embaucador, como lo es la architramposa Naturaleza”. Y bueno, me habla usted de cuando estoy fuera de la literatura... Ese es mi terreno privado, donde solo puedo decirle que distingo perfectamente entre ficción y realidad, aunque a veces, ¡ay!, me suceden en la vida real cosas exageradamente literarias.

–Sí, porque no deja de ser curioso que usted haya generado su propio adjetivo. Igual que se habla de algo kafkiano o dantesco, muchos de sus seguidores se reconocen a veces en situaciones “vilamatasianas”. ¿Le gusta, le hace gracia? ¿Cuál ha sido la última experiencia vilamatasiana de Vila Matas?

–¿Si me gusta? Lo vivo con resignación divertida. Pero es que es verdad que me suceden en la vida real cosas muy literarias. El otro día, por ejemplo, sin ir más lejos, estaba en Mantua y acababa de dar una conferencia y se me acercó un señor que me dijo si podía hacerme exactamente cuatro preguntas. Empezó queriendo saber si me identificaba plenamente con el título de mi libro *El viajero más lento*. Dudé al contestar.

»El señor aquel tenía un gesto tan grave que no parecía proclive a las vacilaciones. Opté por decirle que sí, y me pareció que después de todo era la respuesta más coherente. Entonces sonrió y, con palabras pausadas, me dijo que era el presidente de la Asociación Internacional del Tiempo Lento. ¿Qué se contesta a alguien que dice algo así? Sólo pensé que parecía un personaje salido de mis relatos. Es increíble como la Naturaleza puede imitar a la ficción... La segunda pregunta buscaba conocer mi opinión sobre el Tiempo. “Si no me lo preguntan, lo sé, pero si me lo preguntan, lo ignoro”, dije imitando a San Agustín, y temiendo la reacción airada del señor del Tiempo Lento. Pero el hombre ni se inmutó, siguió anotándolo todo en un cuaderno. La tercera pregunta pretendía averiguar si el tiempo era la imagen móvil de la eternidad. Comencé a preocuparme porque tuve la impresión de que aquel hombre tenía todo el tiempo del mundo y que iba a ser difícil –después de haberme declarado a favor del Tiempo Lento– explicarle que tenía una cierta prisa porque me esperaban en la plaza Sordello. Hubo una cuarta, quinta, sexta pregunta. Y más anotaciones parsimoniosas en su cuaderno. Sentí que había quedado atrapado en una trampa claustrofóbica. Y pensé en decirle al señor del Tiempo Lento: “Soy un ser anónimo, ¿me permite volver a la libertad?”. Iba a decírselo cuando el hombre, esbozando una sonrisa, cerró su cuaderno y me comunicó que habíamos llegado al final de nuestro tiempo. “Siga su camino”, añadió magnánimo. Salí de allí perturbado, pero libre, hacia la plaza Sordello.

–En el cuento “Porque ella no lo pidió” va todavía un poco más allá y presenta como ficción algo que ocurrió en realidad: la propuesta que le hizo Sophie Calle de escribir una historia para que ella pudiera vivirla. Al final consigue que ya no sepamos qué es ficción y qué es realidad, aunque quizá el mayor logro es conseguir que eso nos de exactamente lo mismo. Da la impresión de que con este cuento ha querido dar todavía un paso más en la relación vida-literatura que tanto ha explorado.

–Es que tanto divagar y disertar en torno a las relaciones entre literatura y vida y va Sophie Calle y me dice: “Escríbeme una historia, y yo la vivo”. Me pareció que eso iba más allá de la literatura. Todo eso, además, me llegó cuando acababa de publicar *Doctor Pasavento* y no sabía por dónde iría. O sea que, en un primer momento, pensé que todo aquello me llevaba más allá de mi literatura. De alguna forma, fue como la historia del señor del Tiempo Lento de Mantua. La aparición de Sophie Calle en mi vida me pareció providencial. Entre otras cosas, me mostró la puerta de salida de mi *Trilogía de la Catedral Metaliteraria*. En *Exploradores del abismo* lo cuento como si fuera inventado, pero mi historia con Sophie ha ocurrido en la vida real. Lo que sucede es que, contándola como ficción, he dado una vuelta de tuerca más a mis exploraciones sobre realidad y ficción, he ido más allá de mi literatura, pero quedándome en la literatura, es decir, no dando el salto a la vida, porque me pareció que, si lo daba, iba a quedarme sin nada y la buena de Sophie se quedaría con mi literatura... Y bueno, no puedo dejar de contarle a usted ahora que ayer, después de un

año de silencio, Sophie me envió un e-mail para preguntarme mi dirección de Barcelona, ya que quiere enviarme un libro que acaba ella de publicar. No tuve más remedio que comunicarle que también yo he escrito y publicado algo y que quiero enviárselo. O sea que, si no me equivoco y como era previsible, la historia sigue, lo cual –tengo que confesarle– me da un poco de miedo, aunque confío en mí y sé que sabré sobreponerme a cualquier pánico posible.

–En *Bartleby y compañía* abordó el tema de los escritores que dejan de escribir, de las personas que viven y luego dejan de hacerlo. ¿A usted también le asalta ese miedo?

–Miedo ninguno. La columna vertebral de mi método creativo –ampliado gracias a la exploración, valga la redundancia, de *Exploradores del abismo*– no permite el silencio exagerado. En la esencia de esa columna se halla una frase que yo sé que vertebra toda mi obra futura, lo cual –dicho sea de paso y con mi sonrisa más amplia– es todo un descanso saberlo, pues se vive muy bien alejado de cualquier inquietud *bartleby*. ¿Le digo la frase? Espere, que no sé si voy a recordarla bien... Sí, ya está, es de Beckett. A ver... “No querer decir, no saber lo que se quiere decir, no poder decir lo que se cree querer decir, y decirlo siempre”

–Y así, después de *Bartleby*, se fue al extremo contrario, a narrar la historia de un moderno *Don Quijote en enfermo de literatura* con *El mal de Montano*...

–*El mal de Montano* –destacaría de él su estructura, inédita en el mundo de la novela– dio nombre a un síndrome que en catalán ya lo tenía: *lletzaferit*, es decir, *letraherido*. Tener el mal de Montano es, en definitiva, ser un letraherido. Me pareció que hablar de ese síndrome era la única salida que tenía después de *Bartleby y compañía*. Pero no quería hablar sólo de ese síndrome, sino del mundo de los diarios literarios que son fronterizos con la ficción. Gide, Gombrowicz, Kafka... Ese era para mí el tema central y también el tema de estudio del libro, y no el síndrome de Montano. En *Doctor Pasavento* sucede algo parecido; se considera que el libro habla del tema de la desaparición, pero en realidad habla de la soledad de ese personaje que se esconde creyendo que todo el mundo lo buscará y no lo busca nadie.

–Se comentó mucho, sobre todo cuando le dieron el premio Rómulo Gallegos, el hecho de que el reconocimiento le llegara en países como Francia, Argentina o México, antes que en España. Incluso llegó a decir que se había autoaplicado la ley de extranjería en vista de que no encajaba en ese panorama narrativo español. ¿Se siente hoy más cómodo tras la llegada del éxito y los premios? ¿Sigue siendo igual de cerrado ese panorama?

–Ahora está todavía más cerrado. Porque estamos en el país en el que, en cuanto uno crece, le llueven los palos. Ni siquiera el Premio de la Real Academia a *Doctor Pasavento* aplacó los ánimos, sino todo lo contrario, claro. Pero ya me da igual porque, a fin de cuentas, nunca he creído en las literaturas nacionales, de modo que quiero desentenderme ya de una vez por todas del tema del reconocimiento español y de todas esas zarandajas. Pero queda un poso de rencor inevitable. Una anécdota ilustra lo que me ha pasado a lo largo de estos últimos años: el día en que recibí el Médicis-Etranger, el premio al mejor libro extranjero publicado durante el año 2002 en Francia (algo así como ganar la Copa de Europa en Wembley), llamaron desde París a las páginas de Cultura de El País para que publicaran la noticia y desde allí les dijeron que no le darían mucho relieve porque “a ese ya lo hemos sacado mucho últimamente”. Sobra decir que si el ganador hubiera sido alguien de la casa, el despliegue de información sobre el premio (a la final llegaron DeLillo y Joyce Carol Oates) habría sido apabullante. Más anécdotas: A un ensayista de quinta fila que se califica a sí mismo de “crítico honesto” le dio por decir, el otro día, que yo triunfaba en Francia porque ese era un país tradicionalmente “de acogida”, o algo por el estilo. Ya está: así justificaba ante sus pobres seguidores que yo fuera un escritor pésimo, aunque triunfara en Francia. O sea, que para él era algo chupado que te hicieran caso allí cuando en realidad todo el mundo sabe que algún mérito literario tienes que haber hecho para que en ese país de gran tradición lectora hayan llegado, por ejemplo –como ocurrió la semana pasada–, a proponerme para que entrara en la Academie Française. Y bien, ahora acabo de recibir dos premios seguidos en Italia, el Flaiano y el premio letterario Elsa Morante “a un gran escritor extranjero” (silenciado los dos, por cierto, por la sección de Cultura de La Vanguardia, el periódico de mi ciudad), dos premios notables, y me gustará saber qué nueva explicación le encontrará el “crítico honesto” a esa expansión de mi obra en Italia. ¿También quedará todo explicado diciendo Italia es “acogedora”?

–¿Le interesa la literatura que se hace ahora mismo en España? ¿Y en Hispanoamérica, cree que se está viviendo un importante momento de creatividad?

–Creo en escritores individuales y, como le he dicho, no he creído nunca en las literaturas nacionales. Hay buenos narradores españoles. No doy nombres para evitarme problemas. Lo que sí tengo que decir es que una de las cosas que más me sorprenden de los escritores españoles y de los escritores catalanes de hoy en día es que sientan deslumbramiento ante cualquier patán nortea-

americano y no hayan mostrado apenas interés por la vigorosa literatura hispanoamericana de ahora. Por lo demás, ya lo dije en un artículo en *El País* y puedo repetírselo a usted ahora si quiere: he tenido que viajar a muy diversos países y padecer –o, mejor dicho, observar– de cerca el desconocimiento de la literatura española en casi todas partes. Sólo cinco o seis nombres de escritores en lengua española son realmente conocidos por el público literario europeo. El referéndum más cruel lo pasan los escritores españoles en Hispanoamérica, donde, a diferencia de Europa, sólo dos o tres escritores –más bien los más alejados del tradicional realismo hispánico y de la prosa castiza– interesan. Si comienzan por no interesar en Hispanoamérica, ¿cómo van a interesar al mundo? Los 101 escritores catalanes que acuden a Frankfurt podrían comenzar a tomar nota de esto, pues quizás les convenga no caer en el mismo pozo en el que han caído numerosos escritores españoles. Pero los catalanes –exceptuando a algunos genios– aún son más cerrados todavía.

–Supongo que conservará aquella cuartilla en la que Marguerite Duras –su casera durante los dos años que vivió en París– le apuntó las claves que debía tener presentes para escribir una novela... unidad, armonía, estilo, tiempo... ¿Cuáles le escribiría usted en una cuartilla en blanco a un joven que quiere ser escritor, lo mismo que era usted entonces?

–Francamente, no creo en los consejos. Es más, me parece que en general se piden consejos para no seguirlos o, en el caso de seguirlos, para reprochárselos luego a quien te los ha dado. Pero en fin, supongamos que me obligaran con una pistola a dar algún consejo a un joven. Le daría aquel que le dio Oscar Wilde a un muchacho al que le habían dicho que debía comenzar desde abajo: «No, empieza desde la cumbre y siéntate arriba.»

–“Un verdadero artista es un solitario de sí mismo” dice en uno de sus últimos cuentos, que es en realidad un ensayo sobre el placer de la invisibilidad y la necesidad del artista de blindarse contra el mundo. ¿Cómo vive esa tensión entre el personaje público con una agenda llena de actos, conferencias, entrevistas, compromisos... y el deseo de aislamiento que le atrajo en un principio de la idea de ser escritor?

–¡Ay, ese texto, *La gloria solitaria*...! En realidad, a mí me gustaría poder escribir siempre como lo le hecho en el ensayo que cierra *Exploradores del abismo*. En ese escrito es donde más me reconozco. Ahí precisamente queda claro que el público lector puede ser a veces un gran engorro. Como no estoy actualmente para perder el tiempo, creo que cada vez haré más lo que realmente quiero hacer y que por tanto mi literatura se dirigirá hacia ese tipo de escritura en la que me siento más auténtico y más libre, por mucho que siempre habrá quien se sentirá olvidado como lector. Pero lo siento –le diría yo a ese lector–, no haberte contaminado tanto con la televisión y con la lectura de tanto pesebre castizo.

–¿Qué opina de la crítica que se hace en España? ¿A usted en particular sigue afectándole una mala crítica, por insignificante que sea, como ha comentado en alguna ocasión?

–Eso me ocurre porque tengo en gran estima la crítica literaria. He leído siempre crítica, inglesa y francesa sobre todo. En España se cree absurdamente que “criticar” es darle un buen palo a alguien. En fin. A mí me ocurre que cuando me halagan suele importarme poco, pues, como no soy tonto, el éxito lo vivo como algo muy relativo. Y en cambio puede ocurrirme que cualquier mínimo rechazo a mi obra lo vea como una gran afrenta, un rechazo a la totalidad. Ese sentirlo como una gran afrenta es algo que queda ilustrado perfectamente en la anécdota de Pier Paolo Pasolini, artista de la máxima honradez, que lloró por una crítica negativa en la hoja parroquial de un pueblo de mala muerte. Y es que una crítica en contra (aunque el crítico sea un famoso idiota o sea un retrato mío hecho por Trapiello en el que en realidad sólo se retrata a sí mismo), las malas ventas de un libro, ese premio insignificante pero que sin embargo no te han dado, ese escaparate de librería donde no está tu libro y sí en cambio uno de tu más odiado colega, ese suplemento cultural en el que no te nombran y encima dedican tres páginas a un mamarracho, todo eso pueden ser para mí rechazos que me impiden vivir en paz. En esta entrevista he ilustrado precisamente este drama. Por eso ahora tocaba ironizar sobre él. Y es que en todo texto de los que escribo, pero también en cualquier entrevista que mantengo, necesito incluir la dosis precisa de autoironía.

–Sabemos el tipo de literatura que no le interesa, en “París no se acaba nunca”, por ejemplo, escribe que le hacen reír esos escritores realistas “que duplican la realidad empobreciéndola”. Y sabemos también cuáles son sus héroes literarios Walser, Pynchon, Melville, Raymond Roussel, o Samuel Beckett... ¿qué espera encontrar cuando abre un libro? ¿Es fácil seguir hallando literatura subversiva?

–Espero encontrar una visión del mundo original, distinta de las que ya conocía. En cuanto a la literatura subversiva, la verdad es que no tengo problema para encontrarla siempre.

–Además del cuento o la novela, también ha cultivado el ensayo, la crónica periodística, las conferencias y multitud de textos –“artefactos literarios”– híbridos. ¿Se siente cómodo fuera de la fic-

ción, por ejemplo, en las crónicas periodísticas que le obligan poner los pies en la tierra para pasearse por la realidad cotidiana?

–Tiendo a eliminar fronteras entre los géneros para llevarlo todo a mi terreno, a mi aguijón y estilo propio. Dicho de otro modo, todo lo *vilamatizo*, incluida la realidad cotidiana. No lo puedo evitar, va con mi carácter.

–*Reproduzco unas palabras tuyas, una bella forma de describir la tarea del escritor “es algo terrible pero que recomiendo a todo el mundo, porque escribir es corregir la vida, es lo único que nos protege de las heridas insensatas y golpes absurdos que nos da la horrenda vida auténtica”. ¿La literatura es un refugio para usted?*

–Me gusta mucho una foto que hizo Juan Rulfo en México, donde podía verse un pino seco y un bar cerrado y en ruinas desde hacía años, en pleno desierto, sin ninguna otra casa en varios kilómetros a la redonda. Ese bar recordaba mucho a ese caserón o salón de juegos solitario en medio de la nada que aparece en la película *Johnny Guitar*. Pero el bar de Rulfo era real. Había sido abandonado hacía muchos años. Lo que me gustó de él es el nombre, el nombre de ese bar, se llamaba (o se había llamado) *El Último Refugio*.

–*Le he pedido “prestada” una pregunta a Ricardo Piglia, al que entrevisté en Cuadernos Hispanoamericanos hace unos números y con quien sé que le une una admiración mutua:*

“Un amigo común me ha dicho que, inicialmente, el Doctor Pasavento se iba llamar Doctor Pynchon y hoy a la tarde he leído con admiración su texto La gloria solitaria donde, entre otras historias, comenta el ensayo Contrapunto de Don De Lillo, ¿podría conocer su opinión sobre esos dos novelistas norteamericanos? ¿Cree usted que han sido influidos, como todos nosotros –desde el más allá– por Macedonio Fernández?”

–Sí. Y hasta me imagino un libro de Pynchon que se titularía *No toda es vigilia la de los ojos abiertos*. Los dos norteamericanos me parecen absolutamente geniales, aunque todavía han de aprender a titular como lo hacía Macedonio. En cuanto a éste, es, sin duda, mi escritor de conspiraciones metafísicas preferido y no me extraña que su alargada sombra se proyecte sobre DeLillo y Pynchon y sobre nosotros y sobre el mundo entero.

–*Dígame la verdad ¿se ha inventado alguna de las respuestas de esta entrevista?*

–Sólo la última, esta respuesta.

* * *

Relato

UN CATÁLOGO DE AUSENTES ¹

por Enrique Vila-Matas

Vengo preparando desde hace años una *Historia general del vacío*. Pero la angustia de escribir la primera frase de esa *Historia* me tiene bloqueado. Como no ignoro que nada relaja tanto como una máscara, he llegado a pensar en buscarme un pseudónimo para poder por fin atreverme a escribir la primera frase de esa *Historia* que ando siempre proponiéndome escribir.

Yo sé que si un día me decidiera por fin a empezar el libro, situaría en primer lugar la historia que un día me contara Raúl Escari en la calle Maipú, frente a la casa de Borges, en Buenos Aires. Mi amigo me contó que un día, después de almorzar en casa de Copi, le explicó a éste que las flores cortadas duran más si se pone una aspirina en el agua. Después, Raúl se fue a comprar una botella de vodka y, cuando regresó a la casa, encontró a Copi inmóvil, sentado frente a un florero con una amapola colocada en el centro de la mesa, mirando la flor con gran atención. Copi quería verificar lo que le había dicho Raúl y pensaba que el eventual efecto estimulante de la aspirina se iba a producir

¹ *Un catálogo de ausentes* es el Prólogo-relato a *Contes Carnivores*, un libro del joven Bernard Quiriny, interesante escritor francés que publicará próximamente su libro en la editorial Seuil, de París. El prólogo es inédito en español y aún no ha aparecido en la versión francesa, que está prevista para enero del 2008. Quiriny hasta ahora sólo ha publicado un libro, muy bueno por cierto: *La angustia de la primera frase*. En uno de sus cuentos urdía una trama y se convertía en un impostor infiltrado dentro de mi obra, de ahí que mi prólogo tenga un cierto barniz de venganza.

a ojos vista.

Años después, Raúl confirmó el espíritu de investigador de Copi y su vocación de rastreador del enigma del universo cuando, encontrándose éste ya mortalmente enfermo de sida, le comentó, como si estuviera igual que aquel día sentado frente a la amapola:

–Por mucho que me acerco (a la muerte), *no descubro nada.*

A mí siempre me ha parecido que esta historia de Raúl Escari podía convertirse en la apertura de la brevísima *Historia general del vacío* que quiero escribir y no me decido y cuyo primer episodio imagino que tendría que girar en torno al pecado original y la pérdida del Paraíso. ¿Cuál sería el segundo? Anne-Marie Aguirre, una buena amiga mía de París, sitúa la aparición de la idea de vacío en un antecesor de Plotino, un filósofo cuyo nombre esta tarde he olvidado (es el único aunque llevadero inconveniente de escribir en una casa de paredes blancas sin un solo libro), pero de quien me acuerdo perfectamente que dejó dicho: «No es cierto que la historia del mundo sea una historia de grandes logros, sino una historia del tedio». Recuerdo que esta frase en su momento me sorprendió, porque hasta entonces no había relacionado la *historia* con los *grandes logros*; todo lo contrario, me parecían dos cosas disímiles.

Pero ahora sé perfectamente que la búsqueda de trascendencia y la huida (imposible) del tedio cruza la historia de la humanidad y alcanza otro de sus momentos estelares en *El relato de Arthur Gordon Pym*, que es el libro más extraño de Edgar Allan Poe y cuyo célebre final, aún más enigmático y raro que el propio relato, sitúa al héroe en una canoa en el fin del mundo. Una irresistible corriente empuja a la canoa hacia el sur, *hacia el polo* y, a medida que se acercan a los límites de la tierra, todo el entorno va transmutándose y se ve una enorme columna de vapor en el horizonte y el agua toma un tinte lechoso y se calienta, y cae sobre la canoa un finísimo y pálido polvo, mientras que decenas de aves gigantes y blancas gritan:

–¡Tekeli-li, Tekeli-li!

Lo más sorprendente son las últimas palabras de la narración: «Entonces nos precipitamos en el interior de la catarata, que se entreabrió como para recibirnos. Pero he aquí que, a través de nuestro camino, se alzó una figura humana de proporciones mucho mayores que las de ningún habitante de la tierra, con el rostro velado; el color de su piel tenía el blanco purísimo de la nieve».

Ahí termina abruptamente el relato de Poe, que siempre se dio por inacabado. Este color blanco del final del relato siempre lo he relacionado estrechamente con la fascinante portada del libro de 1788, *Historia general del aburrimiento*, de Pierre Gould (insigne antepasado, por cierto, del Pierre Gould que aparece siempre en los relatos de Bernard Quiriny, uno de mis escritores favoritos). En esa portada fascinante se veía una figura humana emergiendo de un grandioso bloque de hielo. Leí ese libro de niño y la idea misma del libro, pero sobre todo la portada glacial, me quedaron grabadas para siempre.

¿Cómo no iba a quedarme en la memoria una obra que tiene el apéndice más extravagante de la historia de los libros, ese apéndice titulado *Catálogo de ausentes*, donde el autor se propone la ingente y demencial tarea de reunir y apuntar los nombres de todos los muertos que ha tenido el mundo hasta el momento de escribir la primera frase de su libro? Sólo muchos años después obtuve la explicación razonada de por qué existía tan insólito y enloquecido apéndice a la *Historia general del aburrimiento*. Y la verdad es que la explicación casi me decepcionó, pues la encontré de una excesiva simpleza y tontería: Pierre Gould emprendió esa tarea (tan condenada a la inexactitud, pues es obvio que ha tenido el mundo millones de muertos que no fueron registrados en ninguna parte) porque simplemente quería llevarle la contraria a su ilustre progenitor, Johann Heinrich Gould, físico y matemático alemán de Tubinga, que a mediados del siglo XVIII había demostrado que el número *pi* era irracional, y cerró así la posibilidad de poder determinar una cifra *exacta* (fracción numérica) para este número.

Su hijo buscó, a través de su intento de escribir el demencial e irracional *Catálogo*, demostrar que en el mundo únicamente podían haber cifras exactas, incluidas las de los muertos que ha tenido el universo a lo largo de su rotundamente mortal historia. «Forzosamente esa cifra tiene que existir, otra cosa es que sea fácil encontrarla, porque siempre habrá más de un difunto oculto», aseguraba el

pobre Gould junior entre el estupor, la compasión o las risas de sus contemporáneos, y la preocupación de su madre, una inteligente aristócrata francesa. Está claro que lo único que pretendía Pierre Gould era llevarle la contraria al padre hasta sus máximas consecuencias. Ser mucho más que el padre, ser el mismísimo Dios para poder dedicarse a confeccionar un entretenido catálogo de muertos que únicamente podía estar al alcance de un ente divino.

En fin, la *Historia general del aburrimiento* y su demencial y a la postre escuálido *Catálogo* (no acabado, por supuesto; Pierre Gould no llegó a completar ni siquiera la lista de muertos registrados en las sacristías de las iglesias de su Tubinga natal) están ahí, qué se le va a hacer. Y bueno, por otra parte, he de decir que en cierta forma yo me considero su continuador, pues trabajo mentalmente desde hace unos años en un catálogo personal, un *Catálogo de Ausentes* que ha de ser el apéndice de mi brevísima *Historia general del vacío*, resumen muy abreviado (aunque con incorporaciones propias) de la ambiciosa e incompleta *Historia general de aburrimiento* que publicó en su tiempo Pierre Gould.

¿Por qué hago todo esto? ¿Acaso tengo, como Gould, un padre al que contradecir? Bueno, mi caso es ligeramente diferente. Yo hago el libro para llevarle la contraria a mi madre, para hacer algo que sea bien distinto a lo que hace ella en la vida.

Mi madre, alias Ojo de Vidrio, asegura que su vida está extremadamente llena de riesgo, inseguridad, y diversión. Jamás se aburre. Eso dice. Pero como lo repite tanto, inspira la sospecha de estar en el fondo aburriéndose siempre mucho. Es más, creo que habría sido un personaje ideal para la *Historia general del aburrimiento* de Pierre Gould.

Escribo todo esto en este pequeño apartamento de paredes blancas, sin libros. Simpatizo mucho con las paredes vacías. Si algún día tuviera que decorar alguna de las de esta casa, colgaría algún cuadro que reprodujera la esfinge de los hielos que Gordon Pym creyó ver en el fin del mundo. Pero no colgaré nada nunca. Necesito, sobre todo, escribir con una pared desnuda a mi espalda, pues sin duda me parece el entorno más adecuado para trabajar en un *Catálogo de Ausentes*. ¿O acaso no sería ridículo que hubiera colores en mi apartamento? Me gustan estas paredes blancas y me gusta el frío. En realidad, el frío me fascina tanto que he llegado a pensar que dice la verdad sobre la esencia de la vida. Detesto el verano, el sudor de las suegras despatarradas por las arenas del circo de las playas, los arroces al sol, los pañuelos para el sudor. Me parece que el frío es muy elegante y se ríe de una manera infinitamente seria. Y el resto es silencio, vulgaridad, hedor y gordura de caseta de baño. Me fascinan los copos suspendidos en el aire. Amo las ventiscas, la espectral luz de la lluvia, la azarosa geometría de la blancura de las paredes de esta casa.

Me gusta pensar en la palpitación del agua bajo el hielo.

Me aburro bastante, al menos tanto como mi madre.

Me consuela saber que aún no es demasiado tarde para que llegue a tener grandeza de carácter.

Me gustaría salir y fumar un cigarro de hielo.

A veces me hago pasar por Pierre Gould, por el historiador del aburrimiento, pero a veces también por su descendiente, ese que también se llama Pierre Gould y aparece en los relatos de Bernard Quiriny.

En cualquier caso, me gusta saberme diferente. La capacidad de alegría se atrofia cuando uno quiere ser igual que los otros.

A veces voy a la morgue a que me den los nombres de los muertos del día, aunque está claro que al paso tan lento al que voy aún habrá de salirme un catálogo de ausentes más limitado que el del pobre Pierre Gould. En cualquier caso, creo que será crucial la presencia de la figura de Falter en mi *Historia general*. Debería centrar muy especialmente la atención sobre su fabuloso personaje, sobre ese hombre cuya vocación de investigador del misterio del mundo le llevó demasiado lejos. Porque Falter, pariente próximo de aquel Copi que investigaba a la amapola, es aquel tipo del que nos hablara Nabokov en su relato *Ultima Thule*, aquel hombre que perdió toda compasión y escrúpulo cuando en un cuarto de hotel resolvió «el enigma del universo» y no quiso revelarlo a nadie más tras haberlo hecho una única vez cediendo al acoso de un psiquiatra al que le destrozó tanto la revelación

que hasta le causó la muerte.

Otro personaje crucial de mi *Historia general del vacío* creo que debería de ser la propia Ojo de Vidrio, mi madre, siempre ella tan fuera de toda sospecha de estar aburriéndose cuando en realidad yo sé que convive con el vacío en un aburrimiento mortal. Mi madre. No sé cuántas veces la he visto asomada a la ventana de algún cuarto de hotel oteando el horizonte, como si, más allá de éste, fuera a descubrir el enigma del universo o del vacío. Pero no creo que haya pretendido o deseado nunca dar con él. Porque Ojo de Vidrio, al igual que Falter, sabe perfectamente que resolver el enigma habría de conducirla a ver de golpe toda la realidad entera, a tener de repente ante ella toda la grandiosa y espeluznante verdad y, por tanto, poco después, caer fulminada por el mortal susto final.

Los que como yo intuimos qué es lo que pudo ver Falter, oímos a veces poemas dulces y angustiosos, versos femeninos que nos dan mucha pena, versos bellísimos de poetisas hermosamente desorientadas como Hilda Doolittle, que decía haber visto que no caían las murallas y no entendía por qué, mientras ella y los suyos avanzaban por el fin del mundo y notaban de pronto que el éter pesaba más que el suelo y que éste se combaba como en un naufragio y la expedición descubría de golpe que ya no había reglas. Lo dice Doolittle al final del más bello de sus poemas: «No conocemos reglas / por las que guiarnos, / somos navegantes, exploradores / de lo desconocido, / lo no registrado; / carecemos de mapa; / quizá arribemos a puerto...»

La verdad es que yo, con mi *Catálogo de ausentes*, no creo que arribe a puerto alguno. Creo que lo mejor será que me contente con hacer tan sólo un modesto catálogo propio, es decir, una sencilla y trágica lista de mis muertos. Sin duda, acceder a otros inventarios de difuntos, acceder al Catálogo de *lo no registrado*, sería embarcarse en una tarea tan imposible como infinita, y encima perderse en la senda precisamente del fracaso de mi modelo en esta materia, el pionero Pierre Gould.

Me quedaré en lo mío, con mis muertos más íntimos, que –ahora que lo pienso bien– no existen. ¡No existen! ¿Cómo no me di cuenta antes de esto? Soy alguien que tiene el privilegio de tener a todos sus seres amados todavía vivos. Es algo casi insólito, pero no se me ha muerto nadie todavía. Es decir, que en cuanto a catálogos de difuntos, ni siquiera puedo escribir el de mis muertos personales, ni siquiera me es posible hacer esa nómina de ausentes. ¿Cuánto tiempo podré seguir así, sin muertos cercanos? ¿Cómo lo haré para llenar decentemente mi vacío existencial? ¿Escribiendo esa *Historia General del Vacío* cuya primera frase me angustia tanto que me paraliza? Debería ser realista y darme cuenta de que lo tengo que hacer es simplemente seguir perteneciendo –aunque, por cuestiones cronológicas, no conste en ella– a la *Historia general del aburrimiento* de Gould junior.

Quizás lo único que pudiera sacarme verdaderamente del hastío sería encontrarme con Falter y que me contara lo que sabe, pero no, no me interesa nada que me cuente algo de todo eso tan terrible que ha visto, porque yo sé que saberlo equivale a ir mucho más allá del Tekeli-li y de la esfinge de los hielos de Poe, es ir directamente a buscar un golpe repentino de realidad, verdad y fulminante muerte.

No sé. Como en realidad mi *Historia general del vacío* iba a ser en el fondo muy breve, aquí mismo ya la doy por terminada. Me vence la pereza. Además, siempre he sido voluble, frívolo y disperso. Espero que se diga que esa *Historia general del vacío* no pasó de un intento de en realidad no escribirla nunca, y que quede como un vacío más dentro de la historia general del vacío, la más hueca de todas las historias. Prefiero esto a que se ocupen de mí y digan la verdad, digan que a veces existo sin identidad y estoy siempre ausente del lugar desde donde hablo, y todo eso que suele decirse cuando creen que hay algo realmente que decir.

Prefiero limitarme a ser un personaje de Pierre Gould. O mejor dicho, hacerme pasar por el Pierre Gould actual, por el héroe –tal vez el doble– de Bernard Quiriny. Eso en el fondo habrá de resultarme más estimulante que escribir una *Historia general del vacío* y estar todo el rato luchando con la primera frase. Hacerme pasar por Pierre Gould, el descendiente del matemático de Tubinga, y cualquier día de éstos visitar a Bernard Quiriny para preguntarle por qué cuenta tantas historias de mí.

O mejor todavía: no *hacerme pasar* sino *ser* directamente Pierre Gould y de paso preguntarle a

Quiriny por su segundo libro y averiguar si es verdad, como me han dicho, que éste tiene todo el aspecto de ser el *Catálogo de ausentes* que ando mentalmente escribiendo desde hace tantos años. ¿Es realmente este segundo libro de Quiriny un catálogo de ausentes? Dicho de otra forma, ¿no será que es de Pierre Gould ese libro, no será que ese libro es mío? Reclamo su autoría.

Barcelona, 28 de abril 2007

© Enrique Vila-Matas

* * *

Lecturas

UN ESPÍA DE LETRAS

Nota sobre el viajero más lento que amaba a Carmen Miranda

por Antón Castro²

Enrique Vila-Matas mide la lentitud y la facilidad con que fuma, deja unos incómodos silencios entre frase y frase. Y además es un coleccionista de postales y de instantes (uno de sus favoritos es cuando Patricia Highsmith le dijo que se parecía mucho a Ripley; otro se remonta al día en que redactó una entrevista inventada con Marlon Brando), de fotos, de cartas, de pensamientos y de *informes* más o menos secretos sobre los autores que ama: les abre carpetas, amontona sus entrevistas y luego construye sus ficciones como mecanismos de relojería. Sabe donde Kafka besó por última vez a Felice Bauer o conoce el trayecto que realizaba cada mañana Graham Greene en Antibes, adonde fue a verlo un día. Acudimos a su admirado Robert Walser para retratarlo: «Nada me causa tanto placer como dar una imagen falsa de mí a los que llevo en mi corazón».

Su trayectoria es indiscutible. Estamos ante uno de los escritores de culto por excelencia: es venerado en México, Argentina, Francia y Portugal, que está a punto de ser su segunda patria. Y, por supuesto, en España. Autores como Tito Monterroso, Sergio Pitol, Alejandro Rossi, Bernardo Atxaga, Álvaro Mutis (hace muchos años, en Madrid, oí como le decía: «No sabe usted lo feliz que me ha lecho su *Historia abreviada de la literatura portátil*. Es un libro extraordinario. Gracias») o el propio Bioy Casares reconocen su maestría, desenvuelta con una prosa elegante y accesible pero cargada de matices y de ingenio. Sus libros también se pueden leer como una inmersión radical en la melancolía. Al cabo de más de 25 años dedicados por completo a la escritura, su obra es una de las más originales, fascinantes y enigmáticas de la literatura española. Entre sus novelas merecen ser destacadas *La asesina ilustrada* (Tusquets, 1977; Lengua de Trapo, 1996), un libro casi mortal en cuya escritura le alentó su casera Marguerite Duras. *Impostura* (Anagrama, 1984) fue finalista del Premio Herralde y constituye una reflexión sobre la memoria y la identidad a través de un pordiosero en la Barcelona de los 50. *Una casa para siempre* (Anagrama, 1988) sucede en Lisboa y narra las peripecias de un ventrílocuo que le clava en el corazón una sombrilla de Java al barbero que ha seducido a su mujer. *Lejos de Veracruz* (Anagrama, 1995) quizá fuese su mejor novela hasta *El viaje vertical*, *Doctor Pasavento* o *El mal de Montano*: es la historia de los hermanos Tenorio y un homenaje a la literatura como último refugio, con una isla inolvidable de amor y muerte dentro. Vila-Matas, como vuelve a verse en la aventura iniciática de Federico Mayol en *El viaje vertical* es un narrador con islas y paraísos perdidos en vidas anteriores. *Extraña forma de vida* (Anagrama,

² Antón Castro (Arteixo, La Coruña, 1959), escritor y periodista. Autor de libros de historia, periodismo, ensayo y, sobre todo, narrativa. Su pasión son los tigres y las sirenas, y las viejas fábulas. Coordina el suplemento *Artes y Letras del Heraldo de Aragón*. Dirige y coordina el programa *Borradores*, en Aragón Televisión. Ha publicado los siguientes libros: *Mitologías* (1987), *El corazón desbordado* (1990), *Los pasajeros del estío* (1990), *El silbo vulnerado* (1991), *Bestiario Aragonés* (1991), *Aragoneses ilustres, ilustrados e iluminados* (1992), *Retratos imaginarios* (1994), *Veneno en la boca* (1994), *El testamento de amor de Patricio Julve* (1995), *A lenda da cidade asolagada* (1995), *Arquitecturas imaginarias de Aragón* (1995), *Vida e morte das baleas* (1997), *Los seres imposibles* (1998), *El álbum del solitario* (1999), *Aragón* (2001), *Vidas de cine* (2002) y *Golpes de mar* (2007). Blog: <http://antoncastro.blogia.com>

1997) tiene mucho de ejercicio de estilo con espías al fondo y de homenaje a Portugal, al fado, a Pessoa y a Amália Rodrigues.

Ha escrito varios libros de relatos: *Suicidios ejemplares* (Anagrama, 1991) e *Hijos sin hijos* (Anagrama, 1993), a los que debemos sumarle *Recuerdos inventados. Primera antología personal* (Anagrama, 1994). Y por supuesto *Exploradores del abismo* (Anagrama, 2007), que tiene algo de resurrección a la vida y al género breve, y de refutación de un mundo, de un modo de armar la escritura y de hacer convivir, de nuevo, la verdad y el sueño de una forma tan peculiar como envenenada. Vila-Matas es un prodigioso cuentista que explora el enigma de la identidad y esa cristalina distancia entre ficción y realidad, tratados con ironía y con un particular sentido de la Historia y la autobiografía. A este género, de un modo más específico que ningún otro, pertenece uno de sus libros más deliciosos: *París no se acaba nunca*.

© Antón Castro

* * *

Lecturas

VILA-MATAS, VIAJE ALREDEDOR

por Miguel Sanfeliu³

Aunque sea una obviedad, debo empezar estas líneas diciendo lo que todo el mundo sabe: Enrique Vila-Matas es uno de los más importantes escritores del actual panorama narrativo español, con un mundo y estilo propios. Queda dicho.

En sus libros maneja la literatura como fuente de inspiración y materia narrativa. Escribe libros que hablan de libros. Por el camino, escribe sobre sí mismo, y su vida se convierte en invento literario, de modo que se mezcla con la ficción y llega un momento en que lo ficticio y lo real se ensamblan de tal modo que ya nada los puede separar, conformando un territorio alternativo, acaso también real, pero intangible. Así lo admite él mismo cuando dice:

He ido creando tantos personajes e historias que yo siento de verdad aunque sean falsas que ahora me doy cuenta que nunca sabré quién soy por culpa de escribir.

Su preocupación por la identidad, por la existencia real, paradójicamente, le van introduciendo en un mundo alternativo, imaginado.

La literatura y todo lo que la rodea se convierte en el más importante tema sobre el que pensar, en el centro de la existencia de Vila-Matas. Todo surge de la literatura y vuelve a ella, en un proceso que se retroalimenta sin descanso. En los libros de este autor se da cumplida respuesta a la absurda dicotomía entre arte y vida: ambas son lo mismo. La literatura es una impostura y, como en el caso de los simuladores, uno puede experimentar en ella vivencias con la misma intensidad que si las hubiera vivido realmente.

Este Vila-Matas personaje posee una entidad bien definida. Se trata de alguien tímido, que habla en voz baja y, a veces, titubea, como muestra de inseguridad. No le gusta teorizar. No es pomposo ni pedante. Se limita a hablar sobre sí mismo, cuenta historias en las que se muestra como un eterno principiante, alguien que intenta explicarse el mundo en el que vive, que deambula por la realidad con la curiosidad de quien se ha perdido en una ciudad desconocida.

En cierta ocasión asistí a una conferencia suya. La empezó diciendo que le habían robado, o había extraviado, todo su equipaje, incluidos los papeles de la charla que iba a dar, así que tenía que improvisar. Creo que ha sido la conferencia más divertida que he presenciado en mi vida. Nos contó episodios sobre su primer viaje a Alemania, donde conoció a un librero, en Stuttgart que, al término

³ Santa Cruz de Tenerife, España, 1962. Reside en Valencia. Ha publicado en diversas revistas y libros colectivos. Colabora en el suplemento cultural mexicano *Laberinto*, del periódico *Milenio Portal*. También en internet se pueden encontrar textos suyos. Actualmente escribe un blog llamado "Cierta Distancia"

de una lectura que llevó a cabo en su establecimiento, durante el coloquio, acabó por suplantarle, pues no dudó en responder algunas de las preguntas que el público formulaba (esto lo cuenta de modo casi idéntico en su libro «El viajero más lento»); nos habló también de sus inicios como escritor, y nos contó que publicó en la revista «Fotogramas» una entrevista a Marlon Brando que, en realidad, se había inventado de cabo a rabo, por lo que en cierto modo también él había adoptado un papel que era falso. Y, de este modo, llegó a la historia de su primera novela, que trataba sobre un libro que mataba a quien lo leía y que se titulaba «La asesina ilustrada». Todo fue muy interesante, tenía el don de hipnotizar al público, de transportarnos a los escenarios que nos iba describiendo.

Y eso que no le gusta hablar en público.

Una de las cosas sobre las que diserta Vila-Matas en sus artículos y conferencias hace referencia a todo aquello que rodea la actividad del escritor, una especie de daños colaterales, podríamos decir, como el hecho de tener que encajar las más variopintas cartas de rechazo, o la necesidad de participar en actos públicos, algo por definición reñido con el carácter solitario y reflexivo de un escritor.

En su artículo «El drama de ser rechazados» habla de esa frustrante realidad que son las cartas de rechazo. Cuenta que le rechazaron su tercera novela y le devolvieron el manuscrito con todas las metáforas tachadas y cambiadas. Piensa que la carta de rechazo constituye ya un nuevo género en sí misma y, como prueba, reproduce una carta que envía una editorial china y que dice:

Hemos leído su novela con un entusiasmo ilimitado. Si la publicamos, será imposible para nosotros publicar cualquier trabajo de menor categoría. Y como es impensable que en mil años superen la calidad de su libro, nos vemos obligados a devolver su divina composición y a rogarle que pase por alto nuestra miopía y timidez.

Desde luego, un ejemplo de carta de rechazo que, por su propio exceso, resulta cómica, y pone en evidencia su carácter hipócrita.

En «Sobre la angustia de hablar en público», escribe algo que me parece irrefutable:

No veo por qué escribir tiene que traer aparejado el hablar en público. Más bien son actividades contrarias, se escribe en soledad y en muchos casos incluso para huir del mundo.

No obstante, si uno quiere ser escritor debe hacerse a la idea de que tarde o temprano tendrá que hablar en público, así que Vila-Matas describe lo que esto le costó. Recurrió a la lectura de libros («Aprender a hablar en público», de Vallejo-Nájera), a algunos ansiolíticos y, por fin, al humor, que se ha revelado como el remedio ideal para dar una conferencia con éxito, hasta tal punto que le empieza a ocurrir que la gente se ríe antes incluso de que empiece a hablar, lo cual llega a molestarle un poco.

Otra cuestión que ha tratado en sus artículos es cómo afrontar esa pregunta que todo el mundo le suele hacer a un escritor: «¿Por qué escribe?» Por lo general, uno no es consciente de qué es exactamente lo que le impulsa a escribir, así que hay que tener preparada alguna respuesta más o menos elaborada. La búsqueda de esa respuesta da lugar a su texto «Escribir es dejar de ser escritor», una lúcida reflexión sobre lo que, en su caso, le atrae del mundo de la literatura.

Escribir es hacerse pasar por otro, escribir es dejar de ser escritor o de querer parecerse a Mastroianni para simplemente escribir, escribir lo que escribirías si escribieras. Es algo terrible pero que recomiendo a todo el mundo, porque escribir es corregir la vida –aunque sólo corriamos una sola coma al día–, es lo único que nos protege de las heridas insensatas y golpes absurdos que nos da la horrenda vida auténtica.

Toda una declaración de intenciones. Un canto a la literatura. Un gesto de entrega absoluta.

El único problema de una literatura que se nutre de la misma literatura, y de la impostura, como ya he dicho, es que el autor se convierte en el propio personaje, y se va empapando de ficción, de modo que la realidad y la ficción forman un nuevo espacio.

Creo que en realidad con tanto hablar en mi última novela del caso de Pasavento y de su desaparición, lo que ha ocurrido es que con el colapso físico quien realmente ha desaparecido soy yo o, mejor dicho, el «yo» que era yo el año pasado. Ahora quizás me haya con-

vertido en alguien que se esfuerza por cambiar su pasado. Necesitamos todos –tanto si escribimos como si no– vivir otras historias. Estamos constituidos por historias.

Eso dice Vila-Matas en una de sus últimas entrevistas. Estamos constituidos por historias. Nuestro concepto de realidad puede tener un mayor porcentaje de ficción, de mundo de ideas, que de espacio físico.

© Miguel Sanfeliú

* * *

Lecturas

PASAVENTO O MATRIX – UNA LECTURA

por Luisa Miñana ⁴

Recientemente he estado en Nápoles. Nada más llegar al aeropuerto, debido a una confusión del taxista que tenía que trasladarme al hotel, estuve a punto de desaparecer. Como un inflexible director de teatro, aquel hombre leyó mi nombre en el impreso con membrete de la agencia de viajes junto a un destino, ajeno a mis planes, en el que debía depositarme, según él. Durante unos segundos dudé, para qué negarlo: podía elegir entre quedarme en Nápoles, donde mucha gente sabía que iba a estar en esas fechas (hay constancia de ello en Internet) o desaparecer en Capri aunque fuera una semana. Incluso era más tentador esto último. Pero opté por no escapar, sobre todo porque nunca había estado antes en Nápoles y tenía muchas deudas en esa ciudad respecto a mí misma. Sin embargo, no fui completamente la persona que conozco en ninguno de los días que allí pasé. Como si yo hubiera realizado el viaje en distintas secuencias y una parte de mí no hubiera conseguido reunirse con el resto a la hora prevista de llegada en el aeropuerto, que es lo que por otra parte le sucedió a mi maleta. En todo momento anduve en Nápoles poseída por un malestar que enseguida bauticé como el «síndrome Pasavento»: puesto que en un momento determinado había podido ir más allá en mi viaje y no me había decidido a ello, alguien debía de haberlo hecho por mí, a lo mejor esos mismos bits de mí que me faltaban. Pero soy demasiado torpe y no conseguí averiguar cómo tal cosa habría podido suceder. Sólo alcancé, una tarde en la vacía catedral de San Genaro, a recordar el pensamiento de Pasavento al contemplar la soledad de las iglesias napolitanas: ¿qué será de las iglesias cuando nadie ya las frecuente? Si bien no sé si resolver este asunto me interesa mucho, lo cierto es que sobrecoge el vacío ante la fe. La fe en general es para mí un verdadero abismo. Seguramente por eso hace ya mucho tiempo que escogí el arte como forma de conocimiento. E igualmente era esa una de las razones por la que me había quedado en Nápoles. Y seguramente otra era porque Nápoles, en observación del doctor Pasavento, es igualmente un lugar ideal para empezar a desaparecer. Tanto es así que parece muy posible que otra de mis identidades no regresara de la visita al Museo Capodimonte, incapaz como fui de llegar a conclusiones suficientemente consistentes ante la contemplación del retrato que Tiziano pintó del Papa Paolo III. Conclusiones que pudieran liberarme del asombro. Creo que esa identidad sigue allí todavía y que ha conseguido un buen empleo como guarda del museo, lo que le permite no sólo avanzar en su estudio del cuadro de Tiziano, sino leer todo lo que cae en sus manos acerca del pintor y de otras materias, durante las largas horas de la jornada laboral.

Cuando volví a casa, empezaron a concatenarse algunas casualidades que no he podido pasar por alto a la hora de escribir este *simulacro de artículo* (lo llamo así porque creo que son dos conceptos que nos sitúan a todos en algún punto), en el que lo único que intento es corroborar la teoría, no enunciada como tal, del doctor Pasavento acerca de que la literatura es *metavida*, por lo menos en cuanto exploración. Y creo que también la pintura lo es, puesto que la perspectiva, el punto de vista, o su ausencia, transforman la realidad. La cuestión es que si no hubiera sido por la literatura, yo no hubiera atendido a la realidad

⁴ Licenciada en Filosofía y Letras por la Universidad de Zaragoza. Ha desarrollado trabajos de Historia del Arte a lo largo de varios años como integrante de un equipo de investigación dedicado a la escultura aragonesa del siglo XVI, participando en más de una veintena de publicaciones. Es autora de la novela *Pan de oro*, publicada por Mira Editores en 2006. Coordina la revista cultural digital "El Cronista de la Red", <http://www.aragonesasi.com/cronista>. Blog: <http://luisamr.blogspot.com>

que señalaban todos los hechos con los que he ido tropezándome. El primer indicio lo encontré en el blog que escribo en Internet, en un comentario que dejó Francisco Aranguren para un post que yo había colgado sobre la bahía de Nápoles y la Certosa de San Martino. En ese comentario Aranguren se apoyaba en palabras del doctor Pasavento para explicar sus sensaciones sobre la ciudad del Vesubio. Y yo pensé, como lo había pensado en Nápoles y en la Sicilia del Etna: alguien que vive bajo la amenaza de la más definitiva de las realidades, de una ausencia absoluta, no se puede tomar las cosas demasiado en serio. La voluntad de permanecer se nota en estos lugares con un voltaje muy alto, puesto que todos sus habitantes afrontan cada día sabiendo que la desaparición irremediable puede producirse en un segundo. Hace falta un robusto sentido del humor para soportarlo. Quizás estas cosas pudo percibirlas mejor Pasavento, más inteligente que yo, pensé. Y acaso lo tuvo en cuenta al elegir Nápoles para empezar a desaparecer. Y es igualmente importante, como él dice, que Nápoles sea una ciudad donde millones de personas están a todas horas en las calles, subiendo y bajando en círculos. Se hace fácil en estas condiciones construir la personalidad suplantadora necesaria para la desaparición. Aquella que ocupará nuestros bits en el tráfico de comunicaciones que nos delata. También influye el que ya nadie pregunta nada. A no ser que tenga un punto esencial de locura que le haga creer en alguna cosa similar a la simpatía o la simple solidaridad que debería entrelazar a quienes están en este mundo, por el hecho de estarlo.

Bien, la siguiente casualidad fue un mail de Magda Díaz que ofrecía la posibilidad de colaborar en la revista *Narrativas*, en este número especial dedicado al escritor Enrique Vila-Matas, autor de la novela *Doctor Pasavento*. No sé si sabré construir un ensayo, reflexioné. Pero me interesó la invitación, sin duda debido a mi experiencia napolitana y al comentario de Francisco Aranguren. Creí que podría hacer algo que tuviera cierta lógica y algún interés y extraje la novela de mis estanterías con el fin de iniciar su relectura y sistematizar algunas claves. No fue una buena decisión. Es más, el problema fue haber decidido. Haber elaborado un acto de voluntad. Ha sido como si Pasavento, desde el ignoto territorio en donde se esconde desde septiembre de 2005, hubiera percibido las ondas eléctricas del gesto cerebral de mi decisión y hubiera utilizado esa puerta que debe existir en algún repliegue entre dimensiones físicas para intentar regresar. Pasavento necesita ahora suplantar a alguien para retornar, puesto que del aparte nadie vuelve por sí mismo, y si se ocupa un lugar en la realidad, alguien tiene a su vez que dejarlo libre y quedarse aparte. Tengo que alertar sobre esto. Es posible que el doctor Pasavento ya no resista mucho más la melancolía que siempre produce la ausencia y quiera deshacer su desaparición. Es posible incluso que eche de menos en cierta forma la banalidad. A mi me sucede a veces, cuando desaparezco, siempre brevemente, no me he atrevido a más. Como dice Manuel Vilas en un poema de su libro *Resurrección*, será que todavía no he madurado lo suficiente y siempre quiero estar donde no estoy. Es otra forma de la voluntad de desaparecer, creo sin embargo.

Paradójicamente, me salvó del intento de Pasavento un artículo de Vicente Verdú, publicado en El País el 26 de noviembre de 2007. Este es un dato que ofrezco, para que se compruebe que hablo de cosas reales, que no invento de ninguna manera nada y que por lo tanto la literatura es efectivamente una forma de metavida. El artículo de Vicente Verdú se llama «El actual imperio de la ausencia» y quien esté interesado puede leerlo en esta dirección de Internet:

http://www.elpais.com/articulo/opinion/actual/imperio/ausencia/elpporopi/20071126elpepiopi_12/Tes.

Conceptos como el de ausencia, o desaparición, vacío, pérdida, fantasmas, zombies, se erigen en protagonistas de este texto, del que entresaco una frase: «*Descompuesto el proceso histórico, exasperado el presente, declarado el instante perpetuo, la ausencia es la sombra genuina del momento*». Pasavento no tiene pues en verdad lugar a donde volver, puesto que todos participamos ya del signo de la ausencia, cada uno en su aparte, todos moviéndonos o escondiéndonos como lo hacen los millones de bits que encarnan la información que nos representa, que son nuestra metáfora, nuestra suplantación. Esto me tranquilizó por un lado, pues, sinceramente, el doctor Pasavento es un tipo al que creo que es mejor tener lejos. Para mí, está bien en la Patagonia. No sé qué tendrán que decir al respecto los habitantes de esa región.

Pasavento no tiene lugar a dónde volver, pues tanto da «su aparte», como este «desierto de lo real» –según la exitosa acuñación de Baudrillard–, este «imperio de la ausencia», en el que vivimos en medio de millones de presencias que no son sino una gigantesca extrañeza de cosas constantemente nuevas. He aquí, por fin, aquella extrañeza que suplicó Ezra Pound en su poema «La zambullida» y que Fernando Sarría me leía un día antes de que yo, por mi parte, leyera el artículo de Vicente Verdú en El País (se

puede constatar que Fernando Sarría reprodujo el poema de Pound en su blog *Crepusculariosiglo21* exactamente el día que indico). Literatura y vida confluyen como todo escritor ha soñado siempre que lo hicieran. La ósmosis entre ambas se ha vuelto físicamente cuantificable. Como en la película *Matrix*, recordé de golpe, no sin susto.

Un día después de la fecha en que se editó el artículo de Verdú, el poeta Jesús Jiménez (sin olvidar que Pound y Vilas y Sarría también son poetas) presentó su libro *Fundido en negro*. De él yo había recitado en voz alta estos versos: «Como si mi piel, cosechadas ya sus penumbras/ fuera a viajar vacía al otro lado de las cosas/ donde, dicen, siempre llueve en un idioma secreto/ y conviven intactas todas las ausencias». Pertencen a un poema titulado «Silencio: espejo trabajando», en el que la imagen del poeta que se afeita ante el espejo es enviada «a otro espejo extranjero:/ al retrovisor de una moto que huye del verano de Roma,/ o al estanque que copia un poema y un jardín en Kyoto,/ o al cristal de una librería parisina en Rue de la Bûcherie/ o, quizás, de unas gafas de sol de una mujer sombría/ que espera el amor o los sortilegios del otoño,/ sola en la terraza del café *A Brasileira* de Lisboa». Y la inclusión del café *A Brasileira*, me digo, al que acudía Pessoa, como sólo la parte del mundo al que le gusta una clase de literatura sabe, no puede ser casual en este poema de huida y de multiplicación de identidades especulares. Ni puede ser casual que Jesús Jiménez durante el acto de presentación de su libro aseverara que la literatura es una fuga, una huída, como en algunos momentos de *Doctor Pasavento* dice ¿Vila-Matas?

Y es un abismo.

Tantas casualidades, tantas señales concatenadas bajo un mismo concepto y en una misma dirección me han llevado inevitablemente a abandonar mi idea original de escribir un *ensayo* sobre *Doctor Pasavento*. ¿Qué iba yo a contar bajo la forma académica de ensayo que pudiera explicar siquiera alguna de las cosas que me estaban sucediendo? Pues desde el momento en que me había decidido por escribir ese ensayo que ya nunca redactaré, la realidad se había vuelto un simulacro de la literatura. La literatura se estaba alimentando de los seres que le prestaban su energía –como en *Matrix*, he vuelto inevitablemente a decir, aun a mi pesar porque me parecía un símil muy recurrente y, confieso, poco intelectual.

He llegado hasta donde he podido. Y de momento he retrocedido, después de dejar durante unos segundos que mi pie se balanceara sobre el abismo, como Pasavento se asomó a la locura. Microgramas en minúsculos papelitos escritos en la Patagonia o posts lanzados desde cualquier rincón del planeta al singular silencio de los millones de presencias de ahí afuera: no sé si hay mucha diferencia. Sólo tengo una última pregunta: qué habrá sido del tipo del traje a rayas, que leía *La fuga sin fin* de Joseph Roth, y que en la Estación de Santa Justa de Sevilla inició la suplantación de ¿Pasavento? para que él pudiera empezar a desaparecer. Supongo que alguna de las personas que lleguen a leer este texto tendrá alguna noticia al respecto. El destino de esa sombra, de ese simulador, créanme, me preocupa. De nuevo, *Matrix*. Ya disculparán.

© Luisa Miñana

* * *

Lecturas

ALGUNOS APUNTES SOBRE *EL VIENTO LIGERO EN PARMA*

por Julio Salinas Lombard ⁵

1

Se regresa a ciertos autores por razones muy variadas. El estilo, dirán. No creo que el gusto por la

⁵ Aguascalientes, México, 1972. Se ha dedicado al periodismo, al cine, a la academia y actualmente labora como comunicólogo en el sector empresarial. Ha formado parte de los Consejos Editoriales de Grupo Reforma y Grupo Editorial Expansión. Cursa la Maestría en Humanidades en la Universidad de Monterrey. Su página personal es <http://juliosalinaslombard.blogspot.com/>

obra de cierto autor se reduzca a un gusto por el estilo. Además habría que revisar lo que se entiende por estilo. No. Más bien creo que se regresa a ciertos autores por motivos más amplios y diversos.

Por otro lado, no sólo se regresa a ciertos autores sino a obras específicas de ciertos autores. Una de mis predilectas, *El viento ligero en Parma*, de Enrique Vila-Matas, es una compilación de ensayos, relatos y reflexiones sobre la literatura. No me interesa, no teóricamente, el tema de la literatura (prefiero, en todo caso, leer literatura), pero sí el modo en que este autor escribe sobre ésta.

Y una de las razones o motivos por los que regreso a ese libro es la actitud del autor. No siempre se puede adivinar la actitud de quien escribe un texto. Y no me refiero a la actitud que tiene frente al propio texto sino, en general, frente a la vida. Vila-Matas no es un autor dado al triunfalismo, al sentimentalismo, a la emoción desproporcionada y fingida. Es moderado, irónico, administrado. No es pretencioso, cosa que aplaudiría Ibargüengoitia (lo cito porque es uno de los autores a los que regreso invariablemente y que sé que abominaba lo pretencioso) y aplaudimos quienes no creemos en la espectacularidad de los efectos especiales literarios. Vila-Matas evita la pose, y la evita disecionándola sin prisa ni escrúpulos.

Pero esa no es la actitud que me atrae de ese libro, *El viento ligero en Parma*, sino algo aparentemente opuesto: su firme esperanza. Digo aparentemente opuesto porque una de las fuentes temáticas de la literatura melosa y fantoche (del género que sea) es precisamente la esperanza. La esperanza es uno de los nombres más socorridos en los bautizos inspiradores. En Vila-Matas esa esperanza no aparece retocada ni enojada, y ni siquiera aparece como invitada especial. La esperanza de Vila-Matas no se disfraza de heroína ni de medicamento milagroso (sobre esta percepción, baste recordar esta frase: «Todos sabemos que el famoso happy end de las películas de Hollywood es un disparate. ¿Quién puede creer que existen finales felices?»). Es, cosa con la que estoy de acuerdo, un asunto de dignidad. Se tiene esperanza porque se es digno. Y la dignidad es una alacena que guarda por igual las especias de la solemnidad y el orgullo, así como ingredientes vitales como el honor y la honradez.

La esperanza (digna) de Vila-Matas es doblemente meritoria dado que la hace provenir de la experiencia, terreno en el que normalmente son aplaudidos el escepticismo y el despecho. La duda es el privilegio de la experiencia, y la imaginación, marchita y vana, es relevada por la memoria desencantada, enemiga de los hechizos de la ilusión (el autor recuerda una frase amarga que le dice Mastroianni a Jeanne Moreau: «Antes tenía ideas. Ahora sólo tengo memoria»).

Por eso, quizás, cuando dice estar acabando una novela («Viaje vertical») en la que habla de los movimientos de conciencia de un hombre de setenta y siete años, «la clásica novela de aprendizaje, de no ser porque su protagonista tenía una edad en la que generalmente ya nadie aprende nada», Vila-Matas no mira hacia atrás nostálgicamente, no le atribuye al pasado la protestad sobre la «auténtica» esperanza. El barcelonés, en todo caso, la coloca en el lugar apropiado desde la perspectiva temporal y autobiográfica: en el futuro desde el cual el autor, susceptible a experimentarla, comprende lo que es esperanza y su propio deseo-deber de animarla. Por eso defiende la posibilidad de que una película comience en cualquier momento, interrumpiendo, por ejemplo, un diálogo. No hay un inicio esencial y primigenio, o todo inicio ambiciona serlo, parece sostener el autor.

Esta idea me recuerda a Juan García Ponce, cuya generosa literatura nos ofreció una aproximación a la inocencia y a la perversión. ¿No es la perversión, en ocasiones, una tentativa restauradora de la inocencia? García Ponce parece decirnos que sí. La inocencia es un estado de gracia al que se desea volver; la perversión puede no ser sino una forma de transgredir el orden descompuesto de las cosas en busca del orden primero. La sensación de iniciación es ritualizada y serializada, a veces, como efecto de ese deseo por retornar al estado de gracia que se ha perdido. La conciencia desengañada cultiva la esperanza de desengañarse del desengaño.

Esta búsqueda incesante, producto de un rompimiento original con el mito (el objeto de la nostalgia), tiene mucho que ver con la noción de poeta que comparte Vila-Matas. Para el escritor, poeta «no es un tipo que escribe poemas. El poeta es el que busca y descubre lo que hay oculto detrás de la realidad o de una situación. El poeta revela. Dicho esto, vivir es llegar y agarrar el fondo, la raíz de la realidad, al mismo tiempo que la máscara». Vivir es desnudar a la vida de todas sus superfi-

cialidades; es combatir, sin cuartel, el determinismo derivado de un mito original; no hay superficialidad universal sino una universalidad estrictamente superficial.

A la idea de que la imaginación juvenil es desplazada en la adultez con la memoria, Vila-Matas parece decirnos otra cosa: la memoria, como la imaginación, no se agota en sí misma. La memoria es literatura y también esperanza. Y lo que es más: es posible imaginar que la historia de un hombre comienza a partir de los setenta y siete años. Eso es, creo, esperanza en su estado más noble.

Qué mejor forma de patentizar esa actitud de esperanza que me atrae una y otra vez de ese libro, *El viento ligero en Parma*, que el cierre del último artículo: «El orgullo del escritor de hoy tiene que consistir en enfrentarse a los emisarios de la nada, cada vez más numerosos en literatura, y combatirlos a muerte para no dejar a la humanidad precisamente en manos de la muerte. En definitiva: que a un escritor le podamos llamar escritor. Porque digan lo que digan, la escritura puede salvar al hombre. Hasta en lo imposible».

2

Enrique Vila-Matas es un autor que se confunde con muchos otros autores. Contra lo que podría suponerse, esto es algo que no se consigue tan fácilmente como nos lo hace creer la globalización, que persigue de oficio toda peculiaridad. Al contrario: confundirse con otros autores es una forma de apoteosis que resiste infinitamente toda arrogancia y toda modestia. Una apoteosis, conviene aclarar, que nadie otorga ni de la cual nadie puede declararse digna. Es el perfume de lo auténtico.

Vila-Matas prueba, con su obra y consigo mismo, que es obra suya y de su obra, que la necia distinción entre filosofía y literatura es también una ficción (ya lo dijo citando a Juan José Saer: «la verdad no necesariamente es lo contrario de la ficción»). Lo menos relevante, como ha ocurrido con otros autores, y como quizás ocurre con todos, es saber quién es Vila-Matas. Él es El Autor, que es Todos Los Autores. La obra de Vila-Matas no le pertenece más que al imaginario autor que crea cada lector en cada lectura.

Leer textos de Vila-Matas es leer textos que han sido escritos desde antes que él naciera o después de que él muriera. No en balde cita a Gombrowicz en el primer artículo de su libro *El viento ligero en Parma*: «Yo no era nada, por lo tanto podría permitírmelo todo». Ser nadie es pre-texto para ser todo. En sus textos, la nada es un ser imaginario que algunos lectores obsesivos llaman Vila-Matas.

No resulta sino sugestivo, acaso hasta provocador, que un libro de artículos y anécdotas comience con una cita así. Es una señal de alerta para el lector distraído: este libro es una licencia que la nada se ha tomado para decirse de muy diversas formas. Y más que al lector distraído o al que «no entiende», parece dirigirse al lector que aguarda respuestas, soluciones y exhaustivas economías verbal y cognitiva. «No entender» no es la excepción sino, parece decirnos, una norma.

En «Un tapiz que se dispara en muchas direcciones», Vila-Matas cita a Calvino: «Cada vida es una enciclopedia, una biblioteca, un muestrario de estilos donde todo se puede mezclar y reordenar de todas las formas posibles».

La cita me recuerda a otra, de Chateaubriand, que leí no hace mucho: «El hombre no tiene una sola y única vida, sino muchas, enlazadas unas con otras, y esa es la causa de su desgracia». Otra, de Pessoa: «sabio es aquel que monotoniza la existencia pues, entonces, cada pequeño incidente tiene carácter de maravilla»; y una más, también del escritor portugués: «la literatura, como todo arte, es la demostración de que la vida sola no basta».

Vila-Matas cita a Calvino para decir que todo se puede mezclar, incluso la cita de Calvino y la de Chateaubriand y las de Pessoa, más las que cualquier otro lector sugiera. Las enciclopedias son una mala copia de nuestras propias vidas. Las cámaras de maravillas, las colecciones y los alephs son, a decir por la cita de Calvino en el artículo de Vila-Matas, desdoblamientos de nuestra existencia. Somos incapaces de la quietud y en probarlo lo demostramos fehacientemente. Ahí está el empecinamiento de Bartleby y compañía, el riguroso pero imposible compendio del «no» literario para explicar el sospechoso y reincidente «sí» del narrador.

En otro artículo, Vila-Matas afirma: «Yo diría que el autor de Los detectives salvajes ve el mundo como un complicado sistema de relaciones, que es producto a la vez de múltiples sistemas interrelacionados». Vila-Matas ve a Bolaño como una parte de un intrincado sistema vascular de un organismo superior llamado, quizás, literatura, imaginación o universo. Ya lo dijo Muriel Rukeyser: «el universo está hecho de historias, no de átomos». Parece que nos es inevitable emprender la tarea de descifrar esas historias en el laboratorio de nuestras vidas; en ese descifrar, descubrimos, como dijo Pessoa, que monotizando la existencia adquieren relevancia las cosas que parecían anodinas.

Acaso por eso el propio Vila-Matas, refiriéndose al cine, recuerda que uno de los suyos «decía que las películas extranjeras explicaban el mundo». Las historias extranjeras explican el mundo que creemos acostumbrado, previsible. La visión del extraño vuelve desconcertante la fisonomía de lo habitual. Ya lo ha dicho: lo menos relevante es entender. Vattimo confirma su teoría: «yo no sé, pero interpreto». Y al interpretar, la persona construye su propio laberinto enciclopédico.

En el fondo, parece querer decirnos Vila-Matas, todos ambicionamos ser autores de nuestro propio Codex Seraphinianus, una enciclopedia íntima que, sin embargo, universaliza la experiencia individual al otorgarle membresía en el intrincado sistema vascular de experiencias interrelacionadas.

No entender no es, contra lo que suele pensarse, una condición vergonzosa o por lo menos desventajosa. Desde la perspectiva de Vila-Matas, no entender es, en realidad, una condición irreprochable. Es el punto de vista extranjero que explica al mundo. Es el distante punto de partida que se ofrece como una experiencia de libertad.

Quizás por eso cita a Gombrowicz en el primer artículo de su libro *El viento ligero en Parma*: «Yo no era nada, por lo tanto podría permitírmelo todo». Permitírselo todo es lo más ininteligible que puede haber, pero también es una optimista interpretación de la vida. Y en eso, en el optimismo, Vila-Matas es impecable. Por eso es capaz de imaginar una novela, *El viaje vertical*, que comienza cuando un adulto, en la mal llamada postrimería de su existencia, se decide a recomenzar su vida. Aún sus Suicidios ejemplares dan cobijo a una esperanza que se mantiene lejos, muy lejos, de toda farsa triunfalista. El triunfalismo es la ortodoxia endulzada de la tiranía. La tiranía es la desesperante ausencia de la imaginación. Aquí viene muy bien la cita de Beckett. «Jamás probar. Jamás fracasar. Fracasa otra vez. Fracasa mejor».

© Julio Salinas Lombard

* * *

Lecturas

UN VILA-MATAS ABREVIADO. RESEÑA DE *HISTORIA ABREVIADA DE LA LITERATURA PORTÁTIL*

por Blanca Vázquez ⁶

«*Miniaturizar es hacer portátil, es la forma ideal de poseer cosas para un vagabundo o un exiliado*». Dice Enrique Vila-Mata en el prólogo de esta su obra, *Historia abreviada de la literatura*

⁶ Nací en el verde y frío norte (Vitoria) de la bella España, allá en los años sesenta, cuando los hippies revolucionaban la vida social para siempre. Comencé mis estudios en el mundo de la economía empresarial, contaduría, e idiomas, lo que me llevó a vivir a París y Londres. Pero el amor a las letras y lecturas ha podido conmigo y desbancado al mundo empresarial. Los idiomas me han dado la clave para realizar traducciones, desgraciadamente cada día peor pagadas. Escribir es inevitable casi, cuando se lee mucho, y ayuda a reordenarse por dentro. Los libros se convirtieron poco a poco en pasión, y escribir es algo que está asomando tímidamente. La blogosfera crece y nosotros, los escritores, con ella. Página personal, "El gusanillo de los libros": <http://elgusanillo.blogspot.com>

portátil.

Una pequeña frivolidad literaria, un pastelito hojaldrado con espuma de mar, de esos que hubiera diseñado nuestro cocinero más internacional Ferrán Adriá, snob, en definitiva, es esta delicatessen publicada en 1985. A pesar del término «historia» en el título, no es un compendio espeso ni mucho menos grueso, como se podría llegar a etiquetarlo. Consta sólo de 122 páginas, pero eso sí, muy intensas. Sería algo así como un concentrado de *Vilacrén*.

Vila-Matas me era desconocido como literato. Y aún esta obra acabada no he sacado en claro el estilo personal de este autor, quizá debido a que el escritor catalán ha trazado su obrita con un lenguaje un tanto neutro, sin especial cacharrería verbal, como un ensayo de bolsillo.

En todo caso es una escritura seria dentro de la extravagancia de lo contado.

Vila-Matas emprende un viaje por las obras literarias que ha podido rescatar de la llamada sociedad ultra secreta «shandy», o también llamada sociedad de la literatura portátil. Y a través de las obras del grupo va desgranando en 10 capítulos el recorrido tremendamente estrambótico y excéntrico de estos literatos livianos (una de las premisas de la sociedad era hacer obras ligeras de tamaño) junto a grandes escritores desde su formación en 1924 hasta su disolución tres años después. El punto de partida de *Historia abreviada...* lo da el surrealista *Tristan Tzara*, para seguir con *Tristram Shandy* de Laurence Sterne, *El verdadero nombre del complot portátil* de Louis-Ferdinand Céline, conformando en total una veintena de obras, algunas difíciles de conseguir hoy día.

Entregados al azar este grupo, bastante numeroso, de artistas shandy que conspiraban para nada desde la nada exigían varios requisitos imprescindibles para entrar a formar parte de la sociedad: la obra creada debía tener una cualidad imprescindible: ser portátil, es decir, fácil de transportar para llevarla allí donde viajaran, por ejemplo, dentro de un maletín; ser soltero, o como ellos decían una maquina soltera, de sexualidad más bien extrema; ausencia de todo propósito; excentricismo; simpatía con la cultura negra; o ser insolentes. Vila-Matas investiga a través de varios diarios y obras esparcidos por aquel caprichoso grupo en todo lugar donde se instalaron por un tiempo: Nigeria, Praga, Trieste, París o Sevilla. En estos diarios, algunos de escasa calidad literaria como el de *Miriam Cendrars* o *Sylvia Beach* directora de la famosa librería *Shakespeare and Company* y otros medio olvidados, se descubren sorprendentes facetas de un buen grupo de personajes culturales de la época, que visto desde la perspectiva de hoy día, es una increíblemente loca etapa.

Están *Marcel Duchamp*, *Georgina O'Keefe*, *Cesar Vallejo*, *Man Ray*, *F. García Lorca*, *Scott Fitzgerald*, *Walter Benjamin*, *Rita Malú*, *Salvador Dalí*, *Valery Larbaud*, *Pola Negri*, o *Aleister Crowley*. Y es precisamente este último el que en una conferencia, en Sevilla, con un loco toque de humor acabó revelando al mundo la existencia de la sociedad secreta *shandy*. Lo que fue considerado una traición en toda regla por el grupo. Aunque, todo hay que decirlo, dicha traición fue recibida por los shandys también con alegría, porque sabían que a partir de ese momento se convertirían en leyenda.

© Blanca Vázquez

* * *

Lecturas

RESEÑA DE *EL MAL DE MONTANO*

por Magda Díaz y Morales ⁷

En el universo narrativo de esta novela nos adentramos a la vida de un escritor que enferma de

⁷ Doctora en literatura. Página personal "Apostillas literarias": <http://apostillasnotas.blogspot.com>

literatura, posee el mal de montano o literatosis, «así llamaba Onetti, nos dice el narrador, a la obsesión por el mundo de los libros». El protagonista de la novela no es el alter ego de Vila-Matas ni narra parte de la biografía de Vila-Matas, para mí es un personaje que está dentro de la novela, ficcional. Un personaje que constantemente desea encarnarse en la literatura, transformarse, por ejemplo, en un hombre-relato «que lucharía contra la desaparición de la literatura reviviendo en su persona la historia abreviada de la memoria de ésta».

¿Qué es el mal de Montano?

–Una novela –he susurrado.

No ha debido de oírme bien.

–¿Dónde queda eso? –ha preguntado.

–¿El qué?

–El mal de Montano.

He ido a la mesita de noche y he sacado el diario y, horrorizada, me ha preguntado si era que me había incorporado a ese pelotón de los torpes que creen que la literatura se acaba y que la culpa es del mercado, si era uno de esos merluzos que creen que la literatura está en crisis, amenazada. Después hemos follado.

Desde el inicio, el paratexto o epígrafe de Blanchot nos da la pauta de lectura a seguir: «¿Cómo haremos para desaparecer?». Para Blanchot, «escribir es entregarse a la fascinación de la ausencia de tiempo», en su *El espacio literario* nos habla sobre la aniquilación de la individualidad, son «Los libros mismos que remiten a una existencia». Al igual que el protagonista de la novela de Vila-Matas, Blanchot cuestiona sobre el fin de la literatura, señala que ésta «va hacia sí misma, hacia el silencio que está en el origen de la palabra».

El mal de Montano parece decirnos (y en ello concuerda con Juan García Ponce y con los escritores llamados de la ruptura, y por supuesto con Maurice Blanchot): es la obra la que importa, en cuanto la obra está acabada nos entrega la disolución del escritor, el escritor desaparece, muere, y aparece la significación del relato. Esto es, en mi opinión, la trascendente poética que vislumbramos en *El mal de Montano*.

Es una novela que habla del quehacer literario, sobre la tarea de escribir. En ella, un escritor escribe su Diario que es una novela. Inventa hechos, personas, situaciones: hace ficción y, a la vez, al escribir un Diario (que es una novela) se separa del tiempo real (el tiempo real del protagonista dentro de la novela) para vivir el de la literatura. Nuevamente ello nos lleva a Blanchot: La literatura realiza el deseo del lenguaje.

En el último capítulo (en total son cinco), «La salvación del espíritu» (lo antecede un hermoso epígrafe de *Las tribulaciones del estudiante Törles*, de Robert Musil), acudimos a una reunión de «matices raros» adonde están agrupados varios escritores «cantando a voz en cuello el fragmento de una ópera de Wagner, el *Racconto de Lohengrin*» y se prepara una «sesión de lecturas al aire libre en la medianoche»:

La media noche llegó, llega siempre (...). Cené con los muertos. Lo bueno de no entender nada es que uno puede entender esa nada como quiera (...). Cené con un ilustre conjunto de muertos. Serían unos treinta escritores con los ojos hundidos en una monumental ensalada de patatas...

El mal de Montano (Premio Herralde de Novela 2002), ofrece toda una propuesta estética.

© Magda Díaz y Morales

* * *

RESEÑA DE *DOCTOR PASAVENTO*

por Gatito viejo ⁸

Doctor Pasavento es una novela de reflexión, de indagación literaria. Un gran homenaje a la literatura con mayúsculas. ¿No son acaso el mayor homenaje al oficio de escribir esos papelillos donde el Doctor Pasavento irá anotando palabras llenas de significado para él? No es acaso escribir en silencio, oculto a la gente, refugiado en la propia necesidad de escribir, sin darse a conocer, sin necesidad de exponer lo que uno escribe, pero escribir al fin y al cabo, por necesidad, por amor al acto mismo de escribir, ya sea con letra diminuta, como será la del doctor Pasavento por imitación del escritor Robert Walser, héroe moral de Andrés Pasavento, el escritor que quiere desaparecer. Por su manera de pasar desapercibido, alejarse de la fama, de la firma de libros, de las conferencias, de las charlas, de las tertulias, alejarse, en definitiva del mundillo literario.

Andrés Pasavento, El Doctor Pasavento, El doctor Ingravallo, El doctor Pynchon, y cuantas entidades pudiera crear, son las dos caras de la misma moneda. Se trata de desaparecer. Desaparecer y ser muchos a la vez, no ser conocidos, huir y seguir con la vida en otro sitio empezando de cero, de otra manera, con otra identidad que tendrá siempre un punto en común: escribir, ser un escritor secreto. Escribir esas anotaciones del día a día.

Pero no todo es tan fácil. De un lado debatirse entre ser descubierto, encontrado, ser buscado al menos. De otro no ser encontrado, no dejar pistas, no ser reconocido. Es como un juego. Seguir con la vida elegida al margen de la fama, un dilema.

Estamos ante una novela llena de referencias literarias, de autores que se asoman a modo de ejemplo. Escritores que ya intentaron desaparecer, la literatura de la desaparición, de la esencia misma de la escritura. La literatura que busca la verdad más allá de la literatura misma, en unión certera con su realidad, su vida.

Vila-Matas ha creado una obra rica en matices, que acaricia de cerca el desasosiego y el abismo. La obsesión del personaje por desaparecer, contado en primera persona, acerca al personaje. Rememora una y otra vez los mismos datos que ha vivido o pensado, de tal forma que todo resulta obsesionante y mezcla de vida y literatura. Ese querer desaparecer hace nacer la trama, crea de nuevo literatura al fin y al cabo.

Una fuerte imaginación generó el acontecimiento (de querer desaparecer, pág. 12)

Porque desaparecer es una pasión. Así al menos la vive nuestro protagonista. Es su fin, su meta, su razón de ser.

Unas semanas después, soñé que alguien a quien llamaba dottore Pasavento había desaparecido, en lo alto de la torre de Montaigne, cerca de Burdeos, sin dejar rastro, ni una sola huella. El dottore se parecía al escritor vasco Bernardo Atxaga, un buen amigo desde hacía muchos años. (pág. 13)

Escribe todo en un cuaderno rojo y a lápiz porque esta idea está más cerca de la desaparición.

Andrés Pasavento, El Doctor Pasavento, El doctor Ingravallo, El doctor Pynchon, identidades que conforma los personajes de la novela y es con ellos con los que nos movemos, sin saber muy bien quién es quién. Aunque a todos se les ha creado un pasado y un presente. Con ellos la novela arranca y vuelve atrás porque no hay casi comienzo ni final, sino que todo es una especie de rueda sobre la que gira la trama sin trama. Los sucesos se repiten una y otra vez. Las reflexiones y obsesiones se reproducen una y otra vez. La idea de la desaparición es una obsesión. Toda idea, toda reflexión, va casi siempre corroborada por la presencia de una anécdota donde un escritor es protagonista. La literatura y la vida de esos escritores aparecen entrelazadas. El doctor Pasavento es un escritor oculto. El recorrido

⁸ <http://www.saborliterario.blogspot.com/>

que hará, los lugares distintos que frecuentará no tendrá otro sentido que descubrir esta gran verdad.

Poder dedicarme tranquilamente a soñar por los rincones sin tener que estar haciendo los deberes todo el rato, no es ningún martirio. ¡Sólo la gente hace que lo sea! (pág. 95)

Aprendizaje era la respuesta,

Ir descubriendo yo mismo quién era yo, es decir, quién era ese doctor en el que me había convertido (pág. 99)

Sólo me calmaba la idea de que en los últimos días había yo pasado a ser un escritor secreto, ya no era el hombre que había caído bajo el tormento del reconocimiento del público, esa especie de laurel que en realidad uno anhela siempre en los otros, entre los que están algunos escritores de verdad, que, como decía Canetti, porque eran escritores de verdad terminaron apagados y asfixiados, pudiendo escoger entre vivir como mendigos que molestar a todo el mundo o vivir en el manicomio (pág. 135).

Y es que a veces el doctor Pasavento se pierde en la lluvia, en un bosque de agua (pág. 158).

Muy curiosos resultan los microensayos del profesor Morente que comparte con el doctor Pasavento. Los títulos no pueden resultar más significativos: «La desaparición del Sujeto», «El que se da por desaparecido», «El mito de la desaparición», «Escribir para ausentarse».

Hay lugares especiales para el doctor Pasavento y el resto de entidades, Herisau en Suiza, La Rue Vaneau en París, Italia, etc. Ir de un sitio para otro parece frecuente en la novela. Se hace de manera confusa, aludiendo a esas obsesiones del personaje, a su gusto por visitar lugares que significan mucho para él en el camino de la desaparición. Y es que en ellos las identidades comienzan a confundirse y es una aspirina la encargada de diferenciarlas.

Una aspirina cambia un pensamiento aunque aún nadie sepa el porqué (pág. 180)

El doctor Ingravallo, una identidad resumen del doctor Pasavento y André Pasavento viene a ser la voz de la conciencia, «el oso interior» como llega a llamarlo. Muy presentes están también en la obra, además de las referencias literarias, las relacionadas con el cine, directores y películas. También museos y lugares donde está la tumba de algún escritor o donde hayan vivido personas importantes.

Soy yo mismo mi propio mi propio secuestrador. Quiero esconderme de todo y de todos, no tener que aparecer más en público, no tener que vivir en medio de las desesperadas intrigas del mundo literario. Quiero llevar la vida de un Salinger, por ejemplo, o la de un Thomas Pynchon [...] Quiero la vida de todos esos escritores que admiro porque han logrado seguir escribiendo y existiendo sin ser molestados (pág. 278)

Escribir para desaparecer, para ausentarse (pág. 279)

Desaparecer y ausentarse al escribir y escribir para ausentarse. Tal vez ahora, con la desaparición radical llegue la verdadera hora de mi escritura (pág. 279)

Molesto por toda esa parafernalia que rodea el mundo del escritor, se tiñe el pelo de rojo, se deja barba, se pone gafas de sol... se disfraza para no ser reconocido. Va con un maletín rojo y una bolsa negra de cuero. Le atrae cada vez más la forma de Bove de escribir a fognazos. Quiere desentenderse de la identidad de escritor para ser libre (pág. 331)

No debemos perdernos los interesantes diálogos entre el doctor Ingravallo y el doctor Pynchon, se alternan contándose historias, como lo hacía el doctor Pasavento con el profesor Morente. El doctor Pasavento seguirá escribiendo sus «papelillos de la soledad».

Doctor Pasavento una propuesta literaria nada desdeñable que viene con el sello inconfundible del maestro Vila-Matas. Merece la pena. A mí me encantó.

© Gatito viejo

* * *

RESEÑA DE *EXPLORADORES DEL ABISMO*

por Faustino Ángel Sánchez García ⁹

Siempre me han gustado las tinieblas, los espejos que no devuelven la propia imagen, las resonancias invisibles, el *déjà vu* impreciso, la coreografía desordenada, el balanceo con un solo dedo, la belleza oculta por el escepticismo irónico. Cuando esos ingredientes se perciben en una obra literaria, la fascinación nos coloca en el ojo de un torbellino maravilloso que elude abrumarnos con la ayuda de un sincronismo matemáticamente perfecto. *Exploradores del abismo*, como tantos libros de Vila-Matas, sobrevuela a muchos y diversos escritores, pero me ha recordado, en su sensación final, el efecto producido por algunas de las primeras obras de Paul Auster, especialmente su *Trilogía de Nueva York*.

La referencia no es gratuita, y mucho menos ingeniosa. En uno de los relatos finales del libro, el central *Porque ella no lo pidió*, Vila-Matas cabalga sobre Auster en varios frentes, llevándolo a su terreno y convirtiendo una historia metaliteraria en el eje sobre el que oscila el resto de relatos. Como Vila-Matas en su nuevo libro, el neoyorquino ya había utilizado la figura de la atrevida fotógrafa Sophie Calle como personaje de ficción en su novela *Leviatán*, encarnada en Maria Turner, a la que el catalán hace un guiño ficcionándose a sí mismo como un escritor llamado Jean Turner. Del mismo modo, el entramado argumental del relato parte de una supuesta proposición de Calle a Vila-Matas que funciona como reflejo de la proposición que le había hecho anteriormente a Paul Auster (en la realidad o en la ficción, ¿hay diferencia?), y que terminó germinando en el libro *Double Game*. La estructura, a su vez, se organiza en torno a tres partes, que funcionan como cajas chinas (a la manera de Auster) que cuestionan su propio contenido (a la manera de Vila-Matas); me explico: cada caja supone un nivel que encuadra una ficción planteada como realidad implícita y explícita, al incorporar elementos y situaciones fácilmente reconocibles; a su vez, es desmontada por la caja superior, que la reafirma como ficción gracias a la distancia que impone sobre ella. Podemos entender, entonces, que la única posibilidad de discernir entre realidad y ficción será separarnos del objeto para poder analizar con frialdad aquello que tratamos. Por otro lado, tampoco podemos considerar casual la presencia de un cuaderno rojo, que nos lleva a recordar la kálfica pesadilla de Daniel Quinn en *Ciudad de cristal*, o el juego de cazacoincidencias que abrirá puertas hacia otros relatos del libro.

Terminando con *Porque ella no lo pidió*, probablemente la pieza más fascinante, irónica y compleja de la colección, resulta agradable la vuelta a la Rue Vaneau, que enlaza directamente con su anterior libro, *Doctor Pasavento*, en la que se trata el tema de la desaparición, fundamental también en la primera parte del relato. En una de sus últimas páginas, Sophie Calle menciona a un tal Maurice Forest-Meyer del que Vila-Matas (o el Vila-Matas de la ficción) reconoce no saber quién es. Este personaje constituye la divertida sombra que recorre todo el libro dando unidad más allá de la fuerte conexión temática ya existente de por sí.

Se nos presenta a Maurice Forest-Meyer como un funambulista que va apareciendo escondido por muchos de los relatos, como un espectro evocado cuya existencia no sabemos si creer. Además de la mención de Sophie Calle, descubrimos al curioso personaje en *La gloria solitaria*, donde quiere tener un coche como el de Raymond Roussel, o en *Materia oscura*, donde su existencia se conoce a través del sonido del televisor de los vecinos (en lo que me parece el cuento más carveriano de la colección, algunos relatos después de haber hecho la mención explícita al creador del «realismo sucio»). También en *Niño* se nos aparece como el funambulista que quiere fotografiar el vacío desde la cuerda floja; en *Así son los autistas* es el hermano mayor del protagonista y, en *Fuera de aquí* quizás sea el tal Maurice que porteará la historia desde el origen del siglo XX hasta su nieto, el na-

⁹ Nacido en Albacete (España) en 1983, reside actualmente en Madrid, donde marchó a estudiar Ingeniería de Telecomunicación, de la que actualmente termina el Proyecto Fin de Carrera. Autor del blog *El dormitorio de Maud*, colabora en la revista de creación literaria *El problema de Yorick*, y en las revistas digitales *Cinematía* y *Shangri-La*, con artículos de crítica cinematográfica y literaria.

rrador actual. Pero el más divertido golpe a costa del famoso equilibrista (que imagino que no existirá, o al menos Google no lo conoce...) está en *Amé a Bo*, la fábula intergaláctica en la que nuestro autor coquetea con el existencialismo científico de gente como los Stanislaw Lem o Andrei Tarkovski. Aquí Maurice se convierte en Billy Forest-Meyer, cambio con el que podemos experimentar variadas hipótesis: 1, que Vila-Matas nos quiere mostrar la distorsión de la memoria en condiciones extremas, o 2, en una explicación más prosaica, que Maurice cambiara del nombre hacia el final de sus días, en una carrera que va por delante de la nuestra. Este mismo relato, seguramente el más extraño del libro, se relaciona temáticamente con el ya mencionado *Materia oscura*, pues ambos son unidos por el hilo invisible de los misterios astronómicos.

Además de los ya mencionados, tenemos una infinidad de autores que desfilan por las páginas de *Exploradores del abismo*, como no podía ser menos, con algunos relatos que, más que un homenaje, pretenden ser un estudio sobre la vigencia y la imposibilidad de representación de ciertos clásicos. Como ejemplo tenemos el cuento ruso, que parece pretender hacernos creer que estamos ante un relato de Chejov, sin ocultar, claro está, menciones y referencias al autor de *El jardín de los cerezos*. Sin embargo, aunque la naturaleza de cuento, la estructura y el diseño de personajes parezca cercano a Chejov, formalmente me parece más próximo a Dostoievski, y nos metemos totalmente en esa Rusia convulsa hasta que mediante un elegante truco metaliterario se nos dice que Vila-Matas no quería hacer un cuento de Chejov o Dostoievski, sino una relectura moderna de sus posibilidades literarias.

Pero, sin duda, el autor más presente en el último libro de Enrique Vila-Matas es el checo Franz Kafka, a quien se nombra repetidamente, además de alargar su sombra a través del aire de pesadilla praguense y la seguridad incierta de futuro que impregna la mayoría de los relatos. Además, en el caso de *Niño* y *Fuera de aquí*, asistimos a relatos generacionales de gran intensidad, que parecen ajustes de cuentas de padre a hijo, al revés que hiciera Franz Kafka en su ya mítica Carta al padre.

En *La gloria solitaria*, el otro relato clave del conjunto, el más cercano al ensayo y uno de los más jugosos en el estudio de las relaciones entre literatura y vida, Vila-Matas sobrevuela un libro de Don DeLillo, *Contrapunto*, que podemos leer en el blog de Little Turtle. En este cuento se trata la afición a la soledad y la misantropía, además de tener a Glen Gould como un exponente claro del Síndrome Asperger, lo que nos lleva a pensar de nuevo en *Así son los autistas*, relato en el cual tiene relevancia fundamental la cicatriz interior del protagonista. ¿Será una coincidencia o esto se relaciona con la obra de Philippe Garrel? (Sus películas siempre tratan del vacío y de personajes que se asoman al abismo, coqueteando con el suicidio después de una vida en el alambre...).

Podríamos analizar la totalidad de la obra con más detalle, con todos los nombres y relaciones que van apareciendo en cada relato, pero eso haría perder al libro parte de su encanto, ya que quizás aclararíamos la neblina que Vila-Matas nos lanza para que sintamos el aturdimiento del abismo. Sin embargo, por muchas vueltas que demos, algunos misterios quedarán en el texto, resonantes, como la presencia del pueblecito holandés de Delft, que abre y cierra el volumen en una inquietante coreografía de la extrañeza, como si la luz milagrosa de Vermeer circundase todas las historias del mundo. Como bien decía Francis Black, cada relectura es completamente nueva. El libro funciona como un puzzle en el que las piezas van cambiando de dibujo, de modo que, al terminar, hay que volver a hacerlo inmediatamente.

El nuevo libro de Enrique Vila-Matas es una especie de programa informático, hipertexto infinito de conceptos misteriosamente relacionados, donde diferentes hebras que corren independientes deben coordinarse para llegar adecuadamente a su destino, preciso y calculado hasta el último milímetro. La galería de personajes que se asoman al abismo nos demuestra que Vila-Matas es capaz de escribir sobre «personas normales, de carne y hueso, sangre e hígado», sin perder un ápice de su sello inconfundible, sin dejar de fascinarnos con su incesante debate en torno a los temas vida-literarios que le preocupan y que, en definitiva, son los que persiguen a todos los que disfrutamos con la literatura.

© Faustino Ángel Sánchez García

* * *

ROXANNE

por Blanca Vázquez ¹⁰

Advertí un hilo de claridad debajo de la puerta entreabierta, y mis manos se movieron con la rapidez de la luz al estacionamiento de mi 9 mm sin el menor atisbo de duda. Al cabo de una rápida ojeada al oscuro pasillo, el pequeño revolver, souvenir de golfos y mejores tiempos, salió a respirar aire. Me acerqué lentamente, sin respirar, y apoyando la espalda en las frías paredes del oscuro apartamento agucé el oído. Mal asunto, demasiado silencio. Tragué saliva y temí gastar balas del juguete que tenía entre las manos. Me llegué hasta el final del largo pasillo con el corazón al ralenti para que no se oyeran sus latidos. Mi mirada cruzó habitación por habitación hasta llegar a la tenue luz del salón.

—¿Roxanne? —exclamó mi desconcertada voz a la melena rubia que aparecía entre los orejones del sillón.

Recibí un sepulcral silencio por respuesta. Nada se movía, ni siquiera se percibía el resoplido de un respirar humano. Me acerqué al sillón apuntando con la pistola y mi cuerpo saltó hacia atrás como poseído por un resorte automático. Sudaba como un cerdo. Me sentía estúpido, porque estas situaciones no eran nuevas para mí.

Yacía desparramada en el sillón, impávida, desnuda, blanca como el marfil, perfecta, bella en su frialdad: muerta. Solo había un pequeño detalle de color en aquella marfilada escena, un hilillo de sangre muy roja caía de la comisura de unos labios que una vez besé con ansia desesperada.

Pensé, o mejor, dejé de pensar durante dos eternos minutos.

Me acerqué a la ventana con las persianas levantadas y las cortinas apartadas, como si la escena que tenía ante mis ojos hubiera sido un escenario teatral contemplado por un público escogido. No había nadie en la calle de enfrente, ni las hojas de los árboles se movían. Tenía la boca seca y necesitaba un trago antes de decidir si llamar a la pasma o salir de allí como alma que lleva el diablo.

«Yacía desparramada en el sillón, impávida, desnuda, blanca como el marfil, perfecta, bella en su frialdad: muerta. Solo había un pequeño detalle de color en aquella marfilada escena, un hilillo de sangre muy roja caía de la comisura de unos labios que una vez besé con ansia desesperada.»

Agarré una botella de buen vodka de la mesita de madera, a la izquierda de Rosanne.

Entonces percibí que había dos vasos, uno aún con bebida. Recordé la última vez que la vi. Quería salir del agujero de lujosa miseria en el que había entrado y del que no conseguía salir. Inconsciente capté la desesperación en su mirada, también el cansancio de tantas horas de amor vendido. Libre para entrar, esclava sin salida. Se sabía atrapada pero aún así lo lograría, me dijo. No añadió más. Deduje que ella sabía lo que quería, al fin y al cabo nosotros ya habíamos quemado nuestras naves de interés mutuo.

De eso hace más o menos dos años, hasta la llamada de hace algunas horas, con ese eco de desesperación y algo ambiguo que en su momento no supe definir, quizás una despedida.

De repente comprendí que *Paris no se acaba nunca*.

© Blanca Vázquez

¹⁰ Española, nacida en el País Vasco. Laboralmente oscilo entre la escritura, la traducción, la administración de empresa, y la opinión de cine. Un poco de mundo tengo, los estudios de economía y administración me llevaron a París y Londres. Los idiomas me han dado la llave para realizar traducciones, desgraciadamente cada día peor pagadas. El amor a las letras y la lectura compulsiva llevan casi inevitablemente a la escritura. El cine y los libros son una pasión que reflejo en textos. Por ello escribir sobre cine y literatura es todo un placer convertido en trabajo, placer que se duplica escribiendo también columnas sobre temas de actualidad en algunos diarios digitales. He participado en pequeñas emisoras de radio y revistas regionales en formato papel. Página personal: www.zuria.blogspot.com

LA FIGURACIÓN CIRCULAR DEL TIEMPO EN LA HISTORIA SEGÚN PAO CHENG: (SER) – TIEMPO – PENSAMIENTO – ESCRITURA

por Omar Espinosa Cisneros

UNA APROXIMACIÓN A LA ESCRITURA DE SALVADOR ELIZONDO.

La literatura de Salvador Elizondo está formada por una serie de trazos obsesivos, complicados y de finalidad aparentemente precisa. *La memoria*, privilegiado impulso del que brota la escritura, mantiene un nexo firme, (aunque también mutante) con *la tradición*. La empresa de Elizondo parte de un diálogo con autores representativos del racionalismo poético como son Valéry y Poe, pero a diferencia de ellos, e influido, entre otras cosas, por la lejana tradición de *la escritura y el pensamiento chinos*, deriva en una literatura que des-ajusta y quebranta la identidad de los personajes, la linealidad cronológica y en suma, la centralidad de los cánones de *la visión racionalista ordenada y causal* desarrollada en Occidente. Su escritura se inscribe en la de un pensamiento que, piadoso, nos arroja en *preguntas-laberintos de insondable alcance*. El movimiento pendular de la imaginación de Elizondo se mece rigurosamente para alcanzar la amplitud deseada. La construcción de su obra literaria sólo pudo emerger desde una labor disciplinada y creativa que se enclavó en algunas obsesiones personales y específicas. La intensidad en la lectura de ciertos textos derivó, a modo de correspondencia, con la igualmente aguda escritura de otro pensamiento. De la escritura mnemotécnica y la memoria de la tradición desembocamos en un suplicio sobre el albor de Oriente. La escritura emergente, tras su instante majestuoso, vuelve, aunque nunca de modo conclusivo, a confundirse con las ruinas y la escoria. De la escritura que, así, se lee a sí misma en su misterio, llegamos aquí al círculo auto-intelectivo en movimiento. Al pensamiento que se piensa a sí mismo le corresponde, (al igual que al sueño que se sueña a sí mismo y a la escritura que se escribe a sí misma), la forma circular.

Nos paralizamos en palabras y pensamientos, en casos como estos, si permanecemos en el modo causal explicativo.

¿Cómo corresponder mediante la escritura a este círculo en el que origen es también destino?

El rigor parece inevitable. La escritura es una disciplina ardua, fastidiosa e impulsada por una aparente pretensión constante de fijeza. Para que ella sea fructífera no basta con la inspiración gratuita ni con la genialidad sin obsesiones. Los delicados cortes de la escritura anuncian siempre anticipadamente el deseo por diseccionar al monstruo. Su caza y sacrificio, del que también nosotros (caníbales) participamos, simboliza la conquista del poder en el lenguaje.

La antes plena confianza en la causalidad clásica se desmorona. La adivinanza del propio destino, correspondiente al deseo por inferir la historia del mundo, es dislocada hacia una incertidumbre que sólo desemboca en la certeza de la muerte. Desde la lectura de un mensaje que llega al núcleo de nuestro solitario ser, pasando por la re-lectura intensa de esa misma idea, el escritor transforma la energía hacia las ventanas turbias de un sentido trastocado. Escribir es disciplina, pero también creación y re-creación de ese primer impulso. Un girar sobre la propia muerte, una hermética cápsula que, ensimismada, descubre (inventa) puertas hacia otros mundos. Escribir la escritura es un ejercicio circular. Un giro permanente sobre los mitos interiores. Una máquina re-productora de pasiones, sentimientos, formas de vida y una operación variante y local de las convenciones literarias. Un contra-veneno. Un fármaco contra la, de otro modo, insoportable tristeza. ¿De qué fantasmiosa muerte nos salva esta escritura?, ¿Hay órbita que dure para siempre?

LA HISTORIA SEGÚN PAO CHENG. EL CÍRCULO Y LA MUERTE.

Pao Cheng, el filósofo que hace más de tres mil quinientos años se sentó a la orilla de un arroyo con la finalidad de adivinar su destino, fue llevado, por su propio pensamiento vagante, desde una inferencia de la historia del mundo hasta una significativa paradoja.

El indescifrado dibujo del caparazón de una tortuga le sirvió como punto de partida, pero fueron el calor y el murmullo del agua los que evaporaron su atención hacia un lejano cielo que sustentaría los productos de su excelso y creativo tormento.

*Como las ondas de este arroyuelo, así corre el tiempo.*¹

Nos dice Pao Cheng, percatándose entonces de los ciclos en los que tiempo, agua y pensamiento giran. Casi de inmediato exclamó, con molestia, que pensar la redondez de la tierra, el movimiento circular de todo y el circular curso de su propio pensamiento lo alejaban de la tierra de Han² y de sus hombres, quienes habían sido el centro inamovible y el eje en torno al cual giraban todas las humanidades. Esto no lo detuvo. Pensando nuevamente en el hombre, Pao Cheng pensó en la historia. Enigma personal y mundial misterio. Entonces su imaginación se dispararía a desentrañar los grandes acontecimientos y la muerte. Entre las incontables ciudades que se alzaban y caían, hubo una que llamó su atención de forma particular. Entre el barullo de la incomprensible y lentísima lengua que hablaban sus habitantes, descubrió una casa en cuya fachada parecían inscritos los signos de lo que parecía un irresistible y fantasmal misterio. El enunciado nuclear del cuento dice:

*A través de una de las ventanas pude vislumbrar a un hombre que estaba escribiendo.*³

Supo de inmediato que, en ese hombre que escribía tras la ventana de una casa en su ciudad imaginaria, se ocultaba una cuestión que le atañía íntimamente. Sólo un terrible escalofrío podía arrebatarlo al descifrar el significado de las palabras que el hombre había escrito. Se trataba de un cuento. Y en él se narraba lo que su título mismo anunciaba extrañamente: *La historia según Pao Cheng*.

Pao Cheng nos dice:

*Luego yo soy un recuerdo de ese hombre y si ese hombre me olvida moriré!...*⁴

Pao Cheng comprendió entonces que se hallaba auto-condenado eternamente a seguir escribiendo su propia historia,

*pues si su personaje era olvidado y moría, él, que no era más que un pensamiento de Pao Cheng, también desaparecería.*⁵

Condenado así a escribir sin salvación, Pao Cheng se abisma sobre la ausencia del Dios.

PRINCIPIO Y CAUSALIDAD. EL CÍRCULO METAFÍSICO DEL PENSAMIENTO.

Desde la arqueología del tiempo llevada a cabo por los primeros filósofos-científicos griegos, la idea de *principio* (*arjé*) se fija como punto de partida y fundamento de todo pensamiento metafísico. El principio sería identificado más tarde por Aristóteles con el concepto de *causa* (*aítia*). Así pues, a toda pregunta distintiva del pensamiento filosófico de herencia griega formulada del modo: «¿Por qué?», le sigue una causa como respuesta. Todas las causas son principios y, por lo tanto, puntos de partida del ser, devenir o conocer. Se ha contado tradicionalmente con cuatro causas: formal, material, eficiente y final. La primera es la entidad, o esencia de una cosa en cuanto contenida en su

¹ Elizondo, Salvador; Obras. Narda o el Verano. *La historia según Pao Cheng*; El colegio Nacional; México, 1994; pg. 59. (209)

² Se refiere al grupo étnico más grande de China y del mundo.

³ Elizondo, Salvador; *La historia según Pao Cheng*; pg. 60. (210)

⁴ Elizondo, Salvador; *La historia según Pao Cheng*; pg.61 (211).

⁵ *Ibid.*

definición; la segunda se refiere a la materia, es decir, al sujeto; la tercera nos habla sobre el dónde del origen del movimiento y la cuarta de aquello hacia lo cual, para lo cual el movimiento tiene lugar⁶.

Para Aristóteles la causa final, opuesta a la eficiente, es la de verdadera importancia. Esto se debe a que su teoría del movimiento supone que este consiste en la «entelquia de lo que está en potencia». La *finalidad* (*télos*) de un movimiento es considerada como la inteligencia que ordena el devenir de los procesos. Para Aristóteles no hay finalidad sin *Dios* (*théos*).

El tiempo, –afirma– es eterno, continuo y ordenado debido al orden teleo-lógico que el Dios metafísico introduce en los sucesos. Muerto el Dios, el orden se trastoca. La respuesta causal para explicar el tiempo se fractura, desfonda y desemboca así en nuevas preguntas desde la Modernidad y su diálogo con la tradición. Es necesario no sólo responder desde otras representaciones menos lineales que aquellas propias de las ideas a las que la teleología ha desembocado. (Nos referimos aquí a las ideas del tiempo lineal escatológico y salvífico del cristianismo y a la ya secularizada y aligerada salvación del progreso y sus derivados). No basta con reconocer que la línea parece siempre derivar en curva. También conviene recordar los límites de una representación, su imposible fijeza y volver por siempre a la pregunta.

La causalidad clásica supone que todo efecto nos remite a una causa y la causa primera de todo es atribuida a Dios en tanto eterna actividad intelectual que mueve, permaneciendo inmóvil, en su auto-intelección de un vivir perfecto y placentero⁷.

Lo que impulsa y lleva a Aristóteles a estos razonamientos y respuestas es la incomodidad de diversas aporías ante las que la lógica causal se enfrenta. La meta-física es una empresa teo-lógica que tiende al orden inteligible mediante las ideas de un tiempo absoluto y una causalidad que reposa, en su principio absoluto, sobre la supra-sensible inteligencia de un Dios imaginario. La necesidad griega de la causa primera, de Dios, se deriva de otra aguda urgencia, a saber, la consistente en que nada se mueva al azar y siempre haya, para el hombre de razón, explicación en las cosas.

DEL OCASO A LA MEMORIA DEL ALBOR.

Pero la memoria vuelve más allá del momento en que el pensamiento filosófico-científico de origen griego arroja sus linderos. Al dirigirnos tenazmente hacia Occidente hemos ido a parar a Oriente. En la filosofía de herencia greco-latina han sido pocos los hombres que se han acercado sin soberbia a los, también variados, caminos del pensamiento oriental. Hegel, por ejemplo, consideraba que un pensamiento como el chino se hallaba en un estado de inmadurez con respecto al filosófico-occidental.

Así, de un modo también marcado por la soberbia (*hýbris*), la lógica aristotélica fija las reglas del pensamiento racional en los siguientes principios: El principio de razón suficiente (Nada ocurre sin razón); el principio de identidad ($A=A$); el principio de no contradicción ($A\neq\text{no-A}$); y *el más firme de todos*, el principio del tercer excluido (A no puede ser A y no-A , ni A ni A no-A)⁸.

Aristóteles nos dice de este último:

*Es, en efecto, imposible que un individuo, quienquiera que sea, crea que lo mismo es y no es, como algunos piensan que Heráclito dice.*⁹

Es posible situarse en un plano del decir distinto al que opone la creencia (*dóxa*) con el

⁶ Aristóteles; *Metafísica*; I, 982 a24-b32.

⁷ Partimos de los capítulos séptimo y noveno del libro Λ (XII) de la *Metafísica* de Aristóteles.

⁸ “*Es imposible que lo mismo se dé y no se dé en lo mismo a la vez y en el mismo sentido*”; Aristóteles; *Metafísica*; 1005b 19.

⁹ Aristóteles; *Metafísica*; 1005b 23.

conocimiento. Más allá de la polémica que a partir del fragmentado acceso a la obra de Heráclito podemos detonar, nos interesa aquí llegar a un pensamiento que permanece, sin importar lo que el estagirita podría decir, en un plano paradójico, (*para-doxico*, esto es).

Contrastamos al pensamiento metafísico de la causalidad aristotélica con el pensamiento taoísta chino en su paradójica forma. Para esta escuela del pensamiento chino A y no-A no se excluyen entre sí como propiedades de X. Lao Tse creía que las palabras estrictamente verdaderas, esenciales, son las que, oscilantes, aparecen como paradoja. En un clarísimo contraste con el pensamiento de Parménides y Aristóteles, nos dice Chaung-tzu:

*Lo que es uno es uno. Lo que es no-uno es también uno.*¹⁰

Cuando un pensamiento como este vuelve desde su extrañeza, desde los resquicios olvidados de una lejana tradición, (desde la memoria), despuntan de él también insospechadas flores. El ocaso de Occidente oscila y vuelve al amanecer de Oriente. Una irresoluble contradicción que vuelve siempre sobre sus propias ruinas.

En Occidente el mundo se ha configurado a partir de la identidad que garantiza una relación lógicamente definible, una causalidad y un tiempo ordenado. Para el pensamiento chino, en cambio, está constituido por un número infinito de correlaciones cambiantes que sólo pueden expresarlo en un instante dado. En Occidente el mundo es el resultado de un análisis, una síntesis. En China parece más bien un círculo que gira herméticamente en perpetua (¿armoniosa?) contradicción. Mientras que la naturaleza aparece para el pensamiento occidental como recurso de aprovechamiento y dominio, para el oriental parece consistir en una totalidad indivisa que sólo es fragmentada por la inteligencia práctica del hombre.

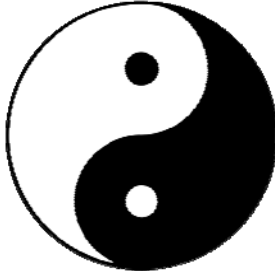
Según nos dice Salvador Elizondo respecto de cómo se piensa la naturaleza en China: **I** La naturaleza es indivisible espacialmente y eso significa (1) que no hay frontera entre el todo y lo múltiple y (2) que hay rechazo por toda distinción que haya sido adquirida de la confrontación entre un juicio particular y uno universal; **II** la naturaleza es indivisible temporalmente y eso significa (1) que constituye un fluir perpetuo entre un sí y un no provisorios y (2) que hay exclusión de toda oposición categórica entre el juicio afirmativo y el juicio negativo; **III** la naturaleza, en sus mutaciones interiores, se presenta (1) como flujo y re-flujo confuso e incesante del que resulta imposible distinguir un estado anterior y otro ulterior en las cosas y (2) como imposibilidad de llegar a un juicio categórico que pueda reunir los estados cambiantes a uno sólo inmutable; **IV** la naturaleza, en sus apariencias exteriores, contiene (1) todos los fenómenos cósmicos que se interpretan espacial y temporalmente y (2) la imposibilidad de una relación causal entre los fenómenos.¹¹

Menos torpe que la escritura puede ser, a veces, un dibujo. El signo del *taijitu* o *t'ai'chi* contrasta desde su grandeza impensable por un simple juego de luz y oscuridad. Los círculos interiores del signo se distinguen del círculo mayor que los contiene no sólo por estar rodeados por lo que es y está trazado, también se identifican con él por rodear (como la nada antes rodeaba al círculo mayor), todo lo que es aunque sin trazo. El trazo es la línea causal, la razón suficiente. Los posibles círculos de la figura insisten como vacío que se llena por fuerza de la imaginación. *Ser y nada* corresponden en su eterna disputa. *Yin y Yang* no son resueltos categóricamente ni de otra forma en una síntesis superior. Preservan el interminable flujo de su oposición como complementaria. Aquí no hay resolución de los opuestos en ninguna síntesis superior. Todo permanece siempre inconcluso en oposiciones que se complementan¹².

¹⁰ Lao-tse; *Tao te King*, citado en *Budismo Zen y Psicoanálisis*; D.T. Suzuki y Erich Fromm; Fondo de Cultura Económica; México; 1964; pg. 111.

¹¹ Elizondo, Salvador; *Teoría del Infierno y otros ensayos*; pgs. 312-315.

¹² Se ha distinguido entre el *pólemos* griego que coincide con la disputa de los contrarios, *Streiten*, y la concordia subyacente y nunca conclusiva en los opuestos del *taijitu* o *t'ai'chi* del pensamiento chino. Graham Parkes, editor; *Heidegger and Asian Thought*; University of Hawaii Press; Honolulu; 1990.



PERÍFRASIS CREATIVA DESDE LA PARADOJA.

Un signo emerge en el desierto. Se agranda, confunde, interpreta, erra, sucumbe y vuelve a comenzar. Técnica y poesía (creación). Materia en juego y tormentas de palabras. La escritura por la escritura misma. ¿Espontánea, maquinal, conjuradora? Traducción de un mundo sin sentido a garabatos sistemáticos. Voluntad exacerbada y fantástica sublimación. La escritura duerme al calor del fuego¹³ entre montañas¹⁴, cumple su ciclo como el agua¹⁵ y despierta, por el trueno¹⁶, desde el todo material hasta el celeste sueño de la nada. Impulsada por el frío recuerdo de esa nada, (rival y compañía del ser), la escritura desemboca en un frágil pero inagotable círculo. ¿Realidad o fantasía? Si nuestros pensamientos cobran vida mediante la escritura, ¿Qué escritura engendra lo que nosotros experimentamos como real?, ¿De quien es la memoria que engendra nuestra vida?, ¿A quién pertenece esa mano que trabaja, escribe, traza y borra desde el interior de una ventana inexistente a la que la imaginación se asoma?

A diferencia de la causalidad aristotélica que toma a Dios como su base, Elizondo toma al deseo insatisfecho como causa primera del progreso, la civilización y la cultura. La melancolía impulsa así al hombre, (frágil producto de la memoria de su propio personaje), hacia el invento o escritura que calma su dolor. Ante el horror provocado por la historia y la muerte, Pao Cheng se escribe bajo la figura circular.

Desde la luz que vuelve permitiendo especular imaginativamente sobre la naturaleza de las cosas, el movimiento clónico del espíritu se colma sobre sí. Un curvo reflejo interminable se cierra en circunlocución altísima y errante.

Todo es fin y otro comienzo.

La mano desfallece; pero la mano que escribe que la mano desfallece continúa escribiendo que desfallece...

© Omar Espinosa Cisneros

El autor:

Omar Espinosa Cisneros. (Ciudad de México, 1983) Licenciado en Filosofía con Mención Honorífica por la Universidad del Claustro de Sor Juana (Ciudad de México). Actualmente estudiante de la Maestría en Filosofía e Historia de las Ideas en la Universidad Autónoma de Zacatecas. Cuenta también con estudios en Derecho por la Universidad Panamericana (Ciudad de México). Se ha desempeñado como Investigador adjunto del Programa de investigación: Cultura y Sociedad en la América Colonial en la Vice-rectoría de Investigación y Posgrado de la UCSJ. Actualmente es profesor en la Universidad de Tolosa (Zacatecas) e imparte talleres de humanidades en los que se reflexiona sobre *La Inutilidad de lo Útil* y *La Utilidad de lo Inútil*. Ha participado como ponente en varios Coloquios de Filosofía en México reflexionando sobre autores como Hegel, Nietzsche, Heidegger y Cortázar, pero también sobre actitudes como el *skepsis* griego y el encierro académico de nuestros días. Actualmente traduce textos del inglés y el alemán al castellano. También realiza su tesis de Maestría sobre el pensamiento, como oscilación, en relación con la poesía y la paradoja. Aunque su tema de investigación se enfoca principalmente en pensadores modernos y contemporáneos, también le inquieta el estudio del pensamiento antiguo griego y oriental.

¹³ ☲ *Li*. Simboliza la dependencia, depender o basarse en algo. (La memoria, la tradición, la conciencia.)

¹⁴ ☶ *Ken*. Simboliza lo estable, la quietud, lo sólido y el detenerse. (La presencia, la vida perfecta y placentera)

¹⁵ ☵ *K'an*. Simboliza el peligro, el temor, lo profundo, las emociones y el sumergirse. (El pensamiento.)

¹⁶ ☳ *Chen*. Simboliza el movimiento, la decisión, la agitación y el surgir. (La creación.)

UNIVERSO FINITO. ANTOLOGÍA DEL MINICUENTO

por Homero Carvalho Oliva

«Los escritores que hacen cuentos breves tienen que ser especialmente audaces. Lo apuestan todo a un golpe de inventiva»

Irving Howe

Esto del cuento es un cuento de nunca acabar. Uno abre un libro y allí aparece un cuento. Se esconden entre novelas, sonrían irónicamente desde poemas y epigramas, espían desde ampulosos ensayos, se mimetizan en misteriosos tratados filosóficos y se manifiestan, en todo su esplendor, en una página virgen.

Existen muchas definiciones sobre el cuento y todavía existirán muchas más. Sin embargo, nadie, ni los cuentistas ni los críticos, menos los teóricos del cuento, dudan de su origen matemático, pues al llevar la cuenta de algo (cuento viene del latín *computus*) se debe ser riguroso porque de lo contrario los resultados no cuadran.

Una de las más precisas es la de Jorge Luis Borges (Magíster dixit) que nunca escribió una novela pero que a cambio, y para deleite nuestro, nos dejó inolvidables ejemplos de cuentos. El autor de «Sur» dice: «El cuento debe ser escrito de un modo que el lector espere algo continuamente, que haya expectativa, que se resuelva luego de un modo que pueda ser asombroso, en todo caso, que pueda parecer extraño y nunca capricho del autor, sino algo inevitable. Si puede ser asombroso e inevitable mejor». A esto le agregamos que un buen cuento, si breve dos veces bueno, es un poema.

Los que saben y los que nos sabemos suponemos que el origen de los cuentos brevísimos se remonta al Japón o a la China, amparados en la ancestral técnica literaria minimalista de estas culturas. Recordemos los haikus japoneses o el popular poema chino que cuenta una pequeña historia en cuatro versos, en los que el primer verso contiene el motivo inicial, el segundo prolonga el mismo; el tercero aparentemente no tiene nada que ver con los anteriores e introduce uno nuevo que completa o cierra la historia. Para muestra transcribo una tradicional copla japonesa escrita bajo esta norma poética, citado por Paúl Reys en «101 historias Zen»:

*Un mercante en sedas, de Kyoto tiene dos hijas.
La mayor, veinte años; la menor dieciocho.
Un guerrero puede matar con su espada
Pero esas dos niñas matan con sus ojos.*

Si el poema se lee de corrido tendremos una pequeña historia en prosa poética que se ajusta a los cánones del cuento corto. Veamos: «*Un mercante en sedas, de Kyoto tiene dos hijas. La mayor, veinte años; la menor dieciocho. Un guerrero puede matar con su espada. Pero esas dos niñas matan con sus ojos.*»

Edmundo Valadés, escritor mexicano y fundador de la inolvidable revista «El cuento», que publicó microcuentos por más de un cuarto de siglo, cita a Laurián Puerta, un escritor colombiano, que en la revista «Zona» de Barranquilla, Colombia, publicó un curioso «Manifiesto» que entre cosas señala que «concebido entre un híbrido, un cruce entre el relato y el poema, el minicuento ha ido formando su propia estructura. Apoyándose en pistas certeras se ha ido despojando de las expansiones, las catálisis, creando su propia unidad lógica, amenazada continuamente por lo insólito que lleva guardado en su seno. La economía del lenguaje es su principal recurso, que revela la sorpresa o el asombro. Su estructura se parece a la del poema. (...) Narrado en lenguaje poético siempre tiene un final de

puñalada. Es como pisarle la cola a un alacrán para conocer su exacta dimensión (...) El cuento clásico ha sido domesticado, convertido en una sucesión de palabras sin encantamientos. El minicuento está llamado a liberar las palabras de toda atadura. Y a devolverle su poder mágico, ese poder de escandalizarnos (...) Diariamente hay que estar inventándolo. No posee fórmulas o reglas y por eso permanece silvestre o indomable. No se deja dominar ni encasillar y por eso tiende su puente hacia la poesía cuando le intentan aplicar normas académicas».

Otra interesante definición y relación de escritores que practican este, casi desconocido, género de la ficción hiperbreve le pertenece al académico Juan Armando Epple, que en su ensayo «*Brevísima relación sobre el cuento brevísimo*» apunta que «Lo que ha dado en llamarse "cuento brevísimo", "micro-cuento" o "mini-cuento" no es simplemente una afición secundaria, apta para la nota humorística, el ingenio verbal o la relación anecdótica, si bien muchos de sus cultores aficionados no superan estos niveles. Escritores de reconocido talento como Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Cristina Peri Rossi, Eduardo Galeano, Luisa Valenzuela y otros, han renovado las opciones expresivas de la ficción breve. Y autores como Alfonso Alcalde, Alfredo Armas Alfonzo, Enrique Anderson-Imbert, Juan José Arreola, René Avilés Fabila, Marco Denevi, Andrés Gallardo, Hernán Lavín Cerda, Augusto Monterroso, han canalizado su creatividad fundamentalmente en esta modalidad narrativa de variada filiación cultural, cuyo rasgo común (aspecto que no constituye, de por sí, una diferenciación canónica) es su notoria concisión discursiva.»

Citada por Lauro Zavala, en su ensayo «El cuento ultracorto: hacia un nuevo canon Literario», Irene Zahava afirma sobre los cuentos muy cortos: «son las historias que alguien puede relatar en lo que sorbe apresuradamente una taza de café, en lo que dura una moneda en una caseta telefónica, o en el espacio que alguien tiene al escribir una tarjeta postal desde un lugar remoto y con muchas cosas por contar.»

El minicuento contemporáneo echa mano de todo lo que puede. Aprovecha las leyendas, los mitos, los clásicos de la literatura, del teatro, del cine, la religión, todo lo sirve para comprometer al lector en una lectura intertextual. Incluso el título es parte substancial del texto, llegando a redondear la historia contada. En el minicuento no interesa tanto lo que se escribe como lo que no se escribe, importa mucho más lo que se deja de decir, lo que se sugiere, porque allí está el verdadero universo narrativo. Mi amigo Aníbal Crespo me pasó esta pulcra definición de Luis Mateo Díez: «El microrelato es un género extremo que se resuelve en la sugerencia: lo poco, en su medida exacta, abre como un a llave diminuta un mundo, conmueve, perturba, sorprende.»

Nuevamente cito a Lauro Zavala para reforzar la anterior aseveración: «La fuerza de evocación que tienen los minitextos está ligada a su naturaleza propiamente artística, apoyada a su vez en dos elementos esenciales: la ambigüedad semántica y la intertextualidad literaria o extraliteraria.»

Es necesario aclarar que si bien el cuento mínimo juega magistralmente con el humor, con la ironía y el sarcasmo, existe una marcada diferencia con el chiste corriente y la distinción estriba en la factura del trabajo, cercano a un epigrama, a una epifanía, a un haiku, no hay como equivocarse cuando ante la presencia de una pequeña historia, de un cuento liliputiense.

Eduardo Llanos Melussa define estos rasgos de la siguiente manera:

«1) Los mejores microcuentos abren una suerte de pasadizo inesperado entre los compartimentos estancos de planos discontinuos, borrando de una plumada los límites entre realidad y sueño, vida y muerte, el yo y el otro, este mundo y el más allá, nuestra vida actual y otras posibles (previas, futuras o paralelas).

2) Muchas minificciones son tan fronterizas, que uno se pregunta en qué difieren de un apólogo, de una fábula, de una anécdota o un chascarrillo e incluso de un poema, un aforismo o un refrán. Varios textos de esta índole tienen un aire irónico y hasta insinúan ciertas moralejas. En suma, si por una parte estos microrrelatos desbaratan las visiones compartimentalizadas, por otro lado –y de modo correlativo– borran las fronteras habituales entre los diversos géneros.»

Para concluir citó a María Isabel Larrea, porque su texto lo dice mejor y porque es clara y concisa: «La brevedad entendida como signo definitorio del microcuento incide en las estrategias del emisor, cuya opción estética es el montaje fragmentario y la disgregación de la unidad narrativa. La recepción de la

brevidad y del fragmentarismo impone la relectura, la recomposición y la búsqueda de la totalidad. El destino del lector es ir completando, casi lúdicamente, los vacíos; interpretar desde los intersticios, comprender en la densidad, en los silencios, en la síntesis, en las sugerencias, en la esmerada selección del vocabulario, el cierre que se completa en la interpretación.» María Isabel Larrea, «Estrategias lectoras en el microcuento». Creo que no hay más nada que agregar sobre el minicuento...

Los autores de esta antología son muchos y, tal vez, he cometido excesos al incluir a desconocidos junto a consagrados. Tampoco he considerado siquiera acompañar sus países de origen. Creo que no importa tanto, porque la idea es la de compartir la lectura de estos cuentos cortísimos y maravillarnos como lo hice yo cuando los leí. No he querido abusar, en ésta búsqueda, de esa referencia mayor que es «Cuentos breves y extraordinarios» de Borges y su amigo Adolfo Bioy Casares. Preferimos escarbar en otros libros, en suplementos y revistas literarias hasta dar con esta pequeña muestra que es una propuesta personal, un breve canon producto de lecturas en la que se lucen algunos ciudadanos de la República de las Letras, esa patria soñada que nos une por encima de las mezquinas nacionalidades.

El lector se encontrará con vastísimas tendencias y originales temas, con propuestas iconoclastas como la de Sergio Golwarz que en la palabra «Dios» resume el mayor de los cuentos inventados por los seres humanos, «cultas» e irónicas variaciones del «El Dinosaurio», el famoso cuento de Augusto Monterroso. O la pasmosa actualidad de los diálogos de Babieca y Rocinante, el enigmático relato de Arturo Borda sobre un hombre que no sabe en que día está. El clásico cuento de la mariposa junto a los cronopios de Cortázar y el maravilloso, poema-cuento que todos hubiésemos querido escribir sobre Matilde Urbach del maestro Jorge Luis Borges. Sin olvidar por supuesto el texto que los mexicanos consideran fue el primer cuento en ese país que para los liliputienses como nosotros es la patria de los cuentos pequeños.

En Bolivia el microcuento –minificción, cuento instantáneo, cuento súbito, artificio narrativo o cuento telegráfico como lo define mi amigo Javier Méndez– cuenta con devotos hacedores que cuentan universos en pocas líneas, llegando incluso a organizar concursos por todos el territorio nacional. Quedan todos avisados que los cuentistas son... ¡cuentistas!

En esta muestra he cuidado que los cuentos no pasen literalmente de tres líneas y que atendiendo a Enrique Anderson Imber «lo instantáneo en un cuento sea la intuición poética, que es como un éxtasis: el cuentista descubra una intriga singular, estéticamente valiosa y salte en a una forma expresiva que termina en un desenlace imprevisto.»

Vuelvo otra vez a mi amigo Eduardo Llanos para completar la idea: «Alguna vez Cortázar calificó al cuento como hermano secreto de la poesía. Pues bien, la consanguineidad entre poema y microcuento es tal, que ambos parecen más bien hermanos siameses. Por otro lado, de ser correcta aquella otra fórmula de Cortázar, según la cual una novela gana por puntos, mientras que un cuento lo hace por *knock out*, podríamos agregar que el microcuento vence mediante acupuntura verbal. Y eso es algo que un lector no sólo desea: también lo necesita.»

No he querido insertar la nacionalidad de los autores ni sus biobibliografías porque quiero, malintencionadamente, que sea leído para disfrutar de cada uno de los textos. Es un librito para gozar de la lectura que otros se ocupen de la investigación.

© Homero Carvalho Oliva

* * *

EL PRIMER CUENTO

En el principio, cuando Dios creó los cielos y la tierra, todo era confusión y no había nada en la tierra.

Autor anónimo, Génesis, La Biblia.

* * *

DIOS

Dios.

Sergio Golwarz

* * *

DUDOSA CREACIÓN

Dios creó el mundo por medio de la palabra. Un día por descuido se atraganta y tose: en ese momento apareció el hombre.

Jaime Valdivieso

* * *

EL DINOSAURIO

Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí.

Augusto Monterroso

* * *

LA CULTA DAMA

Le pregunté a la culta dama si conocía el cuento de Augusto Monterroso titulado «El dinosaurio».

–Ah, es una delicia –me respondió–, estoy leyéndolo.

José de la Colina

* * *

RESACA

Cuando despertó, la esposa todavía estaba allí.

Antonio Villavicencio

* * *

LOS 1001 CUENTOS DE 1 LÍNEA

Quiso escribir los 1001 cuentos de 1 línea, pero sólo le salió uno.

Gabriel Jiménez Emán

* * *

¿DIÁLOGO MODERNO?

Babieca: Metafísico estáis.

Rocinante: Es que no como

El Quijote, Miguel de Cervantes

* * *

EL JUGADOR

Un hombre, en Montecarlo, va al Casino, gana un millón, vuelve a su casa, se suicida.

Antón Chejov

* * *

SOLA Y SU ALMA

Una mujer está sentada sola en su casa. Sabe que no hay nadie más en el mundo: todos los otros seres han muerto. Golpean a la puerta.

Thomas Bayley

* * *

EL CRIMEN PERFECTO

Oprimió entonces el gatillo y la bala cruzó la boca, callada ya para siempre: nada, nadie –ni siquiera el asesino– podía delatar los hechos.

Giovanna Rivero

* * *

EN LOS MAIZALES

Nunca pude alcanzar al amor de mi vida.

¡Cómo corría la condenada!

David Acebey

* * *

DE HISTORIAS DE CRONOPIOS Y DE FAMAS

En un pueblo de Escocia venden libros con una página en blanco perdida en algún lugar del volumen. Si un lector desemboca en esa página al dar las tres de la tarde, muere.

Julio Cortázar

* * *

LA PRUEBA

Si un hombre atravesara el Paraíso en un sueño, y le dieran una flor como prueba de que había estado ahí, y si al despertar encontrara esa flor en su mano... ¿entonces qué?

S.T. Coleridge

* * *

SUEÑO DE LA MARIPOSA

Chuang Tzu soñó que era una mariposa. Al despertar ignoraba si era Tzu que había soñado que era una mariposa o si era una mariposa y estaba soñando que era Tzu.

Chuang Tzu

* * *

LE REGRET D'HÉRACLITE

Yo, que tantos hombres he sido, no he sido nunca aquel en cuyo abrazo desfallecía Matilde Urbach.

Jorge Luis Borges

* * *

LA NOVELA

–¿Has leído su última novela? –le preguntan, refiriéndose a un autor famoso– ¡Qué musicalidad, qué ritmo, qué riqueza de voces! ¡Es un verdadero oratorio!

–Que la cante –responde Luder.

Julio Ramón Ribeyro

* * *

EXORCISMO

Efigenio Alcántara, después de larga lucha con demonios que devoraron su tiempo, tomó la decisión de decapitarlos a todos simultáneamente. Para conseguir esto, decapitó a Dios y, en el mismo instante todos los demonios se esfumaron para siempre.

Carlos Saavedra Weise

* * *

LA PASIÓN DE CRISTO

Se llamaba Magdalena.

Adolfo Cárdenas

* * *

EL RESCATE

En su funeral la gente murmuraba que sólo al delincuente Ramiro Osinaga Bermúdez se le podía ocurrir, enfermo de muerte, el secuestro de la virgen de Cotoca para pedirle a Dios, como rescate, un milagro.

Oscar Barbery Suárez.

* * *

EL TESTAMENTO

Un hombre rico deja en su testamento su casa a una pareja pobre. Esta se muda ahí; encuentran un sirviente sombrío que el testamento les prohíbe echar. Este los atormenta; se descubre, al fin, que es el hombre que les ha legado la casa.

Nathaniel Hawthorne

* * *

YOSSI

El vacío lo acogió, arremolinándose alrededor de su cuerpo. «No hubiera sabido llegar a viejo», pensó mientras caía.

Ericka Bruzonic

* * *

AL PIE DEL ESTRIBO

–¡Patrón! No lo mande al Sebastián a la escuela. Lo va a perjudicar. Está saliendo bueno para el lazo.

Aurelio Alvino

* * *

EL INDESEABLE

Allá viene.

Marcos Sainz

* * *

CLEMENCIA

Y luego había un niño de nueve años que mató a sus padres y le pidió al juez clemencia porque él era un huérfano.

Carlos Monsiváis

* * *

PERSONA NON GRATA

Después de cerrar la puerta ella permaneció joven para siempre dentro de su casa. En ese hogar el tiempo era persona non grata.

Carlos Gutiérrez A.

* * *

CONSECUENCIA

El perro del hortelano aprendió a comer verduras y vive feliz

Oswaldo Ramos Astibena

* * *

DESPIÉRTESE

Despiértese que es tarde, me grita desde la puerta un hombre extraño. Despiértese usted, que buena falta le hace, le contesto yo. Pero el muy obstinado sigue soñando.

Ana María Shua

* * *

LA BELLA DURMIENTE

La Bella Durmiente cierra los ojos pero no duerme. Está esperando al Príncipe. Y cuando lo oye acercarse simula un sueño todavía más profundo. Nadie se lo ha dicho pero ella lo sabe. Sabe que ningún príncipe pasa junto a una mujer que tenga los ojos bien abiertos.

Marco Denevi

* * *

LA TRISTEZA DEL NIÑO

De pequeño creía que para estar triste había que trigar en un trigal, y además ser tigre, y encima estar con otros dos tigres. ¡Qué triste es ser niño!

Rubén Gutiérrez

* * *

COTIDIANA

Tras una discusión, coloqué a mi mujer sobre la mesa, la planché y me la vestí. No me sorprendió que resultara muy parecida a un hábito

Miguel Gómez

* * *

FABULA DE UN ANIMAL INVISIBLE

El hecho –particular y sin importancia– de que no lo veas, no significa que no exista, o que no esté

aquí, acechándote desde algún lugar de la página en blanco, preparado y ansioso de saltar sobre tu ceguera.

Wilfredo Machado

* * *

LLORAR

Los indios shuar estaban llorando a una abuela moribunda. Lloraban sentados, a la orilla de su agonía. Un testigo, venido de otros mundos, preguntó: ¿Por qué lloran delante de ella, si todavía está viva? Para que sepa que la queremos mucho

Eduardo Galeano

* * *

TABÚ

El ángel de la guarda le susurra a Fabián, por detrás del hombro:

–¡Cuidado, Fabián! Está dispuesto que mueras en cuanto pronuncies la palabra zangolotino.

–¿Zangolotino? –pregunta Fabián azorado. Y muere.

Enrique Anderson Imbert

* * *

AMOR ETERNO

Te amo –le dijo, sinceramente conmovido– hasta que la muerte nos separe. Y haló el gatillo.

Jenny Ybarnegaray

* * *

PEQUEÑO DIÁLOGO

Muerte: Ven conmigo

Vida: Ni muerta

Lilian Elphick

* * *

CUENTO DE HORROR

La mujer que amé se ha convertido en un fantasma: Yo soy el lugar de sus apariciones.

Juan José Arreola

* * *

EJERCICIOS DE LA PROFESORA DE RED-ACCIÓN

Dejó caer una moneda de escaso valor: nadie la cogió. Dejó caer una insinuación: nadie la cogió. Dejó caer una prenda interior: nadie la cogió.

Eduardo Llanos Melussa

(Selección de Homero Carvalho Oliva)

El autor:

Homero Carvalho Oliva es escritor boliviano, autor de varios libros de cuentos, entre ellos *Cuento súbito* (Editorial La Hoguera, 2004) ficciones hiperbreves y ha obtenido varios premios tanto en su país como en Ibero América. El año 1995 obtuvo el Premio nacional de Novela con su obra "Memoria de los espejos" y a la fecha ha escrito cuatro novelas y dos poemarios.

SÓCRATES: DIÁLOGO FRENTE A ESCRITURA. NOTAS AL CRÁTILLO DE PLATÓN

por Eugenio Sánchez Bravo

Entre los diálogos de Platón hay algunos verdaderamente curiosos, tienen un final abierto y carecen de conclusión. Se les llama aporéticos. Aunque un final abierto es una solución narrativa apropiada para la literatura o el cine, despierta ciertas suspicacias dentro de la tradición filosófica. No es de extrañar que este tipo de diálogos parezcan estériles frente a la contundencia argumentativa de obras como *La República*, *Fedón* o *Fedro*. Una de esas obras menores de Platón es el *Crátilo*.

Los expertos lo sitúan junto a *Menéxeno*, *Eutidemo*, *Gorgias* y *Menón*, diálogos que preparan el camino a la Teoría de las Ideas y cuestionan gravemente la respetabilidad de sofistas como Protágoras o Gorgias y atenienses ilustres como el infame Anito o Menéxeno. Entre líneas percibimos con toda claridad al Sócrates ágrafo, hiriente, comediente, bufón, cínico, autosuficiente, vanidoso, seductor e imprudente.

En definitiva, sentimos que Sócrates se burla hasta de su propia sombra, enreda sin piedad a torpes interlocutores bienintencionados, utilizando parodias y paralogismos, y castiga ferozmente, con una lógica implacable, la petulancia de los que creen saberlo todo y se cobran en dracmas sus enseñanzas. Cuando leo cómo Sócrates bromea entre atenienses y hace gala de ese humor corrosivo, tan efectivo entonces como hoy, tengo la sensación de que está a punto de abandonar la noche oscura de la letra muerta, para materializarse en el mundo real. El inagotable Diógenes Laercio cuenta que alguna de sus orgías dialécticas terminó en pelea callejera. ¿Quién sabe?

Platón, por desgracia, no pudo o no quiso revivir a Sócrates durante demasiado tiempo. A medida que los años y los fracasos iban cargando sus *poderosas espaldas* envió al fantasma de Sócrates al país de los muertos, donde probablemente compita con el propio Hades, contando historias para aliviar la espera de las almas que aguardan impacientes retornar. Así se burla Sócrates de Hermógenes, el otro protagonista del diálogo junto a Crátilo:

Diremos entonces, Hermógenes, que nadie de los de allí desea regresar acá por esta razón, ni siquiera las Sirenas, sino que tanto éstas como todos los demás están hechizados. ¡Tan hermosos son, según parece, **los relatos** que sabe contar Hades! Y de acuerdo, al menos, con este razonamiento, este dios es un cumplido sofista y un gran bienhechor de quienes con él están. (Platón: *Crátilo*, 403 d-e)

Creo que merece la pena, por tanto, probar a revivir al viejo bufón, aunque no vaya más allá de un voluntarioso retrato tejido a partir de mis solitarias visiones y algunos retazos del *Crátilo*.

Los personajes del diálogo son tres, un inspiradísimo Sócrates; Hermógenes, indefenso y estúpido como un saco de boxeo, pues en ningún momento es consciente de que le están tomando el pelo por partida doble; y Crátilo, presuntuoso, petulante, desconfiado, hipócrita y probablemente peligroso, un verdadero sofista.

Al comienzo, Crátilo está abusando de un modo cruel, aunque parece que exclusivamente dialéctico, del joven Hermógenes. Sócrates, que pasaba por allí, acude presto para ejercitar su impertinencia y reparar la injusticia. El joven maltratado le explica a Sócrates el motivo de la discusión. Crátilo, alardeando de algún tipo de sabiduría esotérica, lleva la contraria a Hermógenes cuando éste afirma algo obvio y cristalino: las palabras se refieren a las cosas por

convención. Hermógenes, confiándose al sentido común, sabe que los bárbaros usan palabras diferentes a los griegos. Resulta evidente, por tanto, que el hábito y la costumbre son quienes ligan las palabras con las cosas. Crátilo, sin explicar cómo, dice saber que el lenguaje copia la realidad, y que Hermógenes de ningún modo es verdaderamente Hermógenes. Resulta que Hermógenes deriva de Hermes, dios asociado a la abundancia y la riqueza, y nuestro joven protagonista es pobre de solemnidad. Viendo que le arrebatan lo único que posee, su propio nombre, Hermógenes pide ayuda.

Sócrates tiene el día juguetón y decide divertirse tomándole el pelo a Hermógenes, que se deja hacer sin protestar. Entabla una larga conversación con su recién adquirido discípulo y, utilizando un argumento falaz, obtiene su asentimiento para justo lo contrario de lo que defendía en un principio. Sócrates le tiende una sencilla trampa y de camino le da un injusto repaso al relativismo de Protágoras:

SOC.- ¿Cómo, pues? Si yo nombro a cualquier ser..., por ejemplo, si a lo que actualmente llamamos «hombre» lo denomino «caballo» y a lo que ahora llamamos «caballo» lo denomino «hombre»(...)

HERM. - Yo desde luego, Sócrates, no conozco para el nombre otra exactitud que ésta: el que yo pueda dar a cada cosa un nombre, el que yo haya dispuesto, y que tú puedas darle otro, el que, a tu vez, dispongas. De esta forma veo que también en cada una de las ciudades hay nombres distintos para los mismos objetos: tanto para unos griegos a diferencia de otros, como para los griegos a diferencia de los bárbaros.

SÓC. - ¡Vaya! Veamos entonces, Hermógenes, si también te parece que sucede así con los seres: que su esencia es distinta para cada individuo como mantenía **Protágoras** al decir que «el hombre es la medida de todas las cosas» (en el sentido, sin duda, de que tal como me parecen a mí las cosas, así son para mí, y tal como te parecen a ti, así son para ti), o si crees que los seres tienen una cierta consistencia en su propia esencia.

HERM. - Ya en otra ocasión, Sócrates, me dejé arrastrar por la incertidumbre de lo que afirma Protágoras. Pero no me parece que sea así del todo. (*op. cit.*, 385 a - 386 a)

Hermógenes cede y queda convencido de que el funcionamiento del lenguaje requiere que las palabras, de algún modo, se parezcan a las cosas a las que se refieren. Sócrates propone investigar juntos el asunto. Añade que sería ideal conocer las enseñanzas del sofista Pródico al respecto, pero que no ha podido escuchar el curso de cincuenta dracmas, sino solamente el de un dracma, así que tendrán que hacerlo solos, tomando los ejemplos de Homero.

Sócrates comienza entonces un interminable discurso, repleto de fantasiosas etimologías, en el que muestra cómo en las raíces de las palabras reside la esencia de las cosas. El discurso es una ingeniosa parodia del filosofar que, apoyándose en oscuras etimologías, cree descubrir antiguos secretos enterrados en el tiempo. Hermógenes le advierte que camina sobre arenas movedizas, a lo que Sócrates responde que se encuentra poseído y arrastrado por *los caballos de Eutifrón Prospaltio*, adivino y sacerdote ateniense. De este modo, sitúa en el mismo nivel los respetables discursos de los *maestros de Atenas* y los taimados pronunciamientos que los *hombres sagrados* reparten entre la masa, ignorante y supersticiosa.

La extrañeza del *Crátilo* reside en que Sócrates dedica más de la mitad de la obra a un discurso del que desconfía absolutamente y que no le provoca otra cosa que risa. Sin embargo, como veremos, la parodia y el humor son, en manos de Sócrates, armas de una fuerza demoledora.

Observemos cómo prueba, en primer lugar, la corrección de los nombres propios de héroes y dioses aprovechando la actitud bienintencionada e ingenua de Hermógenes. Cito el ejemplo del eufónico Tántalo:

SOC. - También el de **Tántalos** podría pensar cualquiera que es un nombre exacto y conforme a la naturaleza, si es verdad lo que de él se cuenta.

HERM. - ¿A qué te refieres?

SÓC. -A las muchas y terribles desventuras que le sobrevinieron en vida, cuyo colmo fue la ruina de toda su patria y, una vez muerto, la piedra, tan acorde con su nombre, «que gravita» (*talanteía*) sobre su cabeza en el Hades. Sencillamente, parece como si alguien hubiera querido darle el nombre de «el mayor sufridor» (*talántaton*), pero le hubiera nombrado y llamado disimuladamente Tántalos, en vez de aquello. (*op. cit.*, 395 d-e)

Usando la misma técnica, va desvelando la realidad que se esconde tras los nombres de Agamenón («admirable» –*agastós*– por su «perseverancia» –*epimoné*–), Zeus (causante de la «vida» –*zén*–) o Cronos («pureza» sin mezcla de la «mente» –*kóros noû*–).

A continuación Sócrates pasa a estudiar la naturaleza de términos generales tales como dioses (*theôî*, como los astros, en movimiento y «a la carrera» –*théonta*–), hombre (*ánthropos*, «el que examina lo que ha visto» –*anathrôn hà ópope*–), alma (*psyché*, la que proporciona al cuerpo la capacidad de respirar y de «refrescar» –*anapsychôn*–) y cuerpo (*sôma*), no sin reconocer que puede estarse pasando de la raya pareciendo «más listo de lo conveniente». Es un tópico de la filosofía su análisis del origen del término *sôma*, donde mezcla una casualidad fonética con la mística religiosa de los órficos:

En efecto, hay quienes dicen que es la «tumba» (*sêma*) del alma, como si ésta estuviera enterrada en la actualidad. Y, dado que, a su vez, el alma manifiesta lo que manifiesta a través de éste, también se la llama justamente «signo» (*sêma*).

Sin embargo, creo que fueron **Orfeo** y los suyos quienes pusieron este nombre, sobre todo en la idea de que el alma expía las culpas que expía y de que tiene al cuerpo como recinto en el que «resguardarse» (*soizetai*) bajo la forma de prisión. Así pues, éste es el *sôma* (prisión) del alma, tal como se le nombra, mientras ésta expía sus culpas; y no hay que cambiar ni una letra. (*op. cit.*, 400 c)

Continúa Sócrates con los nombres de los dioses (Artemis, insigne homófila, «odia la arada» –*áro-ton misesásēs*– del varón en la mujer), fenómenos naturales (luna, *selene*, siempre tiene luz nueva y vieja –*sélas néon kai hénon aeí*–) y, por último, conceptos intelectuales y morales.

Resulta muy interesante observar cómo Sócrates, a partir de la etimología de Cronos, va preparando el camino para cumplir un objetivo evidente de este diálogo, que es desprestigiar el pensamiento de un insigne competidor, Heráclito. Así, Sócrates atribuye a Heráclito dos tópicos famosísimos («todo se mueve y nada permanece», «no podrías sumergirte dos veces en el mismo río») que relacionan la estructura última de la realidad, semejante a un río, con Cronos (fuente –*krounos*–), padre de los dioses. Dice Sócrates que los hombres pusieron nombres de este tipo a los primeros dioses pues tenían una concepción de la realidad como algo en perpetuo devenir. Este «enjambre de sutilezas» etimológicas le da pie para una crítica de corte eleático hacia el testimonio de los sentidos, descartándolo como el mero efecto de un «mareo». Cito:

Pues de verdad, ¡por el perro!, que no creo ser mal adivino en lo que se me acaba de ocurrir: que los hombres de la remota antigüedad que pusieron los nombres –lo mismo que los sabios de hoy– de tanto darse la vuelta buscando cómo son los seres, se **marean** y, consecuentemente, les parece que las cosas giran y se mueven en todo lugar. En realidad, no juzgan culpable de esta opinión a su propia experiencia interior, sino que estiman que las cosas mismas son así; que no hay nada permanente ni consistente, sino que todo fluye, se mueve y está lleno de toda clase de movimiento y devenir continuo. (*op. cit.*, 411 b-c)

Es en el análisis del término Justicia (*dikaiosyne*) donde la crítica de Platón a la forma de filosofar presocrática se vuelve más agresiva. Platón, obnubilado por el reciente descubrimiento del poder del razonamiento matemático, se burla sin compasión de las dos grandes joyas del pensamiento presocrático: el Logos-Fuego de Heráclito y la Necesidad-Justicia de Anaximandro. Ambos visionarios consideraron que, tras el caos aparente, existe una ley eterna que atraviesa (*diaiōn*) el Universo en su totalidad. Heráclito la asocio al fuego que «se enciende y apaga según medida» y Anaximandro al *apeiron* sutil que crea y destruye «según sentencia del tiempo». Como ya advirtió Nietzsche, fueron los dos momentos más inspirados entre los primeros filósofos y, sin embargo, para el nuevo Platón, iniciado en los misterios de la razón matemática por la secta pitagórica, no son más que el producto de una contagiosa epidemia de *gripe*. Cito en este caso al Platón menos admirable, el que se esconde tras la máscara de Sócrates para combatir a sus enemigos filosóficos con argumentos propios del más mezquino de los sofistas:

Por consiguiente, puede que no sea fácil dilucidar si ello es así, o es como afirman los partidarios de Heráclito y muchos otros. Pero puede que tampoco sea propio de un hombre sensato encomendarse a los nombres engatusando a su propia alma y, con fe ciega en ellos y en quienes los pusieron, sostener con firmeza –como quien sabe algo– y juzgar contra sí mismo y contra los seres que sano no hay nada de nada, sino que todo rezuma como las vasijas de barro. En una palabra, lo mismo que quienes padecen de catarro, pensar que también las cosas tienen esta condición, que todas están sometidas a **flujo y catarro**. (*op. cit.* 440 c-d)

A medida que Sócrates progresa con sus etimologías, Hermógenes, desconfiado, le reprocha que ya le salen a «borbotones» a lo que Sócrates responde que corre desbocado pues ya ve cerca la meta. La meta no es otra que descifrar los términos metafísicos por excelencia: verdad (*aletheia*, un viaje divino –*theîa oûsa âle-*), ser (*ón*, lo que se mueve, *ión*) y no ser (*ouk ón*, lo que no se mueve, –*ouk íon-*).

Una vez que Sócrates ha terminado, Hermógenes, por fin, hace una pregunta inteligente: ¿de qué naturaleza es ese parecido entre las palabras y las cosas? Sócrates improvisa en el momento una disparatada filosofía del lenguaje. Existen, según dicen algunos, unos elementos primarios del lenguaje capaces de imitar, del mismo modo que la pintura, los componentes últimos de la realidad. Las sugerencias más cómicas son, por ejemplo, la «o», reservada a lo redondo, y la «a», apropiada para lo grande. Sócrates reconoce que a veces el mismo elemento señala a cosas contradictorias, pero como haría cualquier sofista, pasa olímpicamente de esas pequeñas minucias.

Por fin, llega el turno de Crátilo. Éste, encantado de que Sócrates haya abandonado el convencionalismo de Hermógenes por esta extraña teoría que atribuye a las palabras el poder imitativo que tiene la pintura, se atreve a entablar una discusión sobre los fundamentos de la misma. A Crátilo, aunque temeroso, le pierde la vanidad, y comienza diciéndole a Sócrates que le gustaría tomarlo como alumno pero que, misteriosamente inspirado por musas o dioses, ha logrado pronunciar un discurso totalmente acorde a sus ideas. Una vez que Crátilo acepta dialogar, Sócrates va a derribar la teoría mimética del lenguaje con la misma facilidad con que había hecho cambiar de opinión a Hermógenes.

Sócrates comienza argumentando que si el lenguaje es semejante a la pintura ha de ser también un arte. Del mismo modo que hay artistas buenos que imitan correctamente la realidad en su cuadros, también los habrá malos que lo hagan falsamente. Por tanto, lo mismo ha de ocurrir con los nombres: unos revelarán la esencia de las cosas mientras que otros no. Crátilo, atrapado y sin salida, no se digna argumentar, sino que pronuncia, sin pensarlas, las palabras mágicas del iluminado entre iluminados, Parménides. Existe, dice Crátilo, imitando al tramposo Gorgias, una identidad absoluta entre pensamiento, lenguaje y ser pues lo que no es, es imposible decirlo o pensarlo. Sócrates no duda en arrinconar a Crátilo y le pregunta qué ocurriría si alguien, en otra ciudad, le saludase llamándolo Hermógenes. Crátilo no tiene más remedio que responder con un

auténtico disparate, afirmando que quien así le saludase no estaría más que emitiendo gruñidos. Crátilo es un buen ejemplo de que, muchas veces, el arte socrático para sembrar la duda y despertar el saber mediante el diálogo, es ciertamente inútil. No funciona con aquellos que tienen pánico a reconocer su ignorancia. Estamos ante la estupidez peligrosa del dogmático.

Sócrates, algo aburrido ya, lo intenta de otro modo. Crátilo sigue sosteniendo que existen elementos primarios del lenguaje que manifiestan la esencia de la cosa. Los nombres, compuestos de elementos primarios, son, por tanto, retratos fieles de los seres. Para desarmar a Crátilo, Sócrates busca un ejemplo evidente que contradiga esta teoría. Anteriormente, entre los elementos primarios, habían convenido que la «l» se asemeja, dado su sonido peculiar, a «lo liso y lo blando», mientras que la «r», al movimiento y la rigidez. Sin embargo, la palabra *skleros* significa «rigidez» y contiene la «l», y cuando se la utiliza entre griegos se da el entendimiento mutuo. Crátilo, sin más opción, responde «pero por la costumbre», con lo que admite de una vez el convencionalismo que en un principio rechazaba.

Merece la pena destacar en este momento que no estamos ante un diálogo filosófico en el que mentes puras se ayudan mutuamente en la búsqueda de la verdad sino ante un enfrentamiento dialéctico en el que Sócrates defiende sin avergonzarse una teoría que había refutado anteriormente y Crátilo intenta, por todos los medios, no dejarse humillar. La victoria abrumadora de Sócrates no nos lleva hasta la verdad y no mejora la disposición a aprender de Crátilo.

Sócrates continúa con su argumentación: Si los nombres son establecidos por el hábito y la costumbre está claro que su estudio no puede revelarnos la esencia de las cosas. Por ejemplo, ignorancia (*amathía*, el «movimiento de lo que marcha en compañía de dios» –*poreía toû háma theôî ióntos*–) es afín a comprensión (*synesis*, el alma «acompaña a las cosas» –*symporeúesthai*– en su movimiento). Por lo tanto, la investigación de los significados profundos de los nombres no es un método de investigación filosófica válido.

Se abre la puerta de este modo a una nueva forma de concebir el ser y el conocer que es la propia de Platón. ¿Qué es mejor, se pregunta Sócrates en su peculiar modo retórico, conocer los seres a partir de una imagen dudosa, el nombre, o tratando directamente con ellos?

... que no es a partir de los nombres, sino que hay que conocer y buscar los **seres en sí mismos** más que a partir de los nombres. (*op. cit.* 439 b)

El conocimiento, por tanto, sólo es posible de aquello que es en sí y se mantiene siempre igual, como lo bello, lo bueno o similares. Todo está ya a punto para que Sócrates desaparezca de la escena y su personaje sea poseído por el venerable Platón de *La República*.

El diálogo concluye: Crátilo y Sócrates se despiden prometiendo darse noticias de futuras investigaciones. Entre líneas, sin embargo, Platón nos da pie para imaginar la risa socarrona de Sócrates y la prisa y el rencor del avergonzado Crátilo.

Quisiera concluir resaltando la idea básica que he intentado transmitir a lo largo de este artículo. El mérito del *Crátilo* no es la exposición germinal de la Teoría de las Ideas, ni las críticas poco inspiradas a Heráclito y Anaximandro sino el retrato genial del humor socrático. Fue un maestro de la impertinencia, siempre jugando con dobles sentidos, e ironías imperceptibles, para mostrar la verdad acerca del nuevo traje del emperador. Es a Sócrates vivo a quien echamos de menos cuando vemos cómo prolifera hoy día el modo de investigación filosófica estéril en que se obstina Crátilo. La filosofía se autodevora cuando, en lugar de ir a buscar a los seres en sí mismos, se queda sólo en las palabras.

Quizás el *discípulo* más aventajado de Crátilo a lo largo del siglo XX fue Heidegger. Al filósofo alemán le debemos el haber convertido la investigación filosófica en la reflexión sobre etimologías arbitrarias de dudosa erudición. Su pernicioso influencia tiene una cura difícil, pero posible, si se aprecia en lo que vale el discurso iconoclasta de Thomas Bernhard. Podemos

considerar a Bernhard una especie de avatar socrático, provisto de la misma contundencia dialéctica y la misma facilidad para crearse enemigos. Así habla de Heidegger:

Heidegger tenía un rostro ordinario, no un rostro inteligente, dijo Reger, era totalmente un hombre poco inteligente, carente de toda fantasía, carente de toda sensibilidad, un rumiante filósofo superalemán, una vaca filosófica constantemente preñada, dijo Reger, que pastaba en la filosofía alemana y durante decenios dejó caer sobre ella en la Selva Negra sus coquetas bonitas (...) Heidegger era un charlatán del mercado filosófico, que sólo llevaba al mercado género robado, era y es el prototipo del *repensador*, al que le faltaba todo, pero realmente todo, para pensar por sí mismo. El método heideggeriano consistía en hacer de grandes pensamientos ajenos, con la mayor falta de escrúpulos, pequeños pensamientos propios, así son las cosas. Heidegger ha empuñado todo lo grande, de forma que se ha vuelto *alemanamente posible*, comprende, *alemanamente posible*. (Thomas Bernhard: *Maestros Antiguos*, pp. 58-59.)

© Eugenio Sánchez Bravo

* * *

BIBLIOGRAFÍA:

- BERNHARD, Thomas: *Maestros Antiguos. Comedia*. Miguel Saénz (trad.) Madrid: Alianza editorial, 1990
- CANFORA, Luciano: *Una profesión peligrosa: la vida cotidiana de los filósofos griegos*. Edgardo Dobry (trad.). Barcelona: Anagrama, 2002..
- CASTORIADIS, Cornelius: *Lo que hace a Grecia. 1. De Homero a Heráclito. Seminarios 1982-83. La creación humana II*. Sandra Garzonio (trad.) Argentina: FCE, 2006.
- CASTORIADIS, Cornelius: *Sobre el político de Platón*. Horacio Pons (trad.) Madrid: Trotta, 2004.
- DODDS, E. R.: *Los griegos y lo irracional*. María Araujo (trad.) Madrid: Alianza, 1986.
- GUTHRIE, W. K. C.: *Historia de la filosofía griega*, vol. V. Madrid: Gredos, 2000
- JAEGER, Werner: *Paideia*. Joaquín Xirau y Wenceslao Roces (trad.) Madrid: FCE, 1985.
- NIETZSCHE, Friedrich: *La filosofía en la época trágica de los griegos*. Luis F. Moreno Claros (trad.) Madrid: Valdemar, 2001.
- PLATÓN: *Diálogos II. Gorgias, Menéxeno, Eutidemo, Menón, Crátilo*. J. Calonge, (trad. *Gorgias*), E. Acosta, (trad. *Menéxeno*), F. J. Olivieri (trad. *Eutidemo, Menón*), J. L. Calvo, (trad. *Crátilo*) Madrid: Editorial Gredos, 1983.
- POPPER, Karl R.: *La sociedad abierta y sus enemigos*. Eduardo Loedel (trad.) Barcelona: Paidós, 2006

El autor:

Eugenio Sánchez Bravo, 1969. Licenciado en Filosofía por la Universidad de Salamanca en 1991, es profesor de Filosofía en el IES Granadilla, Tenerife, España. <http://www.auladefilosofia.com>

EL CIRCO NUNCA MUERE ¹

por Gabriel Báñez

«Pienso en la muerte y pienso en el cielo porque cada vez que pienso en la muerte pienso también en las estrellas.»

Emmanuel Bove

Mc Cornick tomó el violín, contempló sin asombro el cuerpo malva de la muchacha, y dejó que la melodía llenara las pausas de una conversación siempre igual, anegada por los días y la rutina. Era junio y llovía.

El olor rancio del aserrín se había estancado junto a la casilla rodante y del sobretecho de entrada se escurría un rumor de agua y viento.

–En junio siempre llueve –dijo Mc Cornick apoyando el arco.

La muchacha estaba desnuda y rendida. Miraba el estampado azul de las paredes sin ninguna ilusión. Era muy joven, rubia y de cabellos lacios. Entre sus pechos espléndidos llevaba una medallita con la estrella de David fundida en oro puro. Mc Cornick la miraba con hidalguía. El mal tiempo arreciaba.

–Va a seguir lloviendo –insistió él.

–Hasta que cambie la luna –dijo ella.

Mc Cornick pensó entonces que hacía rato que no miraba el cielo estrellado. Conocía la humedad celeste de las madrugadas, pero había olvidado las noches. Todavía guardaba la costumbre de las funciones con el cielo de lona sobre la cabeza. Últimamente los sueños le decían que se iría a desfondar.

–Dame un beso –pidió ella.

El viejo se incorporó, apoyó el violín contra la puerta de la casilla, y se agachó junto a la muchacha. Ella sintió que sus pechos se llenaban de respiración. Acunó la cabeza del viejo y se quedó absorta. El aliento de Mc Cornick se hizo trepidante.

Habían llegado al circo hacía poco más de cuatro años, bastante antes de que las funciones desfallecieran y de que su antiguo dueño decretara el fin de la vida errática. No clausuró ni levantó el espectáculo: escogió un descampado del pueblo y dijo «ahí nos quedamos». Desde ese entonces el circo empezó a languidecer en la inmovilidad más absoluta. Cuando se agotó el asombro y en el pueblo no quedaron más espectadores, comenzó el éxodo. Primero fue el alambrista y luego le siguieron los contratados y por fin la compañía entera. Fue una agonía demorada que sólo culminó con el desmantelamiento casi total de las instalaciones. Quedaron únicamente Mc Cornick, la muchacha y ese dueño convaleciente que se negaba a abandonar la nave. Antes de morir, como en un gesto de lucidez y magia, dijo: «toque para mí». Mc Cornick entonces tocó y el hombre se fue con música de este mundo. Murió con una sonrisa idílica en medio de los restos de su circo y de esos dos sobrevivientes que lo miraban sin comprender, entre consternados y vacilantes por el destino blanco que de ahí en más empezaba.

«Habían llegado al circo hacía poco más de cuatro años, bastante antes de que las funciones desfallecieran y de que su antiguo dueño decretara el fin de la vida errática. No clausuró ni levantó el espectáculo: escogió un descampado del pueblo y dijo «ahí nos quedamos». Desde ese entonces el circo empezó a languidecer en la inmovilidad más absoluta.»

¹ Este relato fue editado en la Argentina por el sello Almagesto y posteriormente traducido al francés y editado en Francia por el sello Alfil, en versión de Erich Fisbach. Obtuvo en el certamen "Juan Rulfo" de París la Primera Mención de Calidad, 1998

Todo lo que tenían era una casilla rodante sin tracción, una carpa muy chica y remendada donde se fermentaban bolsas y bolsas de aserrín, tres valijas, algunos trastos de cocina y el recuerdo circular de la pista con aplausos. En ese entonces ella tenía 19 años y él 70, uno menos de los que tenían ahora, y hacían sus actuaciones esporádicamente, cuando el circo llegaba o para las funciones de despedida. El viejo tocaba, cuatro perritos bailaban torpemente, y ella aparecía llevándose los aplausos y las correas. Ahora estaban solos. Desde la muerte del dueño que no hacían otra cosa que mirarse desnudos por las tardes y asistir a la indiferencia del pueblo.

Ella le acarició los cabellos blancos y le dijo:

–Te quiero mucho.

–Todas las noches sueño con que la carpa se viene abajo –dijo él mirando el techo de metal de la casilla.

La muchacha se ovilló contra su cuerpo y el viejo sintió su olor joven.

–Es porque te estás poniendo viejo.

El viejo rió:

–Ahora nos dicen gerontes.

–¿Quién?

–Los médicos.

«Afuera una cortina de agua impedía ver el monte y los campos. Antes de que el circo se detuviera, mucho antes, solía imaginar que esos pueblos polvorientos y escarchados de La Pampa no eran más que pueblos fantasmas, con habitantes sin alma y mujeres estériles. Ahora encontraba que esa miseria era una razón deslumbrante.»

Ella sonrió y lo apretó con una ternura infinita. Afuera el agua se arrachaba contra los vidrios y producía un sonido cóncavo. El viejo pensó en los aplausos.

–Hay que traer más aserrín –dijo la muchacha mirando el brasero y el rostro ausente del anciano.

–Está húmedo.

–No importa.

Mc Cornik le dio un beso en la frente y se levantó a frotar con la palma uno de los vidrios empañados. Ella se estiró contra la cucheta y se cubrió con una manta; después bostezó largamente.

El viejo miró la belleza inclemente de la muchacha y se dijo que era el hombre más feliz del mundo.

Afuera una cortina de agua impedía ver el monte y los campos. Antes de que el circo se detuviera, mucho antes, solía imaginar que esos pueblos polvorientos y escarchados de La Pampa no eran más que pueblos fantasmas, con habitantes sin alma y mujeres estériles. Ahora encontraba que esa miseria era una razón deslumbrante. Habían vendido los cuatro perros y todavía tenían la cartera amarilla del finado con los ahorros de las últimas boleterías; el resto, desde las sillas hasta las secciones de la lona mayor y la más insignificante de las herramientas, se había ido en la indemnización del personal.

La muchacha se quejó con un cansancio profundo:

–¿Estás ahí todavía?

–Sí.

Después murmuró algo y se cubrió totalmente. Mc Cornick buscó el capote y luego retiró con sumo cuidado el violín de la puerta. Salió a la lluvia con una entereza de adolescente. Cuando regresó, ella ya dormía profundamente. Dejó la bolsa junto al brasero, removió las cenizas y volvió a la ventana con una expresión remota. El olor rancio del aserrín se le hizo insoportable. Entreabrió entonces la traba del ventiluz y se puso a respirar de la tormenta. Recordó que a poco de llegar al circo alguien le había dicho que trabajar en una compañía era como vivir en una cárcel ambulante. Al principio no lo entendió, pero luego, cuando descubrió que el cielo se encapotaba por las noches, se dijo que era

cierto. Ahora era distinto: ya no estaba la condena trashumante de la ilusión y ella seguía a su lado, dormitando tras los vidrios inmóviles de la casilla y sin ninguna perspectiva de futuro. Era insensato, pero era así. Como cuando los chicos reían al borde de la pista. Porque sí. En ese abismo de magia inalterada ella era una sonrisa y un desborde para la edad del viejo. Cuando llegó al circo, él notó que ambos tenían los mismos ojos azules. Se conocieron por los ojos. Después le preguntaría si sabía hacer algo y ella diría «nada, nada de nada». Ese fue un momento inaugural en sus vidas.

Se quedó un buen rato absorto en la lluvia y después preparó mate. Era un viejo hermoso, delgado y con esa claridad irlandesa que en algunos despierta en la vejez. Mantenía el pudor en las facciones y se afeitaba muy de mañana, con tanta meticulosidad que parecía un restaurador.

La muchacha volvió a quejarse entre las sábanas. Él la despertó:

–Tomá –dijo alcanzándole el mate.

Ella se restregó los ojos:

–¿Está con azúcar?

–Sí.

–¿Llueve todavía?

–Sí.

La muchacha chupó la bombilla:

–¿Dormí mucho?

–Algo.

–¿Qué hora será?

–Serán como las diez o las doce, más o menos.

Le alcanzó el mate y ella se recogió el pelo con una hebilla. Parecía más bella aún. En el pueblo creían que era la nieta. Habían llegado a esa sencilla convicción por los ojos también. Cuando salían de compras al pueblo la muchacha se burlaba diciéndole «nono». Se amaban con esas maneras, no se desmentían.

Mc Cornick volvió a cebar, pero rebasó y restos de yerba fueron a la manta. Ella rió:

–Estás con el parkinson...

El viejo entonces se incorporó teatralmente y golpeándose el pecho, gritó con un grito de Tarzán.

Ella lo miró con amor.

–Somos sapos de otro pozo.

El viejo se detuvo. Miró las paredes azules de la casilla y agregó:

–Sueño que la carpa se viene abajo, palabra. Y que no estás...

La muchacha le tapó la boca y lo llenó de besos. El rumor metálico del agua producía ahora un ruido atronador.

–Nunca te voy a dejar –aseguró ella.

Se cubrió con la manta y se aferró a las muñecas de Mc Cornik. Le sintió la piel tibia y transparente. Antes de volver a dormirse tuvo la bíblica y serena impresión de que la casilla era como el arca de Noé.

A la mañana siguiente dejó de llover. La tierra supuraba un olor marrón y el viejo, como todos los días, colgó el espejito en el parante de la carpa de campaña donde guardaban el aserrín. Mientras se afeitaba pensó que no sabía gran cosa de la muchacha. Apenas que era judía, que se llamaba Daniela, y que había escapado de «un montón de lazos, prejuicios y culturas familiares».

Cuando terminó de afeitarse recogió de un pliegue del sobretecho un poco de agua acumulada y se

frotó la cara. Las palanganas estaban llenas, por dos o tres días no tendrían que bajar al pueblo. Después se quitó el barro de los zapatos y entró a la casilla. Ella dormía. Sacó el brasero sin hacer ruido, lo limpió, y preparó el fuego para otro mate. El aire todavía estaba húmedo y del monte se levantaba una neblina de cementerio. «Van a salir hongos», pensó el viejo.

Antes de dar con el circo, Mc Cornick reparaba relojes. Dejó el oficio y la ciudad por el hastío de esos mecanismos inútiles y confiando en que sus últimos años de vida los consagraría a la aventura de no repetirse. No tenía familia. El violín y sus cuatro perros fueron su única distracción mientras tuvo el taller de relojería. Luego llegaron los mecanismos electrónicos, los digitales con batería, música y memoria, y la orfebrería de sus dedos quedó sepultada por el progreso. Sin rencor ni espanto llegó a la conclusión de que esos nuevos relojes sin manecillas lo dejaban, a él también, sin brazos. Cerró entonces el local, remató las vitrinas y herramientas y salió al país a ver qué cosa era la vida. Anduvo de pueblo en pueblo hasta que dio con esa forma rampante y triste que era el circo. Una mañana se presentó en la boletería, pidió hablar con el dueño, y cuando éste se agachó para acariciar los perros, Mc Cornick, sin demasiada estridencia, sacó su melodía de siempre, ese zal anónimo y brutal que hacía que los animales se encantaran según lo convenido: en círculos, en sentido opuesto a las agujas del reloj, hasta girar y detenerse en dos patas. Su único número. Eso fue una mañana de setiembre y cuando concluyó la rutina, el hombre dijo: «quédese con nosotros con derecho de pista». Mc Cornick aceptó, más aterrado que deslumbrado, y de ahí en adelante pasó al nombre vespertino de «Mac el Maravilloso». Durante tres meses trabajó a prueba en la matinée, que era lo que duraba el derecho de pista, y al cuarto pasó a hacer números en la última noche. Los sábados y domingos salía con un traje de lentejuelas prestado; el resto de la semana con una camisola blanca y botas de montar. Cuando la muchacha se unió a la compañía, Mc Cornick ya había perfeccionado la rutina y los cuatro perros tenían capa de luces.

Golpeó la calabaza del mate, respiró hondo el aire de la mañana, y pensó en la muchacha. Era extraño, casi absurdo: había iniciado una relación a los setenta, cuando la vida torna a convertirse en una agonía demorada de movimientos y tenedores, cuando los recuerdos se acomodan sobre las repisas y empieza, más o menos, el espasmo y la tos en los objetos. Hasta ese entonces había tendido un biombo de pudor con las mujeres. O de temor. El caso es que toda su existencia de setenta años, hasta dar con los ojos de esa chica, estuvo signada por el delirio escrupuloso de aventuras imaginadas. En realidad, nunca había dejado de ser previsible frente a una mujer. En el abismo del deseo, había sido siempre un hipócrita consigo mismo: reacciones, gestos, respuestas soñadas pero nunca una iniciativa.

«Golpeó la calabaza del mate, respiró hondo el aire de la mañana, y pensó en la muchacha. Era extraño, casi absurdo: había iniciado una relación a los setenta, cuando la vida torna a convertirse en una agonía demorada de movimientos y tenedores, cuando los recuerdos se acomodan sobre las repisas y empieza, más o menos, el espasmo y la tos en los objetos.»

Volvió a golpear la calabaza del mate como para despertar de un sueño. Recordó la luz del circo, el trapecio, las sogas y las cuatro vueltas a la pista.

Se hizo entonces la ilusión de que esos ojos de red consiguieron lo que siempre había deseado: ser feliz. Sonrió.

Cuando Daniela despertó el mate estaba lavado. Mc Cornick se había ido al monte a buscar hongos. Desde la casilla podía verse la figura desierta y flaca del viejo. El sol estaba en los eucaliptos. Era una mañana tibia, con los últimos vapores de la

tierra yéndose hacia el oeste. Daniela se desperezó y gritó: la figura hizo un saludo a lo lejos. Luego la muchacha fue hasta las ollas y se lavó el pelo con el agua de lluvia. El viejo le decía que tenía una figura de publicidad. Pero ella hacía como dos años que no miraba televisión. Sin embargo, las únicas imágenes del pasado que tenían algún valor estaban relacionadas con su familia. La odiaba, a su madre sobre todo. Pero sentía que seguía dependiendo de ella. Muchas noches se sentaban a ver caer las estrellas y ella sacaba el tema de su familia. Mc Cornick la escuchaba, pero no decía nada. A él le gustaba su aire tendencioso, sensual. A veces le murmuraba que era la inspiración de su vejez. Pero ella no entendía o no quería entender.

Cuando el viejo regresó pusieron los hongos sobre una mesa plegable y los contaron:

–Treinta y tres –dijo satisfecho.

Después los hirvieron. Pero antes de retirarlos el viejo hizo lo que siempre hacía: limpió un clavo sin óxido, lo sumergió en el agua, esperó unos minutos, y comprobó si no se ponía súbitamente negro:

–Están buenos –dijo alzando el clavo.

–De algo hay que morir –bromeó ella.

Por la tarde sintieron un rumor de tormenta en los intestinos, con fiebre y espasmos de un frío que a él le pareció azul. Creyó que se le calcinaban los testículos y en medio de su delirio sintió tener piedras. Daniela, en cambio, murió. Pero murió muy dócilmente, con una sensación de frío que apenas se le manifestó en los oídos: lo último que oyó fue que tenía nieve en los tímpanos. Un aluvión lento que terminó por cubrirla totalmente.

A la madrugada, después de los vómitos, el viejo se acurrucó junto al cuerpo tieso de la muchacha y se durmió buscando calor.

Despertó tiritando. Cubrió a Daniela con una manta y se puso a preparar mate. No recordaba gran cosa, pero el aserrín y el rescoldo del brasero le devolvieron la sensación calcinada en los testículos. Se palpó y tuvo una mueca de alivio: estaban intactos. Luego se puso junto al catre. Estaba mareado y febril:

–Fueron los hongos –le dijo– fueron esos hongos de mierda.

Notó que la muchacha le asentía con la cabeza y la dejó dormir. Antes le acarició el pelo, más brillante que nunca y súbitamente crecido.

–Vas a tener que cortártelo –murmuró.

La humedad de las últimas lluvias había desafinado el violín. Mientras esperaba el silbido de la pava se puso a tensar las cuerdas, sentado al borde de la casilla. La mañana era luminosa y diáfana. El aire tenía el olor del estiércol de los campos, recién abonados. Cerró entonces la puerta y se puso a probar con ímpetu algunas notas. Luego se afeitó, tomó mate, y con el resto del agua dejó que hirviera y preparó caldo de arroz.

–Es para la descompostura –le dijo al tiempo que la acomodaba entre dos almohadones.

La muchacha mantenía una rigidez espectral.

Con los párpados cerrados y los brazos en cruz por encima de la manta, parecía una visión intacta del pasado. Raro, pero mantenía el mismo gesto que durante las funciones: se inclinaba levemente, entornaba los párpados y ponía los brazos cruzados para agradecer los aplausos.

–Tuve la culpa, yo tuve la culpa –dijo el viejo.

En seguida le aferró la mandíbula y le abrió la boca, tirándole la cabeza hacia atrás. Le vació entonces una cucharada de caldo. El vapor comenzó a escapársele de entre las comisuras y dos hilitos tibios bajaron hasta los pómulos. Mc Cornik la miró: era como un cráter en erupción. Cuando completó el tazón la volvió a acostar y la arropó con cuidado. Sobre la manta, a la altura de los pies, colocó el capote para la lluvia y encima de éste un almohadón:

–Trató de dormir –susurró.

Estaba horizontal y eterna, con una mueca estéril en los labios. El viejo ya se apartaba cuando un rumor de esclusa y bajo vientre salió de las sábanas. Se volteó y destapó el cuerpo desnudo:

–No es nada –dijo.

La limpió con agua tibia y cambió las sábanas, volteándola a un lado y al otro. El fondo del catre lo cubrió con lonas de la carpa mayor, los últimos parches que quedaban. Por último, la acurrucó.

Antes de volver a taparla contempló la malva desnudez de los muslos y se sintió feliz. La perfumó y

«Antes de volver a taparla contempló la malva desnudez de los muslos y se sintió feliz. La perfumó y tuvo la serena impresión de que le pertenecía más que nunca. “Todo está igual”, pensó.»

tuvo la serena impresión de que le pertenecía más que nunca. «Todo está igual», pensó.

Al mediodía, antes de marcharse al pueblo, la remeció y le dijo palabras de amor al oído. Se despidió con un beso en la frente y buscó en la cartera amarilla unos pocos pesos y el viejo reloj de plata, grande y con leontina. Jamás lo consultaba, lo mantenía como recuerdo de la profesión. Lo puso en hora mirando el sol y luego le dio cuerda. Incluyó la cabeza del cadáver y se lo echó al cuello:

–Atrasa –dijo.

En el silencio de la casilla el pecho de la muchacha despedía un sonido acompasado y firme. Camino al pueblo, repasó mentalmente las compras. Era un cuarto de legua escasa de una huella desprolija y estrecha. Mc Cornick siempre encontraba pensamiento nuevos en esa marcha vacía. En realidad era lo único que encontraba, porque a la aridez del paisaje había que sumarle la ausencia de molinos y alambrados. El monte próximo a la casilla era lo único cierto; después, hasta los primeros caseríos, nada. Había escuchado decir que toda la zona estaba surcada por napas de agua salada, y estando tan lejos del mar le parecía increíble. Más increíble que la decisión del viejo de instalar su circo allí. Aunque era un buen lugar para una agonía. Se preguntó si junto al mar saldría agua dulce y siguió caminando. Estaba liviano y tranquilo.

En la farmacia compró ajeno molido, formol y tinturas. Era un local húmedo que todavía conservaba la publicidad del viejo Geniol, enmarcada con cartulina amarilla a la pared y por encima de la balanza de pie. Don Linera era también un hombre antiguo, con ideas arcaicas y tachuelas y clavos en la cabeza. Siempre estaba atento y desconfiado. Mc Cornick no se sorprendió cuando el farmacéutico, como al descuido, le preguntó por la nieta.

«El pueblo era un caserío recto y simétrico, con una plaza principal inútil pero prolija y calles de polvo que había que aplacar cada dos días. Para eso estaba el camión de la acaroina de la delegación municipal y el encargado del club de fomento. En las veredas de las casas había bancos de plaza, todos idénticos, y acacias al frente que siempre se podaban igual: como globos terráqueos.»

–Quedó en cama. El ajeno es para ella –contestó.

Linera hizo un gesto indolente:

–Creí que se habían ido.

–No todavía –replicó el viejo.

–Si es para el estómago esto le va a ir muy bien –dedujo el farmacéutico mientras terminaba de envolver los frascos.

–Claro –repuso el viejo. Y extendió un billete de mil.

Linera dio una vuelta completa a la manivela de la registradora y el campanileo metálico quedó flotando en el aire.

–En el pueblo va a haber censo –dijo de pronto el

farmacéutico.

Mc Cornick tomó el cambio y miró los ojos sin brillo del hombre:

–Mejor –dijo. Y se marchó.

El pueblo era un caserío recto y simétrico, con una plaza principal inútil pero prolija y calles de polvo que había que aplacar cada dos días. Para eso estaba el camión de la acaroina de la delegación municipal y el encargado del club de fomento. En las veredas de las casas había bancos de plaza, todos idénticos, y acacias al frente que siempre se podaban igual: como globos terráqueos. Bordeando el río de polvo de la calle principal estaban los palenques de troncos, encalados y rectos. La lluvia última había lavado el olor resinoso de la acaroina. Un resquemor asaltaba a Mc Cornick cada vez que bajaba al pueblo, conversar con esa gente era como volver a los clientes y a los relojes.

Caminó resueltamente hacia la tienda y compró hilo chanchero y agujas de colchonero.

–Para los remiendos de la lona –dijo sin soberbia. Sabía que cada compra debía justificarse y estaba acostumbrado. El tendero era un rumano opaco y cansino. Su único problema era que el ferrocarril del Provincial ya no pasaba más por esas tierras. Mc Cornick le mostró el paquete de la farmacia, y continuó: –el formol es para las polillas, me están comiendo todo.

El tendero lo miró sin fervor:

–Si no vuelve el tren a nosotros también nos van a comer las polillas.

Tenía un rostro de cartón y un cuerpo de utilería. A Mc Cornick le disgustaba el olor a género que le salía de la boca y le hablaba dándole la espalda.

–Pero si hacen el censo es por algo –dijo.

–Es lo mismo –dijo el tendero–, somos pocos y nos conocemos mucho.

Mc Cornick sintió que esas palabras lo desalojaban. Era una especie de intruso apacible en el pueblo y lo sabía. Antes de marcharse, el hombre le mandó saludos para la nieta.

–Serán dados –dijo. Y se fue.

De regreso, abrió y ventiló la casilla. El sol de la tarde había embotado el aire y en el rostro desencajado de la muchacha se notaban los primeros signos de descomposición. Mc Cornick hizo entonces lo que siempre hacía: destapó el cuerpo, tocó para ella su melodía triste de todas las tardes, y finalmente se desnudó el también para quedarse a su lado. La contempló con esmero.

–Te voy a hacer el amor –dijo de pronto.

Y como ella mantenía el embeleso ausente de la muerte, él la penetró. Primero con una suave inconsciencia y luego acompasadamente, al ritmo de ese *zal* que el oído le marcaba. El pecho rítmico de la muchacha terminó por envolverlo. En el crepitante instante del éxtasis sintió que la vida le daba lo mejor. Luego lloró emocionado. Cuando se enjugó las lágrimas tuvo la certeza de saberse impecable:

–Te quiero –murmuró. Enseguida la cubrió, le besó el reloj al cuello y la medallita de David y le repitió con una ternura infinita que la amaba más que a nada en el mundo.

Al otro día la bañó y le recortó el cabello y las uñas de los pies. El cuerpo demacrado despedía olores nauseabundos. «Como cuando abonan la tierra», pensó el viejo. Cada movimiento que realizaba dependía del sonido inalterable de ese reloj. A la noche, cuando terminó de secar el aserrín y de acomodar las agujas con las secciones de hilo, hizo más música para el cadáver.

«Al otro día la bañó y le recortó el cabello y las uñas de los pies. El cuerpo demacrado despedía olores nauseabundos. “Como cuando abonan la tierra”, pensó el viejo.»

El primer corte fue longitudinal, del esternón al bajo vientre. Luego lo prolongó hasta el cuello. La luna de la madrugada cintilaba en el techo de la casilla cuando produjo la segunda incisión, más profunda y firme que la primera. La sangre tenía el olor del alcanfor y estaba oscura y lenta. Dos horas estuvo sacándole vísceras y órganos y arrojándolas a un pozo de un metro de profundidad que hizo junto a la casilla. Terminó de vaciar a Daniela al aire libre. Los ojos glaucos de la joven miraban el fondo de la madrugada con embeleso. Cada tanto se limpiaba las manos con el aserrín y proseguía, alegre y febril. Cuando terminó, ya había clareado. El cuerpo había perdido la forma y estaba aplastado contra la mesa como un trapo mojado. Luego lo lavó, limpió los coágulos y secó con cal las cavidades. Después lo rellenó con aserrín empapado en formol y lo cosió con costuras gruesas en el pecho, las piernas y los brazos. De entre la masa informe de órganos y cartílagos había separado el corazón para conservarlo en un frasco con formol, pero al cabo de examinarlo un buen rato decidió que no tenía nada de raro y lo arrojó al pozo. Los cuentos siempre hablan del corazón de las personas, no era necesario uno verdadero. Sentía en las manos el olor metálico de la carne en descomposición y se lavó. Luego barrió el piso de tierra, esparció aserrín a la entrada de la casilla y preparó fuego sobre el montículo de tierra que tapaba los restos. Se sintió temblar por el esfuerzo. Al mediodía, las huellas de la carnicería estaban borradas y Daniela devuelta a las mantas del catre. Se durmió al sol.

Se despertó tiritando. Miró el sol, calculó la hora, y entró a la casilla. Destapó el cuerpo corrugado y lo miró con éxtasis: el muñeco de piel le devolvió una mirada amarilla. Suspiró con alivio y le dio cuerda al reloj.

–Casi me duermo –dijo.

Luego lo cubrió con precauciones de viejo y le levantó los párpados: las cuencas se le habían hundido

y tenía los ojos como dos gelatinas. Se dijo entonces que al otro día bajaría al pueblo para comprarle anteojos de sol. Le besó la frente y salió para preparar el mate. Cuando fue por el agua notó que los baldes estaban vacíos y que hasta el último resto se le había ido en la limpieza. Se sintió contrariado:

–No hay nada de agua –gritó.

Creyó escuchar la voz de Daniela que desde el interior de la casilla le decía algo. Partió al pueblo con baldes y cacerolas.

–Si estuviera el tren lo llevaba a las vías a respirar el vapor de la locomotora –dijo la mujer –, tiene los bronquios a la miseria.

–El Provincial ya no va a pasar más –contestó Pastor Almendros mientras repasaba la mesada del mostrador. Mc Cornick se acodó a la barra y se puso a mirar las etiquetas amarillentas de las bebidas: fernet, hesperidina, licor 8 Hermanos, caña Legui, botellones de barro de ginebra holandesa. El polvo cubría los envases.

–Por eso hacen el censo –prosiguió Almendros con el trapo rejilla sobre el hombro–, para robar más a gusto.

–Para esta época el Beto siempre tiene el pasmo, probé con el alcanfor pero no le hace nada...

–¿Qué edad tiene el Beto?

–Los siete.

Almendros miró pensativo el ventilador de techo y dijo:

–Para cuando le bajen del todo se le va a ir.

La mujer rió con pudor. Luego miró por encima de las espaldas de Mc Cornick, y dijo:

–Ojalá...

Almendros traspuso la barra, extendió los brazos como estacas y miró fijamente al viejo:

–Qué va a tomar el hombre...

–Ginebra.

–Ginebra –suspiró Almendros y se agachó hasta desaparecer del mostrador. Se escuchó un ruido de botellas y el tintinear apagado de vasos. Luego emergió con su aspecto de arbusto marrón y le enfrentó el vaso, a medio llenar. Mc Cornick sintió el perfume y se la llevó a la boca. La bebió como si fuera té caliente, sin ninguna urgencia. Almendros lo miraba como a punto de romper a hablar:

–¿Y la nieta que no se la ve?

–Ahí anda...

–Buena muchacha –dijo Almendros.

–Buena –repuso el viejo.

Desde el fondo del salón se escuchó el saludo de despedida de la mujer y los pasos nudosos que se alejaban. Almendros levantó el trapo a modo de saludo.

–Y qué habrá sido de la compañía, digo yo?

–En otro circo, supongo –dijo el viejo.

–Vida difícil la del circo.

–Ajá.

Mc Cornick terminó la ginebra, se frotó el cuello y desde el fondo de sus ojos irlandeses sacó un destello de burla:

–¿Y para qué es el censo?

–Por las elecciones... Vamos a tener elecciones...

Desde la calle entraba el olor rápido de la acaroina. Mc Cornick lo aspiró tranquilo. Cuando salió del club, anocheceía. Cargó los baldes que había dejado a la entrada y se marchó.

De camino pensó en el censo y en las elecciones. Pensó también en el agua caída. Había llovido mucho últimamente, pero nunca lo suficiente. Cada vez que atravesaba la zona de las napas de agua salada le brotaban pensamientos increíbles. Le gustaba el lugar. Se prometió que alguna vez llevaría a Daniela a ese paraje y que, en medio de la nada, haría su música. Estaba en el momento más sereno del día.

Dejó los baldes junto a la casilla y se sentó al frescor de la noche. En medio de ese cielo estrellado pensó en lo extraña que era la vida. Tanto tiempo de intimidad con Daniela, tanto de estar desnudos haciendo música por las tardes, y, sin embargo, nunca el amor de los cuerpos. Nunca hasta antes de ayer. Era extraño, pero era así. Recordó la intensidad del instante y recordó también la intensidad del momento. Se sintió masculino.

Se acostó junto al cuerpo sin hacer el menor ruido.

Al otro día muy temprano empezó los preparativos para mejorar la casilla. Delimitaría el terreno, haría canteros con flores y almácigos y zurciría los restos de lona para hacer un parasol. Estaba exultante. Ese pedazo de tierra era una vuelta a la infancia. Mientras carpía y emprolijaba las borduras volvía a descubrirse en la luminosa alegría de aquellos días. Pensó que la memoria reparaba partes ausentes.

Trabajó hasta las diez de la mañana. Después levantó a Daniela y la puso al sol, como quien pone un muñeco húmedo a orear. Estaba satisfecho con la limpieza, alrededor del terreno sobresalían las estacas rojiblancas que antes tensaban la lona mayor.

«Trabajó hasta las diez de la mañana. Después levantó a Daniela y la puso al sol, como quien pone un muñeco húmedo a orear. Estaba satisfecho con la limpieza, alrededor del terreno sobresalían las estacas rojiblancas que antes tensaban la lona mayor.»

—Nuestra casa —murmuró.

Luego se acercó al cuerpo y le dio un beso en la frente. El gusto ácido del formol quedó en sus labios. Le inspeccionó la piel, tensa y amarilla, y se dijo que tanto sol no era conveniente. Recordó la cartera amarilla del finado: todavía había plata. Al otro día iría a comprar semillas y los anteojos para el sol.

Levantó el cuerpo, lo volvió a la cama y lo ubicó con suaves retoques, mirándolo y volviéndose sobre él. Temía que perdiera la forma. Luego ventiló el lugar. Aunque el pri-

mer olor ya se había retirado, persistía el aroma salobre de la sangre y las tinturas. La observó desde la puerta: la muchacha tenía una expresión de estropajo, desfondada y triste.

—En el pueblo va a haber censo —dijo, y enseguida, como reponiéndose, agregó—: pero para los del pueblo nosotros no existimos. El tictac en el pecho de Daniela continuaba como un rumor.

Cuando regresó a la tarea de limpiar el terreno, ya no le pareció tan acogedor como antes. Estaba más prolijo, pero más triste también. Le recordaba la pista del circo. Se apoyó entonces contra la azada y empezó a llorar. Volvió a la casilla: la mirada embalsamada de la muchacha le provocó más lágrimas. Entonces se desnudó, buscó su violín y empezó a hacer música. Luego se durmió. Soñó que la joven se incorporaba, lo besaba en la frente y se iba a campo traviesa hasta desaparecer en el monte de eucaliptos.

Despertó reseco y hambriento, con latidos en el vientre y con la sensación de tener arena en los ojos. Miró por la ventanita: estaba el crepúsculo, la azada volcada sobre los yuyuos y más atrás el bosque de eucaliptos. Se volvió:

—Soñé que te habías ido —dijo.

Después se levantó dando tumbos y metió la cabeza en un balde con agua. Tiritó, tenía la piel ardida y sentía los músculos endurecidos. Casi no se podía mover.

—Soñé que te ibas —insistió para sus adentros, como borracho.

Hacia el oeste se desbarrancaba un sol amarotado y perfecto, ralas nubes cárdenas lo seguían. El aire venía con ramalazos de estiércol. Se tanteó los testículos como cada vez que tenía malos presagios y luego se desperezó. «No va a llover», pensó. Desnudó entonces los despojos de la joven y se acostó a su lado. Le hizo el amor con la sensación reseca del aserrín. Más tarde partió al pueblo. Estaba animado. «Anteojos y pintura», se dijo.

De camino pensó en el olor a lavandina y almidón que brotaba del sexo de Daniela. Desde que había comenzado a hacerle el amor descubría fragancias nuevas. Comparó esos olores con el aroma rápido de la acaroina y pensó que tanto el sexo como el agua estaban hechos para aplacar esas cosas.

Fue directo al almacén general, un lugar descascarado y percutido de humo. Fermín Donoso lo recibió como recibía a los que estaban de paso: sin mirarlo siquiera. Pagó la pintura y las semillas. Ya se marchaba cuando recordó los anteojos. El dueño meneó la cabeza. Pero luego lo detuvo un instante:

–Esperesé –dijo–, a lo mejor le sirve esto –y se volvió para revolver en un cajón y mostrarle unas antiparras–: son para soldadura autógena, las tengo de cuando estaban las cuadrillas del Provincial.

Mc Cornick las miró a la luz de una lámpara. Le parecieron estrambóticas:

–Están bien –dijo–, ¿cuánto es?

–Doscientos.

Antes de volver pasó por el club a tomar la copa de ginebra. Había olor a tabaco de hoja y a caporal. Pensó que la cosecha estaba a punto de terminar. Cuando quedaban pocos días para ser embolsada, bajaban los golondrinas y medieros que por nada se tenían que arremangar. Mc Cornick divisó a Almendros en la barra; un poco más lejos, entre la pared de los jamones y chacinados, estaba el delegado municipal, rodeado por un anillo de gente. Se acercó, pidió el trago, y debajo del estaño puso los bultos con las pinturas, semillas y antiparras. Hacía calor y en el aire todavía flotaban los rastros del polvo de la tarde. Ese día no había pasado el camión municipal. La ginebra lo empezaba a abotagar cuando escuchó un chistido por detrás:

–Venga, acérquese.

Era el delegado municipal, gesticulando, nervioso. El viejo echó una mirada de relámpago a los bultos y después, despacio, se acercó. El delegado le parecía un hombre teatral. Algunos se corrieron. Le estrechó la mano. El delegado le señaló a su derecha. Entonces la vio: estaba sentada, absorta sobre unas planillas. No tendría más de veintidós años. Muy parecida a Daniela. Ella alzó la vista y le sonrió con los ojos:

–Encantada.

–Encantado –dijo Mc Cornick.

–La joven llegó a la tarde –explicó el delegado– viene por el censo; en el pueblo va a haber censo –remarcó.

Mc Cornick no escuchó nada. Estaba embelesado con los ojos de la joven. Sin dejar de mirarlos, preguntó:

–¿Y a qué viene?

Ella rió con ganas:

–Por el censo, soy la censista –insistió.

–El censo –repitió el viejo como atontado.

–Como ustedes están lejos –intervino el delegado–, lo llamé para que aprovechara...

Mc Cornick miró de reojo las planillas:

«De camino pensó en el olor a lavandina y almidón que brotaba del sexo de Daniela. Desde que había comenzado a hacerle el amor descubría fragancias nuevas. Comparó esos olores con el aroma rápido de la acaroina y pensó que tanto el sexo como el agua estaban hechos para aplacar esas cosas.»

–Mi nieta no está.

La joven hizo un mohín:

–No importa, yo mañana paso...

En medio de la claridad lunar del camino, no podía dejar de pensar en esos ojos. Llegó excitado. Entró en la casilla, pálido:

–Mañana hay censo, viene la censista –dijo al aire.

El cuerpo seguía allí. Él le dio la espalda y desempacó.

Durmió mal. El ardor de los testículos se le mezcló con el crepitar metálico del pecho de Daniela. Se levantó muy de madrugada, como de costumbre. Después se afeitó de memoria y se miró al espejo. Se veía bien. Vacío uno de los baldes y salió al monte. La figura del viejo se perdió entre las sombras de humedad.

«Durmió mal. El ardor de los testículos se le mezcló con el crepitar metálico del pecho de Daniela. Se levantó muy de madrugada, como de costumbre. Después se afeitó de memoria y se miró al espejo. Se veía bien.»

Volvió con el sol fresco de la media mañana. Dejó el balde en la mesa plegable y entró a lavarse y preparar mate. Parecía más joven. Se acercó al cuerpo y algo le dijo al oído.

Después de refrescarse sentó a Daniela en la cucheta. La acomodó con cuidado, buscando la naturalidad del gesto. Le colocó las antiparras y le dio cuerda al reloj de leontina. Se alejó. La miró. Estaba bellísima en su

quietud. Sonrió. Luego se retiró, dejó en penumbras la casilla, y se sentó junto a la mesa plegable a esperar.

Como a la hora, más o menos, el viejo divisó una silueta conocida. Cuando se levantó para recibirla tuvo un estremecimiento. La muchacha le sonrió a los ojos. Lo miraba con intensidad. De inmediato reconoció el lugar y exclamó algo que Mc Cornick no alcanzó a comprender.

La joven giró y miró hacia el interior de la casilla; de entre las sombras, creyó adivinar un perfil:

–Dígale que se acerque...–dijo.

–No puede: está descompuesta –repuso el viejo.

La muchacha hizo un gesto de contrariedad. Luego se detuvo:

–Espero que no sea nada...

–Nada, nada –repitió el viejo.

Iba a incorporarse, pero antes anotó algo en una planilla y señaló con el dedo índice:

–¿Puedo entrar?

–Puede entrar, entre –la animó el viejo.

Y mientras la joven entraba a la casilla, en el tiempo en que sus ojos se acostumbraban a la penumbra, Mc Cornick, como todas las tardes, sacó los hongos del balde y buscó el violín para hacer música, su música, esa melodía anónima y brutal que tanto amaba.

© Gabriel Báñez

El autor:

Gabriel Báñez (Argentina, 1951). Ha escrito más de diez novelas, todas ellas publicadas en su país por los sellos De La Flor, Almagesto, Bruguera, Sudamericana, Atlántida, Mondadori. Dos de sus libros fueron adaptados al cine y la novela *Los chicos desaparecen* fue traducida al francés. Su último título publicado, *Cultura*, novela, pertenece al sello Mondadori. Dirige el sello La Comuna Ediciones y la página cultural del diario *El Día* de La Plata, su ciudad natal. Su blog personal: <http://cortey.blogspot.com>

MARIO

por Fernando Sánchez Calvo

Te quiere por comparación con sus padres. Has llegado a cogerle cariño por costumbre y porque su piel es suave. A los trece años, cuando te necesite, le dirás que no moleste y, al poco, habréis abandonado cualquier tipo de motivación o empatía. Eso con este crío, que no es el tuyo, porque si se tratara de tu hijo, los vínculos se hubieran echado a perder desde el principio.

Voy con este crío, paseándolo, no por mí ni por él, sino por mi hermana Lourdes y, sobre todo, por mi cuñado, que no son malos aunque sí algo simples, que no pueden más, que están a punto de odiarse entre ellos por no cargar las culpas sobre este inocente, indultado sólo porque aún no habla con corrección y no sabe dejar por escrito o a la ventura del aire lo que piensa y lo que pretende hacer en breve.

Voy con este niño, paseándolo. Me ha dicho mi hermana:

–Llévatelo un rato, por favor, Daniel, a ver si le da el aire.

Ha añadido mi hermana:

–Mario, cariño, ven, sal de ahí y corre, vete con el tío Dani al parque, y os lleváis la moto que te regaló la Nuri para que vea el tío Dani cómo sabes montar.

Ha dicho mi cuñado:

–No tengas hijos nunca, Dani.

Ha dicho mi cuñado, que no es malo aunque sí algo simple, que no es brillante pero sí lo suficientemente perspicaz como para haberse dado cuenta, casi cuatro años después, de que tener un hijo es desaparecer, es no volver a ser joven, es estar en casa (por las tardes), en los parques (de mañana), en el burger (por las tardes) y en el sofá (de domingo) esperando a que venga su cuñado, que soy yo, para decirle qué pasa, hombre, ven, tómate algo y haznos algo de compañía, que estamos aquí encabronados con el puto crío éste de los cojones, porque no para de joder a tu hermana y no pasa ni un solo día sin que le pegue puñetazos en la barriga para que no nazca Cristina, porque le gusta dejarse el puré para que acudas en su ayuda, porque le gusta llorar, enloquecer y sufrir revolcándose por el suelo sólo para que nosotros doblemos su sufrimiento, porque tiene ya casi cuatro años y, desde que vive, tu hermana y yo no podemos besarnos ni cogernos de la mano sin que este hijo de puta se cague adrede en los pantalones. Sólo ha dicho, no obstante, mi cuñado:

–No tengas hijos nunca, Dani.

Hemos dado dos vueltas al parque. Luego ha hecho saber que ya no quería montar en la moto, así que la he cogido de una rueda para acercármela a mi pecho mientras con la otra mano he ido arrastrando a Mario hasta el lago. Allí hemos estado media hora, dando gusanitos a los patos. No es listo, desde luego, ni es tan pillo y espabilado como me ha hecho creer, por cumplido, un matrimonio tras observar la increíble proeza que supone para un niño coger un puñado de tierra del suelo y pretender que, primero su tío y luego los patos, se lo coman.

–Es más listo que el demonio. ¿Verdad, Julián?

Si por lo menos no fuera tan inexpresivo e indoloro a lo mejor podría llegar a quererlo, pero qué va a saber este crío del dolor si el odio comenzó a gestar antes que él. Es una pena, desde luego, que no le pueda culpar de lo triste y cansado que este mes me siento, de lo difícil que es establecer relaciones sexuales a los veinte, a los veinticinco y también a los treinta.

Paralelo a mis pensamientos, en los columpios se ha peleado con un chico mayor que él. Disculpas delante de la abuela y del tobogán. Máximas hurtadas a Los Lunis como «hay que compartir», «un juego sin amigos no es un juego». Después, sonrisa de media comisura a la señora y examen de conciencia mientras le sacudo el polvo adherido al cuello de la camiseta, al pelo.

–¿Por qué has hecho eso?

–¿El qué?

–¿Por qué te has pegado con ese niño?

–Porque me ha pegado él.

–Le has pegado tú antes.

–Pues entonces le he pegado porque no quiero que nazca Cristina.

Los vínculos.

El parque es escaso en recursos y los pocos que tiene reposan desvencijados hasta que el ayuntamiento se decida a renovarlos. Le he preguntado a Mario si quiere volver a casa y no ha contestado al principio. Poco después ha dicho que está un poco cansado, que si le cojo en brazos y nos vamos, pero la dichosa moto pesa y, para colmo, no tiene ningún soporte para poder empujarla erguido.

–¿Qué te parece si echamos una carrera hasta casa? Yo a pie y tú en la moto.

–Que estoy muy cansado.

–Ya, pero... Mira: dame la mano y vamos andando los dos, ¿vale? Porque la moto nos la tenemos que llevar.

En el camino de regreso, peticiones de papadeltas, paradas para hacer pis, deseos de volver al parque, confesiones a pecho descubierto sobre quién es el tío favorito (que no soy yo). Pienso en positivo y me convenzo de que, de este modo, mi hermana y mi cuñado han podido tener unos minutos más para ellos dos. Quiere ser él quien llame al telefonillo. Abandono la moto. Le subo en mis brazos. Desde la entrada, se divisa a mi hermana con la puerta abierta en el primer piso, esperando, con una sonrisa en los ojos.

–¿Qué tal la pareja? ¿Qué habéis ido?, ¿al parque?

–Sí, ¿verdad?

–Sí, y me he pegado con un niño.

–¿Y eso?

–Por nada.

–Porque no me dejaba tirarme por el columpio.

–¡Hombre! ¿Ya estáis aquí? Mario, ¿sabes qué?: cuando habéis estado en el parque Cristina ha dado tres patadas más. Si supieras qué susto nos hemos dado.

Mario contempla el vientre de mi hermana. Mi hermana a mi cuñado. Mi cuñado a Mario. Decido que está bien por hoy y que ya me pasará la semana que viene. Quieren que me quede a cenar. Mario también. Digo que no, de verdad, que además quiero ir al cine o pasarme por casa de Nuria. Mi cuñado me despide aportando sucesivas palmadas sobre mi espalda y una ocurrencia que sólo le hace gracia a Lourdes. Despideme de Mario, ése ya está jugando en su cuarto, cierra la puerta abajo porque se anda quedando abierta, dos besos y, al bajar las escaleras, murmullos crecientes, risas, carreras por el pasillo, pequeños silencios, mi hermana gritando, un bofetón, hijo de puta tú y mamá, no quiero que seáis mis padres, este niño es gilipollas y otras cosas por el estilo.

© Fernando Sánchez Calvo

El autor:

Fernando Sánchez Calvo nació en Madrid (España) en 1981. Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad Complutense de Madrid, en la actualidad ejerce la docencia en un instituto de educación secundaria. Su actividad artística comenzó a sentirse motivada cuando, de adolescente, ganó un par de premios de relato corto. Estos premios sirvieron de mucho, aunque nunca volvió a ganar nada más. Respecto a las publicaciones, ha colaborado con revistas de creación literaria como *Salamandria* o *Müsu*, en las cuales aparecen algunos de los relatos incluidos en este libro. Es codirector de la revista *Quebrados* y participa con la *Red de Arte Joven* de la Comunidad de Madrid. A menudo se deja caer en proyectos teatrales, siempre como actor y siempre con la modestia del que se sabe *amateur*. Si dice esto es porque considera que el teatro ha influido notablemente en la pretendida oralidad de sus relatos. *Muertes de andar por casa* (El Gaviero, 2007) es su primer recopilatorio de cuentos, único género que, de momento, absorbe toda su producción literaria.

LA GARROTA *

por José Marzo

Felipe no se trata con sus compañeros de la residencia de ancianos. Cuando cae la tarde, con la fresca, abandona el recinto y da un paseo a solas por el vecino polígono industrial.

Camina despacito, casi arrastrando las alpargatas, y en la mano lleva una garrota muy gorda.

La garrota no la utiliza para andar, sino como arma de defensa personal. Ha llegado el momento de decir que Felipe odia a los perros. Los odia con toda su alma. Y también hay que decir que los perros le corresponden con la misma moneda. Porque cuando pasa junto a las vallas de las fábricas, nunca falta un perro con cara de pocos amigos que se lance contra él, clave el morro entre dos barrotes y le gruña con los ojos inyectados en sangre y un espumarajo blanco desbordando sus fauces. Claro que para eso tiene Felipe la garrota: a la voz de «¡Chucho asqueroso!», le suelta un garrotazo en el hocico y prosigue su camino, indiferente a los ladridos furiosos del animal, como si tal cosa.

Aunque para «chucho asqueroso», piensa Felipe, el que se ha encontrado esta tarde. Un perrillo negro de dos palmos de altura que alguien ha abandonado en un descampado. Un perrillo escuálido, cojo de una pata y acostumbrado a recibir golpes. Basta con ver su cabeza gacha y las heridas de las orejas, que dan pena. Camina diez metros por delante de Felipe y cada tanto vuelve la cabeza para vigilar atemorizado sus pasos.

Ya no sabe Felipe cuántas chinas le ha lanzado al perro, que no se da por aludido. Se aleja al trotecillo otra decena de metros, y luego se detiene de nuevo para esperarlo. Felipe lo ha perdido de vista tras una esquina, pero al rebasarla, ha mirado a su espalda y allí está el perro esperándole, las orejas caídas, el hocico rozando sumiso la tierra.

«¡Chucho!», le grita Felipe blandiendo la garrota, pero el perro no se inmuta.

Que Felipe odie a los perros no implica que no tenga su corazoncito. Por supuesto que lo tiene.

«Ven aquí, chucho, ven», le dice agachándose y extendiendo la palma abierta de una mano, mientras que la otra, la que sostiene la garrota, la retiene a su espalda. «Ven, chucho».

El perrillo, ahora, retrocede con desconfianza. Duda un instante y después se acerca despacio, cojeando, hasta la mano que Felipe le ofrece. «Buen chucho...», le saluda. Le acaricia bajo el hocico, y en el lomo, y el perro se tiende y se vuelve patas arriba y se gira y le lame la mano... Está contento el perrillo, a gusto y confiado. Ni siquiera cuando Felipe le muestra la garrota con la otra mano parece alarmarse. Se queda quieto y le mira con sus ojillos tristes, paralizado. No ladra ni gime, tampoco cuando Felipe descarga con fuerza la garrota sobre su cabeza una, dos, tres veces, con tres golpes decididos y recios.

El animalito tiene la cabeza aplastada, y su único reflejo, durante unos pocos segundos, es el movimiento compulsivo de una pata trasera, rígida como un palo. Felipe ya ha reemprendido el camino, aunque tardará algún tiempo en olvidar la mirada de lástima del perrillo. Una mirada que, al recordarla, le pone a Felipe un nudo en la garganta.

La garrota tiene restos de sangre y algún pelo. Hoy no lleva pañuelos de papel consigo. De vuelta en la residencia, piensa Felipe, tendrá que limpiarla.

© José Marzo

El autor:

José Marzo. Es autor de las novelas *Viento en los oídos* (ACVF Editorial, otoño de 2007), *La alambrada*, *Un rincón para César*, *Una maleta vacía* y *Café con hielo*, y de los volúmenes de relatos *Ojo de buey*, *El mono mecánico habla conmigo* y *El camaleón desgarrado*, reunidos en la trilogía *Aurora* (ACVF Editorial). Colaborador y promotor de varios medios y fundador de *La Fábula Ciencia*, también ha escrito la serie de aforismos *El paso*, una investigación de los fundamentos de la democracia. Asimismo, sobre el mismo tema, en la revista viene publicando por entregas la serie *La conquista del tiempo* (una historia heterodoxa de la democracia). Blog: <http://www.jose-marzo.blogspot.com/>

* Relato perteneciente al libro *Aurora* (ACVF Editorial, 2007)

DOCTOR PARACELSO (Los diarios de Lem)

por Carlos Montuenga

Ha pasado ya algún tiempo desde que perdí el contacto con los demás. Tengo que encontrarles como sea. A veces, lo ocurrido me parece un mal sueño del que voy a despertar en cualquier momento.

Recuerdo los tejados de París recortándose contra el cielo sereno de la tarde. En la lejanía, las campanas de Notre Dame elevaban su voz severa sobre el bullicio de calles y plazas. Yo paseaba despreocupado, observando las travesuras de unos pilluelos que corrían entre la gente.

Luego las cosas tomaron mal cariz. Recibimos orden de trasladarnos con urgencia y muchos creímos que se iba a iniciar una gran ofensiva. Cuando llegó el momento señalado, fijé las coordenadas y me preparé para la partida. Pronto, aquella ciudad tan fascinante no sería para mí más que un lejano recuerdo.

Durante el tránsito no percibí nada anómalo. Como ya había ocurrido en otras ocasiones, los contornos de todo cuanto me rodeaba empezaron a borrar y me fue invadiendo una intensa sensación de ingravidez. Procuré no pensar en nada y me abandoné al placer de sumergirme en un torbellino luminoso en el que todo desaparecía estallando en mil destellos fugaces.

Sé que aquello sólo duró un instante, pero cuando las luces se extinguieron y pude palpar otra vez mi cuerpo, habría jurado que regresaba de cruzar un océano sin límites.

Pronto comprendí que algo iba mal. En el lugar donde me encontraba, no había ni rastro de los míos, nada familiar, ninguna referencia; he de admitir que algún fallo inexplicable me desvió de la ruta prevista.

Ahora sólo puedo confiar en que consiga comunicarme con ellos. Mientras tanto, dependo de mis fuerzas para sobrevivir en un mundo que apenas conozco.

He tomado la decisión de dirigirme hacia alguna población importante. Tal vez allí tenga más posibilidades de ganarme la vida, mientras sigo intentando establecer contacto.

Ayer tuve que emplear la mayor parte del día en atravesar un bosque solitario. Al fin, se fue aclarando la espesura y apareció ante mí un territorio llano con abundantes pastos y tierras de labor.

Ya avanzada la tarde, entré en una pequeña aldea rodeada de prados.

No había probado bocado desde el día anterior y mis tripas no dejaban de protestar. Me acerqué a una choza y di unos golpes en la puerta. En el umbral apareció una mujer muy delgada, con dos niños agarrados a sus faldas, y me invitó a pasar. El suelo de la estancia estaba cubierto de paja y se oía el gruñido de cerdos tras una estacada. Flotaba en el aire un olor nauseabundo. La mujer me ofreció una escudilla con coles hervidas y algunos trozos de tocino, que devoré en un santiamén sentado junto al hogar. Tras terminar el refrigerio, conseguí que me entregara unas libras de carne en salazón y medio queso, a cambio de una hebilla de plata.

Las últimas luces del día se apagaban cuando salí de la choza para proseguir mi camino. Parecía como si la aldea hubiera quedado sumida en un profundo letargo; sólo el silbido de los vencejos y el eco de alguna voz lejana turbaban el silencio.

Cuando noté que el cansancio se adueñaba de mí, dejé el camino y me tendí bajo los árboles, dispuesto a descansar unas horas. El verano derramaba su aliento tibio sobre la tierra y las hojas plateadas de los abedules brillaban en la oscuridad; en seguida, me venció el sueño.

Apenas rompía el alba cuando sentí que alguien me sacudía el brazo. Un hombre alto, embutido en faldones negros, estaba junto a mí observándome con atención.

–La paz del Señor esté contigo –dijo.

Respondí a su saludo asintiendo con la cabeza; luego le expliqué, tan bien como pude, que el azar me había llevado lejos de casa y necesitaba encontrar algún modo de ganarme la vida.

–Por tu forma de hablar, veo que eres extranjero y desconoces nuestras costumbres –dijo él– pero pareces un joven decidido, y tal vez encontremos para ti alguna ocupación en el monasterio. Acompañame, si ese es tu deseo. Con la ayuda del Señor, llegaremos allí antes de la hora Sexta.

El monasterio está asentado sobre un promontorio desde donde se divisan extensos campos de cebada, salpicados por algunos viñedos. El abad ha dispuesto que mientras permanezca con la comunidad, he de ayudar a los hermanos que cuidan del huerto.

Hay un monje muy enfermo que ocupa una celda contigua a la mía; es el hermano Wenceslav, un anciano que antes estaba encargado de dirigir la cocina. Respira con mucha dificultad y apenas tiene fuerzas para levantarse del catre. Siempre que puedo, me acerco a verle por si necesita algo. Ayer estaba ayudándole a tomar un poco de caldo, cuando se presentó el abad acompañado de un hombre de semblante adusto que, tras reconocer al enfermo, sacó algunos frascos de un pequeño cofre forrado en cuero. Luego empezó a extender un unguento amarillo sobre el pecho del anciano.

–Señor, este hombre está muy enfermo –le dije–. Temo que su vida se apague en cualquier momento.

–¡Nadie ha pedido tu opinión! –bramó él–. ¿Con quién crees que hablas? Soy el doctor Teophrastus Bombastus von Hohenheim, muchos me llaman Paracelso. He viajado por todas partes y estudiado en varias universidades, pero mi saber no procede de los libros.

Luego, mirando con malicia al abad, prosiguió:

–Tal vez por eso, algunos me toman por brujo y hasta se ha llegado a decir que hago pactos con el demonio.

–¿Los brujos pactan con el demonio para auxiliar a los enfermos? –pregunté intrigado.

–Verdaderamente, ni el asno que transporta mis medicinas es tan necio como tú –dijo Paracelso escupiéndome al suelo–. ¿Cómo te llamas?

– Señor, mi nombre es Lem.

– ¿Lem? ¿Eso es todo? Más parece el nombre de un perro. Créeme muchacho, nunca llegarás a nada con un nombre así. ¿Acaso no sabes que los nombres definen la esencia misma de lo que somos? Fíjate en el mío, yo no podría ser quien soy si me llamara, digamos... Teo.

–En fin no sé por qué pierdo el tiempo contigo. Ya veo, por tu forma de mirarme, que no entiendes nada. Por cierto, tus ojos son oblicuos y hablas el alemán con un acento extraño. ¿Has nacido en las tierras del norte?

–Pues... sí, maestro, de muy al norte.

–Bueno muchacho, dejémonos de charla. Si quieres hacer algo por el enfermo, asegúrate de que ingiera una pizca de este polvo negro una vez al día.

En medio de la noche me despertó el tañido de una campana que llamaba a los monjes a la oración. Estaba a punto de volver a dormirme cuando oí toser al enfermo. Me levanté con sigilo de mi jergón y entré en su celda. El anciano ardía de fiebre y respiraba con gran dificultad; sufría continuos acce-

tos de una tos convulsa que le sacudía de los pies a la cabeza.

Consideré la situación: tenía serias dudas de que los remedios del eminente doctor fueran de alguna utilidad; aquel pobre hombre podía morir, a menos que yo hiciera algo... pero eso significaba contravenir el reglamento del Consejo Supremo.

Me aproximé al enfermo y enfoqué sobre él mi campo de visión. En seguida, pude apreciar una zona oscura que se extendía por su pulmón derecho.

El proceso infeccioso estaba muy avanzado y tomé la decisión de actuar con rapidez. Coloqué ambas manos sobre la zona enferma, y pronto empecé a sentir un cosquilleo característico que circulaba por todo mi cuerpo. Al cabo de un buen rato, la mancha casi había desaparecido y el monje comenzaba a respirar con más facilidad. Me senté junto a él para recuperarme del esfuerzo; en la penumbra de la celda, las corrientes de luz que escapaban de mis manos ascendían hacia el techo, envolviéndome en un resplandor rojizo que, al iluminar débilmente la estancia, proyectaba sombras vacilantes sobre los muros.

El monje carraspeó y miró en torno suyo con expresión aturdida. Me miró sin reconocermelo y, abriendo unos ojos como platos, exclamó:

—¡Que Dios se apiade de mí! ¿Acaso te envía el maligno para arrastrarme a los infiernos?

Le aseguré que no tenía intención de arrastrarle a parte alguna, pero él estaba fuera de sí y agitaba los brazos como un loco. A pesar de mis esfuerzos, se las arregló para saltar fuera del catre y, al pisar descalzo las frías baldosas, resbaló y se dio de narices contra el muro.

Al poco rato, oí girar los goznes de la puerta y apareció el abad acompañado de dos monjes que portaban antorchas. El enfermo yacía en el suelo atontado por el golpe, pero yo había tenido tiempo de comprobar que sólo sufría una ligera contusión.

—¿Pero qué es esto? —exclamó sorprendido el abad—. ¿Qué ocurre aquí?

La situación era comprometida. Tragué saliva y me dispuse a improvisar una explicación convincente. El ambiente se distendió cuando le dije al abad que sin duda el hermano Wenceslav se había caído del lecho, tras de lo cual yo acudí al oír el golpe y le encontré tendido en el suelo.

Por suerte, mi apariencia humana era ya completamente normal y los monjes no sospecharon nada.

Reina una gran inquietud en el monasterio. Por lo que he creído entender, han llegado noticias de cierto edicto promulgado en Worms, que condena a un monje agustino por defender ideas contrarias a las enseñanzas de la iglesia romana. El acusado, un tal Lufer o Luther, es un profesor de la Universidad de Wittemberg. Según dicen, hace unos años protagonizó un gran escándalo al publicar numerosas tesis contrarias a algunas prácticas habituales de la Iglesia. Eso último me resulta confuso, pero por lo que me han explicado los monjes, las autoridades eclesiásticas venden unos documentos muy particulares; por medio de ellos, el comprador consigue una reducción de la condena que le corresponde cumplir en un lugar llamado purgatorio, cuyo emplazamiento exacto nadie es capaz de aclararme.

El abad dice que todo esto puede traer consecuencias nefastas, pues algunos príncipes alemanes apoyan las tesis del monje rebelde y no vacilarían en enfrentarse al mismísimo Emperador.

Hace unos días que abandoné el monasterio para seguir mi camino. Me disponía a buscar algún lugar donde pasar la noche, cuando divisé a lo lejos el humo de una fogata que se elevaba junto a un carro. Al acercarme, pude ver al doctor Paracelso, abstraído en la contemplación de las llamas. No me había visto y se puso en pie de un brinco cuando llegué junto a él.

—Maestro, espero que os encontréis bien— dije, haciendo una inclinación de cabeza.

–¿Eh? ¿Quién eres tú? ¿Qué quieres?

–Soy Lem, maestro, he dejado el monasterio y me dirijo a la ciudad de Marburg.

Al reconocerme, se tranquilizó e hizo un gesto para que me sentara junto a él. Sobre el fuego se hallaba suspendido un caldero del que escapaban efluvios capaces de resucitar a una legión de muertos.

Permanecimos un rato en silencio. Luego, él clavó en mí su mirada y dijo:

–Muchacho, tal vez te sorprenda el que un eminente doctor viaje de un lado para otro como un vulgar buhonero, cuando podría llevar una vida opulenta al servicio de algún príncipe. Pero nada aprecio tanto como la libertad. Todas las riquezas del mundo carecen de valor si se comparan con el placer de tenderse sobre la hierba y contemplar la belleza del cielo estrellado. Pero dime ¿cómo se encontraba el hermano enfermo cuando dejaste el monasterio?

–Maestro, cuando me despedí de él, se sentía aún muy débil, pero respiraba con bastante normalidad y su fiebre había desaparecido.

–¡Rara vez he fallado al tratar un caso como el tuyo! –exclamó él con gesto triunfal–. Has de saber que mis remedios superan todo lo conocido. Mientras muchos se obstinan en seguir utilizando purgas y sangrías, yo he descubierto que la Naturaleza oculta sustancias capaces de destruir el núcleo mismo de la enfermedad.

–¿Y sería posible encontrar agentes específicos para tratar cada dolencia? –pregunté interesado.

–Vaya, parece que no eres tan necio como me figuraba –respondió él–. Así es, tal como supones. Algunas de esas sustancias son de naturaleza mineral, como la sal Tartari y el sulfuro de antimonio; otras, esencias volátiles, tal el alcohol vini y los espíritus que pueden extraerse de las plantas por destilación. Sin embargo, Lem, hay algo que debes tener siempre presente: sólo un hombre virtuoso puede practicar con éxito el arte de curar; todo en el cosmos forma parte de una trama que la voluntad suprema teje en secreto.

He cambiado de planes. Por el momento, no iré a Marburg. El doctor Paracelso me ha ofrecido una pequeña paga con la que puedo cubrir mis necesidades básicas. A cambio, le ayudo a realizar sus curas y me ocupo de recoger las plantas que precisa.

Cada día que pasa, acuden a nosotros más enfermos y la bolsa del maestro engorda sin cesar. Poco se imagina él que a veces yo intervengo en secreto para acelerar las curaciones.

¡Al fin he conseguido establecer contacto! La señal se mantuvo estable tan sólo unos segundos, pero bastó para notificar mi posición y pedir instrucciones. Poco después llegó la respuesta. Se hacen cargo de la difícil situación en que me encuentro y han calculado las trayectorias de regreso que les parecen menos arriesgadas. Pero me dejan a mí la decisión final. Esta vez no puedo fallar...

© Carlos Montuenga

El autor:

Carlos Montuenga. (Madrid, España, 1947). Doctorado en Ciencias por la Universidad Complutense. Aunque su actividad profesional se desarrolla en el área científica, siente un particular interés por la difusión de la cultura, así como por la comunicación de un modo personal de sentir la realidad. Ha colaborado en revistas electrónicas, tales como ETC Magazine (Buenos Aires), en espacios literarios como Vorem, Margen Cero, Ariadna (Asociación de revistas electrónicas de España), Revista Amalgama, Revista Voces, Letralia (Venezuela) y en portales de la red dedicados a la difusión del humanismo y la filosofía, como La Caverna de Platón.

SARTO

por Genoveva Arcaute

Dobló la esquina de vuelta del gimnasio y allí estaba. Inconscientemente esperaba verlo, se dio cuenta apenas lo vio. Al auto. Esta vez era un bm. Con los vidrios oscuros como todos los otros. Y ese hombre. Eran tres hasta ahora, los autos: el rover, el audi y ahora este. Que estaba allí. Y a esa hora de la noche los vidrios semiopacos eran la negrura total. Ella siempre se decía *ese hombre*, no le cabía que fuera mujer. Y no se preguntó porqué. Estaba allí, y no le temía. No temía a los autos caros. Podría haber ido al gimnasio en su coche propio desde que apareció el mirón de los autos caros. Pero no le temía y no iba a cambiar su gusto de caminar esas pocas cuadras y descomprimir el ruido de la música rítmica, la cháchara de las mujeres y la tensión de sus músculos cargados de ácido láctico, listos para el calambre. No se quedaba al estiramiento. Era el momento del chisme y no quería contar nada ni que le contasen nada tampoco. Pasados los cuarenta y con un rendimiento parejo al de las de veinte, no hallaba tema con esas y con las de su edad menos. Todo era maridos-hijos-colegios-pechos enfermos. Nada de eso le interesaba. El marido estaba a buen resguardo en el nicho de su trabajo siempre frotándose con el poder y obteniendo ventajas, el hijo bien lejos estudiando para su futuro y

«Las cuadras de oscuridad pasando por las grandes casas acomodadas de su barrio eran un bálsamo. Después la ducha, el whisky en su exacta medida de calorías. Y después... dependía del programa. Por ahora era fantasear con el hombre del coche. Es verdad que las primeras veces cambió el recorrido una manzana. Sólo para confirmar. Y allí estaba.»

los análisis de rutina eran para Malala sólo una superstición que duraba la semana de buscar los resultados y la tranquilidad subsiguiente. La buena salud era para ella algo que la vida le debía. Y punto.

Las cuadras de oscuridad pasando por las grandes casas acomodadas de su barrio eran un bálsamo. Después la ducha, el whisky en su exacta medida de calorías. Y después... dependía del programa. Por ahora era fantasear con el hombre del coche. Es verdad que las primeras veces cambió el recorrido una manzana. Sólo para confirmar. Y allí estaba. También fue a la puerta del gimnasio fuera de su horario y por supuesto no estaba. Dedujo que la observaba, que era

ella el motivo de su presencia. Hacía un año ya que la caseta de seguridad no estaba más. El guardia, amigo de todos, y fiel como un perro, se transformó una noche en gato traicionero y entregó horarios y datos ciertos sobre sumas tentadoras en lo de un vecino. El barrio en pleno, acalorado de indignación prescindió de corruptibles humanos e instaló cada cual como quiso las alarmas más modernas y completas. El marido de Mariela se conformó con un equipo estándar, una consola fácil de manejar y un par de cámaras bien ubicadas. De modo que el coche fantasma estaba sólo, a esa hora del atardecer, casi invierno. ¿Qué podía por otra parte robarle? El bolso de lona inflado de prendas caras no era botín para él. No llevaba ni siquiera el celular, porque tenía una particular filosofía para su uso. Llamaba cuando quería hacerlo. No lo tenía para que la llamaran. De modo que lo escondía en la casa, por precaución excesiva, ya que solía borrar los mensajes apenas leídos y su agenda estaba vacía. Tenía una gran memoria, de la que nunca hacía alarde. En algún momento se le ocurrió que el coche cuidaba o esperaba a alguien de la cuadra y todo era una gran casualidad. Si hubiera sido en algún modo peligroso, algún comedido o comedida –pensaba en mucamas que siempre sacan la peor parte en los robos– habría llamado al patrullero que rondaba por propinas las cuadras periféricas del recinto de pocas manzanas donde vivía. También se le cruzó lo peor, un *killer*, acechando la llegada de un mafioso-funcionario-abogado-político de por ahí. Pero las pruebas la señalaban a ella. Y se moría de ganas de verle la cara al sujeto. Le estaba haciendo falta un poco de acción, de toco y me voy, de aventura loca y vuelta a la tierra a vivir del recuerdo. Porque el último recuerdo de aventura loca ya se estaba desvaneciendo y no había pasado de ser un adulterio vulgar, fugaz y placentero, sí, con el recién casado con la sobrina de su marido, en la fiesta de la boda, Club Náutico, yate anclado del embajador de Chile, frigobar completo, polvos a lo largo de toda la fiesta que duró sus buenas ocho horas. Sexo

express lleno de peligro, excitación producto más del riesgo que de los cuerpos, bello el de él, bello el de ella, la tía caliente que por gestos ambiguos lo fue llevando a la noche abierta, al muelle, a la cerradura fácil. ¿Cuánto hacía ya de eso? Meses y meses.

El hombre del bm bajó cuando ya la mirada de ella venía clavada en el parabrisas negro, lugar del conductor, desde la esquina. Algo de su actitud se llevó el alma de Malala como un viento delicioso, de playa en verano refresco del ardor del sol. Casi joven, elástico, despeinadas sus mechas entrecanas, saco y camisa abierta, hacia ella con la seguridad de ser bien recibido, como un esport de relojes caros o de ese mismo auto. Apenas un gesto de invitación y Malala, como una niña laucha al sonido de la flauta siguió los mínimos gestos del hombre. Con voz de susurro, profunda a pesar de la semisonrisa, le indicó la puerta trasera, se presentó: Juan Sarto, y al oído «mejor acá».

Deliciosa sensación de saciedad... Un poco de luz por esa ventana con espesas cortinas... Un mareo de ojos que ponía el mundo en remolino y pintaba de colores irreales el entorno. Cerró los ojos. *Es algo que tomé o aspiré o me clavé.* Movié los pies en el fondo de la cama. Las sábanas eran ásperas pero frías y estaba desnuda. ¿Total o parcialmente? Movié el cuerpo y un concierto de dolores, suaves pero repartidos en toda su superficie, especialmente la de sus sexos, la fue despertando. Los tendones de sus ingles dolían como si la hubiesen partido. Y la calesita en el cráneo seguía. Los dolores no eran nada o mejor dicho eran algo bueno y un mar espeso entre las piernas, charco enfriado bajo las nalgas le informó que el trajín había sido de aquellos. Recordar... por el momento no podía. El efecto de lo que fuera duraba y sólo la percepción de sus fronteras de piel y nervios, la ventana y la sinestesia cama le llegaban con cierta claridad al entendimiento. Se propuso esperar algo más de tono muscular para comenzar a desperezarse como ella sabía, prolongación del placer en la bajamar del orgasmo. De los orgasmos. En plural, apostaba, apenas la memoria le devolviera la película de esa noche fantástica. Algo en las entrañas, un ardor en la línea del tajo a la raya, inflamación al rojo ¿desgarros?, le reveló que había acabado como las diosas. Pero recordar... no recordaba. Un exceso que se ocuparía de solucionar para la próxima. La sonrisa de Sarto, el mechón entrecano y la sonrisa joven inclinados sobre ella se representó con delicia. El empujón en la oscuridad que la arrojó a esa cama volvía lentamente a la memoria de su cuerpo. Mezcla de brusquedad, dominio y sometimiento a sus favores, mímica de resistencia, huída falsa de espaldas sobre la cama fugando de la tenaza en sus pies. *Empiezo a recordar.* Y deseó detener el flujo de memoria, volverlo moroso, para vivir los ápices de placer con lentitud. Los recuerdos... la sostenían en la vida gris de su matrimonio, en la vida dulce de su matrimonio, en la amistad con su esposo que sólo la buscaba cuando le era absolutamente imprescindible. Después que ella entre lágrimas de vergüenza le confesara que era frígida, que en los tres años que llevaban de acostarse juntos había fingido para complacerlo, él había quedado dolido, apenado. Y –santo– para nada enojado, quizá atribuyéndose la culpa de no hacerla gozar. La instó a consultar especialistas, pero ella se negó aduciendo pudor, convenciénolo de que para ella el sexo era amistad y caricia para él, que su educación rígida y su madre avinagrada eran la causa y que los años de psicoanálisis serían eternos para sacarse todo eso de encima. Lo convenció de que era feliz así, se aniñó para él y sobre todo lo desanimó sugiriendo que *ambos* tendrían que hacer la consulta con el sexólogo. Los diez años más de él, su orgullo viril, lo callaron para siempre. Su sexo era triste, pero amigable, sin exigencias, y últimamente por fortuna se había vuelto veloz, lo que acortaba el trance a medida de las molestias de Mariela, que podía conservar la sonrisa por ese ratito.

«Movié los pies en el fondo de la cama. Las sábanas eran ásperas pero frías y estaba desnuda. ¿Total o parcialmente? Movié el cuerpo y un concierto de dolores, suaves pero repartidos en toda su superficie, especialmente la de sus sexos, la fue despertando. Los tendones de sus ingles dolían como si la hubiesen partido. Y la calesita en el cráneo seguía.»

Trató de incorporarse apoyando los codos pero el mareo se le hizo náusea y se asustó. Se tapó la cara –la boca– con la colcha de colores, algo áspera, tejido étnico del Once, y olió vómito. No de

ahora, claro, de anoche. Bueno, exclamó su mente extraviada, parece que fue completo y yendo a otras zonas de su cuerpo descubrió que su vejiga estaba tranquila... hummm, eso indica que fui al baño o me despreocupé. Los orgasmos líquidos eran su especialidad, cuando se desenfrenaba. De todos modos, pasada la reliquia de náusea, la cabeza le permitió horizontalizar la mirada alrededor, más acá del cielorraso desprolijo. De paso pensó «me trajo a un lugar bastante bajo, *grasa*», pero ella no solía ponerse exigente, sabía ponderar los beneficios y en el fondo lo canalla era un ingrediente apetecible. La mugre sí la preocupaba, pero su doctora, bah, su amiga Alicia, médica, la preservaba inmediatamente después de que ella contara con lujo de detalle su andanza. Y después de la complicidad y la risa venía la receta o el consejo de prevención. Precisamente la humedad pastosa de sus partes bajas la preocupó, porque en un rincón del cuarto, como extrañando un tacho de basura alcanzó a ver un puñado de preservativos usados. Eso le desagradó, por lo general ella se imponía y seguía el consejo de su amiga «*Nunca. ¿Me entendés?, nunca*». Seguramente habían discutido con Sarto sobre eso, ella habría desplegado el jueguito protector y después las sustancias la habrían vuelto suicida. Frunció el ceño. Se preocupó y encima la cabeza erguida aulló de dolor, sienes, casco, nuca, quijada, todo era un agudo sufrimiento. Se tiró sobre la almohada y al acomodarla sus brazos desnudos le mostraron marcas violetas, púrpura y un arrastre de sangre seca. ¡Ay! En un principio se había rebelado contra la maldad del cuerpo que se venga de los excesos a la mañana siguiente, pero con el tiempo fue desarrollando la paciencia necesaria para aguantar las resacas, más feroces cuanto más intensa había sido la partusa. Pero quería acordarse. Por lo menos del rato previo a los estímulos más fuertes. Sabía que la amnesia posterior abarcaba zonas amplias y que hacía falta un ayuno monacal para recuperar el cuadro completo.

Entonces se abrió la puerta. Entró un morocho, bajo, bastante joven, mas joven que ella en todo caso. Se llevó la colcha al mentón. Su mente funcionaba al menos, porque se sorprendió pensando que debía tomar la delantera en su conversación con el sujeto. *¿Dónde está Sarto? Procurando que su voz sonara segura y suficientemente alta. ¿El jefe? ¿Para que lo querés? ¿no te bastó lo de anoche?*

¿Y usted qué sabe? El hombre miró los forros tirados –Uno de esos es mío, porque después la seguimos en pelo, decidimos que estabas bien sana –carcajada amplia– ahora... nosotros, no sé, yo vengo zafando. Pero los guachos esos que acaban de salir, no sé... yo que vos, me hago desinfectar... si el jefe te larga. El boludo de tu marido pagó, pero... vos viste las caras ¿vistés?

Malala entrecerró los ojos. A toda velocidad procesaba lo que iba largando el morocho y cómo se iba acercando. Había puesto una rodilla sobre la cama, lo sentía en la fuerza que tironeaba la colcha de su mentón. –No me acuerdo de nada...– admitió y sonó tan sincera como que decía la pura verdad. Pero

*«Entonces se abrió la puerta.
Entró un morocho, bajo,
bastante joven, mas joven que
ella en todo caso. Se llevó la
colcha al mentón. Su mente
funcionaba al menos, porque se
sorprendió pensando que debía
tomar la delantera en su
conversación con el sujeto.
¿Dónde está Sarto? Procurando
que su voz sonara segura y
suficientemente alta.»*

él interpretó una entrega o una seducción «*perra fina reputa*», y tiró del cubrecama en cuatro patas hacia ella.

Entonces el primero.

De los estampidos.

Un resorte llevó las cabezas hacia la ventana.

El morocho se largó dejando la puerta entreabierta –nunca había tenido llave–. Ella pudo verlo por la ventana cruzando el patio interior a través de la cortina y los estruendos arreciando la sacaron de la cama. En su cerebro, pantalla en reposo, rebotaban dos banners que decían *tu marido pagó* y *si te dejan salir*. Se envolvió en la colcha y se acercó despacio a la ventana. Nada. Los

tiros seguían atrás de otra edificación ¿la casa principal? ¿sobre la calle? Sólo veía un gran patio de cemento descascarado, unos trozos de chatarra de automóviles. Con claridad vio que estaba en una construcción precaria, la puerta abierta, pero no había ni una sola de sus prendas a la vista. Una botella de aguardiente vacía estaba no lejos de la reserva de semen que agonizaba en sus plásticos. Voces de megáfono se superponían ahora a los disparos, que empezaban a ralear. Una esperanza de sobrevivir nadaba en una bruma en la conciencia de Mariela, que insistía en recordar. Sabía que debía

concentrarse en salir de allí, dicho esto de un modo abarcativo. Incluía una historia para Osvaldo... si es que volvía a verlo... ¡qué ternura le dedicó a modo de aletazo! Abrazarlo, actuar su callar sufrimientos atroces, merecer sus compensaciones. ¡Con tal de recordar! De recuperar esas horas salvajes... Como siempre, lo quería todo. Porque estaba a punto de perderlo todo. Subir al coche de Sarto, no denunciar el acecho, el honor de su físico hecho trizas en una noche de violaciones múltiples, adeenes para entretenerse y contabilizar los coitos en un cuerpo blando, uñas sin restos de lucha... Se arrebujo en la cobija con un estremecimiento de emoción. ¿Volar en parapente? ¿bautizarse con todos los juguetes de volar, como sus aburridas amigas? Esta caída libre la embriagaba más que todas las sustancias que permanecían en su sangre a merced de los laboratorios que vendrían.

Entonces se hizo el silencio, vio pasar deprisa esos policías que llaman brigadas por el patio y hacia los techos vecinos y por la puerta de la casa de adelante una pequeña comitiva encabezada por un oficial alto, moreno, emanando autoridad, pistola en mano, un par de subordinados de civil y sí, Osvaldo detrás, con un maletín en las manos, cruzado sobre el pecho, a modo de escudo. Su expresión era conmovedora, su palidez, el temblor de su labio. Su altura era nada al lado del oficial. Todos movían el cuello de izquierda a derecha y vuelta otra vez como esperando emboscados. No los había.

Malala entonces decidió salir a escena. Ya tenía una intuición sobre cómo tomar esta brasa ardiente que convocaría todas las miradas sobre ella. Afortunadamente, ninguno de los hombres que veía llevaba cámara de ninguna especie. «Grande, Osvald» fue su primera gratitud. Salió del cuarto habiendo antes envuelto majestuosamente su cuerpo desnudo y marcado con la colcha étnica, rugosa y sucia pero apropiada para el set que tenía delante. Tiró con fuerza la cabeza hacia abajo para que su melena se esponjara después de tanto sudor y cama. Descalza, –no le quedaba alternativa, pero le pareció delicado y patético– salió a la vista del grupo. Osvaldo, cobarde, se quedó atrás. El oficial la tomó

«Entonces se hizo el silencio, vio pasar de prisa esos policías que llaman brigadas por el patio y hacia los techos vecinos y por la puerta de la casa de adelante una pequeña comitiva encabezada por un oficial alto, moreno, emanando autoridad, pistola en mano, un par de subordinados de civil y sí, Osvaldo detrás, con un maletín en las manos, cruzado sobre el pecho, a modo de escudo.»

de los hombros, la miró a los ojos y con voz profunda y tan cálida le pregunto si estaba bien. Ella asintió en silencio, quedándose en sus brazos y bajando la cabeza. *Ya pasó todo, señora, todo está bien*, y mirando a Osvaldo *hasta la plata tenemos*. Malala no pudo, aunque en un segundo plano de conciencia se reprochó la locura, dejar de preguntar *¿y el jefe?* No hubo respuesta, el alto la pasó a los brazos de Osvaldo, que la estrangularon con amor inmenso. *¡Qué miedo de perderte!* Los ojos de ambos se llenaron de lágrimas. Pero el oficial estaba irritado por la pregunta de Mariela –el jefe había huido– y con dejo impersonal los interrumpió: *La ambulancia está llegando, señora, irá al hospital para las pericias médicas, y para su tranquilidad*. Entonces Osvaldo la apretó más aún y con su voz más empresarial cortó toda réplica *no más sufrimiento para ella, pobrecita, ya bastante mal lo pasó. Ahora va derechito a ver a su médica particular, que la está esperando, si es necesario le redactará un informe detallado de lo que usted necesite... pero no, señor, de ninguna manera*. Mariela no lo podía creer, Alicia la esperaba, no hubiera podido ocurrírsele algo mejor. Escribirían juntas el informe, con pelos y señales para el buen mozo y ella se lo llevaría personalmente. Compartiría con su amiga la mejor versión de los hechos, e iría recordando esa noche de locura y seguiría pensando en Sarto, libre y acechando.

© Geneveva Arcaute

La autora:

Geneveva Arcaute. Nació en 1953, en la ciudad de La Plata (Argentina). Es egresada de Humanidades, carrera de Letras. Colaboró en la revista Humor Registrado y otras de Editorial La Urraca durante diez años (1980/90) y es autora de teatro de humor. Actualmente escribe poesía; próximamente publicará el poemario *Todas somos Frida*. Acaba de publicar la novela *Mandorla*. Es autora además de la novela inédita *Biblopieta, tres casos de Doris Milano*. Blog: <http://furiadellibro.blogspot.com>

ACTRICES Y DEBILIDADES, O VIDAS NEBULOSAS

por Javier Guerrero Rodríguez

Dicen que Dios las elige y Satán las manipula. Son las elegidas, algunas bellezas millonarias de la noche de Los Ángeles, las princesas de la extravagancia, algunas con talento e inteligencia, otras más escasas de razonamiento y con deficientes dotes interpretativas. A veces vuelan, a veces se mantienen, a veces caen. A veces se levantan. A veces no. Son los iconos de las adolescentes, algunas aficionadas a la cocaína y a la vanidad, a conducir el coche de papá, a las orgías, a llevar los bolsillos llenos de estupefacientes, y a ejercer una malicia que uno no sabe muy hasta dónde puede llegar. Hasta ríos de sangre corrieron.

Cindy Helders dejó el porno a los veinte años e hizo aparición en una serie de televisión, *Buscando el Paraíso*. Tuvo cierto éxito, y empezó a mostrar el dedo corazón a los fotógrafos y algunos críticos. Había dejado las mamadas y la sumisión de las actrices de porno para ganar audiencia en una serie de tono pastel, con madres histéricas, padres desequilibrados y niñas hiperactivas. En el cine no le fue tan bien. Hizo una película, *La Calavera Prohibida*, malísima, de absurda fantasía y miedo previsible. Las secciones de la gran pantalla de los periódicos apuntaban en estas direcciones: Fracaso de Miss Vodka. Regresa al porno, Cindy. El alcohol, la merma de una actriz. Cindy, hasta aquí llegaste, se acabó. Buscando el paraíso, encontraste el fracaso. Se la vuelven a meter.

Lo propio para que se levantara y tomara copas de Absolut como desayuno, para que la malévola Helen London, su amante cincuentona y protectora únicamente entre las lindes de ese territorio llamado éxito, la abandonara, para que participara en un reality show de estrellas decadentes, para que Nick Hope –alias Toro, o Semental Hope– le presentara una demanda de divorcio, para tratar de superar la depresión con cocaína, para que otras actrices evadieran su presencia y la repudiaran, y para que se tirara al vacío desde el ático del Hotel Planet, el año pasado.

«Cindy Helders dejó el porno a los veinte años e hizo aparición en una serie de televisión, Buscando el Paraíso. Tuvo cierto éxito, y empezó a mostrar el dedo corazón a los fotógrafos y algunos críticos. Había dejado las mamadas y la sumisión de las actrices de porno para ganar audiencia en una serie de tono pastel, con madres histéricas, padres desequilibrados y niñas hiperactivas.»

A Tara Duke también le gustaba beber. Cuentan que en muchas escenas de las películas de terror que protagonizaba estaba borracha. Una manera cualquiera de conseguir la mirada lacrimógena y húmeda que el director pedía. Sí, le gustaba el gin-tonic y estrellar coches, y dar positivo en las pruebas de alcoholemia, y llamar zorra a la Helders, y hacérselo con los magnates de las productoras, y viajar por España –aún recuerdan en Pamplona aquellos Sanfermines, con una mano en la botella de pacharán y otra en el culo del director mexicano Lalo Aguirre–, y participar en auténticas bacanales de sexo y droga. A la pobre Tara tuvieron que ingresarla en una clínica de desintoxicación. No sé qué demonios pasaría allí, pero fue como si su vida anterior no hubiera existido o fuera un sueño de frivolidad, vanidad y vicio. Pero aquello fue real, y se lo llevará a la tumba. Desconozco si se trató de un lavado de cerebro integral, del esmero y los cuidados de los mejores profesionales de la psiquiatría, o si tomó conciencia de la proximidad de una muerte que no deseaba, y por ello se aferró a Dios, a las obras de Dickens, a la ópera y a la mano del director de la clínica. En Hollywood dicen con sorna e hiriente ironía que va para santa. El camino del desenfreno nos lleva a Dios, dice ese idiota de nombre Robert Blue, productor de basuras cinematográficas y gobernador de California. Menudo tipo grotesco y ridículo. Por cierto, quiero que sepan que Tara era una buena actriz, pero nadie en este mundo le ofreció una buena película.

Katherine Garden's tiene peso específico en este desmadre de vidas caóticas y curvas peligrosas. Heredera de la cadena de hoteles Ophelia, es amiga y musa del diseñador Kirk Portobello –alias

Mariposa Tanqueray, con lo cual queda delatada su doble vertiente—. Divaga entre cantante y actriz, y a decir verdad, cuaja en ambas artes, pero seamos justos y demos más peso a la promoción que al valor artístico. Existe un vídeo en el que la desgraciada Cindy Helters aparece lamiendo cocaína en un espejo. De fondo, se oye la voz de Katherine gritándole: Tienes que esnifarlo, no comértelo, zorra estúpida.

La Garden's es una de las que hoy sigue en activo haciendo cine de mediana calidad, comedias de adolescentes que están todo el día tumbados en el césped o bebiendo cerveza en el adosado de turno, y grabando discos de pop extremadamente comercial que viaja por el amor, la incompreensión, el suicidio y el respeto al medio ambiente. Entre discos y películas tiene tiempo para desabrochar las braguetas de los más poderosos de la industria, tirar de los pelos a Alice Warner, a la cual citaremos más adelante, desparramar una lata de coca-cola light sobre la cara de una azafata, en un avión, rumbo a Miami, cerrar el Club Taormina de Los Ángeles y salir del mismo sin bragas y a cuatro patas,

«Alice Warner es su enemiga acérrima, pero en su época se lo montaban juntas, o bien reclamaban a Kevin Turner e iban consumiendo su deseo entre la lascivia del trío. Pero luego hubo historias de celos y deslealtad, y ya saben, esa joyita llamada Katherine Garden's se quedó con algunos de sus pelos cerrados en un puño.»

conducir mientras fuma marihuana y llamar cerdo de mierda al policía de turno, y terminar de hundir a toda aquella que está apunto de besar el fango.

Alice Warner es su enemiga acérrima, pero en su época se lo montaban juntas, o bien reclamaban a Kevin Turner e iban consumiendo su deseo entre la lascivia del trío. Pero luego hubo historias de celos y deslealtad, y ya saben, esa joyita llamada Katherine Garden's se quedó con algunos de sus pelos cerrados en un puño.

Alice siempre está en proceso de volver a nacer —siempre hay alguien que vuelve a creer en ella—, estabilizarse con cierta dignidad en su profesión de actriz, y volver a caer al barro, donde a menudo encuentra los tacones de Katherine, la Zorrita, como a ella le gusta llamarla. Todos en Los Ángeles saben que es asidua de las clínicas de rehabilitación, que podría llegar a cualquiera con una venda en los ojos, y que alegra la vista de los médicos y otros enfermos, porque Alice es guapísima, con esos ojos verdes de finlandesa que te mantienen la mirada, penetrantes y briosos. Yo mismo estaría dispuesto a acostarme con ella cada uno de los últimos días de mi vida, y de las que hubiera que vivir.

Bebe tanto como un obrero moscovita o un marinero en tierra tras cinco meses pescando en aguas noruegas. Es otra princesa de los desastres en estado ebrio: una pelea con Katherine, siete accidentes de coche y varias salidas de clubs con los tacones y las bragas en las manos. Y como añadido a los despropósitos, su padre, traficante de cocaína, va camino de hundirla, entrando y saliendo de la cárcel con similar asiduidad a las idas y venidas de las clínicas de rehabilitación que hace Alice.

Por cierto, aún no me he presentado. Soy Pancho Santamaría, natural de Ciudad de Juárez, amigo cercano y ex amante de Alice. Ayer perdí el sentido del tiempo, y en ausencia de orientación, hoy me desperté guiado por un lazarillo cualquiera, en una habitación del Hotel Florence con un pómulo arañado y una cicatriz en la ceja derecha. Y con cierta sensación de ser el rey de Los Ángeles, de un mundo difuso que me ha estallado en la cabeza a los cinco minutos, y me ha devuelto a la realidad. Joder, tengo una resaca de mil demonios, y los de la revista Vanity, quieren el relato para esta tarde. *Actrices y Debilidades, o Vidas Nebulosas.*

© Javier Guerrero Rodríguez

El autor:

Javier Guerrero Rodríguez. Quedó finalista con el relato *Lucía* en el concurso Cuanto Cuento de la Fundación Acuman, formando parte de una antología de cuentos. También ha sido finalista con el relato *El Forastero* en el concurso La Monstrua dentro de la semana de cine fantástico, terrorífico y bizarro, celebrada en Guadalajara (México), formando parte de una antología de veinte obras ganadoras. Ganador del I Primer Concurso de Relato corto y ooesía organizado por la Revista Digital Magazine Siglo XXI, con el relato *Allan Seymour*. Y ha sido finalista con el relato *Zapping y sueños* en el concurso de relatos de la web Abréte Libro. Tiene diferentes publicaciones en revistas especializadas.

MICROCUEENTOS

por Homero Carvalho Oliva

PACHAMAMA

Doña Justina Cusicanqui, tierna y sabia anciana, cuenta que escuchó a su abuela relatar la historia de un aymara que, ante los porfiados sacerdotes que pretendían bautizarlo cristianamente, respondió muy sereno:

–Yo nada espero del cielo, todo me lo dio la tierra.

* * *

CUENTO

Había una vez una mujer a quién un sueño erótico dejó embarazada.

* * *

ESTATUAS DESVELADAS

Hay hombres que tienen bien merecidos sus monumentos. Las palomas, esos tiernos símbolos de la paz, nos vengan de todos sus agravios.

* * *

SODOMA Y GOMORRA

Hubo una vez en el tiempo una ciudad cuya única hembra casta era la muerte.

* * *

LOS DUEÑOS DEL MUNDO

Se creían inmortales hasta que, un fatídico día de números gemelos como las alas del demonio, el cielo se les vino encima.

* * *

EL TÍO SAM

Y cuando despertó, el Che Guevara todavía estaba allí.

Para Tito Monterroso

* * *

RENACIDO

El día que, por fin, publicó su libro murió el escritor que decía ser y nació un nuevo miembro de la Asociación de Escritores.

* * *

EVOLUCIÓN

«Al despertar Cucaracha Brown una mañana, tras un sueño intranquilo, encontré en su cama convertido en un imperfecto humano». Y esto sí que fue un problema, pues como están las cosas en nuestra sociedad, al pobre Cucaracha Brown le será muy difícil acostumbrarse a su nuevo estado. ¿Cómo se las va a arreglar, por ejemplo, para explicar que él antes era una feliz cucaracha y que, por tan sencilla razón, no posee documento de identidad, licencia de conducir, cuenta bancaria, tarjetas de crédito o algún número clave que lo identifique como persona en la cibernética central del Estado. ¿Quién le va a creer que no tenga familia, escuela, un barrio, un trabajo honrado, novia y número de teléfono? Es fácil trasladarse de domicilio y dejar abandonadas a una o más cucarachas en la casa anterior, pero ¿qué hacer con un ser humano sin prontuario policial, sin locura aparente o amnesia declarada, sin los años necesarios para encerrarlo en un asilo de ancianos? Una cucaracha se da modos para comer desperdicios, cualquier cosa y no dejarse pisar; sin embargo, no siempre sucede lo mismo con una cucaracha que se ha despertado, perfectamente convertida en ser humano con conciencia social y orgullo ciudadano; un hombre que no sabe desempeñar oficio alguno y que prefiere morirse de hambre antes de andar mendigando un mendrugo. Esto, de veras que esto sí es todo un problema.

© Homero Carvalho Oliva

El autor:

Homero Carvalho Oliva es escritor boliviano, autor de varios libros de cuentos, entre ellos *Cuento súbito* (Editorial La Hoguera, 2004), ficciones hiperbreves y ha obtenido varios premios tanto en su país como en Iberoamérica. El año 1995 obtuvo el Premio nacional de Novela con su obra *Memoria de los espejos* y a la fecha ha escrito cuatro novelas y dos poemarios.

* * *

Relato

LA CORRIENTE

por Rolando Revagliatti

Una anciana baja al pavimento y vuelve a subir a la vereda, sosteniéndose en un Ford Falcon bordó estacionado sobre J. A. Pacheco de Melo (y casi avenida Pueyrredón). El semáforo está descompuesto. Muchos taxis ocupados. Otra anciana, aferrada a una mujer con anteojos *ahumados*, cruza Pacheco de Melo, y recién entonces la primera, la amedrentada, emprende el esfuerzo superior de cruzar, más bien descuajeringándose.

Hoy, en análisis, me quedé en el repaso sustancioso y pormenorizado de mis padecimientos físicos. Y en que ayer conocí al médico de la familia de Su, especialista en huesos. Le llevé las radiografías de espalda y rodilla derecha que me saqué a fines de septiembre por indicación del traumatólogo de la obra social, quien, además, determinara tratamiento kinésico en base a masajes, onda corta, ultrasonido, lámpara y ejercicios. Me preocupa la rodilla: molesta tanto al subir escaleras. Lo de la espalda es ya crónico, estoy resignado, hace media vida que me duele en ciertas posiciones y cuando escribo a máquina. El tratamiento kinésico resultó un paliativo, y exclusivamente para la rodilla. Pero desde hace dos semanas está la rodilla como antes de haberlo comenzado. Por otra parte, este médico le otorgó trascendencia a los vestigios de sangre detectados en la orina. En el examen de la rodilla localizó la movilidad excesiva de la rótula, me explicó la función de los ligamentos, confirmó que las radiografías no evidencian lesión, y encomendó placas de ambas rodillas con piernas flexionadas. Aseguró que no hay nada definitivo que pueda hacerse, ni por la espalda ni por

la rodilla. Está al acecho un proceso de artrosis. Y él considera que la rótula podría, alguna vez, fisurarse.

A mi analista le hablé del Genozim. Y de la muestra de semen que el viernes llevé al laboratorio por prescripción del andrólogo, a propósito de la escasa movilidad de mis espermatozoides. Y claro, cuando oí «escasa movilidad de mis espermatozoides», me resonó «excesiva movilidad de la rótula». Me siento raro no tomando el Genozim. Percibía *ternura* por ese remedio escrupulosamente ingerido durante meses, junto con uno de los tres (Control K, Holomagnesio y Vegestabil) ordenados por el nuevo cardiólogo (extrasistolia ventricular cumpliendo un lustro).

He bebido té de boldo (el cardiólogo me prohibió el café, el té común, el mate), y estoy con hambre. Me rondan ideas e ideítas, algunas sugerentes, ¿en cuál incursionar? ¿En la que abriría con un introito reflexivo sobre el enturbiamiento de algunos de nuestros mejores recuerdos? ¿En la concerniente a la ingratitud, a las bruscas o paulatinas desvinculaciones que nos inferimos *irresponsablemente* los unos a los otros? El caso de Jorge en el setenta y cinco (¡diez años ya!), o el de Ramón Guldris en el sesenta y tres. Y la disolución, la pulverización. Con mujeres con las que salí me quedó un sedimento...

He pedido un sandwich de pan negro, de crudo y queso, a un mozo zombie de esta confitería Alabama. Empecé garabateando en verde, pero la Edding 1700 agotó su tinta y la sigo en azul con una Sylvapen. Mi consumición en esta sentada ascenderá a un austral con treinta, según los tickets. Se sorteó la lotería de Navidad y no parece que nos hayamos favorecido Su y yo con nuestras participaciones. Pasó una muchacha ofreciendo Curitas y ahora invaden el local chicos mendigando. Me solazo con el tarjetón de un instituto de investigaciones agropecuarias y bromatológicas recibido por nosotros para la ex-propietaria de nuestra casa. Al lado de un dibujito con personajes aureolados, *reza*: «¡Paz y Bien! Con la confianza plena en el Amor Providente del Señor y en la intercesión omnipotente de la Santísima Virgen, ruego a Ud. y familia ante el Niño Dios, encareciéndole al Salvador del Mundo los colme de sus mayores Gracias durante 1986. ¡Que Dios les Prodigue sus Prístinas Bendiciones!» Y firma un *otro* señor cuyo apellido nombra al instituto. Hum... Pergeñar las características probables de alguien capaz de redactar *en serio* o disponer la impresión con su clisé comercial de *eso*, supone un tránsito peligrosísimo y por ello fascinante, por los desfiladeros de lo irrito (para expresarlo con intriga).

Redondear, redondear la crónica antes de que la corriente me abandone. Pienso en esta materia prima, en estos enunciados. Pienso en la novela que planeo. Y especulo, también, organizando un relato con esta recortada información: En una aldea siciliana, Enzo Gennaro Basunca es agraviado por dos amigos, hermanos entre sí. Jura *vendetta*. Ofensores y familia desaparecen sin dejar rastros. Dos décadas después, Enzo se entera de que esa familia reside en la capital de una provincia norteña. Llega a esa ciudad, los descubre, y asesina a cinco integrantes. Es condenado a cadena perpetua. E indultado, tras cuarenta y seis años en la cárcel, excelente conducta y precaria salud. Viaja a Buenos Aires para visitar a su único hijo vivo, su nuera, nietos, bisnietos y tataranietos. Y en un hospitalito de Gerli muere, antes de cumplir los cien. Fin. Desde dónde el planteo, allí hay una historia; seca, brindarla económica; toquecitos para clima, alguna línea de diálogo, y tal vez un título a obtener del remate.

Fin, fin. Dejaré en la mesa una cifra en billetes y monedas que incluirá propina, me levantaré, le haré un gesto al mozo y me iré cantando, remando, sin dolor, transportado por mis ensoñaciones, plausible, sagrado, y también yo atravesaré J. A. Pacheco de Melo, reafirmando imprescriptibles condiciones, de prisa.

© Rolando Revagliatti

El autor:

Rolando Revagliatti. (Buenos Aires, Argentina, 1945). Ha publicado dos volúmenes con cuentos y relatos, uno con su dramaturgia y quince poemarios, además de El revagliastés, antología poética personal. Ediciones electrónicas de sus libros se hallan disponibles, por ejemplo, en www.revagliatti.com.ar.

LOS PEQUEÑOS

por Salvador Alario Bataller

En el s. XVII, sir Edward Cook dijo que la casa de un hombre era su castillo. La suya, la del hombre de quien trata esta historia, lo fue sin duda. Pero tampoco es menos cierto que cuando el castellano abandona su castillo, lo acaban ocupando las sombras, aunque no sé si alguien escribió anteriormente algo similar. Sin embargo, en su caso, nadie ni yo mismo, que conozco el asunto en mayor detalle que cualquier otro, puede asegurar si fue el hombre quien atrajo a las sombras o éstas se lo llevaron para siempre nadie sabe donde. Fue en diciembre de hace cinco años cuando Álvaro Rosas, mi amigo, desapareció.

Pocos se acuerdan ahora de los singulares acontecimientos, como tampoco creo que le recuerden a él, un tipo raro para la mayoría de la gente del pueblo. Yo puedo referir su historia con bastante exactitud, hasta donde los hechos lo permiten, porque tengo su diario. Me lo entregó el mes anterior a su desaparición y al ver la extrañeza en mi cara, me dijo que me tranquilizase, que no pensaba saltarse la tapa de los sesos. Ni de lejos sospechaba que fuera a esfumarse, aunque estoy seguro que no abandonó este berenjenal por su propia mano. Tampoco creo que ande todavía por el mundo de los vivos y esta afirmación, por extraña que pueda parecer, quedará en bastante medida aclarada a lo largo de estas páginas.

Lo conocí e intimé con él, en el grado en que su carácter reservado lo permitió, pero ciertamente me hizo partícipe de confidencias que ningún otro sabe. Puede decirse que crecimos juntos; fuimos a la misma escuela, jugamos de niños y, después, aún en sus tiempos de mayor enclaustramiento, le vi alguna vez y hablamos largamente. Apenas pisó la calle en los últimos años de su vida, pero nadie sospechó nada, porque todavía era un hombre bastante joven y aparentemente gozaba de buena salud, antes de que sucediese aquel extraño, llamémosle, desenlace.

«El y la casa eran uno, ya lo supo cuando era muy niño. A edad tan temprana tuvo el convencimiento de que algo insólito les unía, que existía un vínculo extraordinario de dependencia entre él y las cosas de su pequeño universo, que había vida en todo, que discurría al unísono con la suya, dentro de un orden necesario.»

El y la casa eran uno, ya lo supo cuando era muy niño. A edad tan temprana tuvo el convencimiento de que algo insólito les unía, que existía un vínculo extraordinario de dependencia entre él y las cosas de su pequeño universo, que había vida en todo, que discurría al unísono con la suya, dentro de un orden necesario. Muchos sabios han intentado explicar este fenómeno universal y se encuentran a nuestra disposición estudios eruditos sobre dicho conocimiento, pero algunas personas especiales llegan a tener un conocimiento sin experiencia, es decir intuitivo, relativo a ciertas regularidades esenciales de la vida y de las cosas del mundo; por ello, nada le sucedía a Álvaro que no tuviera su eco en los viejos muros o en las cerradas sombras del jardín y, por lo demás, fue reafirmandose paulatinamente en el credo de que la casa y la pequeña vida que la habitaba poseía una especie de hálito propio y significativo, que sin embargo le concernía: desde el soso roer de la carcoma de la vieja madera hasta la telúrica musaraña que acechaba en su hura en el seno húmedo y frío de la tierra. Había algo más, no obstante, que por mucho tiempo fue incapaz de definir y que gradualmente fue tomando forma en las fantasías de su mente inocente y a través de las leyendas que, junto al hogar, su abuela le contaba, historia antiguas que ella había conocido por la madre de su madre y ésta por la suya propia. Comenzó a aceptar el rancio dogma de que algo antiguo podía tener parte de verdad, pero si era muy antiguo bien pudiera ser completamente cierto.

En realidad, más que saber todo esto, él lo vivía, porque aún su intelecto no estaba estructurado al modo de los adultos y mucho me temo que mis palabras vengán a empañar bastante el espíritu esencial de los hechos; sea como fuere, entre el gris común del día a día, de las aburridas tareas escolares, de los juegos casi siempre solitarios, cuando su vida transcurría hacia la adolescencia y la etapa

adulta, de vez en cuando fue percibiendo fenómenos que le afirmaron en sus anticipaciones, todavía invadidas por el miedo primordial, insinuándole poderosamente que había algo más, que se enhebraba con su existencia, y que tenía una forma concreta y poseía una finalidad entonces apenas prefigurada.

Donde más sentía el niño esa presencia era en el Jardín, en las horas vespertinas, cuando el sol declinaba, anticipando el crepúsculo, pero especialmente con la llegada de la noche. Entonces, la casa se llenaba de una vida misteriosa, que bullía en el fondo de la chimenea, en el interior de los pesados armarios y alacenas, detrás de los libros de la gran biblioteca de su abuelo materno y aunque el miedo le podía, movido por un deseo irrefrenable y mientras sus padres dormían, bajaba a la primera planta de la vieja casa, para intentar descubrir algo en la tiniebla densa. Durante muchos años nada sucedió, hasta que un día creyó ver algo. Sin embargo, ese asunto lo reservo para más tarde.

Antes tengo que contar que habitualmente tenía la impresión de ser observado mientras jugaba en el jardín atardecido. Se sintió horrorizado, porque su mente infantil no distinguía todavía entre la conseja y la realidad cruda. Un gran portón que se cerraba detrás de la cocina separaba el jardín de la vieja casa, circuido por altos muros que llevaban a las antiguas cuadras, donde los arreos de su padre descansaban después del trabajo; estaba muy cuidado, pero todo en él, desde los geranios a las campanillas anaranjadas del emparrado, era tupido, cargado, palpitante. Entre las macetas podía oír el deslizarse de la lombriz en el interior de la tierra o de la babosa en su superficie, los correteos y susurros de los seres diminutos que iban y venían, que nacían y morían en un ciclo natural inevitable. No era grande el jardín, pero en él era todo tan denso que parecía concentrar entre sus plantas toda la pequeña vida del universo, y cuando los haces de luz trémula se colaban entre la bóveda verde naranja, parecían traer la totalidad de la luz del mundo. De adulto leería, sobre todo en primavera y en verano, bajo ese techo natural, mientras en la casa su madre iba y venía con sus faenas domésticas.

«Cuando durante las noches oía ruidos en la casa, sobre todo en la parte baja, ecos propios de las construcciones antiguas, de la madera, de los muros viejos, no podía evitar bajar las escaleras excitado, con la luz de un pequeño cirio, caminando muy despacio, los ojos abiertos como platos, a la espera de descubrir alguno de aquellos seres maravillosos.»

Fue a los diez años de edad, durante una tarde gris y melancólica cuando tuvo un atisbo, de una forma hosca y pequeña, que se escondía entre los frondosos helechos. El miedo no le impidió ir a ver, pero no pudo encontrar nada. Ese paso fue el empuje que la faltaba para intentar verlos, porque desde ese momento tuvo la certeza de que había alguien más o muchos más en la casa, y con el tiempo y los estudios creyó que la habitaban desde mucho antes de que él naciera, que quizás vinieron desde lo más profundo de la tierra o de las montañas o tal vez del bosque, y que seguirían allí cuando él muriera.

Desde entonces redobló sus rondas nocturnas por la casa y el jardín, por si los llegaba a ver. También apremió incesantemente a su abuela para acallar sus dudas y su miedo. La anciana representaba una figura matriarcal por excelencia. Ya desde niña había impuesto su dicitario y estaba acostumbrada a ser obedecida. El niño la veneraba, adoraba aquella figura cenceña, digna y mayestática, que encendía velas en los días de tormenta, que rezaba el rosario por las tardes y que le contaba cuentos e historias asombrosas, cuando se sentaban solos en la mesa camilla, junto al ventanal, al calor de brasero. Pero sobre todo, la abuela creía en ellos, aseguraba que habían duendes en el valle, que se escondían en el interior de la tierra o entre la vegetación, a los que llamaba *lluendos*. Traviesos y juguetones por naturaleza, al amparo de la noche, entraban en las casas introduciéndose por las cerraduras de las puertas y se regodeaban vertiendo la sal, cambiando los objetos de sitio, aunque a veces preparaban la comida o proporcionaban alimentos a la gente necesitada, manifestando una doble relación con el ser humano, jocunda la una, altruista y benefactora la otra. Nunca se comunicó, de su parte, una acción perversa.

Cuando durante las noches oía ruidos en la casa, sobre todo en la parte baja, ecos propios de las construcciones antiguas, de la madera, de los muros viejos, no podía evitar bajar las escaleras excitado, con la luz de un pequeño cirio, caminando muy despacio, los ojos abiertos como platos, a la

espera de descubrir alguno de aquellos seres maravillosos. En una segunda ocasión creyó oír un liviano cascabeleo y adivinar, al pie de la mesa del comedor, una figura diminuta, con unas orejillas puntiagudas y unos astutos ojitos ambarinos debajo de un gorrito pintoresco. Fue un segundo, por lo cual nunca estuvo seguro de lo sus ojos contemplaron. En realidad, nunca lograba verlos, pero confiaba en que llegaría el día en que se propiciaría el encuentro.

Pocos viajes hizo a lo largo de su vida, por lo que no pocos se sorprendieron al descubrir alguna vez su fotografía en los periódicos provinciales primero y nacionales después, en los suplementos culturales, que constataban su categoría como escritor. El éxito literario apenas rozó su vida aislada, en aquella casa inmensa en la que vivió solo cuando murió su madre, cuando él tenía treinta y nueve años. La casa que cada vez se parecía más una biblioteca, era el lugar apropiado para un alma sensible y profunda como la suya, que pronto concitó a su alrededor ese negro rencor contra la excelencia que emponzoña al país. Casi todos dejaron de saludarlo en las escasísimas ocasiones que salía a la calle.

En ese tiempo, yo trabajaba en la capital y, salvo en Navidades o en Verano, eran escasas las veces que iba al pueblo. En cada ocasión, algún vecino común me comentaba que cada vez resultaba más raro verle, que no sabían nada de él, aunque de noche se veían luces encendidas en la casa o alguien decía haberle visto en el exterior fumando un pitillo a altas horas de la noche. Según parecía, una familiar se encargaba de llevar comida a la casa una vez por semana.

«Ahora sé que no fue un sueño. Una voz desconocida me llamó desde el jardín y fui allí sin pensármelo dos veces. Entonces, lo ví; fue, en todo caso, una visión fugaz: unos ojos lucientes y extraños.»

Finalmente, por el año cincuenta y ocho, pasaron muchas semanas sin que se supiese nada mi amigo y cuando este vecino se percató del hecho, temiéndose lo peor, fue al ayuntamiento a exponer sus sospechas ante el alcalde. Cuando éste y el médico, acompañados por el guardia municipal, entraron, hallaron la casa deshabitada, ocupada por el polvo y el silencio. Les llamó la atención aquella gran cantidad de libros abiertos en el viejo escritorio, con anotaciones múltiples en las páginas y los extraños signos en un cuaderno de notas, obras todas ellas que versaban sobre el folklore, los mitos y temas poco accesibles a la gente normal. Por mucho que se investigó, nunca se volvió a saber de él. He hecho mis cábalas al respecto, pero me las guardaré para mi coleteo y cada cuál puede hacer las suyas; como dije al principio, un viaje errático o la misma muerte no me parecen probables, máxime cuando abro su diario por la última página y leo:

24 de diciembre de 19...: Ahora sé que no fue un sueño. Una voz desconocida me llamó desde el jardín y fui allí sin pensármelo dos veces. Entonces, lo ví; fue, en todo caso, una visión fugaz: unos ojos lucientes y extraños. Sin embargo, le oí antes de verle, una aspiración demasiado fuerte para ser humana e inmediatamente después, con la rapidez de un relámpago, la mirada amarilla, un áspero muslo y unos rasgos de insensatez y misterio, todo él una forma entretejida con los recuerdos más recónditos. Entonces, me vinieron a la mente los versos de Crowley: «Estremécete con el muelle deseo de la luz...» Después, creo que me dormí. Caí en un profundísimo sueño, del que no pudo arrancarme el insistente despertador. Abrí los ojos a las siete de la tarde del día siguiente. Esa noche soñé que era un ciervo corriendo en la espesura.

El ser del jardín me habló en una extraña lengua, que yo entendí a la perfección, y no solo eso, sino que me resultaba tan familiar como la mía propia, como si la hubiera escuchado toda mi vida. El final se acerca, debo esperar.

© Salvador Alario Bataller

El autor:

Salvador Alario Bataller. Doctor en psicología (<http://alario1.blogspot.com>), quedó entre los diez finalistas en el Premio Planeta de Novela en 1997 con *La conciencia de la bestia*. Es coautor de los libros de cuentos *Así escribo mi ciudad*, *32 maneras de escribir un viaje* y *101 coños* (de próxima publicación) y del ensayo *Malditos, la biblioteca olvidada* (Grafein). Página personal, "Undostrescuentos": <http://undostrescuentos.blogspot.com>

FLOR DE CAPOMO

por Paul Medrano

I

«Trigueñita hermosa», así le gritaban por la espalda para hacerlo enojar. Pero de frente todos le decían como se hizo famoso: Flor de Capomo, el mataputos más sangriento que ha parido esta tierra.

Así como lo oye: el mataputos (jotos, maricas, lilos o como quiera llamarles) más auténtico que existió. Imagino la cara de güey que debes poner en este momento. ¿Mataputos? ¿qué es eso? ¿quién lo dice? ¿por qué se llama así? ¿es cierto? ¿de dónde salió? Oquei, no responderé a todas esas interrogantes porque no soy yo quien debe hacerlo. Nadie ha podido explicar cómo diablos es que a la gente le nace el gusto por la espesura de la sangre y el sonido descompuesto de la muerte. Algunos creen que todo comienza en el posperio: si el escuincle mama antes de que aflore leche de los senos maternos, lo que libará no será más que sangre, de ahí su simpatía por la hemoglobina. Otros aseguran que todos poseemos una capacidad asesina. Lo único que se necesita es escucharla en el momento preciso y en el lugar indicado. Lo demás, sólo es cuestión de práctica.

Pero dejémonos de pendejadas y pasemos a los hechos.

La Flor de Capomo no se llamó así. Su nombre: Raymundo Muñoz. Nació en una de esas tantas ciudades que conocemos como norte de México y de la cual su nombre no puedo acordarme. Hijo de padres clasemedieros, decidieron bautizarlo como Raymundo, a fin de salvar del anonimato inclemente al abuelo paterno que al parecer, en su vida no hizo otra cosa mejor que rasurarse la barba diariamente.

Total, le pusieron Ray y su niñez fue igualita a la de 2 millones 457 mil 845 chamacos que nacieron en 1977 (como narrador de esta historia, tendré que apodar su generación como la del Chingadazo ¿ok? ¿Chingadazo por qué? Muy sencillo: la del 77 no es ni de aquí ni de ninguna parte. El rock es su abuelo y la Internet su hija. Avándaro es igual de importante que la Revolución Mexicana –es decir un dato bibliográfico–. La Onda es eso, una onda. Carecen de moda. El repertorio musical es amplio, dado el tiempo en que nacieron, por lo que no es raro que combinen Pink Floyd con Botellita de Jerez; Led Zeppelin con Gun's and Roses; Wagner con Yan Tiersen; Caetano Veloso con Gotan Project; Bob Dylan con Cheb Mami; The Beatles con Sigur Ros; Aretta Franklin con Björk; y así hasta el infinito y más allá. Fueron educados con programaciones pasteurizadas de Televisa, bailaron la quebradita, odiaron las bobadas de Luis Miguel, aplaudieron el Rock en tu Idioma, se emborracharon con el House y chorro mil cosas más. ¿Ven por qué son la Generación del Chingadazo?).

En ese peliagudo contexto creció la Flor de Capomo, o mejor dicho, Raymundo. Rodeado de imperdonables títulos de telenovelas, caricaturas gringas y japonesas, la XEV –La Ranchera de Monterrey–, la Enciclopedia Temática, el tricampeonato del América y el temblor del 85.

Podemos imaginar lo difícil que fue criar a un incordio nacido en esta generación (varias madres de familia que lleguen a leer estas líneas me darán la razón), máxime, si le agregamos la dictadura priísta; borracheras sabatinas del padre; la constante inflación; la abuela que adoraba al niño como si fuera de Atocha; el programa *Siempre en Domingo*; el abuelo armado con un arsenal de chistoretos; primos chocosos; vecinos lunáticos y malas compañías.

II

La primera vez que a Raymundo se le paró el pito, fue en segundo de primaria. Durante 2 minutos y medio, sus ojos se posaron sobre el par de monumentales nalgas de su profesora mientras escribía en

el pizarrón la tarea del día siguiente. La mentora ofrecía a los caguengues chamacos su estupendo ángulo posterior y el panorama no podía ser mejor. No obstante, para Ray aquello era totalmente nuevo. No sabía con exactitud qué parte de su maestra le hacía sentir cosquillas en la entrepierna. Ni por qué su vista seguía se empeñaba en seguir lamiendo esa succulenta parte posterior de la docente, previamente embutida en unos ajustados pantalones Britania.

En los días siguientes pasó lo mismo y esa situación (la de mirar las nalgas para eregir su novísimo penecillo) se volvió costumbre. Mas lo que tenía que pasar pasó y llegó el día en que se le pezcó infraganti (con los ojos en las nalgas pues).

Nunca supo la razón por la que pasó medio día en la dirección. Ni por qué fue expulsado de la escuela. Ray estaba seguro que nadie (ni Dios, en quien todavía creía) se había dado cuenta de ese nuevo (y placentero) pasatiempo. Cuando su madre asomó la cara en la dirección de la escuela, supo que el viejo cinturón que colgaba del crucifijo en la recámara paterna entraría en acción. Este hecho marcó su vida para siempre. No concebía por qué su padre le había pegado tanto sólo por verle las nalgas a su maestra (la cual, según archivos educativos de la época, estaba de muy buen ver).

Cuatro años después, en otra escuela, mientras urgaba bajo las pantaletas de Flor, su compañera de pupitre –previamente encerrados en el baño de las niñas– fue sorprendido por su profesor, quien gritó tan fuerte como si se le hubiera aparecido la virgen de Guadalupe sin calzones. Esta vez la reprimenda de su padre se triplicó. Y el hinchamiento de su odio también. Su mentecilla atribuyó todo el escándalo a la envidia de una bola de jotos, empezando por su padre, su profesor, sus compañeros que lo apuntaron con el dedo sólo por tocar la puchita de su compañera, o en su momento, como lo hicieron cuando se echó un taco de ojo con el culo de su maestra

III

¡Trigueñita hermosa!, escuchó Ray. Era su regreso al salón luego de 15 días de expulsión por las «cochinadas que hizo en el baño de las niñas», como se rumoró en toda la escuela. El grito provenía de las bancas de hasta atrás. Toda esa bola era re desmadrosa. Algunos presumían de ser miembros de pandillas y se las daban de muy salsas. Pero Ray sospechaba de esas afirmaciones ¿qué pinche pandilla sería iba a reclutar a mocosos de 9 años? En esas estaba cuando volvió a escuchar esas dos palabras: ¡Trigueñita hermosa! Volteó para ver quién era el depositario de tan ocurrente apodo. Los ojos de toda la fila de atrás apuntaban hacia él. ¿Yo?, preguntó todavía incrédulo.

–Claro que tú... porque cortaste la Flor de Capomo.

Una cascada de risas infantiles inundó el salón. Mas para Ray se habían escuchado hasta Pakistán. Pinches putos, pensó y se levantó hacia ellos. Su hígado destilaba muina a mil por hora y para cuando llegó a la fila de atrás, todo el coraje se había apretujado en su puño izquierdo, previamente cerrado para no dejar escapar nada.

–A ver, vuélveme a decir eso– retó mientras la ira ya empezaba a buscar salir por el otro puño.

–Trigueñita her...

Fue todo lo que su compañero logró pronunciar en mes y medio, tiempo que duró su convalecencia por la fractura de la mandíbula inferior. Luego del golpe todo fue un desmadre: llegó una ambulancia con paramédicos salerosos; las niñas no paraban de gritar; los niños mitificaban la hazaña («hubieran visto, fue como *Dragon ball Z*, lo tumbó de uno solo»); los profesores aprovecharon el rebumbio para salir a buscar una chela para su cruda, en tanto, Ray era llevado por el conserje a la silla eléctrica –así le decían a la silla colocaba frente al escritorio del direc. Fue la última vez que lo vimos en la escuela y en el barrio.

IV

Diez años después la Flor de Capomo ya era legendario. Su cabeza se tasaba en dólares. Con tan

sólo informar una posible pista de su paradero te daban un billetote. Pero nadie le entró. Bastantes problemas suele tener uno como para echarse otro encima, menos aún un problema tan grande como la Flor de Capomo. Su afición por madrear putos creció. Primero madrizas descomunales hasta que un día empezó la leyenda. Un balazo en la cara puso fin a la vida del transexual más solicitado de la comarca. Muchos mayates que vivían de él se aguantaron las ganas de llorarle, ante el rumor de que la Flor de Capomo llegaría al velorio a rociar balazos a toda la bola de jotos y mayates (que al final de cuentas son lo mismo). Desde ahí, las muertes de homosexuales se hicieron comunes, tanto, que en unos meses, algunos sociólogos mamilas informaron que los putos eran una especie en peligro de extinción, porque unos habían muerto y otros, para salvar su rabo, habían emigrado a otros estados.

De ese modo, esta tierra empezó a ser considerada como la tierra sin putos, figúrense nomás. Y todo nomás por la Flor de Capomo. Hay quien afirma que hasta fue contratado para matar a Ruiz Massieu, sí el joto priísta que pintaba fuerte para la Presidencia de la República. Y que su historial incluyó a diputados, alcaldes, futbolistas, cantantes, periodistas, taxistas, profesores y hasta escritores. Uta, un auténtico super héroe verdaderamente mexicano. Sin embargo, hoy poco se sabe de la Flor de Capomo. Quizá porque han surgido muchos organismos que defienden a los putos, y no faltan los pinches medios de comunicación que escandalizan por la muerte de tal o cual joto, como si quisieran que los maricones se quedaran para semilla. En fin. Pero donde sepas que murió un puto, seguro tiene que ver con la Flor de Capomo, pero nomás no se te ocurra decirle Trigueñita hermosa, porque entonces sí no la cuentas.

© Paul Medrano

El autor:

Paul Medrano. Nació y vive en México. Es alérgico a los políticos de cualquier partido, sufre de incontinencia sexual, no habla inglés, no tiene televisión, es acrofóbico y también ateo. En sus momentos de lucidez suele colaborar en La Insignia, Palabras Malditas o Milenio Diario, siempre y cuando no se ponga a lavar ropa. Tiene inédito el libro de cuentos *La bala podrida*; actualmente trabaja en un segundo volumen de historias titulado *Tejana maldita* y en su primera novela. Todas sus demás minucias suele desecharlas en su bitácora personal: <http://www.2caminos.blogspot.com>

* * *

Relato

EL RELOJ DE ARENA

por **Carmen Fernández Etreros**

Todavía recordaba esa tarde en la que junto a una taza de café, él la entregó el reloj de arena. Le dijo que se iba. Le habían ofrecido un puesto de corresponsal en Namibia. Siempre había soñado con ello. Ella se despidió de él disimulando su rabia contenida.

Los primeros días ella daba la vuelta al reloj de arena muchas veces: primero veinte veces a la hora, diez veces a la hora, cinco veces a la hora, dos veces a la hora, tres veces al día, dos veces al día, una vez al día,... Así hasta que el reloj se quedó parado y atrapado cogiendo polvo en la estantería de nogal.

A los diez años uno de sus hijos, el más travieso, lo cogió de la estantería. Le pareció perfecto para contar el tiempo para sus juegos. Un minuto Manolo, un minuto Juan, un minuto Pedro. Su madre les descubrió cuando intentaban abrirlo entre los tres hermanos. Pedro decía histérico que ese reloj contaba mal el tiempo.

Durante diez años ella había recibido postales de diferentes partes del mundo: Colombia, Sudáfrica,

Pakistán, China, Sudán,... Ella las había ido guardando en una caja de cartón verde. Cuando su madre se distraía mirando fijamente por las ventanas, los tres niños cogían las postales y las leían.

Un día le llamó una amiga de la juventud: una vecina le había contado que le había visto. Vivía en una buhardilla del centro de la ciudad con una chica. «Muy bohemios, muy raros,... Venden pulseras en el rastro y esas cosas». Su amiga se había enterado que en los diez años nunca se había movido de la ciudad.

Ese mismo día recibió una postal que le anunciaba que la próxima semana volvía a Madrid y le iría a hacer una visita el sábado 29 a las 19,00. Al día siguiente partía para Bangladesh sin retraso. No tenía mucho tiempo.

Como una loca se dedicó unas horas a mirar los matasellos de las postales que había recibido durante años: efectivamente eran todos de la oficina de Correos de San Francisco El Grande.

Ella preparó una merienda estupenda y se lo dijo a los niños. Tenían visita. Estaban emocionados por poder conocer por fin al amigo viajero de Mamá. Los niños estaban muy nerviosos. No paraban de saltar por los sillones del salón.

A las 19,00 en punto sonó el timbre metálico de la puerta principal. Cuando abrió lentamente la puerta sintió que por su rostro habían pasado veinte años. Los ojos encajados en las cejas, la cara surcada por arrugas, ajada por el frío.

Se sentaron en la salón y los niños le frieron a preguntas que él contestaba con una paciencia infinita. Les había traído un tambor de Tanzania y una figurita rusa de su estancia como corresponsal en Moscú. Se rieron, comieron y hablaron. Los niños le miraban embobados mientras contaba la historia del león que le atacó en un brazo en un safari en Kenia o los tiroteos en Irak. Siempre había sido un gran fabulador.

A las 21,00 horas él explicó que tenía que marcharse. Mañana partía a primera hora para Bangladesh. Los niños se le agarraron al cuello hasta que su madre logró con chillidos que se soltaran.

Cuando se despidieron él la miró fijamente a sus ojos verdes y le dijo que la había echado mucho de menos. «No dejes que vuelvan a pasar diez años», –le dijo ella escuetamente.

Ella le deslizó un pequeño paquete y un papel. «No lo habrás hasta que llegues a casa. Te ayudará a calcular el tiempo y a volver pronto». Él la abrazó con cariño. Ella noto su cuerpo huesudo a través del abrigo de paño.

En el ascensor él abrió el paquete y guardó en su bolsillo el reloj de arena. Leyó el papel con calma:

*“El tiempo, ya que al tiempo y al destino
Se parecen los dos: la imponderable
Sombra diurna y el curso irrevocable
Del agua que prosigue su camino”.*

J L. Borges

Una lágrima fría se deslizó por sus mejillas. Por primera vez en los diez años pensó que tendría que pedir el traslado y volver a Madrid. Se estaba haciendo mayor.

© Carmen Fernández Etreros

La autora:

Carmen Fernández Etreros (Madrid, España, 1969), es licenciada en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid y doctoranda en el programa Lengua y literatura aplicada a los medios de comunicación. Como redactora ha trabajado en diversos medios de comunicación como el diario ABC e Informativos Telecinco, así como en numerosas revistas como *Gaceta Complutense*, *Actualidad Económica* o la revista *Babar*. Escritora de cuentos y relatos cortos, ha publicado la novela corta *Mariposas de colores*. También ha trabajado como profesora de Lenguaje audiovisual en Secundaria y Ciclos Formativos y en el sector editorial. En la actualidad se ha especializado en Literatura Infantil y Juvenil y coordina *Pizca de papel* de LIJ. Como crítica literaria colabora en diversos medios como el blog *La tormenta en un vaso*.

DE UNA NOCHE DE VERANO

por Sergio Borao Llop

Y aunque su nombre real sea otro, haya de ser forzosamente otro, fue Carmen para mí desde aquel primer atardecer y para siempre.

Así, la recuerdo Carmen sentada a poca distancia de mi propia atalaya de hombre solitario, acodada en la barra del bar, rodeada por el ruido e indiferente a él. El ruido del partido de fútbol en la tele, el ruido de los comentarios más o menos eruditos en materia deportiva, de las risas, el ruido de los cubitos al despeñarse en los vasos, el ruido amortiguado de la calle. Y entonces sobrevino el gol, el jolgorio, el griterío general; y ella me miró con sus ojos grandes, tristes.

Tal vez me encogí de hombros o aspiré resignadamente mi cigarrillo o me quedé mirándola. La recuerdo Carmen tomando cerveza mejicana, fumando con delatora insistencia, charlando a ratos con la camarera, a ratos mirándome, como una invitación al diálogo, a la plática, a ese otro orden ajeno a la tarde futbolística y a las sonoras voces de aquellos otros, que deslizaban furtivas miradas a sus muslos, a la sugerente abertura de su vestido rojo. Pensé en una siniestra bandada de buitres ruidosos y acechantes, en espera de una oportunidad ventajosa para lanzarse en picado sobre la presa indefensa.

Curioso que Carmen, porque al fin y al cabo, lo mismo hubiera podido ser Diana (por un algo salvaje que se intuía en sus gestos) o Dolores (a causa del pelo negro, de la cerveza, de un deje desdichado en sus pupilas) pero así y todo, Carmen, delgada, pequeña, de frágil apariencia, leve, adorable, y no obstante, un no sé qué de majestuoso emanando de sus formas suaves, cadenciosas, acariciantes.

«Así, la recuerdo Carmen sentada a poca distancia de mi propia atalaya de hombre solitario, acodada en la barra del bar, rodeada por el ruido e indiferente a él. El ruido del partido de fútbol en la tele, el ruido de los comentarios más o menos eruditos en materia deportiva, de las risas, el ruido de los cubitos al despeñarse en los vasos, el ruido amortiguado de la calle.»

Después, hubo otras tardes en que la vi en el Pub. A veces, sentado en la sombreada terraza, la veía llegar caminando con precisa desenvoltura. A veces, nos saludábamos con brevedad. Nunca supe o quise acercarme a ella. Acaso me impresionaba su presumible fortaleza, su inquebrantable independencia. En cualquier caso, hubo noches en las que no me fue posible evitar una sonrisa ante su desmesurada alegría. Y sin embargo, yo la observaba y presentía que algo negro y

viscoso se debatía en lo más profundo de su corazón. Que sus exagerados ademanes, su verbo fácil, sus aparentes ganas de vivir, no eran más que una representación, destinada a la admiración o al reconocimiento, tal vez al aplauso. Ni un sólo minuto dudé de su desdicha.

Pero cómo suponer que aquella noche (aunque llevaba tres o cuatro días inquieto, como presagiando una tormenta eléctrica o un descarrilamiento) ella vendría de aquel modo, tan borracha y, a pesar de todo, tan radiante con su pantaloncito corto y su irrefrenable rebeldía. Cómo suponer que sus risas, semejantes a una catarata de espuma, ocultaban el tremendo deseo de llorar. Cómo haber previsto que habría que llevarla a casa (no podíamos permitir que condujese en ese estado –y con esa pena–) y que yo, no sin sorpresa, habría de ofrecerme a ello (por mero afán de ser útil, por el simple deseo inocuo de permanecer unos minutos cerca de ella, a solas con ella que me miraba).

Y, ya puestos a especular, cómo haber evitado aquel otro bar que se cruzó en nuestro camino, donde ella bailó para mí, donde su cuerpo menudo se arqueaba y se ceñía al mío, produciéndome una extraña sensación, mezcla de deseo y ternura y acaso algo de temor. Y todo así porque yo no veía en ella a la mujer fuerte, autosuficiente, a veces irascible, que tanto se esforzaba en parecer y cuyo papel interpretaba con tanto éxito. Tan sólo me era dado vislumbrar, a través de sus máscaras, a la muchacha de carne tibia y alma errante que batallaba constantemente por disimular su dolor, a la chica salvaje y adorable que edificaba día a día un muro de risas para frenar el ímpetu arrollador de la desesperación.

Cómo no acompañarla luego a su apartamento, que me pareció enorme y vacío, sobre todo vacío a pesar de los cuidados muebles y las luces y el vistoso empapelado de las paredes. Y una vez allí, cuando ya mi misión había sido cumplida y me disponía a regresar al Pub, estalló en mil pedazos el dique que contenía su amargura y rompió a llorar sin frenos ni maquillajes falsos. Cómo consentir esas terribles lágrimas que no cesaban de brotar. Cómo haber evitado besarla, intentando procurarle el efímero consuelo de unas breves caricias. Sí, fui yo quien la desnudó con ilimitado cariño, quien acariciaba su cuerpo y lamía la sal de sus lágrimas, quien sentía crecer, intolerable, el fuego del deseo en todos los rincones de la carne. Pero lo mismo quise marcharme, posponer tan anhelado encuentro alegando excusas banales, mas era ella quien rogaba que me quedase, que siguiese besándola, que secase sus mejillas con mis labios. ¿Quién se hubiese resistido a ese ruego, cuando cada fibra de mi cuerpo me exigía su contacto, cuando todo reclamaba mi presencia allí, a su lado, entre las sábanas? Aún mi mente quiso eludir esos labios entreabiertos, ese cuerpo moreno y ansioso, esos ojos suplicantes como cadenas aterciopeladas. Pero ya mis manos recorrían, irreverentes, la tan deseada geografía de sus altiplanicies, sus volcanes, sus desiertos de fuego y sal; mi boca, ávida, buscaba con frenesí su lengua, sus pezones erectos; las palabras surgían como ajenas; algo ardía en mi frente. En algún momento, sus ojos dictaron una orden inaplazable. Sentí que no hacerle el amor hubiera representado una traición, que hubiese sido como negar toda aquella noche y tal vez negarla a ella y a mí mismo, y sobre todo, causar un sufrimiento estéril. De este modo, fui caminante extraviado en el matorral intenso de su pubis, maravillado navegante por el mar tempestuoso de su sexo, impetuoso amante, labio, alga y ola, madera a la deriva, tempestad y resaca; quise ser su consuelo, su libertad, su brújula, el árbol de los frutos de la calma.

Cuando me marché, sin embargo, aun pude escuchar culpablemente el eco angustioso de su llanto sobre la almohada.

Cabizbajo, alegre, confuso, acaso también algo triste (por no haber conseguido apaciguar la sed de Carmen, por no haber sido capaz de acallar la histeria de ratas desbordadas en sus entrañas) llegué a mi casa y conseguí dormir. Al otro día, un poco desorientado aún, fatigué las calles, me dejé caer por la estación, visité comercios en los que adquirí libros e inútiles utensilios para mis inminentes vacaciones, charlé con ancianos y con bonitas vendedoras, crucé avenidas, me refugié en las zonas de sombra y en algún bar, pero todo de un modo mecánico, como un autómatas programado realizando actos que no alcanza a comprender, y mientras me observaba desde afuera y todo era Carmen en ese ir y venir y detenerse frente al disco rojo del semáforo inclemente.

«No era enamorarse, pero cómo explicar esa extraña opresión en la boca del estómago, esa falta de apetito, esa desmesurada necesidad de oxígeno, esa sed. Porque los otros hablaban y hablaban y reían forzosamente entre sorbo y sorbo de sus manguantes copas, a través del humo y el calor, y todo eso era también Carmen deslizándose callada y menuda sobre mi vaso vacío.»

Ya por la noche, acudí al Pub, pero ella no estaba. Las banquetas verdes, la terraza calurosa, los ruidos cotidianos, los autos mal aparcados, la enorme luna allá arriba, todo era Carmen desgarrándome por dentro, todo Carmen esparciéndose por la atmósfera y gritando caricias en secreto, todo Carmen amoldándose a la noche y a las tímidas ráfagas de una naciente brisa triste que en esa hora silente ya delataba su insufrible ausencia.

No era enamorarse, pero cómo explicar esa extraña opresión en la boca del estómago, esa falta de apetito, esa desmesurada necesidad de oxígeno, esa sed. Porque los otros hablaban y hablaban y reían forzosamente entre sorbo y sorbo de sus manguantes copas, a través del humo y el calor, y todo eso era también Carmen deslizándose callada y menuda sobre mi vaso vacío. Las gentes pasaban con inútil rapidez frente a mí, en busca de algún lugar donde beber y bailar y enloquecer un poco en esas breves horas de, llamémosla, libertad condicional, y miraban con disimulo hacia el interior semivacío del Pub, como un ansia irrefrenable de descubrir mundos desconocidos y acaso atrayentes, y todo eso era también Carmen lloviendo desganadamente sobre mi rostro, todo Carmen sin máscaras, Carmen rodeándome y anegando, sin saberlo, mi respiración. Y entonces, con un asomo de resignación, encender un cigarrillo, con un cansado gesto pedir otra cerveza, sentir sin amargura como van llegando las bru-

mas de la incipiente borrachera y Carmen allí, entre mis venas y en cambio tan lejos. No, no era enamorarse, pero Carmen, a pesar de todo Carmen y el insoportable vacío de su cuerpo ausente entre mis dedos.

Al otro día llovió y la eché de menos. Y seguí echándola de menos en días sucesivos. Días que se iban marchitando en medio de una asfixiante monotonía repleta de coches rojos que nunca eran su coche y conversaciones estereotipadas en las que yo apenas intercalaba brevísimos monosílabos mientras mi mirada se perdía en la abrumadora lejanía de las avenidas sin nadie y todo seguía siendo Carmen sin Carmen, con los minutos eternizándose, sólo para anunciar, inclementes, que ella nunca llegaba. Todo como un incendio de gatos en mis entrañas, un vaivén de miradas interrogantes sin respuesta, una sucesión interminable de imágenes y sonidos que evocaban su esencia, un indagar números de teléfono, horarios, costumbres.

Todo me ardía en esos días, todo era una balanza oscilante donde se hacía imposible precisar si ella me había utilizado en un momento de insaciable apetito sexual, o por el contrario, fui yo quien la había defraudado, abandonándola a su pena cuando más necesaria le hubiera resultado mi compañía, negándole el consuelo de unos minutos abrazándola en silencio y dejando que sus demonios se fuesen adormeciendo entre susurros y palabras cálidas y besos solidarios. Pero era tan dulce dejarse deslizar al sueño, y en ese duermevela, imaginar su rostro, dibujar su sonrisa y verla aparecer, de pronto, con el pelo suelto, con sus ágiles movimientos de pantera arrojándose sobre mi sueño, de forma que, por la noche, todo era también Carmen entre vuelta y vuelta de mi cuerpo abrazado a la almohada que era también Carmen besándome con ternura y guiando mi espíritu hacia esos otros territorios en los que no existe el dolor.

O todo lo contrario, porque en el oscuro fondo de sus ojos latía un pozo de serpientes, una laguna negra, un páramo volcánico, pero así y todo, juntos, cogidos de la mano, desafiando demonios y acantilados en penumbra, entrelazados, como una última esperanza de regreso a este lado, donde aún existe un valle de incomparable verdor en el que retozar libres y olvidados.

Y despertar con ese sabor, con el rostro de Carmen aún mirándome desde el espejo de la madrugada mientras nos cepillamos los dientes, y pasar luego a lo otro, a ese rodar acelerado porque las siete menos cuarto y la ciudad repleta de vehículos que hay que sortear peligrosamente para no llegar tarde al trabajo, a ese inútil stress que se nos va llevando sin que seamos capaces de detenernos en nuestra loca carrera para preguntarnos adónde, para reclamar un segundo de paz, un remanso de cordura.

Pero allí, en la soledad de la máquina, de nuevo Carmen como sentada sobre el monótono chak-chak de los pliegos de papel que van doblándose y se amontonan en la mesa tras la que los ojos de Carmen parecen perderse en otros ensueños y por eso, fumar de nuevo para sentirla cerca, para abrazarla en el humo que se eleva, para envolverla en el fuego que baja a mis pulmones.

Sé que no he de volver a verla. Pronto llegarán las vacaciones y al regreso nada será lo mismo, porque una de estas noches, lo sé, vencerán las bestias que se agitan en lo más hondo de su entraña. De nada servirá entonces mi espada de cariño, de nada tratar de despertar para traerla de vuelta a este lado. Todo se habrá perdido y, aunque volvamos a vernos, no hemos de reconocernos entre ese humo tan diferente y esas hondonadas repletas de noches solitarias y rostros ajenos.

© Sergio Borao Llop

El autor:

Sergio Borao Llop. Narrador y poeta nacido en Mallén, Zaragoza (España). Colaborador habitual en varias revistas y boletines electrónicos. Incluido en diversas antologías y en las revistas *Nite-cuento*, *Imán*, *Alhucema* y *Rampa*. Su obra aparece en diferentes páginas web de contenido literario, como *EOM*, *Letralia*, *Almiar* y otras. Sus textos han sido leídos en los programas radiofónicos "Ruido de magia", "El diluvio y la pasajera" y "Tus poemas por las ondas". Ha recogido la mayor parte de sus cuentos en dos libros: *El Alba sin espejos y Reflejos*, *Intrusiones*, *Imposturas*, y su poesía en el volumen *La estrecha senda inexcusable*. Fue finalista en los certámenes de Poesía y Relatos "Ciudad de Zaragoza 1990". En el blog "Al andar": <http://sbllop.blogia.com> recoge fragmentos de otros autores como homenaje y recuerdo en las fechas señaladas. Página personal: <http://www.aragoneria.com/sergio>

EL TAQUÍGRAFO DE VERSOS

por Juan Carlos Márquez

«[...] son estos ojos cual dos cuevas
y en mi cabeza sopla el viento:
¿será la muerte como un vino? [...]»

A Leopoldo María Panero y Félix J. Caballero

Sitting Bull ha muerto: no hay tambores

El indio eyaculaba la chispa de la vida, por eso lo mataron. Fueron los gremlins: el séptimo de gremlins. El poeta exhala el humo de su cigarrillo y me mira de reojo desde el otro extremo del banco de piedra mientras inauguro una libreta. Luego escupe en sus zapatos y le sale por la boca algo inaudible, una especie de gruñido en francés. Quiere matarnos. El niño del columpio, añade tras un tiempo de silencio. *Atteste quelque cigare*¹. ¿Te cuento un chiste de locos? No, mejor no, poeta, le digo. Sitting Bull, cabecea, tenía la polla larga y afilada como un abrecartas, por eso lo mataron.

Fumo para frotar el tiempo y a veces oigo la radio

Born in the USA. No me tomes del brazo para cruzar la calle, porque no volveré a morir atropellado. No hay peligro en las ruedas. La muerte es esa vieja. Esa vieja de la CIA que arrastra por la acera el carro de la compra. Poeta, coño, le riño, eso ya lo dijiste ayer y anteayer, y me guardo la libreta y la pluma en un bolsillo. Bajo el hombrecillo rojo del semáforo, el poeta tiembla de demencia, se arruga y se prende otro pitillo. La llama exagerada chamusca sus pestañas. Ese hijoputa enano es el jefe del mundo, musita alzando la barbilla. Y luego, muy despacio, se frota ambos párpados contra el telón del tiempo: cómprame otra coca.

Hablamos para nada, con palabras que caen y son viejas ya hoy

Las camareras barren, pasan la fregona con agua de lejía y reparten ceniceros por las mesas. El poeta y yo permanecemos en silencio, sentados ante una lata de coca-cola y un cortado con una nube de leche. Quiero otra *light*, y besar de nuevo este humo que se deshace, me dice con el pitillo sujeto a lo Bogart entre los labios. Abro deprisa la libreta y anoto eso de besar el humo que se deshace, y él aplasta el cigarrillo a medio fumar contra el cenicero, me lanza un puntapié por debajo de la mesa y sonrío como si yo fuera una enfermera nueva. *Je veux délaissier l'Art vorace d'un pays*², murmura con los ojos achinados: anoche vi otro gremlin rondando la bañera.

Es tan bella la ruina, tan profunda

Cuando vuelvan las voces ya no estaré aquí. Me habré ido con Michi a fumar cigarrillos, me susurra al oído. Hoy parece más viejo mientras la enfermera le hace tragar el haloperidol disuelto en coca-cola *light*. Tiene un velo de baba en la barbilla y entre los pliegues de sus párpados caben cementerios. Por la ventana entra un aire helador. Y yo apenas me atrevo a entreabrir la libreta. *O Satan, prends pitié de ma longue misère!*³

¹ El cigarro dice luego. *Toda el alma resumida*, de Stephane Mallarmé.

² Renunciar quiero al Arte voraz de un cruel país. *Cansado del amargo reposo...*, de Stephane Mallarmé.

³ ¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria! De *Las letanías de Satán*, de Baudelaire.

Qué es la nada, preguntas saliendo de la habitación

Nos dejamos ir por las escaleras mecánicas de unos grandes almacenes. Quiero fumar, insiste con un pitillo húmedo de saliva entre los labios. Y otra coca *light*. Enseguida, le digo, en cuanto compremos la camisa. *Quant mourut n'avoit qu'un haillon*⁴. Ya tengo una camisa, murmura. Me la regaló la CIA por mi cumpleaños. A regañadientes, logro que pise por fin tierra firme. Cuando, camino de la de camisas, atravesamos la zona de trajes, se los queda mirando dentro de las perchas con fijeza, e, inquieto, tira de mí hacia las escaleras. Vámonos, dice con un hilo de voz: aquí solo hay fantasmas.

Ven despacio hacia mí luna de dientes caídos

Este cementerio no es cualquier cosa, pues las lápidas del fondo son de mármol rosa. Tenemos que volver, insisto. Otro día pasamos por el barrio de las putas. El poeta echa a correr entre el gentío, se hinca de rodillas a las puertas del McDonald's y se pone a aullarle a la luna llena. *Tu demandes pourquoi j'ai tant de rage au cœur/ Et sur un col flexible une tête indomptée*⁵. Soy un licántropo, murmura, y se enciende un cigarrillo. Venga, levántate, no hagas el loco. Le ofrezco mi mano y me da un lametazo rápido en el dorso. Luego, con los ojos cerrados, apaga el cigarro entre los adoquines: cuando caiga la luna vendrán y nos cortaran a todos las pollas y los pies. ¿Los gremlins?, pregunto. Las putas sin dientes, contesta.

El acto del amor es lo más parecido a un asesinato

Llueve, y oculto la libreta bajo mi jersey. *By the North Gate, the wind blows full of sand*⁶. El poeta rechina la mandíbula y, con los ojos fijos en el horizonte brumoso del paseo marítimo, prorrumpe en una risa inexplicable. Mi madre se llamaba Felicidad, dice entre dientes mientras se apalpa inquieto la camisa en busca de un cigarrillo, y cuando murió traté de devolverla a la vida con respiración boca a boca, que es una resurrección hindú. Eras solo un hombre entonces, le consuelo, qué otra cosa ibas a hacer. Era solo un hombre, sí, reconoce, y estaba ya casi muerto.

Se diría que has muerto y eres alguien por fin

No es el tabaco, es el haloperidol que me deja la boca seca, murmura tras darle un sorbo a su coca *light* y devolverla de nuevo a la mesilla. *L'air est plein du frisson des choses qui s'enfuient*⁷. Llegará, al final siempre llega, el día de los gremlins. Me encontrarán de noche, susurra, lejos de esta almohada, tumbado boca arriba en una acequia con los labios polvorientos de ceniza. Y vendrán a mi entierro de cuerpo ausente Sitting Bull, la vieja del carrito, los trajes vacíos, Michi, mi madre, el enano rojo, algunas putas sin dientes y una enfermera nueva. Y entonces, amigo, no tendrás otro remedio que cerrar tu libreta y decirle al mundo en mi defensa que, un día, sedado de haloperidol, te dije que jamás le des la espalda al niño del columpio y que hubiera sido un placer no conocerme.

© Juan Carlos Márquez

El autor:

Juan Carlos Márquez (Bilbao, España, 1967), ha obtenido en el último lustro una decena de galardones literarios, entre ellos el Premio Unión Latina del Concurso Internacional Juan Rulfo 2003. Así mismo, ha publicado relatos en diversas antologías, diarios y revistas. Recientemente ha sido antologado, junto con otros once autores, en el libro *Parábola de los talentos. Relatos para iniciar un siglo*, de Gens Ediciones. En 2008 aparecerá publicado su libro de relatos *Norteamérica Profunda*, con el que obtuvo el último Certamen Internacional de Novela Rafael González Castell. Página personal: Relataduras: <http://juancarlosmarquez.blogspot.com/>

⁴ Cuando murió no tenía más que un harapo. *Balada (de término)*, de François Villon.

⁵ Por qué en mi corazón hay tanta rabia, dices, y en mi cuello flexible una cabeza indómita. *Anteros*, de Gerard de Nerval.

⁶ En la Puerta del Norte, el viento trae montones de arena. *Lamento del guardián de la frontera*, de Ezra Pound.

⁷ El aire está lleno del escalofrío de las cosas que se fugan. *El crepúsculo matutino*, de Charles Baudelaire.

MARCELA

por Mónica Gutiérrez Sancho

Su camisa de flores mustias y dispersas es como un ramo de plástico en un florero de papel maché. Debajo dos pellejos embutidos en un corsé de los que ya no se encuentran ni en las mercerías de barrio. El pelo gris oscuro, fuerte y tieso como un cable de la luz, está atrapado en infinidad de horquillas amarillentas que lo agarran formando una maraña de mechones que vista desde lejos podría asemejarse a un moño. Falda de franela que abriga más las piernas si tan apenas las puedes mover. El calor es bueno para la circulación cuando ésta es espesa como la salida de las grandes ciudades. Y siempre con sus guantes negros de lana llena de bolisas.

Arrugas por todos lados, años para repartir, vender y regalar. Pero Marcela no vende años, aunque le sobren, lo que vende son caramelos, pipas, cacahuets, regalices y anisetes. Anisetes metidos en figuritas de plástico transparentes. Un botijo, un perrito, un pato... Dónde encontrará Marcela sus anisetes.

Llega todos los días muy puntual a la alameda. Coloca la cesta gigante con unas patas que acopla, no sin dificultad, y se transforma en mesa. Del carrito de la compra de cuadros escoceses empieza a sacar todo el género. Y sentada repite de vez en cuando con voz de falsete: 'Dulces, cacahuets dulces, salados, aniseteeee.'

Como todas las Penélopes que un día deciden sentarse en un banco a la vista de cualquiera y no moverse de allí en una espera eterna, Marcela tenía mil vidas; la suya y novecientas noventa y nueve inventadas por otros.

Unos contaban que Marcela era una mujer de alta alcurnia venida a menos, que enloqueció cuando su padre perdió su fortuna invirtiendo en el negocio taurino y le salieron los toros de todo menos bravos. Otros decían que estuvo casada y que el marido se largó con una rubia tonta. Pero sus allegados vecinos antes de ir abandonando su hogar para irse de vacaciones perpetuas a una residencia, o a casas donde las nueras les gritaban por mearse y por no comerse las lentejas, contaban otra historia.

Una noche de verano pegajosa y sucia el marido cogió a los niños, a los gemelos, mientras dormían y se marchó en la oscuridad sin necesidad de ir en silencio, porque Marcela tenía el sueño muy pesado y la noche era tan cerrada, que no se veían ni las sombras de los gatos. Y nunca regresó, ni a por su ropa, ni a por la de los niños, ni a por sus juguetes, ni a compartir reproches, ni lloros.

Desde entonces sentada en las escaleras de su casa la veían día y noche mirándose las manos y llorando.

Las vecinas más cotillas llegaron a entrar en el piso y comprobaron que allí todo seguía igual. El triclo en el pasillo, las camitas abiertas con la huella de los cuerpos diminutos y frágiles. La casa olía a niños, a ese olor que todos perdemos al llegar a una edad más desagradecida. También olía a colonia de hombre y a jabón. Pero allí no había nadie, sólo Marcela mirándose sus manos enfundadas en unos guantes de lana en el rellano de la escalera noche tras noche.

—Mis manos les tocaron y ellos ya no estaban. Se volvieron invisibles. ¿Sólo yo puedo verlos? ¿Es que nadie les ve? Están aquí, mis pequeños, uno a cada lado ¿Pepa pero no los ves?

—Sí niña sí. Anda entra en casa y tomate una tila con dos bolsitas, si necesitas algo yo te lo compro que bajo al mercado.

—No, no yo me quedo aquí que estamos más frescos, dentro está su padre y se enfada si le molestamos. Ya era 'Marcela la lela' o 'Marcela la guantes'.

Cuando gastó los ahorros que había cosechado en años de sequía continua, dejó de llorar en las escale-

ras para empezar a limpiarlas. Fregaba y frotaba con increíble afán y ahínco. Subía tantos peldaños a lo largo del día que luego no tenía fuerzas para volver hasta abajo. Tenía que trabajar duro o no llegaba a fin de mes comentaba cuando iba a comprar al mercado.

–Me comen mucho, no sabes lo grandes que están y mi marido se pirra por las chirlas y las gambas a la plancha. Y con un sueldo de fregona no llega para mucho.

Si algo ponía realmente histérica a Marcela era que le quisieran tocar las manos. En un par de ocasiones lo hicieron y ella rompió a llorar como una loca. Se encerró en su casa días enteros y finalmente salió y limpió más casas y más escaleras que nunca.

En una ocasión se desmayó en pleno mes de agosto fregando con sus guantes de lana y cuando se los fueron a quitar, se levantó de un salto y dijo:

–Soy capaz de matar si me tocan las manos otra vez.

Con los años ya no podía subir, frotar y bajar escaleras y se compró una cestilla y se fue a vender dulces. Fue la delicia de los gamberrillos de la zona. Pero Marcela era lista, o tenía un sexto sentido y por más que lo intentaban nunca lograban arrancarle sus guantes.

Esa mañana estaba especialmente cansada, tenía sueño y medio dormitaba sobre su cestilla de dulces y anisetes. Un crío de la calle la perseguía implacable desde hacía meses sin tener otro entretenimiento, compañía, ni misión en la vida que el intentar incordiar a Marcela. Se acercó por detrás y le agarró el guante con fuerza, se lo quitó y le cogió de la mano. Marcela despertó de golpe. El niño asustado al ver la cara de ella, dio un salto y se sentó en el banco de enfrente.

–¡Serás imbécil! Mira que te lo he dicho miles de veces, No me toques...Será posible ¿Y ahora qué?

–Ahora qué, de qué –dijo él, moviendo sus piernas sucias que no llegaban al suelo, mientras se removía inquieto al notar que tan apenas cabía en el banco.

A su lado dos niños idénticos de unos cinco años en pijama de patitos jugaban con una pelota. Una niña con dos coletas y uniforme negro con cuellos blancos y duros le miraba con cara de asco. Un hombre en pijama de rayas marrones y bata se retorció el bigote al otro lado del banco. Y de pie delante de ellos una mujer vestida de enfermera daba pataditas al suelo, con aire aburrido. El crío rompió a llorar.

–¿Quiénes son? Me dan miedo –dijo quitándose los mocos de la cara con la manga de la camiseta.

–Mi marido, mis niños ¿A qué son preciosos? Ana la hija del frutero que se empeñó como tú en quitarme el guante y Lola la pobre que no tuvo culpa, yo estaba enferma cuando me tocó las manos.

–¿Y qué hacen aquí?

–Qué quieres que hagan. Estar conmigo. Me tocaron y se volvieron invisibles, nadie les puede ver más que yo, así que a trabajar para todos. Y ahora que ya estaba bien organizada vas y llegas tú. Lo único que he pedido en la vida es que dejen mis manos tranquilas, que no me las toquen.

En cuanto lleguemos a casa vas directo a la bañera para quitarte toda esa roña, que aunque los demás no te vuelvan a ver, yo no te llevo así de sucio. Y ahora una boca más que alimentar. Tendré que comprar más anisetes...

© Mónica Gutiérrez Sancho

La autora:

Mónica Gutiérrez Sancho. Nació en Sevilla (España), aunque fue Zaragoza la ciudad que la vio crecer. Ganadora y finalista de diversos concursos de relato breve y cuento. En enero *Si vuelves te contaré el secreto* será publicada por la Editorial Caballo de Troya (Random House Mondadori). Actualmente escribe su siguiente obra. Blog, "Melancolía Anónima": <http://monicagutierrez.blogspot.com>

EL MURAL DE LA CANTINA

por Lilia Morales y Mori

–En el dominó– dijo Luis Cabral –la ficha clave es como la mujer. La tienes que tener siempre en la mano... no sabes en qué momento la puedes necesitar... y menos a cuál de todas.

Rodeados del humo del cigarro y el calor de las copas, los jugadores van deslizando las fichas sobre la mesa. Las van empatando una a una, mientras los más hábiles adivinan las que quedan aún por jugar, las que se acarician ávidamente entre los dedos o giran vertiginosas en espera de ser lanzadas en el acto final.

–No la chingues compadre, esa guárdatela en el culo... era la otra.

–Uta Luisito, comiste gallo... que se me hace que esa vieja anda rejega.

Hay dos cosas que Luis Cabral nunca perdonaba: perder una partida de dominó y perder a una mujer. Y por esos días andaba perdiendo las dos cosas.

–!Paso!... no me oiste compadre... !paso!... límpiate las lagañas para que mires bien.

El Comandante le sonrió a Anselmo cuando arrojó su penúltima ficha, hizo pasar a los tres, ni siquiera les dio tiempo de ver su juego cuando dejó caer la última ficha.

–!Carajo compadre!... siempre al final te cagas... a ver si al menos haces bien «la sopa».

Las fichas se revolvían volteadas sobre la mesa entre las manos toscas de Remigio. Se revolvían como Amalia en la cabeza de Luis Cabral.

–La muy cretina– dijo –se hace del rogar compadre... todas se ponen muy difíciles al principio... y después hasta se te resbalan solas.

Cabral tomó sus siete fichas, las fue parando una a una, las acomodó bien juntitas, ni una carreta, cinco cuatros, cuatro cincos.

–Ya chingamos compadre– se frotó las manos y apuró un trago de cerveza.

Salió la carreta cargada de tinta que Anselmo puso al centro de la mesa. Cabral empató la seis/cuatro –para comenzar compadre– pensó lamiéndose los labios. Inmediatamente se escuchó el sonido certero de la ficha seis/cinco a la retaguardia de la carreta. Cabral encendió un cigarrillo, vio cómo se disolvía el humo entre la luz pálida de la lámpara. Sabía que el Comandante no tenía «cuatros» y para colmo le había dejado abierto el juego por ambos lados. Remigio tardó en jugar, tenía la vista clavada en las tres fichas, cuando sintió que materialmente se cagaba, estaba de un color amarillo-violeta, que viraba dolorosamente a gris-ceniciento. Apenas alcanzó a decir: –paso... paso Luisito... en verdad que esto es cosa del diablo.

–Juegas como marica– arremetió Cabral contra el compadre arrojándole todas sus fichas. De inmediato se alejó del salón dando violento portazo. No se le volvió a ver en su mesa de juego por varios días hasta que llegó el sábado. La cantina estaba concurrida como siempre, salvo que ahora Luis Cabral, quien era el dueño del bar, les tenía a todos una sorpresa. Un enorme letrero tan largo como la pared, sobre un débil fondo marino rodeado por ambos lados de unas esculturales sirenas, decía: **TODAS LAS MUJERES SON UNAS PUTAS.**

Cabral llegó a media tarde. Muy alegre y oliendo fuertemente a colonia. Lo vio venir su compadre Remigio que se encontraba frente al «mural». –Dichosos los ojos Luisito– se dieron un fuerte abrazo –tú sí que conoces bien a las pinches viejas– agregó Remigio –esto hay que celebrarlo.

–Pues que sea por Amalia– dijo Cabral.

Remigio se aproximó al mural para deleitar su vista con una de las frondosas sirenas, pero sus ojos se

desviaron hacia un discreto letrerito escrito en la parte superior de una ola que decía: «Menos Doña Cuquita Trejo viuda de Cabral, que Dios tenga en su Santa Gloria».

–Ay Luisito qué noble eres de corazón... si tu madrecita viviera.

– ¿Tú crees que le daría gusto compadre?

–Harto Luisito, ya ves lo buena que fue y lo mucho que te quiso... pero olvidémonos de pinches tristezas Luisito, que ya están esperando Anselmo y el Comandante.

Después de varias rondas las fichas seguían abriéndose sobre la mesa. Se abrían ruidosas y seguras cortando el silencio de los jugadores.

–No le afloje compadre, que ya ganamos uno y éste lo tenemos que cerrar con zapatero.

Carmelo se llevó las botellas vacías y trajo más cervezas. Limpió los ceniceros y acomodó sobre la mesa unos platitos con cacahuates, tostadas de manitas de puerco en vinagre y guacamole.

–Pinche compadre, ya jodimos– dijo sonriendo Cabral que sólo le quedaba una ficha.

El Comandante se pasó la mano sudorosa sobre el lacio cabello negro. Tenía dos fichas, le llevó un minuto contar las que estaban sobre la mesa. Vio que Remigio tenía dos fichas también y Anselmo sólo una. Dudó por un momento pero acabó lanzando la que creyó más conveniente.

–!Esa era la buena!– dijo Remigio empatando una de sus dos fichas.

–Ya ni la chingas Comandante, mejor no la pienses tanto y tira a lo pendejo... a ver si así le atinas.

Cabral dejó escapar una ruidosa carcajada abriendo su última ficha. Puso su mano izquierda sobre el hombro de Anselmo y le dijo: así son las cosas del juego.

Carmelo se llevó los platos vacíos de la botana, los volvió a llenar, trajo más cervezas, chicharrón en salsa verde y tortillas recién hechas.

Remigio estaba contento. El juego había salido a pedir de boca, pero algo le picaba. No le hacía gracia el gusanito que se le arremolinaba por dentro.

–Usted me va a perdonar compadre Luisito... pero para qué más que la verdad, a mí eso del letrero me tiene bien encabronado.

–¿Porqué Remigio?

–Usted sabe cómo lo quiere la comadre. Hasta me lo consiente, ya ve qué buenos chiles rellenos le prepara. ¿Y qué peros le pone a las tortas de vena? No hay que ser Luisito, no corte parejo.

–¿Conque era eso?, qué falta de confianza compadre. A ver Carmelo háblale a Jacinto.

–Diga patrón.

–Ponme bonito el nombre de la comadre Margarita... ya sabes dónde.

–Y el de la Magali, que ya está en edad de merecer– añadió Remigio.

–Para no agraviar a los presentes– intervino el Comandante –háganos usted el favor.

–No faltaba más Comandante. Anota los nombres que te indiquen los señores Jacinto, y sin decir más se despidió.

Al día siguiente, que era domingo, Cabral se sorprendió de ver tan concurrida la cantina. Y con gran asombro vio que las olas azules del mural transportaban gran cantidad de nombres. Las santas madrecitas, las abnegadas esposas, las tías solteronas dedicadas en cuerpo y alma a Cristo, las hermanas, las hijas y hasta las nietas de los más asiduos parroquianos, estaban cuidadosamente anotadas.

Conforme pasaban los días las olas se iban haciendo más espesas, y Jacinto, que era el anotador oficial, vivía gustoso su nuevo oficio, pues le dejaba más que su paga mensual con todo y propinas.

Llegó a tener tanta fama el mural de la cantina, que prácticamente todas las mujeres del pueblo estaban anotadas, incluyendo las de la familia del Alcalde, y la madre y la hermana del Señor Cura.

Un día se encontraban tres parroquianos jóvenes bebiendo junto a la barra, cuando uno de ellos les aseguró a los otros dos:

–Ya le bajé los calzones a la Lupe.

–No mames güey.

–Lo juro.

–¿Dónde?

–Cerca del arroyo.

–¿Y todo lo demás?

–Toditito... (suspiró)

–Pinche Lupe, me juró que la próxima semana se hacía mi novia, hasta me dijo que le iba a pedir permiso a su jefa.

–Ni modo cuate, te comieron el mandado.

–Putra vieja, pero esto no se queda así, por lo pronto... ¡que la tachen!

–Estás jodido.

–Sí, ¡que la tachen!... a ver Jacinto, ¿cuánto por tachar a la Lupe?

–¡Ah jijo!, pues eso te va a costar el doble.

–No seas cabrón ¿por qué el doble?

–Es más responsabilidad.

–Pues cóbrate y que no quede ni la seña.

Lupe se enteró que la habían tachado en la cantina y de puro coraje empezó a rajar leña, dijo que la hermana de Juancho se acostaba con su primo en la cama de sus papás. Y que Delfina desde cuando que ya no era señorita. Y que la tía beata de Ubaldo se daba golpes de pecho con la reata del Señor Cura.

Y una a una fueron apareciendo tachadas como el lado negro de las fichas del dominó.

Cabral estaba muy al pendiente de «las bajas» que había en el mural de la cantina –lástima– decía –esas olas van quedando muy manchadas.

Jacinto había estado muy activo en los últimos días. Subía y bajaba a cada rato de la escalera. Apenas si tenía tiempo de ir a ver unos terrenitos que estaba por comprar.

Si algún parroquiano casadero andaba en busca de novia, primero se aseguraba que la candidata no estuviera tachada. –Lo malo– decían –es que ya sólo quedan las más viejas... y las más feas.

Un día apareció tachada la loca Matilde. Nadie lo podía creer. –¿Pero cómo es posible que alguien se halla acostado con esa bruja desdentada y coja? Se requiere estar bien jodido... y armarse de mucho valor... o andar muy necesitado–. Entre risas y comentarios se supo que el enterrador se veía con Matilde en el cementerio. –Seguramente primero le hecha agua bendita. Todos celebraban a morir las agudas bromas. Lo grave fue cuando tacharon a la esposa del Alcalde, y por si fuera poco a sus dos hijas. Nunca se supo quien fue el autor de los cuernos. Aunque algunos aseguran que fue cosa política. Lo cierto es que a los pocos días el Alcalde renunció, y el nuevo representante, que era viudo y sólo tenía hijos varones, se hizo asiduo de la cantina y muy amigo de Luis Cabral.

Remigio abandonó a su familia el mismo día que tacharon a Margarita su mujer, pues se enteró que no sólo chiles rellenos le hacía a su compadre Luisito.

Cabral estaba por iniciar una tarde de dominó, cuando le avisaron que acababa de llegar su padrino. Salió inmediatamente a recibirlo.

–¡Padrino, hasta que por fin se deja ver!

–Muchacho, para qué te voy a decir que vengo por ti, ahora que estoy tan ocupado con los asuntos del rancho. Vengo por lo de tu mural, que hasta allá ha llegado la fama de tu cantina. Pues la mera verdad es que hay que ver para creer. ¡y mira nomás! tal como me lo habían dicho. ¡Ah qué punta de cabrones!, ninguna virgencita me dejaron en este pueblo.

–No se queje padrino, que de usted han sido casi todas.

–No en balde me dicen el gallo de oro.

–No en balde soy su ahijado padrino.

–Todavía estás verde muchacho, aún te falta mucho por aprender... pero menos plática y más acción. Por lo pronto déjame ganarte en el dominó.

–Pa luego es tarde padrino.

Luis Cabral hizo pareja con el nuevo Alcalde. El padrino sólo jugaba de compañero con el capataz del rancho. La primera ronda la ganó el padrino.

–Para que no diga que no soy buen anfitrión.

–Eso dicen los pendejos que no saben perder ahijado.

Cabral tragó saliva. –No te me duermas Alcalde– le dijo enchilado a su compañero que en ese momento hacía «la sopa».

En la quinta ronda se cerró con zapatero la primera partida, a favor del padrino y el capataz.

–La revancha es la que cuenta ahijado.

–Pinches viejas, no lo dejan pensar a uno.

–Todo en su lugar ahijado, las viejas se juegan con las manos, y el dominó con la cabeza.

Carmelo trajo más cervezas. La botana casi nadie la comía –llévate estos platos que nomás estorban– dijo Cabral que estaba empezando a desesperarse.

El anfitrión seleccionó sus siete fichas prácticamente con los dedos cruzados. Le salió la mula de seis –por lo pronto llevamos «mano»– pensó, eso reanimó al Alcalde que con una risita irónica dio a entender que tenía buen juego.

La primera ronda fue de Cabral y la segunda también. Cuando abrió el juego de la tercera ronda por poco y se atraganta con la cerveza, –cuatro pinches mulas hijas de la tiznada– estuvo a punto de decir, pero se aguantó como los hombres. –¿A ver qué hace este hijo de puta?– pensó, pero no tardo mucho en saberlo cuando éste le preguntó:

–¿Sale usted Luisito?

–!Me lleva!– se mordió la boca para no delatarse.

–Salga usted Alcalde.

El representante del pueblo salió con la ficha anodina tres/cinco. Cabral se tomó de un solo trago la cerveza, rápidamente Carmelo le trajo otra bien fría. El padrino pidió botana y Cabral aprovechó para ir a orinar. Se vio la cara en el espejo del baño, tenía los ojos irritados y en su semblante se adivinaba el cansancio. Se hechó abundante agua en la cabeza, y con el cepillito que llevaba en la bolsa trasera del pantalón, se peinó con gran esmero.

–Así me gusta ahijado, no hay que perder el ánimo.

El juego fue un estire y afloje, finalmente lo cerró el capataz con cinco puntos en su contra, los contrincantes tenían toda la tinta. Cabral estaba al borde de la histeria. Habían perdido «la mano» y empezaba a darle vueltas la cabeza.

–!Ah que mi ahijado! ¿y cómo te tratan las viejas?... ¿todavía te siguen haciendo cosquillas las tortas de vena?... cuidado muchacho, que mucho picante puede hacerte daño.

–No la chingue padrino.

–Más respeto muchacho, que te voy ganando en el juego y en experiencia.
Cabral se tomó tres cervezas más durante la ronda que perdió deplorablemente.
–¿Tu dices si le llegamos al final o aquí le paramos?
–Yo nunca me rajo padrino– dijo casi babeando.
–!Este es puro hombrecito!... eso dijo tu madre el día que naciste muchacho.
–No la meta en esto– empezó a sollozar Cabral recostado sobre la mesa.
–Estás bien pedo ahijado, si te viera tu madre santa. !Ay Refugio!... !qué carita!... !qué manos!... !qué cuerpecito!... !ay hijo! y yo que la quise tanto.

© Lilia Morales y Mori

La autora:

Lilia Morales y Mori. Durante más de 30 años se ha dedicado a la investigación y desarrollo de juegos y modelos matemáticos. Actualmente publica una novela de fantasía y ciencia-ficción en la red, Sincronía: <http://modulo16.wordpress.com>

* * *

Relato

YO TE PERDONO

por **Francisco Ortiz**

Ya estamos los dos muertos. Yo te perdono. Fue el sol, que te deslumbró. O el miedo, papá. Ya no tiene remedio. Estabas nervioso. Asustado. Golpearon la puerta y tu cara se puso roja. No tenías ningún arma. No podías defenderte, no. Nos encerraste en el dormitorio. Me abrazaste muy fuerte. Tu corazón se rompía. Estaba loco. El miedo lo hinchaba. Tenía que explotar. No explotó. Te llamaron. Abra, abra, no tiene salida. Entréguese. Deje salir al niño. En tus ojos había algo transparente. Y delicado. Te veías morir. Y yo en tus ojos te vi morir. Me temblaba una mano. Tiraste al suelo la lamparita. Y la colcha. Y la silla en la que te sentabas para ponerte los calcetines. Me cogiste. Me abrazaste. Ya me temblaba todo el cuerpo. La policía y los vecinos gritaron cuando salimos al balcón. Deje a su hijo, por Dios. Los dos asomados. Los policías detrás de los coches. La vecina Elena, pequeñita, sólo tenía ojos en la cara. La niña del segundo me miraba a mí, no a ti. Dijiste que nos dejaran en paz. O nos tirábamos. El policía calvo dijo que soltaras al niño, qué culpa tiene de nada. La cárcel, dijiste tú, ¿verdad, papá? Y fue el sol. La barandilla baja. ¿Por qué las hacen tan bajas si saben que se puede caer alguien? Los nervios y el miedo, ¿verdad, papá? Yo te perdono. No pudieron cogerme. Nadie se lo esperaba. Tampoco tú. Era una bravata. Te veo en el balcón, tu cara una ventana abierta con muchas cosas detrás. Me he caído de tus brazos y en el suelo me espera la sangre, el dolor rápido, la postura encogida y rota. No hay remedio, papá. Ha pasado. Pero no tenías que tirarte tú. Fue un accidente, papá. Me escurrí de tus manos. Fue el sol, no lo detenía la altura del edificio de enfrente. Ya había pasado, ¿qué solucionabas tirándote después? Nos miraron. No reaccionaban. Una mujer me tocó. No eran los mismos ojos, las mismas miradas. Yo te quiero, papá. No eres culpable de nada. Fue sólo un error. Estamos los dos muertos. Yo te perdono. ¿Quién más tiene que perdonarte?

© **Francisco Ortiz**

El autor:

Francisco Ortiz. Dos relatos publicados en antologías. Escribe en dos blogs que han obtenido una buena acogida y reconocimiento en España por parte de publicaciones de prensa y literatura. Cuarenta años. Vive en Andalucía. Última un libro de relatos cortos.

EL ZAPATO

por Miguel Rodríguez Otero

Lo leí hace poco en uno de mis cuadernos: momentos antes de un ataque el tigre lanza un rugido cuya longitud de onda no sólo amedrenta o espanta, sino que además tiene un efecto paralizante sobre la posible víctima, de forma que ésta se siente como hipnotizada por el bramido emitido por el felino y agarrotada por el miedo y la inmediatez de la muerte. Sobrecogida por la presencia del tigre, el tam-tam interior de la presa se desboca, provocándose así una taquicardia que contribuye a acabar en pocos instantes con su angustia.

A vuelta de página, el relato de otro sonido no menos hipnotizante, aunque sí menos silvestre, me retrotrae a un tiempo ya desfasado, y es el hilar los zapatos, ponerles el cordón. De niño lo hacía con cuidado y esmero, pues las manos aún son torpes para hilvanar. Como tantas cosas por entonces, lo hacía en silencio, o así lo recreo ahora al menos, de ahí que el ruidillo del roce del cordón a través del agujero lo recuerde perfectamente. No me acuerdo, sin embargo, de cuándo lo aprendí, a pesar de ser una de las cosas de la vida que le sacan a uno de un apuro y le dan sentido y perspectiva de independencia y de crecimiento.

La sobriedad de este sonido me traspasa la edad y el entendimiento tal como lo hacía la pala al hundirse en la capa de nieve a la hora de limpiar la entrada de la casa; la nieve absorbe los ruidos y la sensación del paso del tiempo; de aquella yo era un hombre de ocho años –o un cachorro de tigre, no lo sé– pujando paladas y conformando las horas, los inviernos y el frío en unos pies infantilmente salvajes y ateridos por la nieve que se colaba en los zapatos.

El cordón, pues, se puede conducir de varias maneras, aunque la que prefiero desde hace algún tiempo es la cruzada de abajo hacia arriba; hay que deslizar el cordón con cuidado de que no se retuerza al darle la vuelta hacia el siguiente ojal y también de que ambos extremos de la cuerda guarden una longitud semejante. El resultado es que uno se puede amarrar la cuerdecilla y seguir camino. Dentro, domesticado, habita el pie.

Todos los días hago esta operación de forma mecánica y sin darle mayor importancia, y muy a menudo me parece que igual de inconsciente e inapreciablemente me introduzco en las vidas de los otros, humanos o tigres, donde me alojo por un instante para tomar impulso y dirigirme al siguiente ojal del día. Mis afectos y mis instintos se cruzan equidistantes, y tiro y anudo para sentir un poco de acomodo, un refugio común para ambas naturalezas. Al final del día relajo la tensión, aflojo el nudo y desahogo el cruce del cordón y de los afectos. Ando descalzo por la casa en busca de un libro, me siento –definitivamente humano, creo– cruzo los pies, y es entonces cuando libro y pies comienzan a repasar el día y las relaciones, y relajan el músculo mientras yo busco un poco de paz y trato de aquietar mi propio rugido de espanto o parálisis, mi propio tam-tam. A menudo estrujo el cordón que separa las páginas del librito como tratando de rescatar algún resto de aquellos días de nieve, cuando ésta se colaba en mis zapatos de niño sin permiso y sin doma, y mi cuerpo y mi carácter –aún ambos sin marcas apreciables– apenas se distinguían en la nevada.

Releo todo ello, como digo, en uno de mis cuadernos de niño, de rayas menos asilvestradas que las de un cachorro, pero inconfundibles igualmente por lo honestas. Treinta años después y aún tratando de encontrar asilo dibujo al margen un tigre con zapatos de cordón..

© Miguel Rodríguez Otero

El autor:

Miguel Rodríguez Otero (León, España, 1968). Ha cursado estudios de Filosofía y Letras y trabaja como profesor de inglés. Ha publicado varios relatos en la Revista Virtual de Cultura Iberoamericana, CUNY. Correo electrónico: miguelroot@yahoo.com

MI PRIMERA BIBLIOTECA

por Marta Navarro

Hoy llevo todo el día acordándome de Dachom Bao. Nos conocimos hace ya varios años, durante la fiesta del maíz dulce, en Illinois. Ella sonreía y observaba a todo el mundo, yo miraba continuamente el reloj y protestaba por el calor agobiante. En pocas semanas nos hicimos amigas y confidentes. Ayer recibí una carta suya, la primera después de mucho tiempo. En ella me dice que hace unos días le contó a sus alumnos la historia de mi primera biblioteca. No me imagino a Dachom narrando en chino mi aventura familiar. A ella siempre le gustó esta historia que le conté una tarde de tormenta en la cafetería de la universidad, con las máquinas del café haciendo un ruido insoportable y el bedel escuchándonos sin disimulo alguno.

En la España de Franco las detenciones eran cotidianas entre la gente que formaba parte de partidos clandestinos, y entonces clandestinos lo eran todos. Una noche la policía se llevaron detenidos a mis padres. Todos los vecinos presenciaron la detención, en especial el casero. Al cabo de un tiempo mis padres se cambiaron de casa y a mí me llevaron a un colegio nuevo. Donde, he aquí, el casero era ahora el director del Colegio. Aquel hombre estaba empeñado en aparecer en nuestras vidas o como casero o como director...

Cuando la policía venía a casa, lo desmantelaban todo. Casi siempre, minutos antes de que llegaran, mi familia, avisada por algún amigo, ya había quemado y roto en pedazos montones de papeles que pudieran desvelar sus actividades o amistades. Yo participaba también de aquello que me parecía un juego. Cuánto más pequeños eran los trozos de papel, más cerca estaba de ganar un premio. El premio consistía en un bocadillo de tortilla con kas de limón en Los Espumosos, una cafetería en el centro de Zaragoza que me encantaba. Hasta entonces no me importaba demasiado que viniera la policía a casa, esas visitas inesperadas me proporcionaban una merienda fuera del barrio. Pero aquella tarde fue la última vez que dejé de relacionar a la policía con un sabroso bocadillo.

Pero aquella vez llegaron y no hubo tiempo de destruir papeles. Llegaron y empezaron a abrir cajones, a tirar sillas y a romper objetos. No encontraron nada, salvo unos escritos sobre ajedrez de mi padre. Nada de valor para la policía.

No hallar nada les cabreó profundamente. Entonces llegaron a mi habitación y empezaron a preguntarme cosas. «Dime, ¿han tenido tus papás huéspedes en casa?, ¿habéis ido a alguna cena, alguna fiesta?» «No sé, no recuerdo».

Aquel policía no se daba por vencido. Observó que en la estantería había varias cajas de medicinas y me preguntó si estaba enferma. «Un poco», le contesté. Y era verdad, una hepatitis me había dejado postrada en la cama dos largos meses. Durante ese tiempo había leído un montón de libros y había creado mi primera biblioteca. Aquel era mi tesoro. Los amigos de mis padres me habían traído los cuentos de Wilde, *La isla del Tesoro*, *Qué verde era mi valle*. Ana me trajo *Sandokán* y Blanca me había regalado mi primer libro de poemas. Todos esos volúmenes eran mi tesoro. El lugar donde me refugiaba de la fiebre, los altercados de casa y los enfados de mi madre. Era todo lo que tenía, hablaba con ellos, dormía con ellos, vivía con ellos.

Aquel policía era bastante más inteligente que los que habían venido en anteriores ocasiones. Me observó y supo que aquellos libros eran importantes para mí. Los cogió uno a uno, los olisqueó y me volvió a preguntar: «¿has recibido muchos regalos mientras estabas enferma?» «Sí, señor». «Y ¿cómo se llaman los amigos que te han traído estos libros?» Los ojos del policía chispeaban llenos de emoción. Pensaba que había encontrado la forma de que yo le proporcionara algunos nombres evitándole volver a la comisaría con las manos en los bolsillos.

—A ver, hija, seguro que los amigos de tus papás te han traído regalos. ¿Cómo se llaman esos amigos?

—Gary —le respondí.

—¿Y dónde vive ese tal Gary?

–Gary es minero en el Sur de Gales.

–¡Qué! –respondió el policía.

–Sí, es que los amigos de mis padres son mineros en Gales.

El policía reconoció entonces el libro que apenas unos minutos antes había ojeado y que tenía el cuadro de una mina en la portada. Se trataba de *Qué verde era mi valle*, una hermosa novela ambientada en las minas galesas. La tiró al suelo con fuerza.

Luego, algo más calmado, me preguntó si habíamos viajado a algún sitio últimamente.

–Sí –le dije–. Hemos viajado a la India.

–¿A la India? –repitió el policía.

–Sí, hemos ido a ver a Sandokán.

Esta vez el policía lo tuvo más fácil, cogió el libro de Sandokán y lo tiró con desprecio al suelo. Y así hasta cinco libros, incluido el de poesía. Mi tesoro cayó destruido y en mil pedazos.

Cuando por fin se fue la policía, la casa volvió a la normalidad. Salvo mi pequeña y primera biblioteca, que estaba rota y por los suelos. Aquel día todo el mundo estaba orgulloso de mí, pero yo no estaba segura de por qué. Sólo sé que, aunque no pude salvar mi primera biblioteca de los ataques de ira del policía, los libros retrasaron la detención de algunas personas. Sin embargo, no evitó que una redada policial se llevara unas semanas después a varios amigos de mis padres a la cárcel.

No sé si será por la carta de Dachom Bao, pero hoy llevo todo el día pensando en ella y en Li Ping, mi otra gran amiga. Y por supuesto en mi primera biblioteca.

© Marta Navarro

La autora:

Marta Navarro García (Zaragoza, España). Finalista del I y IV Premio Internacional de Poesía Amorosa 2002 y 2007, del Círculo de Bellas Artes de Palma de Mallorca. Accésit del premio de poesía Gabriel y Galán 2005. Mención especial del jurado en el I premio Internacional Jirones de azul (febrero 2006). Premio de Poesía Victoria Kent 2007 con el libro *La Victoria del Heno*. Publicaciones: Participación en dos ocasiones en el programa Rincón Literario de Radio Nacional de España. Una selección de poemas en la revista de cultura aragonesa *Rolde* nº 102 (octubre/diciembre de 2002). Dos poemas en el libro I y IV Premio Internacional de Poesía Amorosa, Círculo de Bellas Artes, Palma de Mallorca, 2003. Letrista de varias canciones de los grupos de pop-rock zaragozanos Anima mundi y Nadie, así como aportación al espectáculo callejero *Poemas contra la guerra* (2003). Libro de poesía *La Victoria del Heno*. Blog: <http://entrenomadas.wordpress.com>

* * *

Relato

COMO SÓLO TÚ SABES

por José Fernando García Pañeda

Él.

«La mañana prometía extraños colores...»

Al despertarme, ha sido lo primero que se me ha ocurrido. ¡Qué idiotéz! No se puede despertar uno con frases así en la cabeza. Eso me pasa por haberme encelado con esa maldita novela. Luego pasa lo que pasa. Al final, acaba uno creyéndose algo así como una especie de William Blake reencarnado. Sí... El juego de las reencarnaciones. ¿Te acuerdas...? ¿Te acuerdas de aquella primera vez, cuando me dio por decir que eras la segunda reencarnación de Emily Dickinson? Fue cuando te perdiste a propósito en las callejuelas de Camdem Lock porque se te metió en la cabeza que yo era un espía. Un espía que quería

reclutarte para su equipo, o algo así. No serás capaz de negarlo. Luego pude recobrar tu mirada porque una rata que cruzaba la calle solitaria por donde me querías esquivar te dejó paralizada.

«¡Hélène! ¡Hélène!», te llamé. Repetí tu nombre no sé cuántas veces. Me deleité con su sonido, abusé de su calidez. Me di un atracón de letras y voz y piel y pupilas, y tu figura me envolvía de forma amniótica; como si no existiera nada más sobre la tierra, como si todo lo que conocimos y no conocimos hubiera desaparecido. Todo. Desaparecido desde el momento en que replicaste con mi nombre. Todo. A partir de ese momento empezaba de nuevo.

Y ahora estás ahí, conmigo, respirando lentamente, dulcemente, abismada en el pozo de algún sueño de esos que tejes con hilos de la vida real. Porque tú prefieres la realidad en el sueño y el sueño en la vigilia... Así que no me extraña que me despierte con frases tuyas en la cabeza.

Pero sigues dormida, expirando aire dulce de bizcocho y rosas, como el olor de tu pijama, de tu piel. Dormida, respirando el aire gris del amanecer. Dormida, sin importarte que, una vez más, broten extraños colores en el lienzo del nuevo día... Y maldita la falta que me hacen este nuevo día, esta mañana y esos lienzos de todos los demonios, mientras sigas aquí, a mi lado, ocupando con tu cabecita loca, día a día, mi trozo de almohada.

Entonces abres los ojos como por ensalmo. Y me miras: indagas, curioseas en mí, como sólo tú sabes.

Ella.

La puta baldosa suelta había ensuciado las punteras de sus botas. Las examinó como si se las estuviera enseñando a alguien. Con el movimiento, la abertura de su falda midió enseñó la cara oculta de su rodilla. Subió la cremallera de su chaquetón hasta el cuello alto de su jersey blanco. Con los ojos cerrados y la boca entreabierta recogió su bandada de hilos trigueños para lanzarla hacia atrás, sin que ningún mechón rebelde se ocultara bajo la ropa. Echó a andar.

Cruzó el parque en dirección al puente. Caminaba despacio, muy despacio, a pasos cortos, mirando a un lado y otro. Lo escrutaba todo con sus ojos grises, intentando, quizá, llegar al fondo de cada forma, cada cuerpo, cada brizna de vida girando a su alrededor. Se detuvo bajo una acacia, embelesada ante el jugueteo de dos petirrojos que se perseguían y cantaban frenéticamente. Sonrió.

De pronto, los pajarillos enmudecieron. Arriba, las nubes reflejadas en su mirada se extendían como una marea. Empezaron a serpentear y retorcerse; parecían recrear una danza litúrgica, uniéndose y separándose en su propia masa inacabable. Ella las miraba aquí y allá, a lo ancho del cielo, girándose con rapidez, arrastrando su melena, buscando la sonrisa huida de su boca. Las curvas y curvas nubosas dibujaban ahora letras enlazadas; enlazaban haches y más haches en todas sus formas posibles, en todas las dimensiones imaginables.

La impresión llevó una mano a sus labios separados. Sus pies reanudaron la marcha, esta vez apresurada. Luego cabizbaja.

Otra baldosa suelta lanzó unas gotas de suciedad botas arriba, pero esta vez no hizo caso. Siguió presurosa hasta que algo le obligó a detenerse y rasgar una expresión de horror en su semblante: la silueta de una rata cruzando el puente y escondiéndose en algún hueco invisible.

Permaneció inmóvil durante unos instantes. Miraba al infinito mientras oía una voz repetir la misma palabra una y otra vez. «¡Hélène! ¡Hélène! ¡Hélène!...»

Entonces despertó. Allí estaba él, acurrucado, mudo, mirándola desde una esquina de la almohada. Indagaba, curioseaba en sus facciones como sólo él sabía.

© José Fernando García Pañeda

El autor:

José Fernando García Pañeda (Bilbao, España, 1964), licenciado en Derecho. Autor de poesía y relatos cortos publicados en obras colectivas. También publicadas dos novelas: *Kismet* (Editorial Hiria, San Sebastián, 2006) y *Las lágrimas de Euridice* (Aurea Editores, Barcelona, 2007). Blog: <http://territorioenemigo.blogspot.com>

AMIGOS A LA FUERZA

por Javier Menéndez Llamazares

Una vez, una sola vez en mi vida, gané una pelea. Claro que entonces las peleas eran limpias, sin puñetazos ni patadas; sólo una especie de lucha libre, cuyo objetivo era someter al contrincante, hacerle morder el polvo simplemente inmovilizándolo.

Nunca, ni siquiera en los años más ardorosos de mi adolescencia, me tentó la lucha. No me metía en peleas, absorto como estaba en los libros, en el fútbol y en el baloncesto. Era un buen estudiante, lo que significaba que no era precisamente el ídolo de los compañeros menos aplicados, pero tampoco era un muchacho fuerte, lo que no me convertía en un adversario de prestigio al que mereciera la pena derrotar, ni lo bastante débil para convertirme en víctima de los abusones. Siempre tuve, eso sí, buenos amigos, y me iba librando de meterme en más líos de los imprescindibles. Hasta que llegó Peniche.

Estudiábamos quinto de básica y aquel año nos había tocado un profesor especialmente estricto, Don Tomás. Estaba cerca ya de su jubilación, y conseguía que aprendiéramos casi sin querer, pero no soportaba la falta de atención, lo que intentaba corregir de la forma más expeditiva. Aunque a veces aplicaba un curioso castigo, un enérgico masaje en el cuero cabelludo, su golpe favorito era el capón, que aplicaba con un elegante movimiento del brazo, una especie de latigazo con el puño cerrado, golpeando con las segundas falanges. Con los años lo había ido perfeccionando: levantaba ligeramente el dedo corazón, supongo que por cuestiones aerodinámicas, reduciendo la superficie de impacto pero intensificando la fuerza del contacto. Yo nunca tuve ocasión de comprobar su eficacia, pero con sólo ver cómo lo recibía algún compañero, ese golpe quedó grabado para siempre en mi memoria. Aún así, no consiguió enmendar a los alumnos díscolos.

La llegada de Peniche a nuestra clase fue todo un acontecimiento. Hacía ya varios meses que el curso había empezado cuando, como por sorpresa, en medio de una clase, apareció la directora del colegio, Doña Ofelia, y nos anunció la llegada de un nuevo compañero. También nos habló acerca de cosas que aún no entendíamos muy bien, como la hospitalidad y la integración. Luego hizo pasar al chico, que venía acompañado por su padre, un hombre calvo, con enormes gafas, muy alto y extrañamente vestido, que dirigió un gesto enérgico al muchacho antes de despedirse.

—Este es Johnny Peniche —dijo Doña Ofelia, desatando un murmullo de curiosidad, y todos nos quedamos observando a un chico mucho más alto y más fuerte que cualquiera de nosotros. Tenía el pelo rubio oscuro y los ojos castaños, su piel era pálida y le marcaba las facciones del rostro, casi como si fuera de plástico. Tendría uno o dos años más que nosotros, y vestía además de un modo extraño, quizá demasiado formal, con una camisa blanca y un pantalón de pinzas marrón claro. Pero lo verdaderamente inquietante era su mirada. Desafiante, fue buscando uno a uno los ojos de todos nosotros.

En el recreo, el tema de conversación fue, evidentemente, el nuevo: a unos no les gustaba su nombre, a otros no les gustaba su cara y al resto no les gustaba nada de nada. *Johnny Caniche*, empezaron a llamarle. Aquel día jugó en mi equipo y marcó dos goles, pero no habló con nadie.

Durante la primera semana, Peniche apenas pronunció palabra, dentro o fuera de clase. Prácticamente pasaba desapercibido, hasta que el portero del colegio interrumpió la última lección de la mañana:

—Johnny Peniche, al despacho de la directora. Y deprisa.

Aquella mañana Don Tomás se empleó a fondo, cinco o seis capones y un par de lavados capilares, pero la noticia corrió imparable: El *Caniche* había cascado a uno de octavo.

A partir de aquel día, pocos se atrevieron a meterse con él. Incluso los mayores, que nos tenían atemorizados, se olvidaron un poco de nosotros y los abusones se lo pensaban bien antes de ponerse manos a la obra. Pero era inevitable: poco a poco, Peniche se fue midiendo con todos los bravucones del colegio. Y nunca perdió una pelea.

Para los pequeños alumnos del ciclo medio, conocer al oponente era esencial para la supervivencia. Los nombres adquirirían una proporción casi mitológica, y oír hablar de los Maraña, de Goyo o de Pedrín Santamaría nos ponía las pelos de punta, así que no quiero ni hablar de lo que pasaba cuando nos los cruzábamos en persona. Tenían ya dieciséis años, y nosotros poco podíamos imaginar que aquellos dos hermanos punkis acabarían como heroinómanos, que el monstruoso Goyo llegaría a cabo primero legionario o que el hermano mayor de Germanín, –que aunque nos robaba la propina era muy simpático y, además, el guaperas del barrio–, después de probar múltiples oficios, como carbonero, peón de albañil, aprendiz de obrador y butanero, encontraría su verdadera vocación como presidiario. Visto ahora, debo reconocer que Johnny Peniche nos liberó de los abusos de una generación maldita, aunque entonces no lo veíamos de esa manera. Más bien, pasamos de tener miedo a los de octavo a vivir aterrados por nuestro compañero de clase.

Tardamos semanas en acostumbrarnos a la presencia de Peniche. Al principio, muchos tartamudeaban cuando tenían que hablar con él, y tardaban un buen rato en sobreponerse al miedo. Además, para las niñas de clase era completamente invisible.

Pero su presencia también tenía ventajas: Don Tomás le había cogido manía. Pero no una manía común, como la ojeriza normal con la que obsequiaba a los alumnos menos aplicados, no. Esto era una fobia en toda regla. Bastaba con que Peniche abriese la boca, o que mirara por la ventana, para que un objeto volante identificable como un borrador cruzase el aula de punta a punta, buscando la cabeza del chico como un misil teledirigido. Afortunadamente, nunca le dio de lleno, porque entonces los borradores tenían un lado de madera, y un pequeño gancho de metal para colgarlos.

Johnny, además, tenía la costumbre de quedarse mirando fijamente a los ojos del profesor, mientras mascullaba algún tipo de amenaza en una lengua desconocida, y Don Tomás no era capaz de sostenerle la mirada.

Los auténticos beneficiados de todo esto eran los alumnos de la última fila. Gracias a Peniche y su mala sombra, Joaquín, Ribote, Merino y Raposo estaban viviendo su época dorada. Se habían acabado los capones y las friegas capilares, y raramente les tocaba el castigo de pasarse la clase mirando a la pared. Pero su gratitud era algo esquiva; lo que les divertía era lanzar bolitas de papel al profesor, montar un murmullo creciente o cualquier otra travesura; daba igual lo que fuera, el culpable siempre era Peniche. Claro que, también, había que actuar con disimulo, no fuera a descubrir «el caniche» que se la estaban jugando.

La solución la encontró Don Tomás casi sin quererlo. Una mañana, quizá como castigo para el desafiante novato, el profesor le mandó sentarse en la primera fila. Yo entonces compartía pupitre con Lorencín, al que le tocó cambiarse con Peniche. Desde aquel momento, el muchacho empezó a portarse algo mejor. Seguía sin prestar atención, pero al menos, ante la cercanía del vigilante maestro, no hablaba apenas. De vez en cuando me preguntaba algo, en voz muy baja, pero no me causó ningún problema.

Las relaciones con Johnny eran difíciles, porque él no hablaba contigo: te avasallaba. No sabía escuchar o, al menos, te daba a entender que no le importaba nada lo tuvieras que contar; con que le escucharas, ya valía. Y le gustaba mucho hablar.

De esa manera nos enteramos de que, a pesar de su nombre tan exótico, era tan español como nosotros. De hecho, era el primer *johnny* que nos encontrábamos fuera de la pantalla o los tebeos. Un *johnny* real, de carne y hueso, sobre todo hueso, si te atizaba con el puño, ese puño con el que había amenazado a los que no le creían cuando nos contó que era español.

Al día siguiente trajo a la escuela su carné de identidad y nos demostró que no sólo era español, sino que, efectivamente, se llamaba John Peniche Balboa. Había nacido en Setúbal, en Portugal, su madre era española y su padre estadounidense, por lo que tenía las dos nacionalidades. Luego nos enseñó su

«Para los pequeños alumnos del ciclo medio, conocer al oponente era esencial para la supervivencia. Los nombres adquirirían una proporción casi mitológica, y oír hablar de los Maraña, de Goyo o de Pedrín Santamaría nos ponía las pelos de punta, así que no quiero ni hablar de lo que pasaba cuando nos los cruzábamos en persona.»

pasaporte, americano, lleno de sellos y visados en lenguas raras. Él presumía de haber estado en medio mundo:

–En Brasil las mulatas van en tanga por la calle; yo salí de allí hace dos meses, y estaba empezando el verano: no se veían más que culos por la calle.

–No me lo creo –le cortó Rubenín, tajante–; ¿cómo iba a ser verano en diciembre? Y en diciembre nadie lleva tanga, eso fijo.

–Si tú ves una mulata en tanga tenemos que traer un gato para cerrarte la boca, enano –replicó Peniche, haciendo valer las dos cabezas que le sacaba al pequeño Rubén que, de pronto, pareció encoger aún más–. Y tanto que estudias, a ver si vas aprendiendo un poco, que el mundo es más grande que tu pueblo. Brasil está en el hemisferio sur, y allí va todo al revés. El invierno es en verano, el verano en invierno. El agua en el lavabo gira para el lado contrario.

–¿Y por la noche es de día?

–Vaya, hoy es el día nacional del besugo, por lo que veo. Lo que pasa es que hay diferencia horaria, pero no anda la gente boca abajo, ni nada, melón.

Se pasó el resto del recreo contándonos batallitas de su estancia en Yugoslavia y en Rusia, y se ponía muy serio cuando decía que él había estado «al otro lado del telón de acero». Lo del telón ese a nosotros nos sonaba remotamente, era algo que lo que hablaban los mayores, sobre unos países donde no había coca-cola y los niños iban al colegio esquiando y les gustaba bailar al ritmo del sable, un baile muy machacón, el *kalasnikov*, creo. Eso, más o menos.

–Entonces lo que pasa es que tu padre es comunista –explicó Roberto Reglero, que siempre andaba despistado, y cuando le daba por atender tenía cierta tendencia a meter la pata.

–Mi padre es ingeniero, gilipollas, y hace puentes; pero éste que tengo aquí sí que es comunista –aclaró Peniche con el puño en alto, mientras cogía de la solapa al pobre Reglero, que no sabía muy bien qué era un comunista, pero el lenguaje de los puños lo entendía bastante mejor– y a ti va a hacerte falta uno, pero de dentista y en la boca.

Como es lógico, con esa actitud a Johnny no le fue muy bien en La Palomera –que de ser nuestra escuela, era también nuestro barrio–; nosotros entonces no sabíamos nada de psicología inversa, y los problemas que tuviera un matón nos daban absolutamente de lado, no fuera a ser que acabaran convirtiéndose en los nuestros. Así, Peniche se fue quedando cada vez más solo.

Cuando llegaron las notas de la segunda evaluación, mi compañero había suspendido todo, menos religión y gimnasia. Como muestra de la alegría paterna, lucía un color rojo intenso en el pómulo, que a lo largo de los días fue tomando diferentes tonalidades, ligeras variaciones cromáticas de lo que cualquiera identificaría como un ojo morado. Nadie se extrañó, pues ya habíamos tenido ocasión de ver cómo se las gastaba el señor ingeniero Peniche cuando le llamaban de la dirección del colegio, después de su enésima pelea: el padre llegaba y, en presencia de todos, sacaba al chaval de la clase literalmente a palos, para deleite de nuestro tutor.

Como Johnny se sentaba a mi lado, al final terminé por darme cuenta de un hecho sorprendente: Peniche no era tonto. Las suspendía todas, es cierto, y cuando salía a la pizarra era capaz de escribir sin rubor *burro* con uve o *dos más dos igual a cinco*. Sobre todo nos divertían mucho sus soluciones a dos tipos de problemas, a los que nuestro clásico maestro era muy aficionado: los de trenes y los de líquidos. Cuando nos mandaba calcular la diferencia de litros entre un recipiente y otro, enseguida preguntaba Peniche si en lugar de con depósitos de agua no podía hacer las cuentas con cubas de vino. Pero el clásico era el ferroviario:

–Si un tren sale de León hacia La Bañeza a las 11.45 y viaja a una velocidad...

–Pues como tenga mucha prisa por llegar, lo tiene claro, porque la estación de La Bañeza lleva diez años cerrada.

A Don Tomás no le gustaban nada esas precisiones, aunque, curiosamente, solían ser acertadas. Pero no era un zopenco; con disimulo, pude comprobar muchas veces que los ejercicios que hacía en su

cuaderno eran siempre correctos. También escribía con absoluta corrección, y dominaba el inglés a la perfección. Pero en los exámenes siempre dejaba la hoja prácticamente en blanco, o como mucho escribía alguna tontería con la que exasperar al profesor.

A fuerza de compartir pupitre, Peniche pronto empezó a dispensarme una consideración diferente a la del resto de la clase. A mí no me cascaba, ni siquiera me amenazaba y, lo que era más inusual, me dejaba hablar, e incluso parecía como que me escuchaba.

Desde que él estaba en la clase, las cosas habían cambiado, sobre todo en un plano digamos que *social*. Al fin y al cabo, sólo éramos niños de la periferia de una ciudad de provincias de los años ochenta, de modo que dentro de nuestro grupo había una clara división, articulada sobre el más importante pilar del país: el fútbol.

Por un lado, estaban los X-istas. Eran años difíciles, apenas se ganaban títulos, y la supremacía en la liga española estaba cada vez más en entredicho. Pero la militancia futbolera es una especie de religión

«Durante todo aquel curso el dominio de nuestro equipo fue absoluto, gracias a Johnny Peniche. El refuerzo de invierno había resultado más productivo de lo que imaginábamos: marcaba goles, hacía nuestra defensa inexpugnable y, además, conseguía mantener el balón –cierto que nadie se atrevía no ya a quitárselo, sino ni siquiera a acercársele demasiado–, así que, aunque era un poco chupón, a Johnny le consideramos un fenómeno, la figura del equipo.»

que se transmite de padres a hijos, y si tu familia lo lleva en los genes, no hay nada que hacer. Tanto es así, que nadie dice: «*soy aficionado de la Hullera*», o «*soy seguidor de la Deportiva*», sino que, para no dejar lugar a dudas, nos identificamos completamente: «*yo soy de la Cultural*». Curiosamente, los del X, que éramos clara mayoría, éramos los que aprobábamos, los que no nos metíamos en líos; *los buenos*, en definitiva.

Luego estaba el resto. Sobre todo, había Y-istas, aunque también había algún despistado seguidor de equipos vascos, o los obligados, como Vicent Llusar, que era del Valencia porque había nacido

allí, y en su casa sólo se hablaba en valenciano. Menos Vicente, que era un chaval estupendo y no jugaba al fútbol porque tenía problemas de columna –sobre todo porque le hacían llevar un aparato que no le dejaba doblarse, que tenía que estar matándole–, los demás eran, curiosamente, los chicos conflictivos: no aprobaban, buscaban siempre jaleo, provocaban a las chicas y parecían estar permanentemente cabreados. Eran, claro, *los malos*.

Así, esa dimensión aparentemente trivial de la afición a un equipo de fútbol se convertía en una auténtica pertenencia a uno de los dos grupos sociales. No se admitía la tibieza; daba igual que fueras muy malo al fútbol o que no te gustara jugar: tenías que tomar partido. Mi padre, en aquel entonces, me lo explicó muy bien:

–¿No te has dado cuenta, hijo, de que los que son del «Y» están todos amargados? Y además, no sé qué pasa, que suele coincidir que todos esos del «Y», son todos unos cabrones y votan siempre a las □□□□□□□□□□□□□□□□.

Por suerte, Johnny estaba en nuestro equipo. No estaba muy claro de qué equipo era, porque él siempre hablaba de equipos extranjeros, del Flamengo o del Seportin, que decía que había visto en Maracanã, un estadio inmenso, en el que los servicios estaban tan lejos que la gente meaba desde el segundo anfiteatro a los que estaban en la tribuna. Peniche nunca dijo que fuera del X, pero desde el primer día había elegido nuestro equipo, sin que supiéramos por qué.

Durante todo aquel curso el dominio de nuestro equipo fue absoluto, gracias a Johnny Peniche. El refuerzo de invierno había resultado más productivo de lo que imaginábamos: marcaba goles, hacía nuestra defensa inexpugnable y, además, conseguía mantener el balón –cierto que nadie se atrevía no ya a quitárselo, sino ni siquiera a acercársele demasiado–, así que, aunque era un poco chupón, a Johnny le consideramos un fenómeno, la figura del equipo.

A pesar del fútbol, y de nuestra estrecha convivencia en el aula, tan estrecha como las exiguas mesas de primaria, de las que rebosaban por los lados la ya imponente humanidad de Johnny, yo seguía tomando mis precauciones con mi agresivo compañero. Hasta que la tomó conmigo.

La cosa empezó con que quería que hiciéramos juntos el camino a casa. Siguió con que si quedábamos por la tarde para ir al centro, o con que le presentara a mi hermana. Todo eso me lo decía con gesto serio, y yo me imaginaba inmediatamente que lo que realmente pretendía era pillarme distraído y zurrarme a gusto por el camino, así que le daba esquinazo como mejor podía.

Durante casi dos semanas conseguí que no me pillara; me esperaba a la puerta de la escuela y yo salía por un agujero de la valla, o me iba rápidamente con otros compañeros, saliendo antes que él. Pero si, para escapar de él, en vez de jugar al fútbol durante el recreo jugaba al baloncesto, por la canasta aparecía Peniche pidiendo bola.

Estaba cantado: al final, me pilló. Yo ya estaba harto, después de dos semanas de huir, y decidí hacer acopio de valor y enfrentarme a él; a fin de cuentas, no te puedes esconder siempre de los problemas, porque, por mucho que te empeñes, no van a desaparecer solos.

Era viernes, salíamos a la una para casa y Johnny me esperaba a la puerta del colegio. Nos saludamos fríamente y empezamos a caminar hacia casa. Enseguida Peniche desveló sus intenciones, que no eran exactamente las que yo me temía:

–Bueno, ya está bien; ¿por qué me persigues?

–Porque quiero que seamos amigos.

Su repuesta me dejó completamente descolocado. Yo incluso ya me había mentalizado para una escena violenta, me había dicho aquella frase tan de moda aquellos días, la de «*más vale morir de pie que con un ojo morado*», o algo así, y estaba listo para lo que fuera, con tal de acabar con aquel asedio.

–Pues si no quieres ser mi amigo, entonces vamos a pelear.

–Yo paso de pelear. Eso no conduce a nada –le dije, tirándome un farol.

–Pues esta vez sí. Mira lo que vamos a hacer: si gano yo, somos amigos; y si tú me ganas, de dejo en paz para siempre.

Yo no sé si las peleas son siempre tan civilizadas, porque incluso pactamos dónde íbamos a medirnos: en el patio de mi edificio. Y hacia allí nos dirigimos tranquilamente, tratando de no perder la concentración, como un atleta segundos antes de la final olímpica.

Cuando llegamos al improvisado ring, dejamos las carteras en el suelo y nos quedamos de pie, frente a frente. Como inesperado testigo apareció Óscar Merino, vecino del 1º A y compañero de clase, que enseguida tomó asiento, como para verlo mejor.

La lucha se hacía esperar; comenzamos haciendo una especie de danza, dando pequeños pasos laterales, en círculo, tanteando al adversario. Johnny amagó con soltar la zurda un par de veces, y yo daba respingos, tratando de mantener la compostura. Sobre todo, me esforzaba por recordar los consejos de mi padre, que en tiempos había sido un gran campeón de aspirantes a karatekas: mantener bajo el punto de gravedad, flexionando las piernas; ponerse un poco de lado, para ofrecer el mínimo de superficie que puedan golpear; levantar las manos, para proteger la cabeza; o pegar los codos a los costados, para proteger el hígado y demás vísceras. De las partes nobles no me había dicho nada, pero se suponía que esto era una pelea de caballeros, o eso esperaba yo.

De pronto, todas aquellas sabias enseñanzas dejaron de ser útiles: Johnny dio un brinco y se lanzó sobre mí; me enganchó un brazo y trataba de rodearme, de ganarme la espalda e inmovilizarme desde atrás. Yo conseguí agarrarle una muñeca, pero estaba en clara desventaja, porque me sacaba la cabeza y pesaba veinte kilos más que yo. Aún así, recordando un movimiento que había visto en los corros de aluches –la *gocha*, le llamaban–: se trataba de una zancadilla, metiendo el pie entre los suyos y aprovechando su empuje para liberarse. La llave tuvo éxito, y caímos al suelo forcejeando, aunque él se llevó la peor parte, pues se golpeó el costado.

La situación había mejorado, pues él ya no tenía la ventaja de la altura, aunque me seguía dominando. Era mucho más fuerte que yo; cuando me cogió por las muñecas, enseguida consiguió ponerse encima.

–¿Te rindes? –me dijo, seguro de su victoria. No puedo negar que su oferta de armisticio resultaba, en aquel instante, muy atractiva: me heriría en el orgullo, pero al menos no me iba a pegar.

La cosa pintaba fea, pero Peniche no se imaginaba que yo contaba con una gran ventaja: mi maestro. A punto estaba de rendirme, cuando recordé las palabras de mi padre: «*en esas situaciones, la ventaja la tiene el que está abajo, porque puede darse la vuelta*». Si lo piensas en frío parece una tontería, pero mi padre tenía razón. Mientras Johnny se regocijaba de su inminente triunfo, yo pasé mi pierna por encima de las suyas, cargué todo el peso hacia la derecha y conseguí dar la vuelta a la situación.

Ahora estaba yo arriba; inmediatamente le cogí las muñecas y le inmovilicé clavándole la rodilla en el pecho. Esta vez me tocaba a mí:

–¿Te rindes? –le ofrecí, y recalqué mis palabras apretando la rodilla contra su garganta.

–Qué mamón, lo has conseguido –gritó, descorazonado.

–Dí, ¿te rindes?

–Pues claro, coño, pero quita ya la pierna.

–Pero, ¿por qué quieres ser amigo mío? La verdad, no lo entiendo; no tenemos nada en común, y ni siquiera nos caemos bien –le dije, tratando de reponerme.

–¿Te acuerdas del primer día que entré en clase? Pues yo sí, me acuerdo muy bien. Cuando la profesora dijo mi nombre, todos empezaron: «*¡caniche, caniche!*» con esas vocecitas de idiotas. «*¡caniche, caniche!*» ¡Vaya pandilla de gilipollas! El único que no se burló de mí fuiste tú. Y yo me di cuenta. Por eso quiero que seamos amigos, porque eres el único que vale la pena. Pero ahora, como me has ganado, si no quieres ser mi amigo, pues... te dejaré en paz.

En aquel momento, Peniche me desarmó. Toda mi retórica se fue al traste, y no supe qué decirle. Yo no recordaba aquella escena, y lo cierto es que nunca me había hecho gracia esa manía de reírse de los apellidos de los demás.

Al final, le dejé levantarse, y una vez de pie le tendí la mano:

–¿Amigos? –acerté a decir.

Peniche me miraba atónito, y tardó unos instantes en reaccionar, pero enseguida me cogió la mano con gesto firme:

–¡Amigos! ¡Amigos! –me dijo mientras sacudía con ímpetu mi brazo.

La verdad es que pocos me creyeron cuando, días después, contaba en el colegio mi hazaña, aunque Peniche, a los que se atrevieron a preguntarle, les dijo la verdad. También estaba Óscar Merino, testigo directo del asunto, pero tenía tal fama de mentiroso que supongo que su testimonio más que favorable era contraproducente. Nadie me vio a partir de entonces como un matón, ni me reconocían un gran mérito. Y yo, a decir verdad, tampoco estoy muy seguro de quién fue el verdadero vencedor en aquella pelea; yo había vencido al miedo, pero Johnny no había perdido: había ganado un amigo.

Tres semanas más tarde, el Ministro de Obras Públicas inauguraba un puente sobre el Pantano de Luna, en la autopista hacia Asturias. Se trataba de una construcción espectacular, con dos interminables torres de hormigón de las que pendían pértigas metálicas que sujetaban una lengua de asfalto de medio millar de metros.

Después de la inauguración, la familia Peniche hizo las maletas y abandonó la ciudad. Johnny me dijo que se mudaban a Francia, que se iba a construir un túnel por debajo del mar para ir a no recuerdo dónde. Quedamos en que nos escribiríamos, pero nunca más volví a saber de él.

Tan sólo cuando, en raras ocasiones, tomo esa vieja autopista y cruzo el fabuloso puente colgante, me vuelve a la memoria aquella pelea, la única que he ganado en la vida, y sobre todo recuerdo con cariño a aquel muchacho que, por las buenas o por las malas, quería ser amigo mío.

© Javier Menéndez Llamazares

El autor:

Javier Menéndez Llamazares (León, España, 1973) es escritor y editor. Su primera novela, *El método Coué*, será publicada esta primavera por la editorial Funambulista..

PUTREFACTO

por Emilio Gil

De estos cuentos de la colina basados en hechos reales, tanto como la vida misma, indecentes como la propia realidad.

Se murió su abuelo. ¡Ay abuelo! –lloraba desconsolado– ¡Ay yayo mio!

Sin trabajo y sin dinero se paseaba por la administración desconsolado.

Un putrefacto arrastraría en casa, sin entierro ni bendición, un alma en pena por culpa del nieto en cuestión.

Y volvía a llorar su lagrimita en secreto mientras se miraba el bolsillo.

En un descuido firmaba por el abuelo y el dinero de la pensión no paró.

Pero el putrefacto cumplía su cometido y empezó a tener miedo del olor desprendido.

Con esos 1.332 € de beneficio por su querido abuelo difuntico con el que seguía hablando al comprar el pan, un frigorífico grande de helados compró.

Y ahí dentro lo metió.

Hasta 7 años enloqueció hablando con el putrefacto que le daba su pensión.

Seguía sin trabajo, le gustaba la pensión, a 20 bajo cero su dinero aseguró.

–Hola yayo, ¿cómo te fue el día? Mucho frío en la calle, sí, sí, te doy la razón.

Pero algunas noches era peor, se emborrachaba con güisqui y a gritos acababa la discusión, con su abuelo que era un bendito y nunca le decía que sí ni que no.

«Pero algunas noches era peor, se emborrachaba con güisqui y a gritos acababa la discusión, con su abuelo que era un bendito y nunca le decía que sí ni que no.»

Un descuido en la administración, en el octavo año de su locura, hizo que sospecharan del fraude típico de la pensión, así que la policía le llamó la atención.

–¿Vive aquí el señor Fernández de Flores de 102 años?

–Sí –contestó– pero ahora no está, ¿qué quieren?

–Comprobar que sigue vivo, ya ve usted. Qué buen nieto, tan mayor y cuidando de su abuelo.

–Sí, sí.

–Bueno, no pasa nada, pásese por el despacho 22 antes del viernes con su abuelo y todo arreglado.

Así que en cuanto cerró la puerta huyó.

Por la radio su caso oyó.

El último dinero de la pensión a una colina de locos le llevó.

Mejor que hablar con su yayo que la sociedad ya enterró, ahora habla con Bethie, Lucho y un bebé que en sus sueños ve. Sonríe como un loco y cambia tequila por güisqui y bebe de los dos.

© Emilio Gil

El autor:

Emilio Jio Gil. <http://www.emiliogil.com>

CHIVOS EXPIATORIOS

por Ahmed Oubali

Aquella mañana Munir decidió gastarse toda la fortuna que poseía: 300 Dh. Se compró un par de zapatos baratos, una camisa y un pantalón. Para él la operación en sí era una importantísima inversión: se haría pasar por un guía y estafaría a una inocente extranjera que le facilitaría luego papeles para emigrar. Muchos de sus amigos, toscos y gañanes, habían utilizado este subterfugio y están ahora cómodamente afincados en Europa. Además, él es más aventajado que todos: físicamente se parecía a un Apolo y hablaba seis idiomas a la perfección. No necesitaba pues ningún ardid ni encomios ni malabarismos para lograr su objetivo.

En agosto Tánger suele estar muy concurrida y retahílas de turistas llegan de todo el mundo y se esparcen por todos los lugares de la ciudad.

Munir cogió la bolsa de plástico que contenía su atuendo, enfiló la calle Ghandi y se dirigió al Zoco Grande. Entró en un baño moruno, se desembarazó de su vieja y deslustrada ropa, se duchó y salió media hora más tarde hecho un señorcito esmerilado y atildado.

Ninguna mujer pensaría que era de rancio abolengo y, sin postergar la ocasión, le invitaría gustosa y se explayaría jocosamente sin condiciones. Claro, que no tenía ni brazaletes ni la gorra oficiales, pero su cariz de hombre guapo, pautado y su sonrisa quisquillosa, disiparían cualquier entuerto. Era también campeón en disquisiciones de toda índole para borrar engorros, «cosa que a las mujeres les encanta», pensó para su capote.

Cruzó la avenida Mohamed V y notó que algunas mujeres le miraban ahora con insistente complicidad. Aquello era para regodearse. Tenía la corazonada de que esa mañana algo trascendental le iba a ocurrir. Una mujer apareció de repente como por arte de magia y avanzó en dirección suya, graciosa y atrevida. Pasó a su lado sin reparar en él, pero el joven, fascinado y sojuzgado por su hermosura, dio vuelta atrás y la siguió. Vio cómo le ondulaban las nalgas, por llevar una minifalda muy estrecha. El aspecto general era el de una maniquí de ensueño que dejaría compungido y emponzoñado al más indiferente e insulso de los hombres. Llegó a su altura y notó que hojeaba un 'Guide du Maroc' sin detenerse. Estaba visiblemente buscando a un guía oficial. Temiendo que alguien le adelantara, Munir aclaró su voz y preguntó en inglés:

—¿Es Vd. americana? —farfulló.

—No. Soy española —contestó ella con una mueca displicente en la mirada.

—Bien, pues. Podemos hablar en español. Permítame que me presente: soy Munir Benhayún, el futuro guía más pertinaz y brioso de Tánger.

— Veo que no lleva placa ni gorra oficial...

—Me quedan dos meses para obtener mi diploma oficial, pero le aseguro que conmigo se quedará plenamente satisfecha.

—Veo que habla perfectamente mi lengua. Tiene además buen aspecto. Lo que me queda por saber es: ¿cuáles son sus honorarios y qué lugares piensa hacerme visitar?

—Por sólo 200 Dh al día, sin incluir la comida, la puedo llevar al fin del mundo —dijo Munir en tono amistoso.

—Por el momento quiero que me lleve a las Grutas de Hércules. ¿Me puede contar brevemente la leyenda?

«Munir cogió la bolsa de plástico que contenía su atuendo, enfiló la calle Ghandi y se dirigió al Zoco Grande. Entró en un baño moruno, se desembarazó de su vieja y deslustrada ropa, se duchó y salió media hora más tarde hecho un señorcito esmerilado y atildado.»

–Claro que sí. Tánger fue fundada por Anteo, hijo de Poseidón y Gaya, respectivamente dioses griegos del mar y de la tierra, muchísimo antes de que llegaran los cartagineses, los romanos y los musulmanes...

–Ahora no, después... ¿Está lejos?

–A unos 18 km.

–Tengo alquilado un coche. ¿Cómo dice que se llama?

–Munir Benhayún, para servirla.

–Yo soy Alicia Trafalgar.

La mujer subió al coche y pidió a Munir que le indicara el camino.

Salieron de la Plaza de Francia, tomando la calle Bélgica. Se introdujeron luego en la carretera de Cabo Espartel.

Munir le hizo algunos comentarios sobre el Cementerio cristiano, el judío y el Monte Washington, de donde pudieron apreciar furtivamente las lujosas propiedades y la bella vista sobre Tánger.

«Munir lo abrió, sacó un paquete de Marlboro y, antes de cerrarlo, notó con asombro un impresionante fajo de billetes azules de 200 Dh cada. Cogió un cigarrillo, lo llevó a su boca, lo encendió y se lo ofreció a Alicia, colocándose entre los labios.»

–Me hablaron también del Cabo Malabata –inquirió Alicia.

–Está al otro lado de la ciudad, yendo hacia Ceuta. Hay un maravilloso Castillo medieval, de donde se puede ver Gibraltar y la Bahía de Tánger.

–Si no le importa, ¿me lo puede enseñar después del almuerzo?

–Usted mande –dijo con una sonrisa horadándole la nuca.

–¿Me puede encender un cigarrillo? Allí tiene mi bolso.

Munir lo abrió, sacó un paquete de Marlboro y, antes de cerrarlo, notó con asombro un impresionante fajo de billetes azules de 200 Dh cada. Cogió un cigarrillo, lo llevó a su boca, lo encendió y se lo ofreció a Alicia, colocándose entre los labios. Luego encendió otro, aspiró el humo, lo expiró y dijo, como en una película:

–¿Qué hace por aquí una hermosísima mujer como Usted?

–Viendo cosas y conociendo a gente nueva. Pero hábleme de usted, si no es indiscreto.

–En absoluto. Además poca cosa tengo que decir. Soy de una familia pobre muy numerosa. Huérfanos. Hago de guía para pagar mis estudios y, si quiere que le sea sincero: me iría gustoso al extranjero, si pudiera.

–¿Y por qué no puede?

–Necesito papeles o alguien que me invitara a ir. Muchos de mis amigos pasaron el estrecho en pateras. Pero sólo llegaron algunos... Los demás murieron ahogados.

–Veré lo que se puede hacer.

–Gracias.

Hubo un silencio. Alicia contornó una peligrosa curva, aminorando la velocidad. Munir aprovechó la ocasión para comentar el paisaje y terminar la historia de Tánger.

Cuando llegaron, se dirigieron directamente al lugar prehistórico y se adentraron en los pasajes estrechos y oscuros de las Grutas. En dos ocasiones se encontraron muy cerca el uno del otro, debido a la estrechez de los pasajes. La fragancia de la joven azogaba irresistiblemente la sensibilidad del guía, quien tuvo que reprimir violentos deseos de cogerla en sus brazos y besarla. Cuando llegaron al lugar donde dicen que Hércules tenía su alcoba, Alicia se apoyó ligeramente en su brazo para no perder el equilibrio y él sintió la dulce presión de su pecho turgente. De repente oscureció. El bramar de las olas

y el estropicio de las gaviotas hostigaron la sensualidad de los dos jóvenes. Un ligero resuello de brisa les rozó la cara.

Se sintieron por un momento atraídos. Notó él cómo ella deseaba agazaparse en sus brazos. La agasajó y, sin demora, inclinó más la cabeza y la besó en la boca. Ella le correspondió con pasión. Se quedaron besándose por un largo rato, sin separarse. Luego, confusa, ella se irguió y dijo con voz suave y sin terminar la frase:

–Hércules, no debemos...

Animado por este nuevo apodo, la atrajo con frenesí y la estrechó de nuevo contra su cuerpo, besándola esta vez con violencia.

Ella se abandonó al beso, cerrando los ojos y pareciendo desfallecer. Rechistaron palabras chuscas de amor.

Por último, dijo él imperturbable:

–Lo siento, me he comportado como un rabanero o aldeano.

–No diga eso –dijo ella con voz trémula–, a mí me ha gustado. Sáqueme ahora de este tétrico lugar y lléveme a una parte más acogedora. A un restaurante. Me ha inspirado hambre. Luego a un hotel. –Empezaron el camino de regreso y ella, mientras conducía, aprovechó la ocasión para hablar de su vida:

–Hace dos años, la tele mostró un terrible accidente aéreo donde murieron 300 personas y sólo se salvaron tres.

–¿Se refiere al avión de la KLM que salió para Buenos Aires y tuvo un aterrizaje forzoso y fatídico?

–Ese mismo. En ese deleznable desenlace, yo salí incólume y mi marido, el muy conocido multimillonario catalán, Álvarez Planells, se quedó paralítico para siempre.

–Lo siento. Pero, ¿lo dejó en España?

–No. Los médicos le aconsejaron un clima árido y seco. Tenemos alquilado un Chalet cerca del Consulado de España y nuestro próximo destino es Marrakech, donde pensamos permanecer más tiempo. Te llevo con nosotros si quieres.

–¿Quién cuida de él?

–El pobre es áfono y sólo se desplaza en una silla de ruedas. Sólo puede mover la mano izquierda, con la que manipula la silla y pulsa el timbre de alarma. Contratamos a una enfermera local que se ocupa de él de 9 de la mañana a 9 de la noche, que es cuando toma un somnífero y duerme hasta el día siguiente.

–La compadezco. Usted debe sufrir más que él, por razones obvias.

Suspiró ella un momento, luego con los ojos desvarados y voz morosa, continuó:

–Después del accidente, me hundí en una adusta soledad de la que aún sufro las consecuencias. Le cuidé con abnegación y fidelidad. Pero mientras pasaba el tiempo, me di cuenta que necesitaba yo a un hombre que cuidara de mí, ya sabe, que diera sentido a mi propia vida, que hasta ahora se mermaba y amainaba a la de una chacha o esclava. Finalmente decidí poner fin a esta tragedia viajando y conociendo nuevas caras y nuevas emociones.

–Usted tiene derecho a disfrutar de su vida, siendo tan guapa como es y... muy rica.

Captó la mirada de acoso sexual del joven, esbozó una sonrisa desmentida por el temblor de sus labios y dijo:

–Llevo mucho tiempo sin mojar...

–Entiendo...Aquí estoy para servirla.

Llegaron al puerto, bajando por la plaza de las Naciones Unidas y aparcaron frente a un restaurante

especializado en mariscos. Se sentaron a una mesa con vistas sobre la playa y pidieron ensaladas, pescado asado y vino blanco.

El camarero que les atendió, un hombre hosco y enjuto, se sobresaltó al oír lo del vino y habló como un esténtor, algo medroso y al mismo tiempo desfavorido:

–Aquí se nos prohíbe servir alcohol, señores.

–¿Y si le doy 50 Dh de propina? –cortó Munir con traza de acritud.

–Eso lo cambia todo, señores, pero entren y suban arriba, por favor –contestó el pícaro con una cínica sonrisa.

Cuando terminaron de comer, Alicia pagó la cuenta y ambos salieron rumbo a Cabo Malabata, pasando por Charf y luego por el puente Morora.

Munir empezó a comentar, como de costumbre, el paisaje: la vista sobre la ciudad, el Club Mediterráneo, el Hotel Holiday, el Camping Tangis, los chalets lujosos y los múltiples apartamentos de vacaciones y los centros de talasoterapia.

Finalmente llegaron al Castillo Malabata y Alicia se quedó maravillada ante aquel paisaje incomparable. Alrededor se extendían múltiples playas pequeñas y salvajes.

Muy cerca se erguía Ksar Seguir, puerto de pesca y antiguo puerto de embarque que sirvió a llevar la guerra santa a España. Por el lado oeste, se extendía el Cabo del León.

–Aquí fue donde reinó Calipso, hija de Atlas, el guardián de las Grutas y del Jardín de las Hespérides
–explicó Munir, algo emocionado.

«Tras visitarlo todo, decidieron echarse un momento sobre la hierba para fumar un cigarrillo. Pero el aire y el lugar desértico les incitaron a iniciar unos perversos escarceos sexuales que los dejaron exánimes. Ella de nuevo le llamó «Hércules» y a él le agradó llamarla «Calipso».»

Tras visitarlo todo, decidieron echarse un momento sobre la hierba para fumar un cigarrillo. Pero el aire y el lugar desértico les incitaron a iniciar unos perversos escarceos sexuales que los dejaron exánimes. Ella de nuevo le llamó «Hércules» y a él le agradó llamarla «Calipso».

Eran las seis y media cuando decidieron volver al centro de la ciudad.

–Munir, estoy contentísima de haberte conocido. Espero que no me defraudes ni fueras incauto. Hasta ahora me has satisfecho plenamente en todo. Por eso te doblo el salario. Abre el bolso y coge 1.500 Dh. Para cinco días. Luego ganarás otros tantos. Y esta noche a las once, si quieres, vente a mi chalet para... ya sabes. Te lo mereces. Necesito compañía.

–¿No es peligroso?

–No. Yo relevo a la enfermera a las 9. Poco después, mi marido suele hundirse en un profundo sueño hasta el amanecer. Toda la noche es nuestra.

–¿Dónde queda tu casa?

–Adelantas un poco el Consulado, tomas la carretera de la derecha y a unos cinco minutos encontrarás un fastuoso chalet llamado «Villa Fadwa».

–¿Hay algún sereno o perro?

–Sí. Pero tú tendrás que saltar el muro por el lado derecho en su extremidad. Sólo tienes que trepar y luego saltar al jardín. Entrarás por la puerta trasera, la de la cocina y me encontrarás a mí.

Paró el coche junto al hotel Solazur. Se besaron un largo rato antes de separarse.

–Bueno, te dejo aquí. Ahora yo me voy a casa a ducharme y a descansar un poco, hasta que llegues tú. Será a las once en punto, no lo olvides. Te tengo reservadas muchas deliciosas cosas.

Mientras cruzaba la calle, Munir metió la mano en su bolsillo y tanteó el manojito de billetes, incrédulo y eufórico.

Se dirigió directamente al café bar donde dos de sus amigos, Yafar, «guía» también, y un profesor de español, Ilabou, solían gastar el último dirham tomando un par de cervezas antes de perderse en un cine para comer su bocadillo del día, ligar con alguna chica o terminar masturbándose en casa.

–¡Eh, amigos! –les gritó Munir con voz estentórea–, ¿cómo van esos viejos huesos? –y añadió, viendo cuatro cervezas–: ¿Os tocó la lotería o qué?

Yafar era flacucho, blanquecino y lívido, de tez macilenta y los ojos febriles. Pelo encrespado. Su ceja derecha estaba dividida por una visible cicatriz, según él una antigua cuchillada propinada por un compañero a causa de una amiga que ambos cortejaban. Llevaba sólo dos dientes en las encías superiores, de tanto fumar.

El profesor era más apuesto y agradable de ver.

–Caramba, Munir, no hay quien te reconozca –preguntó fijándose incrédulo en la ropa nueva.

–Acercaros, viejos amigos. Sentémonos aquí. Pedid lo que queráis. Incluso la cena y vino. Os invito. Por fin soy un hombre feliz y rico.

Y les contó todo lo sucedido.

–¡Joder, macho! Increíble –exclamó Yafar eufórico–. Espero que no nos estés contando zarandajas o monsergas. Pues yo tengo la cara hecha un asco, las cervicales hechas cisco y trifulca y –añadió sintiendo escozor en el estómago– tengo un hambre punzante y atroz y llevo tres meses sin follar. Como sabes, trabajo a duras penas para comer un día sí otro no. Esto es la hostia, tío. Estoy desgarrado y desvaído, buscando por allí hogazas de pan que como a secas. Ayúdame a ser como tú, joder... Ten piedad de tu amigo.

«Yafar era flacucho, blanquecino y lívido, de tez macilenta y los ojos febriles. Pelo encrespado. Su ceja derecha estaba dividida por una visible cicatriz, según él una antigua cuchillada propinada por un compañero a causa de una amiga que ambos cortejaban. Llevaba sólo dos dientes en las encías superiores, de tanto fumar.»

–Mira –dijo Munir sacando el fajo de billetes–, me prometió otros tantos y mucho más...

–Vale, vale, no me tomes por soez –añadió Yafar terminando su bocadillo de una sentada–. Una mujer como esa, con un marido como ese, es capaz de irse hasta el infierno con tal de encontrar a alguien que la satisfaga en la cama como nosotros. Quizá lo de las excursiones sea sólo un señuelo y lo que le interesa es un hombre joven y apuesto para follar tres veces al día...

–Sé educado, hombre –reprochó el profesor.

–Voy con ella a Marrakech y me prometió procurarme los papeles para emigrar. Se pone loca cuando la penetro.

–Lo tuyo es una dádiva –dijo taimado Yafar–, daría todo por encontrar a una semejante multimillonaria que me saque de este asqueroso país y de mi mohoso y proveyecto destino y me haga sentirme en el paraíso. Envidio a los que lograron emigrar.

–Controla lo que dices y no seas tenebroso, hombre –puntualizó el profesor–. Conozco a espurios y mamarrachos en peores condiciones que lograron dirimir su desdicha. Sé optimista, hombre.

–Bueno, bueno. Dejaros de sermones. Ya sabéis que no soy ningún haragán ni uno de esos ímprobos que se enfangan en sucios arroyos. Por cierto, acabo de conocer a una tosca y vieja turista que me prometió un billete a América.

–Olvidala. Algo bueno o nada. Lo primero que tienes que hacer es desembarazarte de tus harapos, ir a ver a un dentista y dejar de masturbarte y follar con Abdeslam. Verás cómo empezarán a interesarse por ti las tías. Vistes como un vagabundo y tienes la boca hecha una mierda. Toma, te presto 400 Dh pero has de prometerme devolvérmelos lo más antes posible. Transfórmate físicamente y acércate mañana al mediodía al chalet a ver qué puedo hacer por ti.

Yafar le arrebató los billetes de un gesto, incrédulo.

–Eres un ángel, Munir. Te lo agradezco de todo corazón. Seguiré tu ejemplo. Ojalá salgamos juntos de este asqueroso país donde nos asfixiamos todos. Podré hacer de jardinero en el chalet. Sé dónde queda.

–No me hagas la pelotilla, joder...Que somos amigos...

–Lo que no hay que hacer –observó Ilabou– es gastar a troche y moche...

–¿Qué significa eso? –preguntó Munir.

–«A troche y moche» –contestó el profesor con lozanía– es una locución castellana que equivale a decir «en todo momento o de cualquier manera». Así puede decirse, por ejemplo, de una prenda de vestir, que es usada a troche y moche, aunque también se le aplica otro significado usándola en el sentido «de manera absurda e irreflexiva».

–¡Vaya enciclopedia estás hecho, macho! –puntualizó Yafar, luego prosiguió contento con sus aniñadas facciones que contrastaban con sus maliciosos gestos:

–Bueno, chicos, celebremos este victorioso momento y brindemos por la emigración definitiva.

Los tres amigos apuraron las aceitunas deshuesadas, la ensalada aliñada y otros bocadillos. Se pusieron luego de cerveza hasta el culo y se perdieron después, somnolientos pero contentos, en el rebullido de la ciudad.

Cuando Alicia se separó de Munir, en vez de dirigirse, como lo dijo, a su casa, torció a la izquierda, en dirección opuesta y pisó el acelerador rumbo al hotel Alibaba que se ubicaba en las afueras de la ciudad.

Cuando llegó, subió precipitadamente las escaleras y llamó tímidamente a una puerta. Alguien le abrió y la dejó entrar. Era un hombre alto, corpulento, y con un físico desagradable. Tenía el rostro acartonado, y desencajado; parecía más bien como una regadera, por no pegar ojo por las noches. De carácter estrambótico, era de eso moros machistas, posesivos y ególatras. Estaba de morros hasta el culo.

–Pensé que me gastaste una barrabasada –dijo el gorila en tono conminado–, te vapulearía gustoso con algunos bofetones en tu trasero si no fuera porque deseo hacerte gozar por el culo. Son ya las ocho, mi vida.

Le pasó los brazos alrededor de la cintura, mientras le hablaba, la atrajo hacia sí y le chascó un beso salvaje y vulgar, mordándole el labio inferior y estrujándole el prominente pecho.

–Me haces daño, cabrón –gimoteó ella para distender el ambiente–, deja que te cuente, luego nos ducharemos y pasaremos al dormitorio.

–De acuerdo –dijo liberándola–, no te andes con rodeos ¿encontraste a nuestro chivo expiatorio?

–A eso voy. Como convenimos, fui en busca de un guía simulando interesarme por las excursiones. Escogí a un tal Munir Benhayún a quien prometí dinero y sexo. Le conté lo de mi marido. Menuda cabezonería tiene ese pobre ñoño...Perdió el raciocinio al instante. Cayó en la trampa como una liebre. Como ves, la primera etapa ha concluido bien.

–¿Y la segunda?

–Picó en el anzuelo. Se le ha puesto la cara de culo. Trepará el muro a las once, media hora después de que llegues tú. Entrará en el salón por la puerta trasera de la cocina. Tú saldrás a su encuentro y le disparas a quemarropa, luego pasas al dormitorio y le asestarás a mi marido un culatazo con el busto de Napoleón que está sobre la chimenea. Limpiarás el arma y me la das a mí para dejar yo mis huellas en ella, luego imprimirás las de Munir en el busto, situarás su cadáver en la habitación de mi marido y desaparecerás en la noche, después de forzar la cerradura de la puerta trasera para que la policía piense en un robo con fractura. Yo les diré que actué en legítima defensa.

–¿Cómo sabes cocinar historias! O sea, tu versión de los hechos es la siguiente: atraída por unos ruidos sospechosos, coges la pistola, sales de tu habitación, te metes en la de tu marido y, viendo cómo unos ladrones estaban asesinando al inválido para luego matarte a ti, disparas aturdida y luego llamas al sereno para que avise a la policía.

–Eso es. Y los millones serán para nosotros, para siempre. Pasaré un par de semanas en Barcelona, haciendo de luto y luego volaremos a Tahití.

–¿No será mejor matar primero al inválido y luego al moro?

–Imposible. Porque: ¿quién nos garantiza que el idiota acudiría a la cita sin falta?

–Eres bestialmente genial. Piensas en todo. Bien, ahora desnudémonos y pasemos a lo más excitante.

Alicia se acercó a la cómoda. Sacó un neceser. Se miró al espejo, se maquilló delicadamente e hinchó su cabellera rubia, levantando ligeramente su pelo con sus finos dedos. «Lo que me faltaba, un moro –pensó–, un moro es moro aunque folle bien o cague oro –le dijeron una vez–». La imagen de Rodrigo irrumpió en su mente. Su plan era perfecto. Matarán al moro nada más llegar a Tahití.

Hasán interrumpió sus pensamientos al acercarse a ella por detrás y procedió a desnudarla raudamente. Hacía un calor insoportable en la habitación y ambos se sintieron liberados cuando se pusieron debajo de la ducha fría, antes de echarse en la cama sin secarse, como dos recién casados en luna de miel. Ella enlazó sus brazos detrás de sus hombros. Él bajó los suyos hacia sus caderas y la besó. Sintió que su boca estaba húmeda, sus caricias candentes y sus movimientos febriles. Entonces, desahogado y furioso, cambió de postura para soliviantarla con saña y mancillarla con frenesí. Ella gritó como una bestia empalagada cuando la penetró por detrás pero el estropicio de la música enmudeció el eco de sus bestiales jadeos y contribuyó a que sus cuerpos se desmadejaran hasta confundirse.

Munir trepó el muro del chalet y saltó al otro lado. Contornó el jardín y llegó hasta la puerta trasera de la vivienda, que era la de la cocina tal como se lo había explicado Alicia.

Subió los escalones y alcanzó la puerta. La empujó ligeramente. No estaba cerrada con llave. Esperó un momento en la oscura cocina y, temiendo derribar algún mueble, se desplazó lentamente, vislumbrando un pasillo que le llevaría al salón donde, creía, estaba esperándole Alicia con los brazos abiertos, tras dejar dormido a su inválido marido, para que ambos emprendieran el camino hacia el séptimo cielo.

«Alicia se acercó a la cómoda. Sacó un neceser. Se miró al espejo, se maquilló delicadamente e hinchó su cabellera rubia, levantando ligeramente su pelo con sus finos dedos. “Lo que me faltaba, un moro –pensó–, un moro es moro aunque folle bien o cague oro –le dijeron una vez–”. La imagen de Rodrigo irrumpió en su mente. Su plan era perfecto. Matarán al moro nada más llegar a Tahití.»

La imaginaba ya desnuda cabalgándole y la espera se le hacía más larga. Oyó que una puerta se abría y pensó que la hora de la dicha había llegado. Por un momento tuvo la corazonada de que un ruido provenía de la cocina y no del dormitorio donde suponía que estaba Alicia. Cortó su respiración para cerciorarse de que sus oídos no le traicionaban. El ruido provenía en efecto de la cocina y no del otro lado del salón: alguien entraba por donde él había entrado. Se apartó a un lado e intentó agudizar la vista. Vio confusamente la silueta de un hombre avanzar también a tientas hacia donde él estaba, poniéndose también de medio lado para no tropezar con los muebles. Las cortinas estaban todas recorridas y las puertas correderas anchamente abiertas.

Era el amante gorila de Alicia que llegaba con puntualidad, mientras que Munir había llegado media hora antes de lo estipulado.

De repente los dos hombres se enfrentaron, presos de asombro y pavor. Munir pensó un momento huir. Pero de nada le serviría. Alertarían al sereno y el perro haría su trabajo de carnicero. Se sintió metido en la boca del lobo.

Su instinto de conservación le instó a defender su pellejo. El gorila sacó una daga y tendió el brazo en dirección del guía. Este se agachó, luego se irguió. Simuló darle un puñetazo con la izquierda, pero proyectó su puño derecho y alcanzó en la cara al gorila. Este se arqueó en dos, su sien dio de pleno contra la chimenea y cayó de bruces. Pero, como en las películas, se enderezó pronto, pasó el cuchillo en su mano izquierda y alcanzó al guía en la pantorrilla derecha, pero éste, en vez de gritar de dolor, se echó atrás, topó con una silla y la cogió para defenderse. El amante se abalanzó como un toro sobre él y ambos cayeron al suelo donde iniciaron una frenética lid.

Hubo finalmente un gemido de dolor, un ruido de fractura y un desgarramiento áspero, como cuando penetra un cuchillo en un cuerpo blando. Reinó el silencio.

En ese preciso momento apareció Alicia con la pistola en la mano.

–Hasán, Cariño, ¿me oyes? Has derribado algún mueble y te caíste –rechistó la mujer en la oscuridad–, aquí tienes la pistola. Cógela antes de que llegue el moro.

A Munir se le heló la sangre en las venas. Necesitó tres largos minutos para entender el mensaje de Alicia. Comprendió que se dirigía al ahora yaciendo inerte a su lado: ambos querían maquillar el asesinato del minusválido e involucrarle a él en el crimen.

Viendo que nadie la contestaba, Alicia buscó el interruptor e inundó de repente el salón de luces.

Cualquier mujer habría enloquecido al descubrir lo que vieron en aquel momento los ojos desvaídos de Alicia: el cadáver de su amante con el cuchillo hincado en el pecho y con los ojos desorbitados; a Munir, con el busto de Napoleón listo a atacar y a su inválido de marido que había logrado arrastrarse en su silla de ruedas, buscando una respuesta a aquel alboroto.

«El primer disparo taladró sus tímpanos. El segundo alcanzó al inválido en la garganta. La tercera bala le perforó el ojo izquierdo. Murió al instante.»

Se sintieron los tres como traicionados, cada uno a su manera. Alicia vio su plan desmoronarse como un castillo de naipes. Munir se sintió profundamente despreciado y engañado.

Mostró en sus ojos odio y rencor. En los de ella, pánico y confusión. Se puso a apuntar con la pistola a ambos hombres, anonadada y sin saber qué solución escoger.

Luego todo ocurrió rápidamente. El viejo inválido presionó el botón que ponía en marcha la silla de ruedas e inició una precipitada corrida por el porche para chocar contra su mujer, con intención de agredirla. Esta retrocedió, horrorizada, tropezó contra un mueble y disparó sin querer.

El primer disparo taladró sus tímpanos. El segundo alcanzó al inválido en la garganta. La tercera bala le perforó el ojo izquierdo. Murió al instante.

Viendo lo ocurrido, apretó con rabia el gatillo y disparó contra Munir, alcanzándole en el hombro derecho. Éste gimió de dolor, agitó el busto y lo lanzó con todas sus fuerzas contra ella. La alcanzó en la cabeza. La potencia del choque mortal la derribó al suelo y le sacudió violentamente el brazo, haciendo que disparara mecánicamente dos veces, alcanzando a Munir en la garganta y en el vientre. Cayó fulminado.

El ángulo del zócalo del busto debía hundirse profundamente en el cráneo de Alicia porque un impresionante chorro de sangre empezó a brotar y a extenderse sobre la alfombra.

De pronto, todo quedó en silencio.

Fuera y al otro lado del chalet, el sereno y su perro continuaron dormitando sin inmutarse.

Al día siguiente alguien perturbará el silencio y la paz en que ahora reposan los siniestros chivos expiatorios.

Pero, ¿qué contará a la policía?

© Ahmed Oubali

El autor:

Ahmed Oubali. Catedrático de Semiótica de Textos en la Escuela Normal Superior de Tetuán (Marruecos). Licenciado en Filología, Traducción y Periodismo, es Doctor desde 1990 por la Universidad Rennes II de Haute Bretagne (Francia), en la que defendió su Tesis Doctoral titulada *Les Avatars du Sens dans la Traduction du Quichotte*, una crítica histórica sobre las traducciones francesas del Quijote. Actualmente es jefe del Departamento de Lengua y Literatura Españolas de la Escuela Normal Superior de Tetuán, en donde imparte docencia e investiga principalmente sobre lingüística y didáctica de la lengua y también sobre teoría y práctica de la traducción. Ahmed Oubali es miembro de la Asociación de Escritores Marroquíes en Lengua Española, pues desde 1993 lleva publicados unos cuarenta relatos en español y unos sesenta en francés, todos ellos dedicados al ambiente etnográfico marroquí.

LA ORACIÓN BAJO EL AGUA

por Diego Chozas

Durante buena parte del año escasean las lluvias y el río baja estrecho. Entonces se divisa con claridad, incluso desde la carretera, el extremo de la vieja torre de la iglesia surgiendo de las aguas del pantano, como si el pueblo sacase la cabeza para tomar aire.

La carretera es importante y ruidosa. Sin embargo, ya en dos ocasiones, en preciosos instantes de silencio y con viento favorable, a un ingeniero de la presa le ha parecido escuchar tenues tañidos de campana que llegaban desde la torre del centro del pantano. La primera de las veces pensó que tal vez el viento lograba arrancar alguna vibración a la campana. La segunda, tuvo que achacar los sonidos a su excitable fantasía, pues una persona que estaba a su lado dijo no escuchar las apagadas campanadas, y añadió que el campanario estaba vacío, que antes de la inundación se habían llevado la campana. Por último, hablando recientemente con antiguos habitantes del pueblo, el ingeniero ha vuelto a sacar el tema de los tañidos. Uno del pueblo le ha explicado entonces que, cuando lo de la inundación, hubo tres que decidimos quedarnos. El resto del grupo miraba al hablador con mirada torva y reprobadora, como condenando que tocase un asunto repulsivo o prohibido.

Por mi parte, yo he procurado llevar la misma vida desde la inundación. A diario, bien temprano, doy largos paseos que en algunas ocasiones me llevan incluso fuera del agua. Luego regreso sin prisas, paseando por el fondo del pantano verde, y saludo a Julián, que continúa trabajando sus tierras, a pesar de estar tan viejo y tan cubierto de algas. Llego al pueblo y camino por sus calles inundadas de silencio. Calladamente, me cuelo en casa y saludo a mi madre tranquila, que espanta con la mano a los peces

pequeños que se acercan a su plato. Y me voy silenciosamente hacia la iglesia cruzando espejismos de agua verde. Allí dentro las figuras de santos cierran los ojos y duermen, y allí duermen las resonancias antiguas. Paso el resto del día entregado a mis obligaciones, y orando. Todos los días, a las doce en punto, hago sonar la campana.

Este domingo ha sido diferente, porque ha venido al pueblo un buceador. Ha ido entrando a todas las casas y ha cambiado algunos objetos de lugar. Al entrar finalmente a la iglesia, se ha llevado una fuerte impresión cuando el haz de luz de su linterna me ha iluminado mientras celebraba misa, y ha iluminado también a Julián y a mi madre sentados en el primer banco, suavemente mecidos por las corrientes. No parece ser hombre de muchas palabras, pero nos ha contado que es un ingeniero de la presa y que escuchaba la campana. Me parece que va a quedarse con nosotros.

«La carretera es importante y ruidosa. Sin embargo, ya en dos ocasiones, en preciosos instantes de silencio y con viento favorable, a un ingeniero de la presa le ha parecido escuchar tenues tañidos de campana que llegaban desde la torre del centro del pantano.»

© Diego Chozas

El autor:

Diego Chozas. Nació en Zaragoza (España) en 1974. En esta ciudad, estudió Filología Hispánica, fue profesor de enseñanza secundaria y obtuvo el Diploma de Estudios Avanzados en literatura española. Actualmente vive en Río de Janeiro, donde desempeña la función de coordinador pedagógico de los cursos de español de la Casa de España. Descubierta por Luis Landero en el concurso de relatos hiperbreves del Círculo Cultural Faroni, publicó "Vignemale", el microrrelato vencedor, en la antología *Quince líneas* (Tusquets, 1996), participando posteriormente con relatos y artículos en varias obras colectivas, revistas y publicaciones electrónicas, como *Cucutiar*, *Espéculo* o *Literaturas.com*. Recibió algunos premios literarios de relato, y resultó finalista en el XIX Premio de Narrativa Santa Isabel de Aragón, Reina de Portugal, viendo publicado su primer libro, *Los pasajeros*, en la colección Baltasar Gracián de la Diputación Provincial de Zaragoza por recomendación del jurado (2006). Es también autor de materiales didácticos y traductor al español de los artículos de Paulo Coelho para publicaciones periódicas de varios países de lengua española.

VECINOS PER VERSOS *

por Gustavo Marcelo Galliano

El documento de identidad no es falaz. En él se puede aún leer claramente, a pesar del sepia creciente de sus hojas: Nicéfora Aquilina BEDETODD.

Pero ella se había encargado minuciosamente de que casi nadie se enterase. Decía llamarse Nissette, por sus abuelos franceses, tan lumínicos como ilustrados. Según su historia, según su histeria. Y gustaba que le llamaran Niza. Fino y delicado, tan dulce y recatado. Como la vida deseada, allá de joven, en aquellas horas de carne trémula y Corín Tellado.

Desde pequeña fue educada para cuidarse de los males de este mundo, de los vicios y sus vecinos, de la lujuria y su embrujo, de los hombres y los nombres, de las voces y los roces, de la noche y el derroche, de la mirada y la sonrisa, del qué dirán y pensarían. Y fue un enorme esfuerzo, una tarea delicada, un trabajo dedicado el mantenerse pura y recta. Es que a veces por las noches, envuelta en sus frazadas, la carne le reclamaba por las ansias reprimidas. Pero su madre le había dicho que la piel es traicionera. Que si es propia es gran pecado, más aún si es ajena.

Y los rezos, y el silencio y los ojos aprisionados, rogando una oscuridad que oscurezca hasta el llanto. Y ese manto se hizo eterno con el paso de los días, y la tersura fue ave que presurosa volando le adormeció el almanaque a cambio de sus arrugas.

Fue entonces que decidió que merecía compañía. No importa si él era bello, dulce o considerado. Su madre le había explicado que los hombres eran calcados. Que se guiaban por el deseo y no piensan demasiado. Por ello debía encontrarse a alguien mayor que ella, a más años menos llama, a menos llama menos fuego, a menos fuego más calma, y a más calma más consuelo. En lo posible honesto, o al menos parecerlo. Eso decía su madre, si lo decía ella, pues debía de ser cierto.

También que fuere propietario. Un inmueble o un negocio, respaldo de futuros años. Y ella hallar trabajo, en lo posible a diario, para estar más tranquila y no deber soportarlo. «La tempestad del tiempo termina apagando la posibilidad efímera que una brasa subsista y reavive un incendio». Eso decía su madre... por ello, debía de ser cierto.

Y así ella fue que lo hizo y se casó con Hortensio. Trabajador y callado, conservador y sumiso, pero ante todo: converso. Tan dócil y manejable como una mascota vieja, con respetable apellido y un respaldo financiero. Distancia durante el día. A la noche solo calma. Sin velos ni más desvelos. Tranquilidad en la cama.

Pero sus problemas eran otros. Eran sus nuevos vecinos. Siempre fueron los vecinos. Hoy, los de la casa de enfrente, con sus cuatro malditos críos. Todo el día que entran y salen, y su puerta que hace ruido. Que la mayor es muy aguda y la menor estridente, que el del medio es travieso y con vozarrón agobiante, y... de padres permisivos... ¡Hay si los viera mi madre!, pensaba desconsolada. Si hasta por las noches percibe unas extraña vibraciones, casi imperceptibles salvo para su agudeza, colándose por la ventana, ¿será que acaso respiran con demasiada resonancia? Malditos nuevos vecinos, siempre vienen a destrozar la calma.

«Desde pequeña fue educada para cuidarse de los males de este mundo, de los vicios y sus vecinos, de la lujuria y su embrujo, de los hombres y los nombres, de las voces y los roces, de la noche y el derroche, de la mirada y la sonrisa, del qué dirán y pensarían. Y fue un enorme esfuerzo, una tarea delicada, un trabajo dedicado el mantenerse pura y recta.»

* 1^{er} Premio en el II Concurso Internacional de Cuento y Poesía Rosario 2006, organizado por el Ciclo Narradores y Poetas de Rosario, el 08 de Abril de 2007, en la ciudad de Rosario, Santa Fe, República Argentina

¿Y los escandalosos de al lado?, lujuriosos, perversos. Seguramente promiscuos que jadeantes se babean. Los gemidos por las tardes se vuelven insoportables, y por las noches terrible, pareciera no se cansan. ¿Acaso es que los jóvenes siempre gozan... y no descansan?... Y a escasos cincuenta metros, «¡Dios me salve!» un colegio mixto, bulliciosa secundaria. Adolescentes que adoran comportarse como simios. Mujercitas convertidas en hembras de la jauría. Los gritos de esos imberbes que se esparcen por el aire. Sus grotescas risotadas... sus corridas resonantes... sus burdos ecos machacando las veredas, produciendo desniveles cual riscos en la pendiente. Delincuentes en potencia que los nervios le han crispado. Viciosos, maleducados.

Y para colmo de sus males, han derribado en la esquina el viejo restaurante italiano y construirán a lo breve un moderno edificio. Que de seguro será enorme, como una muralla china obstruyendo luz y el aire. Si hasta casi puede sentir el ahogo. El sofocarse de pronto. Y serán demasiadas nuevas voces, demasiadas nuevas risas, demasiados nuevos llantos. Todo ese gran gentío respirando, conversando, contaminando, dentro de esas cajitas que llaman apartamentos. Infinidad de ventanas. E infinitos pensamientos. Demasiada luz de noche, «¡qué derroche!», demasiada sombra de día, «¿serán justos mis reproches?». Y de seguro que ahora estacionaran sus coches robándonos el espacio que nos perteneciera por años, a los antiguos, los de este lado. Se hurtan nuestros derechos, pisotean nuestro pasado. Niza suele añorar: «¡Hay si mi madre viviera!».

No termina de comprender cómo nadie se da cuenta. El porqué no se procede contra la turba infame, como pueden tolerar tanto desorden, tanta fanfarria. Tanta insulsa algarabía, tanta alegría por nada. No termina de entender por qué parecen felices. Ser feliz es perder tiempo, aunque el tiempo ahora no valga nada. Derrocharlo es pecado, sufrirlo es nuestro cargo.

Niza siempre está atenta. Aún al llegar el descanso; ha optado por jubilarse, no volverá al trabajo. Ahora tiene todo su tiempo para estar sola en la casa. Para cuidar de lo suyo. Para hacer suyo el cuidado. Y apostada cual vigía, parapetada y encubierta, controla a los invasores desde la trinchera de su cortinado.

Conoce todos sus horarios, los pasos y los descansos, hasta distingue los dejos de suspiros extraviados, el retumbar de tacones, el tintinear de sus llaves. Nadie podría engañarla, ella perdura atenta. Cuidándose de los perversos. Protegiéndose de los extraños. De sus vecinos. Se repite una y otra vez: «nadie debe sorprenderme». Por ello el despuntar del alba ya la encuentra en su ventana, controlando movimientos, a los niños o los extraños. De ella nadie escapa.

Acaso sin comprender que se ha abarrotado de gula y de avaricia, de lujuria y pecado, de codicia y desidia, de maldad y de tristeza, de pensamientos extraños, de odio a los humanos. Y que el peor de sus defectos, que por años ha acrecentado, es que ante todo ha olvidado, que vida hay una sola, que soñar es algopreciado. Que la vida es mucho más simple y bella siendo cauto, y no un mal pensado. Que al buscar dobles sentidos, su soledad ha duplicado.

Mientras tanto, su esposo pasea, pasea y pasea al perro, desde hace mucho, mucho, mucho tiempo.

Si hasta ha comenzado a pensar que se ha convertido en un anciano muy, muy pero muy extraño.

© Gustavo Marcelo Galliano

El autor:

Gustavo Marcelo Galliano. Nacido en la localidad de Gödeken (Santa Fe, Argentina) y residente en la ciudad de Rosario (Santa Fe). Escritor, Poeta, Docente e Investigador Universitario. Ha incursionado en el campo de las letras hace solo unos años obteniendo numerosos premios y reconocimientos. Ha sido seleccionado para participar en numerosas Antologías Literarias Internacionales y sus escritos se han publicado en prestigiosas revistas literarias nacionales e internacionales, tales como la Revista Nueva Época - Cultura de Veracruz (México), El País Literario (España), Revista Sinalefa (New York - USA), Revista Diez Dedos (Tuluá, Colombia), La Zorra y el Cuervo (Washington - USA), Amalgama (Cádiz, ESPAÑA), Cañasanta (Toronto, CANADÁ), La Buhardilla (Rosario, ARGENTINA), Espacio Latino (Montevideo, URUGUAY), LinterNet.Bg (BULGARIA) y muchas más, recibiendo muy buenas críticas, que elogian su particular estilo de escritura, que realza el romanticismo, las emociones y los valores, plagándolos de metáforas. Ha obtenido importantes premios literarios internacionales, tanto en género Poesía, como en Narrativa y Cuento Breve.

DOS RELATOS

por Lady López

ÉL

Entra. Cruza por el largo pasillo. Hace calor en la cafetería. Sus manos como esporas. El susurro de la multitud. Su voz en mi oído. Distantes. El silencio, nuestros silencios. Sus ojos incandescentes. Bosqueja. Descubro sus dientes. No lo conozco. Fragmentos. Imágenes. Su piel en la mía. Escucho el ruido de los cubiertos. El mesero pregunta qué voy a ordenar. Afuera llueve. Toma café. Sonríe. Desvía la vista. Lo miro de nuevo. Lee el periódico. Sudo.//Desnudo mi cuerpo.//Nos tendemos al piso.//Huele a grano, incienso y mirra.//Echo la cabeza hacia atrás mientras su lengua recorre mi piel.//Olores.//Elevo mi pubis.//Lo atraigo hacia mí.//Saborea mi vulva.//Goteamos.//No es Manuel.//Respiramos lento, profundo.//Mordisquea mis pezones.//Sorbe un trago de café y otro más. Me regala una sonrisa. Ordena la cuenta. Saca unos billetes de la cartera. Se despide de su compañía. Cruzamos miradas. Sonríe otra vez. Rubores. Se pierde tras el umbral. Me invade la soledad. Tiemblo. Frío. Mis ojos se nublan. Falta aire. Hace calor. Vacío.

* * *

TRAS EL FRÍO CRISTAL

Desde hace más un año, Agustín y Mónica se reúnen todos los viernes a las nueve de la noche. El encuentro ocurre en el mismo lugar, donde objetos y cosas permanecen estáticos como para no descomponer el tiempo. El humo del cigarro, las luces tenues, el vino y la pasión, son ingredientes que hacen de la atmósfera algo peculiar y que semejan un gran burdel.

Al encontrarse en sus soledades se miran con sus ojos de cristal y se suceden en palabras.

Mónica luce su boca carmesí, un escote profundo, el vestido ceñido a la piel que deja poco a la imaginación y unas sandalias que forman parte de sus fetiches. Su actitud de *femme fatal* hipnotiza a Agustín, quien la encuentra más altiva e impúdica que de costumbre.

Ese día, sin preámbulo, Agustín toma los muslos de Mónica y juguetonamente introduce los dedos entre sus bragas. Después de un gemido y al saberse húmeda, Mónica se desprende de sus ropas, muestra su hendidura y el silencio de sus labios: los otros, los ocultos.

Desde su silla, Agustín la mira con lujuria al vaivén de sus caderas. El espectáculo cobra vida en formas, colores, logotipos y ritmos. Mónica explora su cuerpo, deletrea uno a uno sus deseos mientras abre sus piernas, frota su clitoris, devora sus dedos, palpa sus nalgas y pechos.

Agustín recorre la piel de Mónica con vocablos, muestra la potencia de su erección e intercambian señales, fluidos, sudores. Consagran el instante y la plenitud sostenida en el vacío.

Es todavía de noche, todo transcurre en silencio mientras se habitan como rictus de sombras. El mundo queda suspendido en el espasmo. Agua y piel: amarras de misterio. Entre sábanas sus nombres.

Al sentir la crudeza de sus pieles tras el frío cristal, Mónica rompe en llanto y al apagar su PC precipita su caída al abismo.

© Lady López

La autora:

Lady López. Psicóloga, pedagoga, poeta y narradora. Ha publicado su obra en diversas revistas digitales. Participa activamente en foros literarios. Es integrante del de la revista Palabras diversas y miembro de la Asociación de Poetas del Mundo. Ha recibido reconocimientos por su obra poética por los poemas Tierra de nadie y Después de la siembra, respectivamente. El relato "El Preámbulo", finalista del Primer Certamen de Relatos Breves El País Literario en el 2006, ha sido publicado en el libro *Novísimos* en Madrid (España). Blog: <http://ladylopez954.blogspot.com>

LÍDER

por Luis Emel Topogenario

El líder da el último vistazo al saloncito, modesto y atiborrado, pero solamente encuentra la muralla de fogonazos rojos, dorados y azules que le alumbran desde el techo, donde asoman las raíces del telón a medio hacer. La densa y lábil película de humo blanco reptará por los tablones del escenario envolviéndole los mocasines negros. Nadantes en sus pies. Da las espaldas al micrófono y cierra los ojos casi pidiéndose trágame tierra. Vuelve a girar sobre sus pies. Damos gracias a los pacientes y gentiles y esperaremos algo más, lo necesario. Ecos en la cabeza del micrófono recargan la acalmia deseada. No. Vuelve a girar sobre sus pies. El líder de la orquesta extrae del pecho izquierdo el pañolón negro. Color de ébano bruñido, mimesis del traje negro que lleva puesto, negro dóberman. La solapa izquierda le disimula la breve pero pequeña rotura en la camisa profundamente negra. Sudada. Se escabulle entre la abertura del teloncito –improvisado por la gerencia del restaurante fi fi– y, tras bambalinas, besa la larga bocanada del cigarrillo. La celulosa que envuelve el tabaco se ha empapado con su propio sudor y la nicotina le sabe a sal. La mano que no fuma se introduce en el bolsillo derecho del pantalón y nerviosa, refugiada, rasca y soba los testículos del mismo lado; el líder pasea, de la bambalina al pasillo y viceversa, esquivando los murmullos, mal imbricados entre sí, que van resbalándose en el escenario.

La orquesta está vacía. Dónde está la orquesta. Las noches de gala se han vestido de gala para esta noche. Estrellas de toda la ciudad han salido de su alienamiento para beber de esta nueva estrella. El líder especula. El líder toma agua. El líder putea a mansalva. La orquesta está vacía. Qué pasa flaco. En el baño se espeta frases demoleadoras con que salvar el pellejo. Otra vez lava las manos con agua caliente. Las manos, todavía callosas, no tardan en secarse. La cara. En el espejo, su imagen limpiada y negra coapta con su reflejo y asiente con él, estando de acuerdo en todo. Qué pasa con la orquesta que no viene. El líder se apunta con el dedo índice en gesto de tú. Se lleva el mismo pulpejo a la sien ipsilateral y dice puj. La pantomima, no, apenas lo divierte, tampoco. Sale del baño en actitud decidida hacia el escenario. La amargosidad del manager lo desinfla. El manager cruza los brazos a la izquierda de la boca floja del telón; con la punta del botín pulido fácil cronometra la rabia de su impaciencia. Mira a todos lados desesperándose. El líder abomba en la boca la trompa. Mueca inútil. El líder se acerca y el manager lo interroga con la mirada negra: Qué pasa flaco. Cargadas las tintas, van a insultarse. Desde la tarima se observan, obvias e infantiles, las manchas de las escleróticas del ojo, y después del otro, que espían a través de los bordes hendidos en el teloncito. El líder evalúa lo visto. Las estrellas por allí sentadas empiezan a sospechar que son víctimas del irrespeto. Cincuenta y dos tomaduras de pelo. El tiempo perdido socava, muerde. Grupúsculas oleadas de calor y frases sueltas son recortadas por las invisibles tijeras de la ansiedad. Las escleróticas, la primera y después la otra, desaparecen a la vista de la tarima. El humo blanco sigue a flote. El líder está a punto de enloquecer. No. El corazón, primero ajado como el telón bermejo, se ensancha angustiado, desfondándose hasta albergar dos vacas peleando. La abominación del manager se acumula en la nariz algo desviada del líder y el rencor nace, ida y vuelta, por partidas dobles. Trombas y ruidajes se pelean por entrar primero en el embudo de cada oreja. Revoltijo. Mierda. Puj. Nauseosa. La nerviosidad del líder es alimentada por el breve motín de frases hirientes. El mismo dedo de tú le funciona para rascar y peinar el hemibigote izquierdo.

A tientas alcanza el picaporte de la puertita para los proveedores en el restaurante high five. Lo recibe la basura high five, junta sobre el asfalto en la calle. El perro vagabundo, alquilado por la sarna, que comía silencioso, se aleja sorprendido y colérico. Las órbitas caninas vaciadas, la cena interrumpida, los ojos ciegos. La noche deglute todo a cien metros redondos, parabólicos. El perro es desmembrado por la noche. El líder Bah. Puj. Los pies, aleatorios, coincidentes, le ordenan al líder tomar la calzada izquierda. La toma. La acera le va moliendo las huellas de los pasos con la dureza otoñal. La calle, angostada por los edificios high five, lo engulle con la azulidad vertical, verdínica, de las pobrísimas luces. Qué pasa, tuani. No. Los hemibigotes se humedecen con la respiración pesada que se desgaja desde las narinas. Los vellos, en el entrepecho y abundantes sobre la piel de los brazos ya salados, dúctiles por la desazón nerviosa, se endurecen como el alambre. En el líder el cuerpo metaboliza las violentas ganas de gritar. Pasan ya ciento treinta minutos desde la hora inicial o nada pasa. Cree. Nada pasa. Y cree. No. La orquesta. No.

Minutos. No. El espacio avanza –grillete bajo los pies; a las espaldas de dos en fondo; techo inmediato aplastante sobre la cabeza; plancha al frente que apuñala los ojos– embebido en la ley que el tiempo desconoce o deshonra. La orquesta y la idea –silenciosa– de la orquesta escindidas entre sí en el líder, quitándole a su realidad la pata de apoyo. El líder mastica sus propios metabolitos. No. Desespera desesperar. La orquesta. No. El líder dextrogira sobre sus pies y observa la callecita. Será mejor que estén bien muertos, sordopléjicos, cualquier carajada, flaco. Hacerme esto, flaco. Hacerme esto. Se concentra como puede. Profetea –casi, quiere– con que el manager surja, vomitado por su fábula, en cualquier instante por la puertita con las buenas nuevas: Oh, la orquesta ya está aquí, te necesitamos! Blurr. Oh, la orquesta ha muerto, te queremos! Ñññ. El líder gira la nuca y atisba la puertita para los proveedores en el restaurante high five, pero nada. Lo que fabula no pasa. El manager no aparece. El líder digiere sus estúpidas fábulas con los ruidos urbanos en el fondo de la cabeza. Da media vuelta y media sobre sus mocasines negros. Abre los brazos en cruz pero la redención no puede fecundarlo. Los zapatos empiezan a caminar llevándolo hacia la extremidad de la calle. Lo aproximan al charco de agua pero el líder no logra encontrarse los ojos en el centro de la cara. Su reflejo, extirpado de las ondas en el charco por el tenue lucerío de la noche, lo espanta. Da media vuelta sobre sus zapatos pero sus zapatos lo contradicen. Continúa avanzando hasta la esquina, donde vadea el árbol. Perennifolio, da sombra desperdiciada. El líder le mea el tronco. Y si estuvieran allí, negros como el traje, ocupado el trono en el escenario, obedeciendo mi canto, mi compás. Y si en realidad todavía estoy en el baño apuntándome con el dedo, sí, bebido el brandy y tragado el aire del habano de la victoria, sí, rico, untado con los aplausos de las estrellas que aplauden, robóticas, casi en canillas, qué rico, gozosas, en el salón. Sí. No. En qué futuro he estado, oh carajo. En qué pasado no estaré, oh mierda. La brisa ansiogénica da la mordida en el costado del líder, refrescándolo. Desde la minúscula ventanilla en el ático de la casita high five, el niño desvelado le apunta al pito orinante con el láser rojo del llavero. Hace blanco. El líder cree estallar. El niño luego le toca el filo de la nariz desviada. El líder estruja la línea del láser como se estruja la molesta mosca, luego abofetea el punto rojo sobre el pito, pero en ambos casos fracasa. Casi orina el zapato izquierdo. El líder cree estallar. Odia. Pluridireccional, la noche se lo devuelve. Más incómodo, acaba de orinar con el láser sobre el mocasín. Da media vuelta, vuelve a caminar. El líder cojea, la marcha atascada por la insipidez del miedo. Febril, no. El brazo bueno parésico. La orquesta. El líder no se paraliza. Se alarma, no. Cree escuchar, dolorosos, los ecos retornados desde el público en el restaurante high five. Imposible, se dice. No pueden estar aquí. No están. Imposible. Regresa por la callecita mientras se repite lo mismo. Los ecos de voces, inmodulados por las pequeñas aristas del viento casi móvil, parecen rajarse y desaparecer. No. No, sí. La callecita se emborriona en sus ojos. Bilis, equivocando el paso, se le va al cerebro, secándolo. Siente. Sí. Sí, no. La orquesta. El mamarracho de su carrera. No. Siente la puntita de la imagen del micrófono intentando hacerle el agujero en el cuerpo. La voz del líder de la orquesta se vuelca en la redicilla alumínica del micrófono y sale al mundo. El parto. La imagen termina de perforarlo. La orquesta tocaría perfecto. Imperfectible lo tantas veces ensayado. Paf, nacido el éxito. Nacería. Muchedumbre por poco ahogada en su resplandor: percutida por la voz grave la cuerda vocal, como las negras izquierdas del piano, invitado a la orquesta; los vientos tañéndole la piel, el traje negro; la garganta temblorosa, sensual y sexi como el fuelle negro ladrillo agatonado del acordeón de la orquesta, paf. Qué voz. Mataría. La orquesta. Los instrumentos musicales averiados por el alud de tantos aplausos bah. El líder camina a tientas en la callecita. La mano derecha balbucea en la negritud de la noche. Yo no quiero esto. Sudor caminado, profuso. Paf. Yo no le pedí esto al maricón de mi dios. El escalón improvisado por la noche tropieza con él. El cuerpo cae. Casi. El líder es salvado por el tejido de malla ciclón que custodia el pequeño predio. Los dedos prensan los rombos de la malla hasta casi cortarse. Se abre los tajos otra vez. Se incorpora, no. Lo intenta. El bullicio de la sangre turbulenta en los troncos de las orejas le prohíbe pensar. El líder se sienta sobre la acera. A esperarse. Falla. Ciego. Ensordado. Y larga, teje la frase: Por allí pronto pasará flotando mi cadáver y yo me aplaudiré hasta que los aplausos revienten mis manos que mi cadáver se está llevando. Tocarán mi pieza, no. Tantas veces ensayado, repetido. Repetición. Yo no pedí esto, hermanos. En qué fallan mis fallos. La orquesta. El líder llora, sí, sentado, repetido, por fin. Mi voz hermosa escapará de las roconolas, no. Esta puta madre. Qué pasa, tuani. La orquesta, tuani. Flaco, estás bien, Flaco, Flaco? Un hombre.

El vago, Flaco, estás bien? El líder busca apoyarse todavía más en su cintura y sus espaldas; las vértebras han adoptado la curvatura enconchada del tejido metálico. El cuello, deforme por la posición, lo ayuda a ubicar la voz en el espacio. Flaco, Flaco? Los sentidos del líder fracasan. Bajo la noche, lo abandonan los

datos acumulados. Flaco, Flaco... Ni lo pateas. El vago lo agarra de los hombros que se engruesan, gordamente, bajo el traje negro. La fricción de la tela en los dedos destrozados del vago evitan que el cuerpo del líder, abandonado a la suerte, caiga en calidad de estorbo. Flaco, Flaco... tenés comida? Bulto ya fácilmente automático, el líder alza la mano en señal de confort. Qué pena. Dice. El oxígeno en los pulmones del líder es reemplazado por el gas del odio, más denso y fiscalista. El líder se place. El líder es ahora registrado, encarado, por la voz del vago que lo examina de arriba a abajo. Los bolsillos negros son vaciados. Nada. Lindas naves que tenés, Flaco. Algo grandes para mí. Linda percha, Flaco. Qué pinta, Flaco. Sonrisa. Del vago. Del líder. La noche cómplice le lustra los dientes.

No lo vio cuando lo sacó porque ya no podía ver nada. El cerebro lo tenía atascado, trancado. El mango, sucio, común y corriente, indistinguible entre las celdas de la palma del vago, no le dijo nada. La hoja, helada más por el sudor en el pubis del vago que por la temperatura otoñal, penetró, limpia y sin espectáculo, en el pecho izquierdo. Fue todo sencillo y simple, como la noche. Lo despide diciéndole Flaco, Quedáte quietito, sabés? Quietito, Flaco. No chille. No chilla. Ni sangre saca. Apenas. La vida se le des-hizo como el agua en los dedos. Sencilla. La pleura abollada, arrugada como bolita de papel llena de tachones. El cuerpo fue entregado, dócil, tierno, en el paisaje.

Ahora, el líder no tardó en cambiarse. Mudado y acomodado, los dedos aún destrozados, la noche cómplice. La fricción del traje en los vellos del entrepecho, y abundantes sobre la piel de los brazos, los ablanda. Los mocasines negros, nadantes en sus pies. La solapa izquierda le disimula la breve pero fresca rotura en la camisa profundamente negra. Sudada. Va a franquear la puertita pero decide fumar hasta la última hebra del cigarrillo. La colilla, tersa y saborizada por el alquitrán, cae en medio de los cúmulos de basura allí cerca. Más allá, lejos, inerte, el cuchillo aventado. El líder, serenado por su propio perfume, despeinado casi, entorna el cuello noventa grados a ambos lados de la cabeza. Atisba mientras fuma el otro, los iris midriáticos, y nada. El paisaje cae a los cien metros redondos, parabólicos. La noche negra, negra dóberman, lo llena todo con su engrudo. Noche monstruosa. Noche de consagración. El líder, sí, congelado por el espectáculo. La lengua de viento refrescante, soplido con sabor de basura urbana y magnesio pudriente, le acaricia el jopo. La caspa no le pica, se vuela. El líder cree emocionarse. La memoria totalmente blanca logra aquilatar la emoción. Porque por algo esta noche ha venido a mí, lo ignora. El líder se para de frente a la puertita para los proveedores en el restaurante high five donde dará el concierto. Líder se dice. Nacido de mi propia mano. Aventado. Y Paf, el designio del éxito. Paf, el ruido del éxito al quebrarse el huevo del éxito y chorrear el mundo ble ble. Traje negro a punto de bruñir. El líder. La orquesta tocaría perfecto. Paf, el designio del éxito de la orquesta del líder de mi propia mano. Y sigue hablándose. Hablándose. Repitiéndose. Repitiéndose las cosas en el cerebro para entrenarlo. Para entrenarlo. Antes de ingresar por la puertita, el bulto en la basura amenaza con haberse movido. El perro vagabundo, alquilado por la sarna, aparece de la noche y se acerca a investigar. No era nada o lo que fuese, muere. Comida. Con las órbitas vaciadas, casi en la boca, el perro vagabundo come, silencioso. Los ojos ciegos. Entra. El líder se lava las manos. La cara. El manager cruza los brazos a la izquierda de la boca floja del telón; con la punta del botín pulido fácil cronometra la rabia de su impaciencia. El líder de la orquesta extrae del pecho izquierdo el pañolón negro. Vuelve a girar sobre sus pies. No. Ecos en la cabeza del micrófono recargan la acalmia deseada. Damos gracias a los pacientes y gentiles y esperaremos algo más, lo necesario. Vuelve a girar sobre sus pies. Da las espaldas al micrófono y cierra los ojos casi pidiéndose trágame tierra. Nadantes en sus pies. La densa y lábil película de humo blanco repta por los tabloncitos del escenario envolviéndole los mocasines negros. El líder da el último vistazo al saloncito, modesto y atiborrado, pero solamente encuentra la muralla de fogonazos rojos, dorados y azules que le alumbran desde el techo, donde asoman las raíces del telón a medio hacer.

© Luis Emel Topogenario

El autor:

Luis Emel Topogenario, cuyo nombre verdadero es Yuro López Ocampo, nació en Managua, Nicaragua, en marzo de 1980. Ha publicado *Juego de mesa* (Revista *Letralia* No. 175). También ha publicado, con el pseudónimo de Gabriel Amador, los siguientes trabajos: *Unas horas en la cama* (*Letralia* 160), *El espejo* (Revista *Narrativas* 6), *Bump*, (*Narrativas* 7) y *Caballos de arena* (*Gente en Obra*, prensa escrita). Su tercera novela, *La Codorniz*, es su proyecto narrativo más importante y ambicioso todavía.

ARQUITEXTURAS URBANAS

por Héctor Huerga

0.1

Arribo al final de la acera. Frente a mis pies queda el paso de cebra. Un pajarillo se posa sobre uno de los semáforos. Seco el sudor de mis manos en el interior del bolsillo del pantalón. El muñeco rojo no camina. Los coches pasan. Al frente un ciego con su perro y una niña tomada de la mano por su padre. Dos hombres de avanzada edad me desplazan por el tono de su voz unos centímetros a mi derecha. Siento en el brazo el frío metal del semáforo. Cuatro colegiales llegan a mi lado de la acera, juegan a estirar la ropa mientras sonríen entre sí. Mis latidos ralentizan. El muñeco verde camina. Suenan los pajarillos metálicos para el ciego con su perro, se queda estático, me quedo estático. Los dos hombres de avanzada edad se llevan el tono de voz entre los gestos de sus manos. Uno de los colegiales se retrasa a la hora de cruzar y eleva un grito que hace reaccionar al ciego que cruza del otro lado de la calle. Cencerrean los pajarillos metálicos. El padre alcanza a cruzar a mi lado con su hija tomada de la mano. El pajarillo, irascible, vuela hasta el otro semáforo, lo picotea excitado. Continúo estático. El humo de los coches se eleva, los ruidos de los motores también. El pajarillo vuela al primer semáforo y lo picotea rabiosamente. Aceleran los motores y desde atrás se oye un claxon. El muñeco rojo no camina. Los coches pasan. El pajarillo vuela, vuela confundido, extrañamente desplazado y confundido.

0.2

Dobló el papelito hasta ocho veces y después lo dejó junto al bolígrafo y el resto de papelitos doblados sobre la mesa redonda de caoba. Arrastró la silla hacia atrás cediendo en el punto que mayor ruido hizo el asiento. Esta vez salió de la cocina sin abrir el refrigerador. Cruzó el enorme pasillo que le arrastró una treintena de pasos hasta la puerta. Tomó el bastón y la gabardina azul. Pensó si mejor ir a pie, por la escalera o en el ascensor, total, eran exactamente dieciséis escalones los que tenía que bajar. Al llegar al zaguán atestiguó que no hubiera publicidad en su buzón. Abrió la puerta principal y miró, como cada día, a la izquierda y a la derecha, sacó la llave de la puerta y antes de comenzar la marcha escuchó desde la acera de enfrente una voz altisonante:

–¡Don Bernardo! ¡don Bernardo! ¡Espéreme un momento!

Don Bernardo esperó el momento.

–Buenas tardes don Bernardo. Qué bien que nos vemos porque hace días que quería comentarle sobre el alquiler del piso, pues eso, que... es que no sé cómo decirle..., bueno, que mi hija Julia.

La señora de voz altisonante bajó el volumen.

–Es que lo que le voy a contar es un secretito, acérquese –y don Bernardo con los ojos bien abiertos se acercó–. A mi Julita, el doctor Céspedes le pronosticó cáncer de útero, es decir, ella tiene que ir al hospital la próxima semana y pues... Queremos mantener el alquiler del piso pero... Pensamos mi marido y yo que tal vez usted pueda bajar un poquito la mensualidad.

–Déjeme pensarlo –contestó don Bernardo, como de costumbre parco en palabras–, mañana o pasado le aviso.

La señora de voz altisonante agradeció la preocupación de don Bernardo y regresó a la acera de enfrente mientras el señor volvió a meter la llave en el puerta principal, recorrió los dieciséis escalones que le llevaron hasta la entrada de su piso, cruzó nuevamente el enorme pasillo que le llevaría a la cocina y esta vez tampoco abrió el refrigerador. Acercó la silla a la mesa, se sentó, tomó un papelito en blanco y escribió: «Julia tiene cáncer de útero». Dobló el papelito hasta ocho veces y

después lo dejó junto al bolígrafo y el resto de papelitos doblados sobre la mesa redonda de caoba. Al final de la noche, don Bernardo guardaría los papelitos doblados sobre la mesa redonda de caoba junto a miles de papelitos doblados que ponía a salvo en diferentes cajas repartidas por todo el piso, según don Bernardo, su memoria ya no tenía la capacidad de almacenar todos los secretos que le habían contado.

0.3

Arrastro el equipaje recién levantado de la cinta recoge maletas del aeropuerto de Ginebra. Antes de abrirse las puertas que me expulsan del aeródromo leo: *Bienvenue a la ville de Genève*. Metros más adelante leo: prohibido viajar en tren sin billete, prohibido poner anuncios, prohibido fumar, prohibido estacionar en esta sección. Cuando llego a la *Place des Augustines* leo: prohibido llevarse el periódico sin pagar, prohibido entrar con animales, prohibido usar el teléfono, prohibido tirar basura después de las diecinueve horas, prohibido entrar con alimentos, prohibido salir sin consumir, prohibido el alcohol a menores de edad, prohibido el uso de drogas en este establecimiento. Entro prohibitivamente a mi edificio y leo: prohibido usar el ascensor más de cuatro personas, prohibido hacer ruido después de las veintidós horas, prohibido estacionar las bicicletas en la entrada, prohibida la publicidad, prohibido equivocarse tres veces a la hora de insertar el código de acceso al edificio, prohibido decir a nadie el mismo. Me dirijo a la *Bibliothèque de Genève* y leo: prohibido tomar fotos, prohibido poner música, prohibido hablar, prohibido dejar los libros en las estanterías, prohibido el uso del fuego, prohibido llevar a casa ningún bien material, prohibido lo prohibido, prohibido, prohibido, prohibido...

0.4

Una mano pulsa el botón del ascensor en el primer piso, la otra tira el cigarrillo. El ascensor baja del noveno piso. Una llave acciona la trampa mecánica que cierra la puerta, después se oye unos pasos que se dirigen al ascensor, frente a los botones, el vecino mira la trayectoria del elevador, aún faltan dos números para que llegue. En el piso cero la vecina mira de soslayo el cigarro que acaba de tirar y piensa que podía haberle apurado unas caladitas mientras espera, mete la mano en el bolsillo y recuerda que olvidó unas llaves en el coche. El ascensor para en el quinto piso. El vecino entra apurado y el elevador reanuda su bajada mientras recuerda el hombre que olvidó los papeles. Desesperada, la vecina llega al coche y abre la puerta. El ascensor llega al piso cero. Intranquilo, el vecino abre y cierra la puerta del ascensor para subir nuevamente. La vecina acciona la trampa metálica que cierra la puerta del coche, piensa que mejoraría su autoestima si no olvidara con tanta frecuencia y recorre el camino de vuelta al ascensor. El ascensor para en el quinto piso. Tras los pasos una llave acciona la trampa mecánica que abre la puerta. La mano pulsa el botón del ascensor que le hace descender desde el quinto piso. El vecino mira de reojo los papeles y piensa que mejoraría su autoestima si no olvidara con tanta frecuencia. Aún quedan dos números para que el elevador llegue al piso cero. La vecina aprieta las llaves con la mano antes de abrir la puerta del elevador, la abre y entra. El ascensor se eleva. El vecino espera frente a la puerta del elevador que se para frente a él. La vecina sale, se encuentra con el vecino y con una sonrisa le dice:

–Hola ¿Luis o Esteban?, no sabía que también tenías consulta.

–Así es, cambiaron Alzheimer a... los jueves, creo.

© Héctor Huerga

El autor:

Héctor Huerga. (Granollers, Barcelona, 1972). Trabajó como editor en Editorial Almadía, Oaxaca, México (2006-07) Fundó el concurso nacional Mano de Obra-Relatos Breves (2005) Participó en el Diplomado de Novela organizado por CONACULTA en el C.A.S.A. Oaxaca. Publicó artículos, prólogos, relatos, teatro, cuentos y entrevistas en ediciones en España, México y Estados Unidos. Actualmente es asesor editorial de la Fundación Abanico en Ginebra, Suiza..

ENTREVISTA A ANGÉLICA GORODISCHER

por Sandra Becerril *

Platicar con Angélica Gorodisher es un honor. Nacida en Buenos Aires, esta escritora ha publicado más de veintidós títulos que comprenden colecciones de cuentos y novelas; pero eso no es todo, además es una mujer admirable que ha recibido varios premios por su trabajo en defensa de los derechos de la mujer. Esta entrevista tuvo lugar en México Distrito Federal el 9 de Mayo a través de correo electrónico, pero se platica tan a gusto con Angélica, que incluso era como si tuviera frente a mí una deliciosa taza de café.

—*¿Cómo se autodefine, Angélica, escritora?*

—Soy narradora, eso es todo. Sostengo que he venido a este mundo a contar, contar aventuras, peripecias, acontecimientos maravillosos, horribles o espectaculares. Narradora, eso es lo que soy.

—*¿De dónde surge su deseo de escribir?*

—Nací entre libros. Eso no parece haber sido determinante porque muchas escritoras, muchos escritores, no tuvieron ese privilegio y sin embargo hicieron una obra considerable. Pero en mí sí fue de primera importancia.

—*¿Cuáles fueron sus primeras aproximaciones a la literatura?*

—Esto se conecta con la pregunta anterior y su respuesta. Los libros fueron mis primeros juguetes. Fueron mis amigos, mi refugio, parte importante de mi vida. Sin saber aun leer, pasaba las páginas de los libros y miraba las "figuritas", que eran las reproducciones de los cuadros de Goya, Velázquez, Claude Lorrain, Murillo, Cézanne. Y a los cinco años me pasó lo más extraordinario de mi vida: aprendí a leer. De ahí en adelante leí todo todo lo que me caía en las manos y especialmente los libros que me habían prohibido, por supuesto.

—*¿Es verdad que existe la inspiración?*

—No, no existe. Lo que existe es el trabajo. De inspiración siempre se ha hablado: el estro, las Musas, etc. Bueno, eso de las Musas me lo creo. Es la pura verdad. Cuando un señor necesita inspiración llama a las Musas y ahí llegan, las nueve, divinas, vestidas de gasas transparentes, sandalias doradas, recién salidas de la peluquería, manicuradas, perfumadas, y le dictan maravillas al oído. Cuando una escritora las llama, tardan en venir y cuando llegan, nada de gasas ni de Chanel número cinco. Vienen en chancletas, con rulos, con el delantal de cocina lleno de manchas de las milanesas, apuradas, con el plumero en esta mano y los guantes de goma amarillos que siempre tienen este dedo roto: A ver, qué te pasa, qué pavada estás escribiendo, dale, que tengo mucho que hacer. Pero se portan bien y le dictan maravillas a una. Después nadie hace caso de eso, pero así es la vida de las escritoras. A veces son muy pero muy buenas, peeeeero... se les reconocen méritos y no prestigio. La prueba es el boom latinoamericano. No hubo boom para las mujeres, no hubo mujeres en el boom y eso que por ejemplo Clarice Lispector (no digamos Armonía Somers) escribe mucho mejor que Vargas Llosa (¿leiste ese asunto de la chica traviesa? ¡Ay, Dios mío!). Bueno, que la inspiración no existe pero las Musas son buena gente.

—*¿A qué escritores admira? ¿Con quien le gustaría trabajar?*

* Fotoperiodista de profesión, especializada en Literatura Fantástica y Novela. Ha publicado en más de 40 revistas mexicanas y extranjeras. Primer lugar en concursos internacionales de literatura como NiNatur y Espejo Roto (España). Autora de la columna "Voz de Tinta" en *Milenio Diario* y voz de "Palabras en Línea" en Eclipse Radio.

–A Borges, a Balzac, a Virginia Woolf, a Clarice Lispector, a Shakespeare, a Kafka, Le Guin, Dick, ¡ufff!, qué mescolanza. Pero bueno, es que una va cambiando y va admirando a veces a unos a veces a otros. Eso sí, siempre hay uno, dos, tres, que sobreviven a los años y a los gustos, a las catástrofes y a la felicidad. Schlink por ejemplo; Kawabata por ejemplo, pero el gordo señor de Balzac se mantiene ahí, un poco a la sombra y me mira con una sonrisita y un guiño.

–*¿Existe alguien a quien hubiera querido conocer y no ha podido?*

–No. De los contemporáneos no tengo mayores curiosidades, y los otros, ay, están fuera de mi alcance.

–*De la cantidad de géneros que ha cultivado con su literatura, ¿cuál es aquel que más la ha cautivado a usted?*

–Es que yo no me apego demasiado a eso de los géneros. La narrativa fantástica deja una marca muy profunda en lo que una escribe, de modo que yo no puedo decir que soy realista ni que soy fantástica cuando escribo. Atención, nunca escribí un poema, nunca, ni a los dieciséis años cuando todo el mundo escribe poemas, generalmente de amores contrariados. Pero en narrativa, una mezcla que me encanta. Todo sirve, todo me cautiva, todo es útil cuando una está en "estado de novela".

–*Con cada publicación, nos sorprende más con los cambios que encontramos en su obra. Estos, ¿surgen sobre la marcha? ¿Son planeados?*

–Surgen, vienen solos. No me propongo nada. Se me revela algo, una frase, un olor, una vieja película, algo que oí en el supermercado, y ya viene con sus palabras y viene con su mistura de géneros y siempre, por suerte, eso es diferente de lo que vengo escribiendo hasta el momento, ¡Qué dicha!

–*¿Nos puede hablar un poco sobre su proceso de creación?*

–Me parece que no. Es algo muy misterioso y que no me interesa desentrañar. Hay que escribir en estado de inocencia, como decía Borges. Escribir para escribir, escribir para contar. Hago una primera versión, directamente en la computadora. Corrijo, reescribo, corrijo, vuelvo a escribir, y cuando todo está terminado, empiezo de nuevo desde el primer renglón hasta el último.

–*¿Qué consejo daría a aquellos nuevos escritores que desean continuar la línea de fantasía en sus obras?*

–Decidan la línea que decidan, siempre hay algo ineludible: leer, leer, leer, no cansarse nunca de leer. Y leer a los grandes. Para los menores, que a veces son encantadores y hasta le dan a una ganas de escribir, para esos siempre habrá tiempo. Lean a los grandes que son los que nos enseñan a escribir. Y no lean jamás pero jamás libros de autoayuda ni best sellers.

–*¿Cómo encuentra la situación de las mujeres escritoras en la actualidad?*

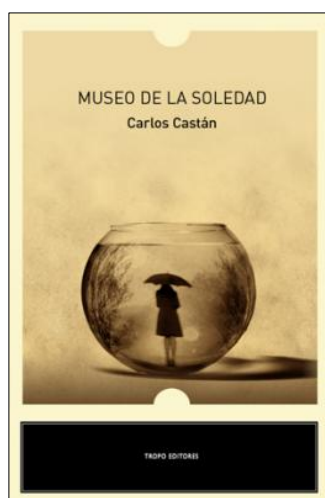
–Como siempre. Las cosas no han cambiado mucho. Nos publican, nos buscan para publicarnos. Dicen ¡Ah, cuánto escriben las mujeres! Pero se refieren, claro a esos casos de señoras que escriben sobre otras señoras que sufren mucho y que son ex-cep-cio-na-les y al final terminan locas o castigadas o muertas o vaya a saber. De eso hay mucho y no sirve para nada. Pero Gambaro y Barros y Cavalccante y Heer y Le Guin y tantas otras son nombres que no deben confundirse con los de las antedichas señoras. Como dije antes, no nos corresponde, parece, el prestigio. Debe ser porque los escritores no leen a las mujeres.

–*¿Qué opina de la crítica literaria?*

–No opino nada. No le creo, no me importa. Me encanta si me trata bien, la paso por alto si me trata mal, pero la olvido a los cinco minutos. Y sin embargo... sin embargo creo que bien hecha, bien hecha para el público, no sólo para la academia y para los otros críticos, puede ser muy útil.

(Mayo 2007)

© Sandra Becerril



MUSEO DE LA SOLEDAD, de Carlos Castán

Tropo Editores
Serie Segundo asalto
Fecha de publicación: 2007
215 páginas
ISBN 978-84-935344-9-3

* * *

El tormento de existir.

Carlos Castán (Barcelona, 1960) fue todo un descubrimiento con su primer libro: *Frío de vivir*, aparecido en una modesta editorial como Zócalo en 1997 y reeditado de inmediato por Emecé. El éxito se prolongó a Alemania y a Estados Unidos, donde ya ha sido traducido.

En su debut, Castán ofrecía un mundo inquietante y sombrío, dominado por la tiniebla y el desamor, por un dolor exacerbado y por un estilo poético lleno de matices. Una característica esencial animaba las narraciones: la ficción irrumpía en la realidad desde una interioridad convulsa, desde la búsqueda del ser. *Museo de la soledad*, su nuevo libro, se instala en una fronteriza región de la soledad, donde la vida y el sueño se confunden en forma de pesadilla. El tono vuelve a rondar la desesperación y se mantiene, y se mejora, la capacidad de sugerencia de las atmósferas y de la prosa, la densidad del silencio, la eficacia de una estética que guarda semejanzas con Julio Cortázar.

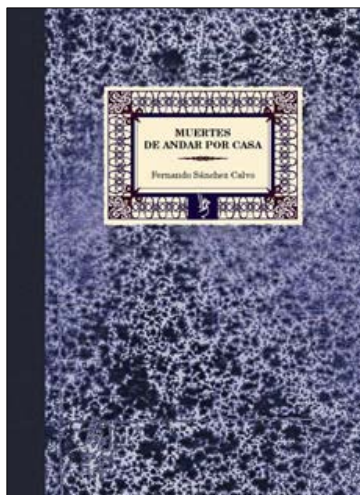
Este libro está invadido de personajes que intentan reconstruir una y otra vez su existencia: son seres infelices y aburridos que andan aquí y allá, entre sueños y desengaños, barajando el álbum del tiempo, el álbum de su disgregada memoria: aquellos días de Universidad en Madrid con toda su agitación y las pasiones imposibles, aquellos viajes a Huesca, las músicas y las películas de los 70, tantas mujeres que amamos o a las que nos les dimos importancia y que a lo mejor regresan ahora para vengarse en un viaje en tren como ocurre en la primera de las doce piezas del conjunto. Dice uno de los personajes, y resume una característica común de casi todos: «La mía es una vida sin retratos en la repisa de la chimenea». El autor, sin salirse de esos ámbitos de angustia que le son tan propicios, ensancha aquí la paleta de sus registros y se arriesga mucho más como sucede en 'Casi marino': una fantasmagoría en la que, a través del cristal, una enferma ve pasar a «su adorable capitán del dolor» que pasea bajo la lluvia en un alucinado viaje de recuerdo, plenitud y pérdida.

En el volumen también hay dos historias de dos hermanos: una conmovedora, inesperada como un bofetón de crueldad, que juega con la fuerza y el enigma de las cartas de amor sobre un fondo de trenes; la otra, «Silencio tan de Silvia», posee uno de los pocos desenlaces luminosos e irónicos del libro. Una de las más hermosas y sugestivas invenciones transcurre en Huesca, donde ahora vive el autor, y tiene por protagonista a otro Antonio Machado, que invoca el poeta sevillano en De un cancionero apócrifo, que habría fallecido en la ciudad del Alto Aragón y que vuelve ahora a una ciudad espectral y casi legendaria. El narrador, que se siente «hermano no de sangre, sino de aire» del difunto, percibe la existencia de la sociedad secreta de los heterónimos y labra un relato magnífico que rinde homenaje por igual a Fernando Pessoa que a Enrique Vila--Matas. Hay otras fábulas extraordinarias, ninguna tan lograda como «El aroma de lo oscuro», la historia de un hombre, Pablo el Francés, que posee un Museo de la soledad y lo llena de piezas que parecen anunciar las distintas estancias del infierno. El carácter simbólico de esta narración es evidente y su ejecución nada temeraria nos deja perplejos. Y desgarradoras lo son tanto «Las rosas de la noche» como «La chica de los buenos tiempos», dos cuentos donde el narrador parece concluir que la relación amorosa conduce a la locura. A una de las mujeres –y éste, insistimos, es un volumen de mujeres obsesivas– le espera un desenlace abominable y la otra, la prostituta Valeria, naufragará a la sombra de dos amores.

La variedad formal de los textos es plausible: los hay en primera y tercera persona, dietarios, epístolas, álbumes fragmentados del ayer, y sobre todo hay una proliferación de metáforas y de aforismos acerca del tormento de existir. El convencimiento del creador no decae en ningún instante,

ni tampoco la seguridad en sus materiales, el virtuosismo lírico de la prosa, la hondura indiscutible de sus criaturas: aquí está de nuevo Carlos Castán, con un universo avasallador y a menudo insoportable por que nos deja temblando, al límite del precipicio, doloridos. Soledad, memoria y tragedia se anudan en un libro de filósofo más bien pesimista que escarba en el abismo y en la amargura con una docena de fogonazos que ponen patas arriba el almarío del ser humano y nuestra propia conciencia.

© Antón Castro
<http://antoncastro.blogia.com>



MUERTES DE ANDAR POR CASA, de Fernando Sánchez Calvo

Editorial El Gaviero
Prólogo: Yolanda Morató
Ilustraciones: Ana Santos Payán
Fecha Publicación: 2007
144 páginas
ISBN: 978-84-935544-3-9

* * *

«Pero esas muertes no son las mías», afirma, como conclusión de la miscelánea que supone el relato «Contra dicciones», Fernando Sánchez Calvo en su recién publicado *Muertes de andar por casa*. Con un negrísimo sentido del humor, el autor parte de la siguiente poética personal, explicitada en el capítulo de agradecimientos: el humor, la distancia, nuestras miserias y la gente a la que le gusta hablar son cuatro virtudes que me agradan y a partir de las cuales intento escribir. Dieciocho relatos en los que, tomando como motivo temático la muerte, el autor analiza diferentes situaciones como el suicidio, las relaciones entre pareja, la pérdida de nuestros seres queridos. En ocasiones, la escritura de Fernando Sánchez Calvo girando alrededor de lo improbable –pero verosímil– se acerca a modelos propios de la escritura del absurdo: el visitante compulsivo de entierros, la tristeza ante la muerte del hombre que dobla a Homer Simpson o el niño que por nacer en bisieto envejece a un ritmo prodigioso. La soledad es el motivo estructural que liga a todos estos personajes que andan a tuestas por la selva contemporánea, como afirma Yolanda Morató en la excelente introducción a esta obra.

En «El resentido», un joven estudiante de filología se ve ignorado por sus padres (que asumen la táctica de una tribu africana aprendida en un documental por la que el individuo es expulsado del clan y se le niega la palabra) hasta que esta exclusión de la vida cotidiana se hipostasía en el texto y, como consecuencia, desaparece tipográficamente. La dificultad de la comunicación, la muerte de la palabra (como se nos sugiere en el cuento «Donaudampfschiffahrtsgesellschaftskapitänsmützenknopf») y del sentido, condena a los protagonistas de las narraciones de Fernando Sánchez Calvo a la intemperie.

Una intemperie observable en relatos como «Los motivos de cada uno», magistralmente comenzado *in media res*: «; en otra ocasión (recién casada y tras tener al crío) fuimos quince días a Lisboa. Ese verano, sin embargo, deambulamos por Almería, Cádiz o Lloret de Mar.» La seriedad, la universalidad de los temas que aborda Fernando Sánchez Calvo no impiden que su fino sentido del humor arraigue en lo cotidiano, o mejor, en lo absurdo que hay en las categorías cotidianas: Es lo triste de los suicidas, por lo general han visto mucho museo, leído mucha letra y aprendido que una ventana no es una ventana, sino un símbolo que invita al hombre a desaparecer y a ser libre sin la necesidad de mirar atrás. Desde bien pequeños beben de las cuñas publicitarias y telediaros que la Constitución Europea es una ventana para Europa, que Europa es una ventana para la expansión del mercado chino y que Los Ángeles de San Rafael o los parches de nicotina son una ventana abierta en nuestros pulmones. La obra de Fernando Sánchez Calvo liga nuestra actualidad con la tradición literaria, ampliando sus posibilidades: guiños al neorrealismo, a Orson Welles, a Dostoiévski no impiden que nuestro presente se manifieste en los textos, como es observable en Única coartada para cercanías o el monólogo Dios diciéndose en el espejo: DIOS-HA-MUER-TO. Esto ya lo ha dicho todo el mundo, pero falta que lo digas tú. Dios ha muerto y ellos, cuando por casualidad te encuentran citado en alguna revista o aludido fuera de contexto en cualquier riña familiar, consultan extrañados en algún diccionario al uso de 2º de la ESO o se meten en GOOGLE como último recurso. Con una preocupación metaliteraria, que Yolanda Morató

liga a la experimentación de las vanguardias históricas, buena parte de la obra de Fernando Sánchez Calvo, y en relación con el asunto de la comunicación, se centra en el propio lenguaje: Suficiente. No había, desde un principio, necesidad de decir nada más. El resto no son más que palabras aborrecidas, dichas en su momento para edulcorar vida tan perra, muerte tan mediocre y amor tan intenso como el que ella padeció por su (difunto y) bien desaparecido esposo.

© Ana Gorriá

<http://camaradeniebla.blogspot.com>



EL PRÍNCIPE NEGRO, de Iris Murdoch

Editorial Lumen
Biblioteca I. Murdoch
Fecha Publicación: 2007
576 páginas
ISBN: 9788426416179

* * *

La vida en estado puro

Las novelas de Iris Murdoch me gustan, tienen en común una cálida calidad que proporciona al lector la sensación de querer quedarse a vivir en ellas. Muchas de ellas tienen un fondo marino como paisaje y el salitre, el sol, la dejadez y el sonido de la mar acompañan a las palabras. Los amantes de la mar nos sentimos en las novelas de Iris Murdoch como pez en el agua, nunca mejor dicho. Son novelas que sentimos que la escritora escribió para nosotros y pensamos que Iris Murdoch y nosotros nos parecíamos, tenemos la mar en común. Esa mar de fondo a la que respetamos y admiramos, que nos acompaña, calma, y transporta. *El príncipe negro* también posee la cantidad de salitre suficiente para sentirnos cómodos y a nuestro aire. Si alguien me preguntase con cuál de las novelas me quedo, de todas las que esta prolífica escritora escribió, yo le diría que con *El príncipe negro*, novela para lectores sibaritas, pues esta novela resulta ser la mejor compañera de viaje para pasar los días con los pies descalzos.

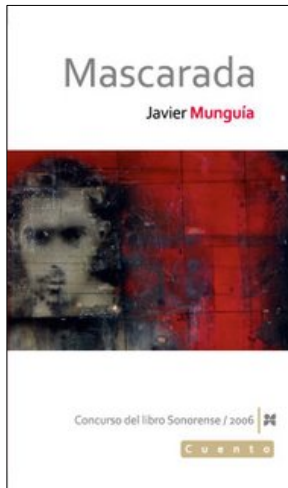
Esta escrita a la medida del lector, se adapta al cuerpo como un traje o una segunda piel con la comodidad de no notarle ninguna costura ni sisa. Nada sobra, nada falta. Se amolda al lector y el lector la recibe divirtiéndose y sintiéndose a cada página que pasa más próximo a sus personajes y a su escritora. Como toda obra de la Murdoch rebosa profundidad y da respiro y tregua al lector en los diálogos sugerentes, divertidos, auténticos. *El Príncipe Negro* es una novela densa cuyos principales protagonistas son escritores, es normal, por tanto, que el argumento se vea salpicado de todo lo que se cuece en las cabezas de estos, en cierto modo es una novela de literatos: habla de la creación, del bloqueo, de las necesidades del escritor, de la soledad y de la fama. Pero como de costumbre Iris Murdoch utiliza la bien conocida y disparatada comedia británica como instrumento para llevar a los personajes al terreno que la escritora pretende. Alterna párrafos frenéticos, cómicos, locos con párrafos consistentes intentando explicar el comportamiento de la condición humana, la complejidad de las relaciones, sus amores, desamores, sus ilusiones, sus desesperanzas, sus flaquezas, sus celos, sus incongruencias...

El punto de inflexión en la novela se produce cuando aparece en escena el príncipe vestido de negro, desde ese punto el personaje principal Bradley Pearson un escritor sexagenario cambia rotundamente de comportamiento y ahí es donde se ve a la autentica Iris Murdoch dominando la situación con el talento de los grandes, haciendo de la vida, de sus elementos más simples, de las situaciones y actitudes comunes en todos, el tema principal con la excelente, autentica y contenida maestría para que una novela resulte grande.

La Editorial Lumen está reeditando las novelas de Iris Murdoch en una Biblioteca especial dedicada a la autora irlandesa que nació el 15 de julio de 1919 y falleció el 8 de febrero de 1999. *El Príncipe negro, El mar, el mar, El sueño de Bruno, Amigos y Amantes, La negra noche*, se pueden encontrar en este sello.

© María Aixa Sanz

<http://blogs.ya.com/mariaaixasanz>



MASCARADA, de Javier Munguía

Instituto Sonorense de Cultura
Fecha Publicación: 2007
117 páginas

* * *

Cada cuento tiene su disfraz...
Mascarada

La vida, las historias personales, las relaciones sociales y amorosas, nuestros sentimientos más carnales, íntimos, pasionales, terrenales, materiales o místicos, nuestros sueños y frustraciones. Todos estos aspectos se esconden detrás de disfraces, y cada uno de nosotros tenemos nuestra historia, y nos disfrazamos para interpretar el papel que nosotros queremos, que se nos viene impuesto de nacimiento o por circunstancias varias, o porque simplemente ya era el último papel que quedaba. Desde el libro de cuentos *Mascarada*, Javier Munguía pretende mostrarnos una gran parte de estos disfraces, ponerlos a disposición del lector, sin juicios, ni prejuicios, sin opiniones que nos puedan guiar y condicionarnos. Nos los pone en bandeja, nosotros los vemos y asentimos, lo que pensemos o dejemos de pensar ya es cosa nuestra.

Con cada uno de los cuentos que conforman el libro, Munguía presenta al lector diferentes visiones sobre el amor, la soledad, la muerte repentina. Se centra sobre todo en los disfraces que adquiere el amor y todos los planos en que se mueve: lo sexual, lo sentimental, la sexualidad etc. Nos encontramos al anciano que todavía necesita amar en lo carnal (*Amor de emergencia*), encontramos también las fantasías sexuales y su necesidad de realizarlas o bien la impotencia de no controlar los sueños en las que aparecen (*Circo porno*, *Buen Hombre*). Observamos el problema del maltrato y los deseos de cambio de una mujer que sabe sin querer creérselo que su hombre va a cambiar (*Renuncias*). Están también los niños que descubren la pornografía y no saben, hasta que lo descubren de malas maneras, que existe un límite el cual es mejor no pasar (*Niñas*). Hay veces que el amor no solo es ganarse a la persona en cuestión, sobre todo si hay hijos de por medio (*El duelo*, cómo me ha gustado éste cuento), y también hay veces en que el amor pasa del plano físico y los defectos se transforman en cosas preciosas, nuestra mente nos juega una buena pasada y lo feo es bello, ¿por qué no? (*Cuerpos*), o en que los defectos de personalidad no son sino pequeñas imperfecciones al igual que si fueran pequeñas ralladuras en mesas de cristal, con las que se vive y que no tienen por qué suponer ningún obstáculo (*Buenos Modales*). En los disfraces del amor tampoco puede faltar la-típica-ex que trata de hacer todo lo posible por arruinar las nuevas relaciones de su antiguo-todavía amado (o ya es únicamente obsesión), aún cuando los medios puedan ser los más burdos y se recurran a las mayores bajezas y a los instintos más bajos, no por ello avergonzantes, del ser humano (*Soborno*). García Márquez no podía faltar, su inspiración también está presente, sobre todo cuando hablamos del amor más sexual y menos común, donde la diferencia edad es un factor que está presente, como lo está el incesto (*El consumo de arte*, *Enamorada*, *Amor de emergencia*). El amor no correspondido (*Susan*), el amor no conocido (*Pudor*) y el amor homosexual (*Amor primero*) son tres piezas clave añadidas al puzzle que construye con cada cuento este escritor. Munguía nos cuenta también de lo que no conocemos de nuestra otra persona, como las cosas que nunca haría delante nuestra (*Secreto*), o sobre las dudas sobre si nuestra pareja nos engaña (*Reconquista*). No podía tampoco faltar una de las típicas visiones: el miedo al rechazo (*Nariz*), y la necesidad de ponerse una máscara para ser otra persona ante la otra persona (*Mascarada*).

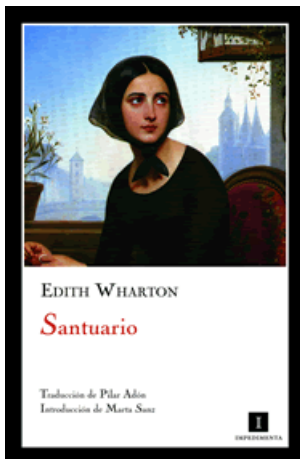
Entre todo esto, intercala el drama de la muerte, su inminencia y en ocasiones crueldad, las constantes reflexiones sobre por qué a mí (*Acecho*), y un relato en el que los propósitos más sinceros y bonitos en el momento de ser formulados, se esfuman con el paso del tiempo sin que nos paremos un momento a echar la vista atrás (*Luchy*). Bastantes cuentos más componen este libro, pero sería pesado para quien lea esto que yo desgranara cada uno de ellos, porque lo que importa es el conjunto. Aún cuando reflexiona sobre varias cosas, el tema principal son las relaciones amorosas, y todas las variaciones que existen en este mundo que vivimos. Munguía abre una galería inmensa donde de la palabra amor se pueden sacar mil historias, mil vivencias, todas muy reales, lo que hace mucho más creíble el libro. No se está inventando nada, todo esto sucede en el mundo real, y utiliza a

sus personajes a modo de marionetas para escenificar las situaciones que él quiere que veamos. Lo importante no es el quién, sino el qué.

La narrativa de Javier Manguía es ágil y amena. Tiene esa frescura de los nuevos escritores que nada tienen que perder. No cae en la tan atrayente tentación y fácil recurso de escribir con giros imposibles e incomprensibles y florituras superficiales a las que recurren muchos autores y que sólo hacen enmarañar lo que escriben. Es directo, fácil de leer, consecuencia positiva porque así puede conseguir llegar al lector más inexperto, pero no por ello es narrativa carente de calidad, ni mucho menos. Sabe encontrar las palabras, las frases y los párrafos más idóneos en cada momento para dotar a sus relatos de credibilidad, calidad y engancho con el lector, que al fin y al cabo es lo que importa, enganchar al lector. Esto es de su forma de escribir en general. Pero de este libro saco además otra muy buena conclusión; la mayoría de los cuentos que aparecen son de dos, tres o cuatro páginas, y ha conseguido, cosa que no es fácil, compactar y desarrollar esas visiones en tan pocas líneas. Y no es cosa fácil, ya digo, se necesita mucha habilidad para que después de que el relato haya durado tan poco se tenga la sensación de que se ha leído algo, y no de haber pasado simplemente unas cuantas líneas sin sentido. Manguía consigue que esas líneas, aunque hayan sido pocas, tengan sentido, y cumplan la función que tienen que cumplir en este gran libro: ser una máscara más en este desfile de máscaras que es *Mascarada*.

© Caballero de Tauro

<http://elcaballerodetauro.blogspot.com>



SANTUARIO, de Edith Wharton

Editorial Impedimenta
Fecha Publicación: 2007
176 páginas
ISBN: 978-84-935927-3-8
Traducción: Pilar Adón
Introducción: Marta Sanz

* * *

Una crítica desde la filosofía al «Santuario» de Edith Wharton

Para hacer una crítica a la creación de un autor, debemos establecer, diferenciándolos, dos ámbitos: uno; el del libro, cuyo principal figura es la del editor. Y dos; el de la obra cuyo artífice es el escritor. Sin libro no hay obra y sin obra no hay libro.

Tenemos que dejar de lado la idea romántica e infantil de creer que la obra de un autor, se puede considerar autónoma de su publicación y lectura de un cierto, masivo o no, público. Sin editor y editorial el supuesto escritor –dudo que existiera siquiera– no sería más que un ser psicóticamente endo-gámico, alguien que se engolfa en la idea de mover los dedos encima de un teclado. ¿Es eso un escritor?

Esto queda aún más patente cuando nos encontramos ante una obra como *Santuario* de Edith Wharton. Un inédito en lengua española, es decir, un «inexistente». La editorial Impedimenta es la encargada de publicarla. De hacerla «existir», con todo lo que ello conlleva.

Aún estamos en el ámbito del editor. Un trabajo quizás más mecánico, sin duda más oscuro, y más discreto –en el buen sentido del término– que el de la creación de la obra, pero, como decíamos, igualmente necesario. ¿Qué hubiera sido de la filosofía y de la cultura en general, si se hubiera hecho caso a Spinoza y no se hubiera publicado jamás su *Ética demostrada según el orden geométrico*? Simplemente no hubiera pasado *nada*. Sin embargo, con su salida a la luz, con su edición, se creo *algo*; emergió una desconocida genialidad.

Ciñéndonos a aspectos puramente técnicos, y dando con ello por finiquitado el primer ámbito, el de la edición, el libro resultante es una joya. Bien traducido, lo suficiente para contentar tanto a eruditos como a lectores comunes, muy cuidado y concienzudamente acabado, el inédito de Wharton se nos presenta tan apetitoso que es difícil que nos dure más de una tarde, ansiosos por saber como se desentraña la trama...

Nos hemos deslizado, casi sin quererlo, al ámbito de la obra; el que compete al autor –aunque en

muchas ocasiones el editor también tiene algo o mucho que decir aquí—. Lo que nos muestra como el trabajo de un escritor y de un editor va tan ligado que cuando se trata de diferenciar, como nosotros intentábamos, nos movemos en terreno pantanoso y, quizás, un poco artificioso.

Santuario de Wharton es una obra breve, que oscila entre pasajes de lectura rápida con otros más densos y de más riqueza tanto conceptual como referencial. Hay, sin duda, multitud de alusiones implícitas, sobre todo cuando Wharton describe la psicología de la protagonista, Kate Orme. La moral imperativa que tan bien nos describió Kant y cuyos anclajes se encuentran en el protestantismo, es la más importante, por abundante, de estas alusiones implícitas. Una moral del *deber*, normativa, y trascendental que empuja a la protagonista a ir en contra de su propio interés si es necesario; entendiendo interés como lo puramente pragmático, utilitario, etcétera. La filosofía del *common sense* asimila lo racional a lo interesado, en sentido utilitarista. Otra línea interesante de análisis del libro de Wharton, que aquí solo vamos a tratar de pasada, sería ver como a principios del s.XX —esta novela se publica en 1903— conviven en EEUU dos corrientes de pensamiento muy potentes; por un lado, la que nace con la revolución industrial y el capitalismo que es esta filosofía que decimos del «sentido común», y por otro, la que viene de los puritanos británicos, de los protestantes, y en definitiva del kantismo que es esta moral del deber. A día de hoy podemos decir que la línea que se ha impuesto es la del «sentido común», representado en el libro por el marido de Kate, Denis Peyton, sobre la moral-normativa, línea cuyo exponente en el libro es la propia Kate. También es cierto que en la década de los ochenta hubo un renacer de esta línea, más moralista y kantiana, tanto en Gran Bretaña y como en EEUU. Lo que algunos analistas políticos llaman la «revolución conservadora». En la Europa continental está aún por venir. Algunos citan a Sarkozy como el primero de ellos. Eso está por ver.

Kate, y su férrea moral. La que intenta inculcar a su hijo, Dick Peyton, y que es el dilema que planea durante toda la segunda parte de la obra. El hijo, un arquitecto brillante y casi genial, debe escoger entre seguir la educación moral-normativa-individual- kantiana que su madre le ha enseñado con ahínco, o inclinarse hacia el otro lado; el pragmático-utilitarista, y en resumen egoísta maximizante, de su padre. Éste, Denis Peyton, cuyas metas vitales no se verán jamás interrumpidas por algo abstracto, y por ende, poco eficaz en términos de interés económico y social. Si escoge el camino materno, posiblemente el éxito social y económico que su arquitectura requiere y merece jamás se verá cumplido. Si escoge el paterno, gozará de éxito, se casará con una mujer que le gusta de veras, formará una familia, pero será un inmoral.

Toda la vida de la madre está puesta en que escoja el buen camino ya que su existencia está puesta en otro, en su hijo, y en que éste haga lo que *debe* hacer. Hay mucho sobre el tapete. No solo el posible fracaso de una educación en la que se han invertido años, sino también el sentido existencial de la propia madre. Ésta ha renunciado a su propio ser a favor de su hijo, ha sacrificado su felicidad personal e incluso su moral imperativa casándose con un hombre falso e interesado para poder tener un hijo, purificándose con esta concepción del mayor pecado que ha podido cometer: traicionar sus principios para casarse con un ser vil.

Detectamos aquí cierto círculo vicioso en las reflexiones de la protagonista: se casa aun sabiendo cómo es su prometido para poder tener así un hijo en el que centrarse, liberándose de sus propios demonios, y del hecho de haberse casado con él. Pero es que como sabemos, la abnegación es un paso necesario hacia la perfección moral —no decimos santidad porque los protestantes no tienen santoral—; y la perfección requiere un camino irracional y absurdo hacia lo más elevado. ¿Hay algo más sublime que la renuncia a uno mismo a favor de los demás, y a mismo tiempo, más irracional y más absurdo? Aquí se sitúa Kate. «*Credo quia absurdum est*» —decía Tertuliano. «El sentido del mundo tiene que residir fuera de él» —afirmaba Wittgenstein.

Todo esto es lo que está en juego en la segunda parte del libro. Si su hijo escoge el lado del padre, lo único que habrá hecho Kate es perder el tiempo en el sentido más amplio del término; habrá marchitado su vida en pos de unos ideales que quizás lo único que han conseguido es hacerla sufrir. Y lo que es peor, innecesariamente. Si su hijo toma el camino para y por el que ha sido criado, ella habrá obtenido la mayor recompensa posible; el abandono definitivo de su yo, captando el sentido de la vida en ello. Un salto hacía delante en el que el nihilismo no tiene cabido. Y por fin, la perfección.

En definitiva, posibles y queridos lectores, si quieren saber cuál es el lado por el que opta el joven Dick lean esta pequeña joya. Si no les interesa, ¿se han preguntado entonces qué hacen ustedes leyendo una revista literaria?

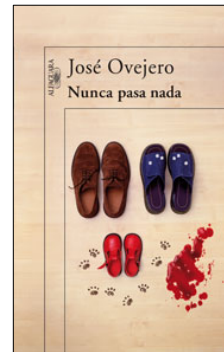
Nunca pasa nada

José Ovejero

Editorial Alfaguara, 2007

A menudo no te avergüenzas de lo que haces, sino de que te vean hacerlo. Sin darnos cuenta, la vida puede convertirse en una acumulación de secretos que impregna hasta el último minuto de nuestra rutina. Carmela y Nico, una mujer excesivamente independiente y un hombre demasiado apacible, llevan una tranquila y acomodada vida de matrimonio de clase media, plagada de silencios casi imperceptibles. Pero es el secreto de Olivia, la inmigrante ecuatoriana encargada de las tareas del hogar, el que podría derribar esa apariencia de normalidad. Sobre todo si entre medias anda Claudio, un muchacho superdotado de ideas enrevesadas al que le divierte desvelar lo oculto.

Nunca pasa nada es un libro a ratos divertido, a ratos trágico, en el que José Ovejero despliega sus artes narrativas para mostrar los conflictos y tensiones subyacentes en un mundo donde lo aparente impera sobre lo real, y para desmontar los mecanismos de nuestra buena conciencia.



Detrás de la boca

Menchu Gutiérrez

Ediciones Siruela, 2007

La boca que saborea, que besa, que habla, que escupe o que muerde se convierte a un tiempo en personaje y escenario de un gran teatro. El lector debe prepararse para ser tragado por el *Libro de la boca* y para vivir en su interior como Jonás en el vientre de la ballena. Los labios, la lengua, los dientes o la saliva protagonizan un verdadero compendio del sabor atravesado por la imaginación y el sueño, un viaje fantástico a través del universo de la boca. En *Detrás de la boca* Menchu Gutiérrez vuelve a enfrentar a sus personajes a los sentidos y a cuestiones relacionadas con un «yo» universal. Moviéndose en el territorio abstracto del símbolo, la erudición cede paso a

la imaginación convirtiendo a la boca, esta vez, en el centro de su escritura.

Como cashora al sol

Rosina Conde

Desliz, Fósforo y Tipográfica, 2007

Con un excelente manejo del diálogo, Rosina Conde recupera en *Como cashora al sol* los matices de la oralidad norteña de los años sesenta, y nos presenta la historia de dos hermanas, fuertes y valientes, que pese a su entereza se ven arrastradas a un círculo de odio debido a las exigencias sociales que las rodean. «*Como cashora al sol* es probablemente la más brutal representación de la cotidianidad de la mujer fronteriza en la narrativa de Rosina Conde. Una novela incómoda, in-co-mo-dí-si-ma, que si bien recurre, como *La Genara*, al humor para atenuar ciertas situaciones que, narradas con seriedad, resultarían sumamente desagradables, plantea la situación de forma mucho más directa y llana, introduciendo el punto de vista masculino que vuelve todavía más chocante la realidad expuesta» (Eve Gil).



La glorieta de los fugitivos

José María Merino

Páginas de Espuma, 2007

La glorieta de los fugitivos reúne, por una parte, además de otros inéditos, los minicuentos, microrrelatos, o «nanocuentos» publicados por José María Merino hasta la fecha en los libros *Días imaginarios* y *Cuentos del libro de la noche*, que se nutren de la extrañeza de lo cotidiano, el misterio del tiempo, los espacios fronterizos entre sueño y vigilia y todos los elementos fantásticos habituales en la narrativa del autor. El libro incorpora también una parte –«La Glorieta miniatura»– que pudiéramos llamar teórica, si no estuviese formulada en forma también de ficciones brevísimas, que constituye su intervención en el IV Congreso Internacional de Minificción que tuvo lugar en la Universidad de Neuchâtel, en noviembre de 2006, acompañada de varios divertidos «ejercicios prácticos», resultado del citado Congreso.

Antonio B. el Ruso, ciudadano de tercera

Ramiro Pinilla

Tusquets Editores, 2007

Basada en hechos reales, *Antonio B. el Ruso, ciudadano de tercera* es la narración en primera persona de la vida de un hombre desde su nacimiento en Las Cabrerías (León) a principios de los años treinta hasta los años setenta, acabado el régimen franquista. Antonio B. arrastra una existencia extremadamente dura, en la que tiene que robar para comer, su madre le abandona, sus vecinos le odian y la autoridad le maltrata constantemente. Conoce cárceles, penales y el manicomio, hasta llegar al País Vasco, donde encuentra trabajo y logra enderezar su vida. Con personajes reales e información fidedigna –pues como dice el propio Pinilla, en el relato de su vida Antonio era incapaz de agregar un gramo de fantasía o invención–, la narración es sobrecogedora, impetuosa, profundamente emotiva. Las situaciones superan en crudeza todo lo imaginable, y se convierten en un reflejo agudísimo de la vida durante la posguerra, de las penurias y calamidades, de los odios y revanchas, de la miseria y la lucha por salir adelante y escapar de la represión y de la humillación permanentes.



Crematorio

Rafael Chirbes

Editorial Anagrama, 2007

La muerte de Matías Bertomeu, el ideólogo que cambió la revolución por la agricultura, pone en marcha los mecanismos que componen *Crematorio*. El dolor devuelve el reverso de vidas levantadas sobre oscuros cimientos: la del hermano de Matías, Rubén, el constructor sin escrúpulos; la de Silvia, la hija de Rubén, biempensante restauradora de arte casada con Juan Mullor, el catedrático que prepara la biografía de Federico Brouard, viejo amigo de los Bertomeu, un escritor alcohólico que vive el fracaso de sus últimos días; la de Ramón Collado, el hombre que hizo los trabajos sucios del constructor; la de Traian, el mafioso ruso, viejo socio de Rubén; y la de

Mónica, la jovencísima y ambiciosa esposa. Chirbes nos ofrece un panorama terrible: la corrupción como savia que recorre todo el cuerpo de una sociedad en la que la destrucción del paisaje adquiere valor de símbolo. Chirbes despliega así un mundo abandonado por los dioses en el que las palabras y las ideas son sólo envoltorios, y el arte y la literatura, juguetes inanes.

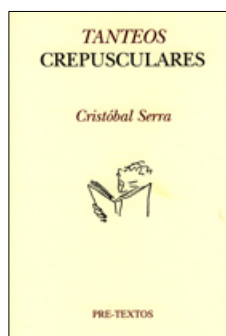
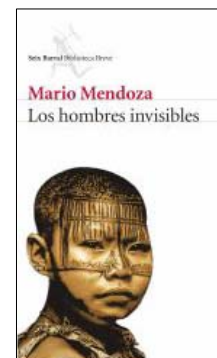
Los hombres invisibles

Mario Mendoza

Seix-Barral, 2007

Un hombre joven, Gerardo, es abandonado por su esposa poco antes de perder a sus padres. Hundido, se propone comenzar de cero y devolver sentido a su vida buscando el rastro de una tribu misteriosa, «los hombres invisibles», los últimos indígenas de América que aún no han entrado en contacto con la civilización. Haciendo suyo el ejemplo del pintor Paul Gauguin, el personaje central de esta vigorosa novela se pierde en la selva, donde encontrará, después de curiosos percances, la senda del amor y de la fraternidad, al reconocer en los otros una tabla de salvación para su atormentado yo.

Los hombres invisibles es un relato de aventuras en el que Mario Mendoza, ganador del Premio Biblioteca Breve 2002, abandona los escenarios urbanos de sus anteriores obras para construir una historia de esperanza en medio de la naturaleza tropical americana.



Tanteos crepusculares

Cristóbal Serra

Editorial Pre-Textos, 2007

Anotaciones vecinas a las de un diario impuntual: así define Cristóbal Serra las páginas de *Tanteos crepusculares*, en las que se propone abordar algunos recovecos del destino humano desde la edad sombría. Más que en otras ocasiones, la escritura de Serra evoca aquí momentos decisivos de una vida consagrada a los libros. Tachonado de alusiones bibliográficas, además de confesiones biográficas, el texto combina registros teológicos y poéticos, humorísticos y críticos, dando lugar a un artefacto tan insólito como el resto de su producción literaria. Testimonio de cincuenta años de actividad intelectual, sus breves y chispeantes capítulos aspiran a transportar al lector

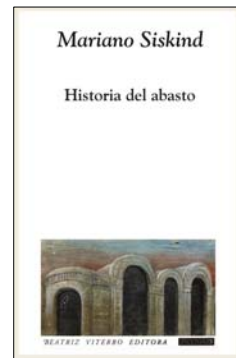
en un luminoso viaje desde el crepúsculo hasta el amanecer.

Historia del abasto

Mariano Siskind

Beatriz Viterbo Editora, 2007

Cuando la mujer de su vida lo abandona, Meyer se pierde en un espacio ficcional atravesado por guiones de cine privados y mitologías apócrifas. Mientras espera cartas que ya no llegan, traduce películas de los hermanos Marx, trabaja en el archivo del diario La Nación y se embarca en la reconstrucción arqueológica de un lugar propio: una historia del Abasto que se hilvana en bares de Billinghamurst, Guardia Vieja, Bustamente y Lavalle, pero también en recorridos obsesivos por las calles de Brooklyn. La historia del abasto de Meyer está hecha de enfrentamientos entre kioskeros y mendigos irredentos, de triángulos amorosos tragicómicos e inmigrantes extrañados. Lenguas, traducciones dudosas, subtítulos, borradores, relatos, todo en *Historia del abasto* pone a prueba el poder de la ficción para imaginar personajes fuera de lugar y las formas imposibles de su pertenencia precaria a ese otro lugar.



Un chino en bicicleta

Ariel Magnus

Editorial Norma, 2007

«Siento el frío de la pistola en la nuca casi antes de oír la puerta del baño abriéndose de golpe, el brazo flaco y lampiño de una persona que no alcanzo a ver me cruza el pecho y me hace girar en redondo, me abrocho rápido el pantalón y avanzo empujado desde atrás, pienso con culpa en que no tiré de la cadena, quizá ni funcionaba». Así empieza la asombrosa historia de Ramiro Valestra, un joven porteño que es secuestrado por un chino pirómano, llamado Li, después de oficiar de testigo en el juicio que condenaba a este por haber incendiado once locales en la ciudad. A partir de ese momento, la inmersión del protagonista en la desconocida cultura china de las calles de Buenos Aires será completa. El autor logra un retrato muy especial y un tanto surrealista de un mundo dentro de otro mundo, de una cultura dentro de otra cultura. En ese forzado exilio interior en el barrio chino es donde empieza la nueva vida de Ramiro. Las extravagantes relaciones con todos los personajes que conviven en el restaurante chino Todos Contentos serán la clave para darle verdadero sentido a la vida del protagonista. Entre predicciones apocalípticas, choques culturales, complots en búsqueda de la verdad, fuegos artificiales, amores apasionados y chinos que no saben ir en bicicleta se entretiene la historia más hilarante que se ha escrito sobre la inmigración china en Argentina.

Pura chatarra

Fernando Palazuelos

Lengua de Trapo, 2007 (XXXVIII Premio Ciudad de Barbastro)

Andrés ha pasado toda su vida trabajando en una chatarrería. Cuando muere su patrón y él hereda el negocio, decide abandonar el almacenaje y la venta de desechos para dotarles de una nueva vida y rendir homenaje a quienes los inventaron, a todo lo que no sea sucumbir a un progreso que empuja y avasalla. Escrita con un estilo sencillo pero efectivo, *Pura chatarra* es una historia de sentimientos, de anhelos, de sueños. Es la crónica de un hombre simple que parece enfrentado a sus fantasmas, a la mecánica imparable del cosmos y al monstruo feroz del tiempo. Pero bajo su historia late algo más, un brillo genuino, cierta actitud indómita que tal vez todos deberíamos llevar dentro.



Viento en los oídos

José Marzo

ACVF Editorial, 2007

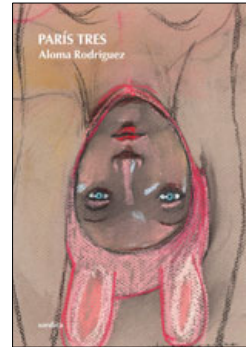
Una novela oral, una fábula histórica. Ambientada en la ciudad imaginaria de Titulcia, la novela narra una peripecia individual y colectiva. Desde la guerra en el trópico hasta el estallido de una guerra total, una guerra civil, *Viento en los oídos* es el friso de una industrialización desarticulada, de la evolución de la lucha de clases y de unos viejos privilegios que se niegan a desaparecer. De la mano de Isidro, hortelano, de la inteligente y hermosa Mercedes, del arqueólogo y político don Silvestre y de varias decenas de personajes más, *Viento en los oídos* narra el fracaso de la modernidad. José Marzo es autor de las novelas *Café con hielo*, *Una maleta vacía*, *Un rincón para César* y *La alambrada*. Recientemente ha publicado el volumen de mini-relatos *Aurora*.

París tres

Aloma Rodríguez

Xordica Editorial, 2007

La protagonista de esta novela estudia literatura, quiere ser actriz y se matricula en la Universidad París 3 gracias a una beca Erasmus. Alquila un piso con su novio en el distrito 18, en una calle llena de comercios africanos, y ve Montmartre desde la ventana del apartamento. *París tres* cuenta cómo aprende a estar lejos de casa, a vivir en pareja y a disfrutar de las aventuras disparatadas que ofrece la vida cotidiana. En *París tres* hay amor e infidelidades imaginarias, grandes expectativas y decepciones, teléfonos móviles y cámaras de fotos, bicicletas y un coche que se estropea en mitad de una autopista, teatro experimental, fiestas de cumpleaños y una chica que ma-druga para fotografiar a Milan Kundera en Notre Dame. La primera novela de Aloma Rodríguez es un libro fresco y emocionante, lleno de un humor descarado, que transmite una extraña ternura y retrata la alegría que produce descubrir el mundo.



Patadas al aire

Patricia Lorente

Maghenta Editorial, 2007

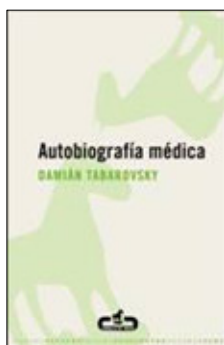
Jara, protagonista de esta obra, piensa que ha perdido las historias de las que escribir, pero lo cierto es que hace tiempo que se ha perdido a sí misma. Un encuentro con una amiga del pasado le hace sacar los fantasmas de la Caja de Pandora y unirlos al desastre en que se ha convertido últimamente su vida. Una novela que habla del miedo al enfrentamiento con la vida y con las responsabilidades, de la lucha por no abandonar la esperanza.

Una letra familiar

Irene Gruss

Bajo la luna, 2007

Una letra familiar propone una lectura que alude a lo autobiográfico. Un yo que cuenta los años de infancia y primera adolescencia en determinado medio familiar. Irene Gruss ha ido hilvanando fragmentos, estampas de las primeras experiencias; escenas breves que adquieren una irradiación que expande el límite personal del yo que cuenta, corre las fronteras y construye un mundo. Y las primeras relaciones con el mundo están mediatizadas por las figuras familiares que aparecen y desaparecen en el relato, con una palpitación esporádica, como sucede en la infancia. No suelen estar presentes todo el tiempo. No hay una confrontación con los personajes ni una evaluación; los sucesos, la calesita, la casa, los veraneos familiares, la muerte del abuelo, el enamoramiento del colegio, el club del clan, el discurso comunista de los padres militantes, la cárcel del padre, la culpa burguesa, están recortados sobre el mundo todavía sin signo de la protagonista-niña.



Autobiografía médica

Damián Tabarovsky

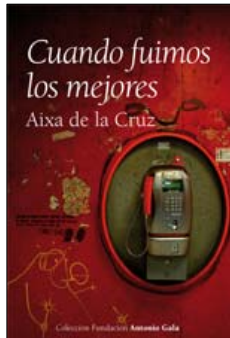
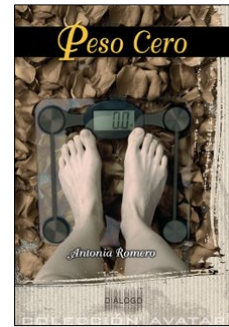
Editorial Caballo de Troya, 2007

Dami es un joven ejecutivo en una consultora donde trabaja como subdirector del Observatorio de Tendencias Culturales. Investiga sobre el concepto de tiempo libre, ocupación del ocio y consumo cultural. Cuando esta a punto de celebrarse la reunión en que debe presentar su proyecto para una gran empresa una hernia discal le impide hacerlo personalmente. Su jefa se apunta el éxito. De vuelta al trabajo intenta vengarse preparando todavía con más brillantez un segundo informe. Unas horas antes y cuando ya tiene todo planificado en complicidad con una socióloga que trabaja a sus órdenes sufre otro episodio grave en su salud: una úlcera duodenal que le obliga a estar en absoluto reposo. Su presunto cómplice se aprovecha y se apunta el tanto. A él lo despiden. Ha pasado de ser un consultor en ascenso a un parado enfermo. Lo que más quiere en este mundo: el reconocimiento profesional se le escapa de las manos cuando está a punto de alcanzarlo. Se coloca como vendedor callejero de ropa falsificada, aplica sus conocimientos de marketing y logra ventas espectaculares hasta que una nueva complicación, una uña encarnada, trunca su nueva carrera. Más tarde conoce una realizadora de televisión y se coloca como productor hasta que el éxito hace que lo contraten en un Canal Municipal donde, de nuevo, se acerca al éxito si bien una nueva enfermedad, una citomegalovirus lo deja postrado por agotamiento.

Peso Cero Antonia Romero

Editorial Diálogo, 2007

La novela es una magnífica y valiente historia sobre la anorexia, la familia y su entorno. La historia de Alicia, una niña de catorce años que sucumbe a la anorexia, le sirve a la autora para reflexionar sobre las carencias que llevan al ser humano a caminar con muletas invisibles. Escrita con maestría (el lector se ve impelido a seguir leyendo hasta el final), con una gran riqueza en los personajes que se entrecruzan, esta novela, *Peso Cero*, nos lleva a comprender no sólo el drama de la anorexia, que es el hilo conductor y nervio de la historia, sino también las deficiencias de un vivir poco atento con la propia vida y de la lucha, con frecuencia a ciegas, por lo auténticamente valioso.



Cuando fuimos los mejores

Aixia de la Cruz

Editorial Almuzara, 2007

Katta es una adolescente bilbaína que pasa su tiempo entre el instituto y las diversas calamidades que acosan sin descanso a una familia un tanto peculiar. El padre está ausente y la madre se ha recluso en su habitación, sin querer saber de nada ni nadie; la abuela se da a la lectura compulsiva, y los hermanos parecen buscar una explicación a tanta fatalidad enzarzándose entre sí o tramando diabluras del más variado cariz. Aixia de la Cruz, desde la insultante juventud de sus diecinueve años, recoge con admirable viveza los sentimientos, las alegrías y sinsabores de una etapa de la vida que es contemplada como un rito de paso. Los percances que acontecen a

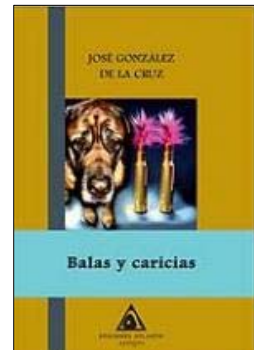
Katta no son, en el fondo, tan distantes de los de tantos otros jóvenes de hoy (y acaso, de antaño). El retrato verosímil no hurta al lector momentos de enorme crudeza, junto a otros en los que florece una tímida sonrisa. El mayor talento de la autora es rehuir la moralina fácil, para plasmar un lienzo que conmueve por su hondura, por su radical ausencia de artificios al uso.

Balas y caricias

José González de la Cruz

Ediciones Atlantis, 2007

Hay momentos de la historia, individual y colectiva, en los que solo la hipérbole, la intencionada desmesura, se convierte, paradójicamente, en el espejo fidedigno de esas situaciones desquiciadas a las que, de vez en cuando, están sujetos los seres humanos bajo las órdenes repentinas de un azar impensable y traicionero. La guerra, esa realidad destronada por el sinsentido, siempre arrastra consigo esas circunstancias desproporcionadas que obligan a tener que reinventarse en cada momento una nueva supervivencia, una nueva vida en la que ya no existen las mismas agarraderas de la lógica ni las firmes clavijas de la razón o de los ideales, ni siquiera de esas compactas creencias que hasta ese preciso instante se mantenían como sólidos andamiajes de una existencia más o menos llevadera.



Dietario de un profesor escéptico

Encarnación Ferré

Mira Editores, 2007

El 1 de septiembre de 2003, un profesor, a quien el tiempo y el destino, las ilusiones y deseos frustrados, la búsqueda de su propia identidad y desencanto, la experiencia..., la vida, en definitiva, han convertido en un ser humano escéptico, inicia el curso escolar, uno más en su larga trayectoria. Desde ese día, sin fallar ni uno solo hasta el final del mismo, escribe su dietario. Este profesor es alguien sin nombre, alguien a cuya intimidad se asoma el lector, y que medita acerca de su vida en plena madurez. Una vida que se siente lastrada y que percibe también lastrada en los demás. Espera. Recuerda. Se pregunta. Se serena. Se inquieta. Se duele. Ama. Descubre. Se entristece. Flaquea. Se protege. Anhela. Comenta. Se armoniza. La-

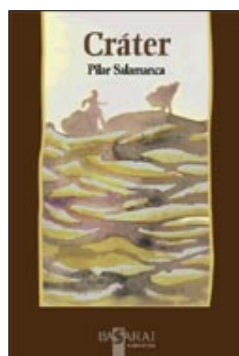
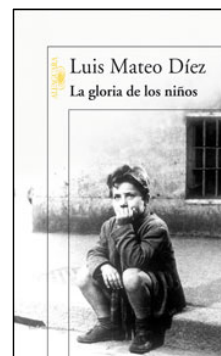
menta. Se deja vencer... Leves pinceladas narrativas repartidas a lo largo de la obra permiten al lector percibir la existencia de un conflicto personal que afecta a las relaciones familiares...

La gloria de los niños

Luis Mateo Díez

Editorial Alfaguara, 2007

Un niño de las posguerras, uno de esos niños de la orfandad y la supervivencia, es el protagonista de esta novela que nos devuelve tantas imágenes de la actualidad y el pasado con la mirada de la infancia desamparada. Un niño heroico que asume las tareas que corresponderían a los mayores, que recibe la encomienda del padre moribundo para buscar a sus hermanos, y que en la decisión de encontrarlos y recogerlos encuentra el destino de su responsabilidad y el cometido de su inocente existencia. La aureola de los cuentos populares tiñe de emotividad y patetismo una historia llena de resonancias neorrealistas y picarescas, de sugerencias oníricas y expresionistas, en la que la ternura y el humor nutren una aventura llena de sorprendentes hallazgos. Estamos ante la novela más entrañable de un narrador cada vez más intensamente comprometido con la imaginación y la vida, en la que podemos conocer algunos de sus personajes más inolvidables.



Cráter

Pilar Salamanca

Ediciones Bassarai, 2007

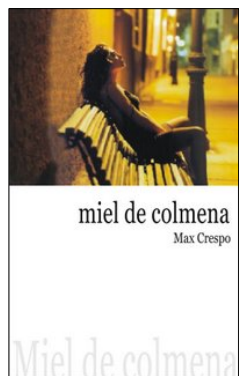
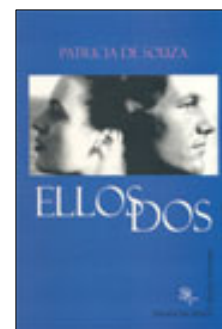
Dicen los libros que sobre las arenas de Yemen están las huellas olvidadas del poeta Rimbaud. Una investigadora universitaria llamada Olga emprende un viaje –y una fuga– hacia las dunas deshabitadas en busca de los diarios perdidos del indómito francés. Un guía culto y misterioso y el paisaje desolado de aquellas tierras irán modelando la femenina mirada de Olga, quien de forma creciente se sentirá fascinada por Asha, la compañera del poeta francés durante aquellos años. Pilar Salamanca –que sorprendió a todos en *La isla móvil* (también en Bassarai)– nos acerca en *Cráter* la historia de una búsqueda, las cenizas de una huida y la sombra de la poesía contra un fondo de noches desérticas y ciudades polvorientas. ¿Qué hacía un poeta visionario traficante con armas en un país de arena? ¿Qué hace una mujer persiguiendo sus huellas siglo y medio después? *Cráter* es una reflexión sobre el destino de una mujer y un hombre cuando el valor de lo aprendido deja de ser lo importante.

Ellos dos

Patricia De Souza

Editorial San Marcos, 2007

Ellos dos es la novela del duelo de la relación con O, y de otras relaciones, pero más que nada, de la pérdida de un hombre que es siempre aquel que está hecho a imagen y semejanza de uno solo, sin llegar a estar por completo. La protagonista evoca ese pasado en el presente, casi como una celebración, la única forma de escapar de la dispersión que deja una separación. Patricia de Souza radica en París y ha logrado edificar una obra literaria en la que destaca su particular y lúcida manera de ver y entender el mundo. *Ellos dos* es su más reciente novela.



Miel de colmena

Max Crespo

Editorial Casatomada, 2007

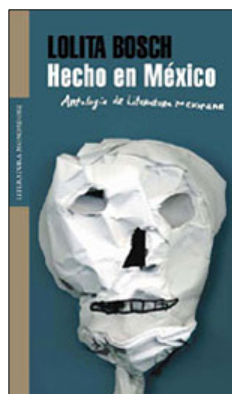
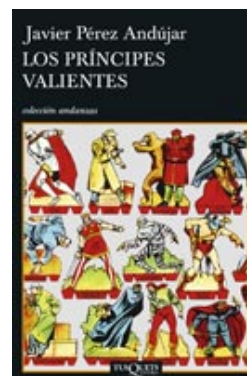
La joven esposa de un empresario permanece secuestrada sin comprender por qué no se paga su rescate. Una temible pepera que regenta el club nocturno más importante de La Colmena se ve amenazada con la llegada de su ingenua sobrina. Un joven estudiante de Derecho se verá involucrado en un negocio que lo convertirá en blanco de una espeluznante red de prostitución. Con tres historias paralelas narradas con un estilo directo y vertiginoso, *Miel de colmena* es la impactante primera entrega de Max Crespo (Lima, Perú, 1984), un escritor cuyo universo narrativo ha sido forjado en el contacto con el submundo limeño, mostrándonos la descarnada radiografía de una sociedad llena de ambigüedades morales, ambiciones, envidias y el rencor que estas generan. *Miel de colmena* retrata a una ciudad que despierta, cuando usted empieza a soñar.

Los príncipes valientes

Javier Pérez Andújar

Editorial Tusquets, 2007

El río Besós en el extrarradio de Barcelona, el teniente Colombo, la colección de tebeos Joyas Literarias Juveniles, la Esfinge de los Hielos de Julio Verne..., este libro es una esplendorosa evocación, cargada de humor, emoción y abierta poesía, de un lugar y de una infancia: una ciudad del cinturón industrial barcelonés en los años setenta y una familia de inmigrantes. Pero es a la vez un vibrante relato de iniciación a la literatura a partir de elementos en apariencia de aluvión, como los tebeos, las series de televisión, los libros de quiosco o las adaptaciones de los clásicos. Compinchado con su amigo Ruiz de Hita, con el que comparte secretos y lecturas, el narrador recrea las clases de un profesor ex legionario, la pandilla de la escuela, los domingos con su tío Ginés –prototipo del pícaro–, los relatos de una madre que le hablan de un pasado rural para él mitificado, la turbadora presencia de la señora Umbelina, mujer pública, o una noche de Navidad que tuvo algo de fin de una época.



Hecho en México

Lolita Bosch

Editorial Mondadori, 2007

«Este prólogo empieza así: Me llamo Lolita Bosch y he hecho este prólogo sin pensar en mis amigos. Sin pensar en la editorial. Sin pensar en los vivos ni en los muertos. Sin pensar en otros libros publicados, en los hombres y las mujeres, en la ciudad y en la provincia, en los estados de la República Mexicana, en el interior, en el exterior, en el equilibrio, en la ecuanimidad. He hecho este libro sabiendo que este libro no es un panorama ni un intento por reunir lo mejor de México. Este libro no incluye todo porque -las-antologías-son-inevitavelmente-subjetivas. Este libro no es un muestrario, una apuesta editorial ni una conclusión de nada. Este libro, si yo fuera mayor, se llamaría biblioteca personal. Este libro es, sobre todo, lo que yo leo, sigo y uso de la literatura mexicana para explicarme otras cosas. Aunque todo lo que he dicho hasta

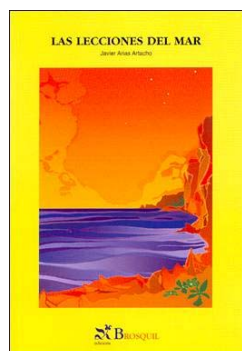
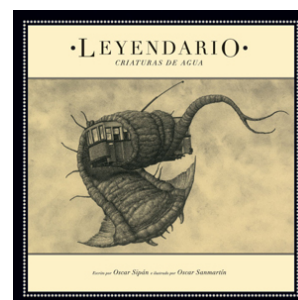
ahora no convierte este libro en un catálogo de los únicos autores de México que leo y me conmueven» (del prólogo de Lolita Bosch).

Leyendario. Criaturas de agua

Óscar Sipán – Óscar Sanmartín

Tropo Editores, 2007

El armazón filosófico de esta novela ilustrada parte de una cita de Joan Fontcuberta que dice que «antropólogos y sociólogos explican que el retorno a la magia y a lo sobrenatural se puede entender como un rechazo de la realidad conflictiva y un refugio en el mundo de la fantasía. Se ha demostrado, por ejemplo, que se producen más avistamientos de ovnis en épocas de crisis, de transición, es decir, de inestabilidad social». De todo esto se sirven Sipán y Sanmartín para contar una historia ambientada en la Zaragoza de principios del siglo XX, en esa Edad de la Inocencia donde se utilizaban en las zapaterías, por ejemplo, los primeros aparatos de Rayos X para comprar el par más adecuado. En *Leyendario* se entremezclan personajes reales (Arthur Conan Doyle, Tramullas) e imaginarios (desde un cura que comulga a los locos con luciérnagas bendecidas, hasta un hombre que se hizo rico abriendo por todo el mundo una cadena de pozos de los deseos).



Las lecciones del mar

Javier Arias Artacho

Brosquil Ediciones, 2007

Las lecciones del mar es una novela de amor, de amistad, de secretos muy íntimos y de experiencias profundas. Una de ellas, una envenenada aventura vivida por Ariel en el mar, le ayudará a aceptar la existencia de una manera más optimista, a conocerse algo mejor y a aprender a valorar la vida más intensamente. Se trata de una novela ágil y entretenida, que cautivará a un lector ansioso por desvelar las claves de su historia. El narrador pone un especial acento en los verdaderos valores de la vida y juega con cuidadas descripciones que colorean un verano preñado de matices interiores y de paisajes marinos.